



HIELO

ÉRIKA GAEL

HIELO

Érika Gael

El *copyright* favorece la creatividad y estimula una cultura viva y diversa. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, así como el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

© Carla Cuesta Llana, 2018.

1ª edición: diciembre 2018

ISBN: 978-1731154897

Imagen de cubierta: 123RF

Diseño de cubierta: Papagayo Software

Editado por: Ad Infinitum

ÍNDICE

[PORTADILLA](#)

[ÍNDICE](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[PRÓLOGO](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO XX](#)

[TERCERA PARTE](#)

[CAPÍTULO XXI](#)

[CAPÍTULO XXII](#)

[CAPÍTULO XXIII](#)

[CAPÍTULO XXIV](#)

[CAPÍTULO XXV](#)

[CAPÍTULO XXVI](#)

[CAPÍTULO XXVII](#)

[CAPÍTULO XXVIII](#)

[CUARTA PARTE](#)

[CAPÍTULO XXIX](#)

[CAPÍTULO XXX](#)

[CAPÍTULO XXXI](#)

[CAPÍTULO XXXII](#)
[CAPÍTULO XXXIII](#)
[CAPÍTULO XXXIV](#)
[CAPÍTULO XXXV](#)
[CAPÍTULO XXXVI](#)
[CAPÍTULO XXXVII](#)
[CAPÍTULO XXXVIII](#)

QUINTA PARTE

[CAPÍTULO XXXIX](#)
[CAPÍTULO XL](#)
[CAPÍTULO XLI](#)
[CAPÍTULO XLII](#)
[CAPÍTULO XLIII](#)

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

GLOSARIO

SOBRE LA AUTORA

NOTA DE LA AUTORA

Esta historia surgió de mi deseo de retratar del modo más fiel posible una de las disciplinas más hermosas que existen, a medio camino entre el arte y el deporte: el patinaje artístico sobre hielo. Para ello, he bebido de fuentes identificables para cualquier aficionado, especialmente de la historia de la pareja de danza sobre hielo Marina Anissina y Gwendal Peizerat, campeones olímpicos en 2002, en la que me he basado muy libremente. Además, a lo largo de la novela se recogen anécdotas y citas textuales de otros atletas y entrenadores, como Tatiana Tarasova, Alexei Mishin, Javier Fernández, Sara Hurtado, Gabrielle Daleman, Katia Gordeeva, Mariya Mujortova o Jo Ann Schneider.

A pesar de ello, considero importante aclarar que se trata de una historia de ficción. Los personajes, aunque inspirados algunos de ellos en personas reales, son totalmente ficticios. También me he permitido incluir cuantas licencias literarias he considerado convenientes por el bien de la trama, siempre desde mi más hondo respeto y cariño.

Si he empleado la jerga propia de este deporte ha sido con intención de enriquecer y aumentar su verosimilitud, nunca de entorpecer su lectura. Los elementos técnicos mencionados no son relevantes para la comprensión de la historia, sino un recurso al servicio de la emoción. No obstante, se incluye un glosario en páginas finales para quienes deseen saber más.

A mis padres, por no frenarme jamás.
Incluso en todas esas ocasiones en las que
sabían de antemano que me estrellaría.

PRÓLOGO

R e s p i r a.

R e s p i r a.

R e s p i r a.

Me arrancan los auriculares. La burbuja se rompe y se transforma en caos. Puertas, corredores, puertas, más deprisa, más deprisa. La chaqueta con el emblema de la federación; quítatela. Los protectores de cuchillas; quítatelos. Mi corazón, punzante y escandaloso como un martillo neumático; más deprisa, más deprisa.

Me sudan las manos. Las seco contra las lentejuelas rasposas del maillot; primero el anverso, luego el reverso. Alguien detrás de mí me arregla el pelo. ¿Qué importa? Para cuando termine el programa, mi peinado será un desastre. Tardaré horas en desenredarlo.

Mi cuello está rígido; yo soy pura gelatina. Estiro las puntas de los pies y giro los empeines todo lo que me permite la bota de piel blanca. A mi lado, la respiración de mi compañero se agita y yo le cedo mi mano.

Nuestros nombres resuenan por megafonía y todo estalla en mi cabeza. Escucho las sílabas justas para saber que llegó el momento. Juntos, nos deslizamos con la espalda recta y una sonrisa radiante. El hielo cala mis huesos; la adrenalina lo evapora al instante.

Derecha...

Izquierda...

Derecha...

Izquierda...

Se hace el silencio.

El primer acorde. Ya está ahí, acallado por el chirrido monocorde de

dos pares de cuchillas al compás. Me enloquece y me aterra a un tiempo, pero mis extremidades son más rápidas y no me dejan tiempo para pensar. Es un reflejo.

Igual que apretar la mandíbula mientras me preparo para el primer despegue.

Igual que contener la respiración cuando salgo despedida a más de medio metro del suelo.

Igual que tratar de no abrirme el cráneo tras aterrizar sobre una cuchilla de tres milímetros de grosor, a veinte kilómetros por hora, con una fuerza de ocho veces mi peso corporal. El primer Salchow lanzado.

El hielo emite un quejido cuando me desprendo de él. Una. Dos. Tres rotaciones que aniquilan mi percepción del tiempo y el espacio. Aterrizo sobre el filo exterior. «No toques el suelo, no toques el suelo; hagas lo que hagas, no toques el puto suelo». Manoteo en el estruendo que dejan tras de sí todos los aplausos que mis oídos no perciben. Mi instinto de supervivencia y mis palmas, llagadas de raspones fosilizados, luchan contra las leyes de la gravedad. Mi pánico lo busca a él, y la seguridad que irradian sus botas negras me devuelve el equilibrio.

Todo desfila increíblemente deprisa por mi campo visual. Más allá de nosotros, más allá de las luces, hay gente. Gradas y gradas repletas de espectadores venidos de todos los puntos de Canadá, incluso del extranjero. No veo a nadie. No existen para mí. En la pista solo estamos él y yo, y corro por ella a golpes de serreta hasta estrellarme en su pecho, que aguarda ansioso desde que lo abandoné tras la última pirueta.

Todo era fingido, mi Príncipe Cascanueces.

Sabes que muero por ti, mi Príncipe Cascanueces, aunque ya no pueda vivir en un mundo de jengibre y caramelo.

Aunque esto sea una despedida.

Él me agarra con suavidad por el tobillo; la forma en que sus dedos lo rodean es extraordinariamente íntima. Más que el sexo. La sangre arroya de mis pies a la cabeza cuando me eleva boca abajo. Me hace girar hasta que mi vista se nubla y ya solo distingo un retazo de su patín izquierdo y una fe abrasadora en que no me soltará.

«Es una cuestión de confianza, Suzanne». Es su frase favorita; la repite hasta el agotamiento. La dice en el desayuno, bajo la ducha y en el camino

de vuelta a casa; la dice al terminar cada programa, mientras bebemos agua como desesperados; la dice tirado en el sofá; frente al puente del Palacio; cuando hacemos el amor; la dice dentro del hielo y fuera de él; subiendo esas malditas escaleras hasta el quinto piso; en el kiss and cry; en Bérnago; la dice a todas horas.

Roto sobre mi eje cuando la partitura del Pas de deux remonta el clímax. Busco un punto fijo; como siempre, lo hallo en él. Gira a la vez que yo, la pierna estirada, el sudor golpeando sus sienes. Sé que le duele la rodilla. Puedo sentirlo. No protesta, no pierde el compás, no se tambalea, pero mi rodilla gime cuando la suya agoniza.

El hormigueo en mis nervios anticipa la última elevación. «Vamos, vamos, vamos». Mi figura juega a convertirse en su bufanda, y él se divierte con ella a su antojo, igual que un alumno que hace bailar el bolígrafo para que la alarma del recreo suene antes. Solo que, en este caso, la alarma del recreo es un cronómetro que nos va a la contra.

Pero no tengo miedo.

Sus palabras resuenan en mi cabeza una y otra vez, una y otra vez.

«Es una cuestión de confianza, Suzanne. Yo no te dejo caer a ti, y tú no me dejas caer a mí».

PRIMERA PARTE

PREPARACIÓN PARA EL SALTO

CAPÍTULO I

8 de enero de 2017

Los tres primeros recuerdos que conservo de Rusia incluyen una bofetada de frío desgarrador, un laberinto de carteles en cirílico que tardaré meses en descifrar, y el torrente de lágrimas que me obligo a reprimir mientras abandono la terminal de pasajeros del aeropuerto de San Petersburgo y busco un taxi bajo la peor tormenta de nieve que ha azotado Europa en la última década.

Después de pasar cincuenta minutos derrengada en un banco metálico de la sala de espera, acariciada por la calidez casi maternal de la calefacción, he entendido al fin que ni Kolya Tsvetkov ni Evgenya Ilyushina vendrán a buscarme. Y tal vez el miedo me tenga un tanto paralizada, pero no soy una chica estúpida. Cuento con mis propios recursos.

Me cubro con la capucha, agarro mi equipaje, todo cuanto queda de la jovencita de diecinueve años que hace catorce horas se subió a un Boeing 747 al otro lado del mundo, y me precipito en el interior del primer vehículo amarillo que pasa junto a mí. El chófer, un hombre de rasgos asiáticos, me observa con una pizca de desgana, y le muestro el post-it de color violeta: «Divenskaya, 2».

Dentro de un año, cuando regrese a San Petersburgo, me desenvolveré con seguridad bajo la nieve en busca de otro taxi, que para entonces será rojo e ilegal, pero no me importará, porque sale mucho más barato y porque los conductores locales suelen amenizar los trayectos con disparates y buenas canciones. Pero hoy estoy aterrada. Y sola. Y tampoco tengo la más remota idea de ruso, y mi vida acaba de dar un giro tan grande como los kilómetros que separan Montreal de San Petersburgo, o puede que incluso más, así que me arrellano en el asiento trasero del viejo Renault y me dejo llevar un instante por el pánico.

Plancho las esquinas del post-it con los dedos; los bordes magullados del papel son la prueba de las veces que lo he manoseado desde que lo arranqué de su bloc y garabateé esas palabras a toda prisa.

La radio del taxi, a todo volumen, emite un informativo en el que solo distingo un amplio surtido de fonemas guturales que me hacen sentir vulnerable y mareada. Más allá de las ventanillas churretosas, la tormenta de nieve no amaina. Tal y como anunció el comandante minutos antes de aterrizar en Púlkovo, una ola polar castiga estos días el este de Europa, y tuvimos suerte de tomar tierra sin demoras ni contratiempos. Lanzo un vistazo al panel del taxi; el termómetro exterior marca quince grados bajo cero. Hace tanto frío como dentro de mí. Me arrebujó aún más en mi anorak.

El ajetreo del aeropuerto ha dado paso a una autopista, arcenes anchos y taciturnos bloques de viviendas prefabricados, todos iguales, todos deprimentes. A medida que nos acercamos al centro, las amplias avenidas de la periferia se estrechan, y los edificios de época estalinista ceden terreno a fachadas palaciegas cubiertas de moho.

Aferrada al colgante que pende de mi cuello igual que a un salvavidas, me pregunto cómo diablos he llegado aquí, el territorio más hostil en el que he estado jamás. Qué hice mal.

Nota para mi biógrafo: en una ocasión, después de pisar el pódium por primera vez en el campeonato nacional, un reportero me preguntó qué estaría dispuesta a hacer yo por el patinaje.

«Todo», contesté de inmediato, con la explosiva ignorancia de mis quince años. Sin tener ni idea de lo que una sola palabra puede abarcar.

«Todo».

Incluso esto.

CAPÍTULO II

Seis meses antes

—¡Feliz cumpleaños, échalote¹!

La puerta del vestuario de las chicas se cierra con un chasquido metálico detrás de mí. Corro hacia Tom, que acaba de aparecer en el pasillo que conduce al área de descanso. Llevo los cordones de las botas desatados y camino como un pingüino estrafalario por culpa de los protectores de plástico que recubren las cuchillas, pero quiero ser la primera en felicitarlo, como dicta la Ley de Amigos y Compañeros Eternos Dentro y Fuera de la Pista. Por el rabillo del ojo ya he visto a Muriel, la encargada de la limpieza; a Isabelle, una de las entrenadoras; a Hugo, el patinador estrella del club Île-de-Pierre, y a varios de los pupilos novatos de Gilles haciendo méritos para arrebatarme ese honor, así que no hay tiempo que perder. Son las cinco y veinte de la madrugada del lunes; aún faltan diez minutos para que abran el hielo, pero el área de descanso ya parece un hervidero.

Mi compañero me mira; el maldito no da un mísero paso al frente que me ponga las cosas más fáciles. Todo lo contrario: ajusta la correa de la bolsa de deporte que le surca el tórax y adopta una pose engreída.

Me desparramo sobre el suelo de gres justo antes de alcanzarlo, y mi escasa dignidad cae directa en sus brazos, que la acogen con una carcajada.

—Mira quién fue a hablar de flacuchos, enana. Pero gracias. Así da gusto comenzar la temporada. —Sonríe y empuja mi coleta como si fuera un péndulo.

—Estaba deseando ponerme los patines. Las vacaciones se me han hecho eternas.

—Lo que se te ha hecho eterno ha sido pasarlas estudiando.

Esbozo una mueca.

—Ni me lo recuerdes.

—Pues yo podría acostumbrarme a vivir sin madrugar.

—Más bien a acostarte cuando sale el sol. —Sacudo sus rizos de niño travieso. Lo que es.

Busca con la mirada a Gilles, nuestro entrenador. Cuando lo ubica charlando con su esposa, que ha venido a servir chocolate caliente de un termo y ofrecer apoyo moral a quienes nos reincorporamos a los entrenamientos, Tom me da la razón con un gesto discreto.

—¿No me has echado de menos ni un poco? —pregunto compungida.

—¡Nos hemos visto todos los días después de tus clases, petarda!

Propino un puñetazo en su hombro huesudo. Debería haber recordado que lleva una década haciendo pesas para poder levantar mis cuarenta y siete kilos por encima de su cabeza con una sola mano.

Sacudo mi muñeca, dolorida, pero él ni se inmuta. Su mirada está muy por encima de mi coronilla, a años luz de nuestra conversación. La sigo con curiosidad y mis ojos chocan con una figura esbelta y pálida que hace estiramientos al final del corredor. Su cabello rubio, clarísimo, está recogido en un moño, y hay un poso de elegancia y de presunción en cada uno de sus movimientos. Como un junco, pero sin brisa.

—Es la nueva. Marion Gosselin. Su madre acaba de presentarnos en el vestuario.

«Su madre» y entrenadora no es otra que la mismísima Annette Gosselin, plata en Calgary, bronce en Lillehammer. Permanece junto a su hija sosteniendo un bidón de bebida energética y hablándole en susurros graves, ajenas ambas al interés que despiertan en los miembros del club Île-de-Pierre desde que comunicaron que se trasladarían de Lyon a Montreal para mejorar la técnica y las oportunidades de Marion.

—No me la esperaba así. —Tom se aclara la voz.

—Sin maquillaje está irreconocible.

—Mejor al natural.

—Te gusta, ¿eh?

—No está mal. —Se encoge de hombros.

Demasiado tarde. Su turbación lo delata. Frunzo mis labios como si fuera a darle un beso pegajoso.

—Al échalote de Tom Girard le gusta la nueva.

—A mí me gustan todas —se mofa.

Es verdad. Pero no por ello voy a perder la oportunidad de entretener la espera hasta que nos dejen pasar a la pista.

—Marion es la blonde² de Tom —digo, unos decibelios por encima del

volumen apropiado.

—Eres un grano en el culo.

—Tom y Marion se dan besitos.

—Cierra el pico. El hielo ya está listo. Vamos.

—Tom y Marion hacen hijitos.

—¿Qué tal llevas el Axel? No quiero volver a ver tu enorme trasero rodando en el programa corto.

Aprieto la mandíbula al recordar los cardenales que me llevé de vacaciones, pero no me dejo amilantar. Echo mano de la artillería pesada.

—¡Gilles! —Llamo a nuestro entrenador, que viene hacia nosotros con aire soñoliento y las manos hundidas en los bolsillos de esa gabardina cosecha del 89, su talismán, de la que jamás se separa—. Deberías atar en corto a tu hijo si no quieres que la nueva se convierta en una distracción.

Gilles sonrío beatífico. A mí. A Tom le pega un capirotazo en la frente.

—No hace falta gran cosa para distraerlo. Menos mal que lo emparejé contigo para compensar sus carencias...

—Gracias, papa.

Lisa, la mujer del entrenador, se suma al corrillo que hemos formado y me abraza antes de brindarme un vaso de plástico con un poco de chocolate (leche vegetal, cacao puro sin grasa, rico en proteínas).

—Suzette, qué alegría verte. ¿Qué tal fueron los exámenes? —Continúa hablando sin pausa, lo que me evita el bochorno de tener que responder qué tal fueron realmente los exámenes—: Vindrás a casa para celebrar el cumpleaños de Tom, ¿verdad? Nosotros tres, Melanie y tú, como siempre. Díselo a tus padres.

—Claro. Allí estaremos. ¿Pizza y Chaplin? —Miro a Tom.

—Cuatro estaciones y Candilejas —contesta él.

—¿Napolitana y Tiempos modernos?

—No cuela. Vimos Tiempos modernos en tu cumpleaños. Hoy elijo yo. Me rindo.

—Cuatro estaciones y Candilejas.

Lisa pone los ojos en blanco.

—¿Es que no os cansáis de hacer lo mismo todos los años?

—No —respondemos al unísono, y rompemos a reír.

—Así me gusta. Una máquina bien engrasada dentro y fuera de la pista.

—Gilles nos da una palmada en la espalda y nos empuja sutilmente hacia el hielo, duro como un diamante recién pulido a esta hora de la mañana. Los primeros patinadores ya han comenzado a tomar posición. Lisa y el resto de padres/seguidores abnegados que acuden cada mañana a comprobar nuestros progresos pasan al abrigo del área de descanso—. Y ahora dejad la cháchara y poneos a calentar; vamos retrasados con el montaje del programa libre. Esto no es un juego, chicos. Esto es la primera división.

Una chispa de excitación recorre mi médula y me apresuro a obedecer. Afianzo los cordones de las botas y pongo el pie —el derecho primero, siempre el derecho— en la superficie congelada. Todas las miradas del club recaen sobre mí, pendientes del cincuenta por ciento del equipo que hace apenas tres meses se proclamó subcampeón del mundo en categoría júnior. El otro cincuenta por ciento aún negocia con su padre, apoyado en la barandilla metálica que circunda la pista.

Busco la parcela que nos han asignado. Tengo frío, sueño, y por delante aguarda una jornada de entrenos a pleno rendimiento en el hielo y fuera de él, ampollas, magulladuras y alguna que otra bronca de Gilles.

Soy absurdamente feliz.

Sonríó como una tonta al contemplar ante mí la prometedora perspectiva de mi primera temporada en sénior. En la élite.

Bienvenida a la gloria, Suzanne Boucher.



La gloria es efímera.

Nunca he sido una chica enclenque, supongo que debido a que me he pasado más de media vida con las rodillas hincadas en el hielo y aspirando el vapor que emana de él, pero en esta ocasión, la vuelta a la rutina de los seis grados bajo cero se ceba con mis defensas y me postra en la cama. Con catarro y sin poder entrenar, subsisto a caldos y frustración durante más de una semana.

Mis padres, siempre pensando en mi futuro como un par de centinelas, sugieren que invierta el tiempo en repasar el temario del curso de Administración en el que acordaron matricularme el año pasado. Creo que ninguno de los dos acepta que lo llevo de cráneo. Los apuntes que me

prestó una compañera me adormecen más que la medicación, así que me limito a trastear con el móvil, dormir a intervalos y recrearme con reposiciones de películas antiguas.

Para cuando mi madre decide que estoy lo bastante repuesta para abandonar mi celda y volver a entrenar, tengo tantas ganas de patinar que salgo de casa en estampida. Hace un par de días que no recibo noticias de Tom, y lo último que supe de él fue a través de mensajes cortos en los que deseaba que me recuperara pronto. Ni Gilles ni él han venido a visitarme: ya es suficiente con un enfermo en el equipo como para hacer frente a un contagio. El tiempo apremia, y ni ellos ni yo podemos consentir más demoras. La plata en un campeonato es un premio y una condena a la vez: hasta que no consigues el oro siempre planea sobre ti la sombra del azar.

A la altura de la avenida Alexis Carrel, saco mi móvil de la bolsa de los patines y marco el número de Tom. Tardo menos en hacerlo de memoria que en buscar la T en el listín.

Tras varios tonos sin respuesta, cuelgo. Estará en el hielo, ejercitándose en solitario para no oxidarse. Lo imagino choteándose de mis debilitados músculos en cuanto entre por la puerta de la arena René-Masson. Acelero el paso. Tal vez incluso ya hayan avanzado en el montaje del libre. Acelero todavía más.

Las calles de Montreal exudan verano a mi paso. Toda la isla derrocha tirantes, sandalias, risas infantiles, jazz y brisa de río. Yo desentono con mis mallas opacas, mi sudadera, mis calentadores y mi hambre de hielo. A pesar de la prisa, me detengo unos segundos; de pie sobre la acera, cierro los ojos e inhalo con fuerza. Me empapo de sol, de arces reverdecidos, de hogar.

Cuando llego a la arena, me sorprende la cantidad de vehículos apostados en el aparcamiento. Es martes, no hay ningún evento previsto — que yo sepa—, y conozco lo suficiente mi pabellón como para saber que los coches del puñado de patinadores que entrenan a puerta cerrada no abultan tanto. Atravieso las puertas de chapa roja con la inexplicable sensación de que algo ha cambiado durante mi retiro. Como si en lo más profundo de mi luminoso día hubiera comenzado a gestarse un tumor que no logro extirpar.

La primera pista me arrea en la cara en cuanto pongo un pie en el

interior del edificio. Periodistas. Periodistas acreditados. Periodistas acreditados que se agolpan como aves de rapiña ante la estrecha sala de prensa, en desuso desde tiempos inmemoriales. El tumor crece, se expande, penetra en mis huesos y me hace tiritar.

Trato de aparentar normalidad al saludar a Amandine, la recepcionista, como todos los días; un movimiento desenvuelto de mi mano que acaba convertido en un remedo trémulo y enfermizo. Ella esquivo mi mirada y finge concentrarse en la pantalla del ordenador. Está apagada. Lo veo en el reflejo de sus gafas sin montura.

Me descubro a mí misma temblando. Tiemblo tanto; tiemblo tan fuerte.

A pesar de todo, me siento tranquila cuando me adentro en la sala como una reportera más. Frente a mí, la mesa cubierta de erosionado paño azul. Tom y la chica nueva, Marion Gosselin, están detrás de ella, flanqueados por Gilles y por Annette.

Es la paz de la metástasis, supongo.

Nadie repara en mi presencia. Me quedo paralizada al fondo de una sala, dentro de un recinto, a los que he entregado mi vida y en los que ahora parezco no pintar nada.

Los flashes destellan a mi alrededor, dejándome aún más ciega de lo que, al parecer, he estado.

Tom y Marion Gosselin dan un sorbo a sus respectivos botellines de agua. Intuyo la proximidad de la bomba en cada gesto de complicidad, en cada mirada, en la forma en que sus brazos se rozan más allá del mantel. Aguardo estática la detonación.

—Buenos días a todos —comienza Tom, y yo me pregunto, en algún lugar de mi embotada cabeza, cómo puede irradiar tanta seguridad un cuerpo tan flacucho— y gracias por acompañarnos.

—Disculpad las prisas. —Algunas risillas resignadas secundan las palabras de Gilles, que, al contrario que su hijo, parece nervioso, incómodo, culpable dentro de su gabardina—. Queríamos que fueseis los primeros en enteraros para evitar especulaciones que perjudiquen el rendimiento de los atletas. Os hemos reunido aquí, con permiso de la federación canadiense de deportes de hielo y de los... implicados en el asunto, para presentar al nuevo equipo con el que el club de patinaje Île-

de-Pierre competirá la próxima temporada en la modalidad de parejas sénior: Tom Girard y Marion Gosselin.

En un futuro, cuando alguien escriba las memorias de Suzanne Boucher, campeona del mundo, vencedora del Grand Prix, medallista olímpica, dirá que las calles de Montreal exudaban verano cuando su vida voló en pedazos.



Vago durante horas sin saber qué hacer, adónde ir. Quién soy. Lo tenía tan claro cuando salté de la cama y agarré la bolsa púrpura de los patines... Entonces parecía rellena de plumón. Ahora soy consciente de lo que pesa. Más de lo que me ha pesado nunca, incluso en los tiempos remotos en los que esa bolsa abultaba más que yo.

Deambulo por la superficie de la ciudad callejeando entre violonchelos, saxofones y los últimos estertores del festival de jazz; huyendo del sol, la brisa y las risas veraniegas. Deambulo también por debajo, cuando mi andar errático y mis deseos de sepultarme bajo tierra me llevan hasta el RÉSO, el entramado subterráneo que protege a los habitantes de Montreal de los rigores del invierno. Por suerte para mi humillado espíritu, se halla prácticamente vacío en esta época del año.

Alcanzo las escaleras mecánicas herida de muerte donde más me duele: los patines. Los escaparates de las boutiques y los pasillos marmóreos se convierten en un túnel tenebroso; miro sin ver los carteles que conducen a la Place des Arts y la escasa gente que sigue sus indicaciones. Mi mente se niega a avanzar; se quedó atorada en la mesa azul de la sala de prensa, y en todo lo que vino después de que sus cuatro ocupantes se dieran cuenta de que yo —una de las «implicadas en el asunto», quizá la más implicada en el asunto, quizá la única de verdad cubierta de mierda hasta las cejas en el asunto, y también la única a la que, casualmente, se les olvidó convocar— estaba allí. Rememoro todo cuanto se dijo en los minutos infernales que pasé antes de salir corriendo.

Annette. Se comportó como si yo no existiera. Se limitó a charlar con un círculo de periodistas ávidos de carroña ante los que exponer las grandezas de su hija. «Sí, hace tiempo que nos planteamos desafíos nuevos. Marion ha ganado todo cuanto podía ganar en solitario y necesita

motivaciones frescas. Para eso vinimos a Canadá». «Sí, patinar en pareja supone un gran reto. Marion prácticamente deberá olvidar lo que sabe y aprender de cero». «Sí, los chicos ya han comenzado a entrenar y están entusiasmados. Desde el primer momento nos sorprendió su capacidad de adaptación. Gilles y yo estamos seguros de que formarán un gran equipo». «No, no hablaré sobre Boucher. Lo siento».

Marion. Ella fue mucho menos elocuente. Su expresión al verme aparecer se redujo a un minúsculo tic en ese rostro perfecto de sirena zalamera, como si se hubiese colado un insecto a través del conducto de ventilación.

Gilles. Lo de Gilles sí que me dolió. Él es como mi segundo padre. O lo era. Se lo veía más afectado que al resto, pero, dadas las circunstancias, me importa poco su congoja. Me acaba de borrar de su equipo para cederle el puesto a una recién llegada, como si los últimos diez años de relación profesional y personal conmigo no hubiesen existido. Ha dejado mi carrera colgando en el vacío. Y ni siquiera ha tenido el valor de informarme antes que a la prensa. ¿Vas a poder mirarme a la cara de nuevo, Gilles? ¿Vas a venir a mi casa el día de Navidad con una barba de pega y unos protectores nuevos en el bolsillo interior de tu gabardina? ¿Vas a invitarme a cenar con tu mujer y tus hijos para celebrar vuestro aniversario, o que a Melanie se le ha caído otro diente, o que a Lisa la han ascendido en el trabajo? ¿Vas a acompañarme al fisio y a agarrarme la mano mientras colocan ese hueso en su sitio? Me importa una mierda tu congoja, Gilles.

Pero nadie, nada, me ha infligido tanto daño como Tom. Mi mente reproduce nuestra conversación en bucle. Tom, Tom, Tom... Veinte años yendo de flor en flor y ahora pierdes la cabeza por una francesa estirada que no sabe ni lo que es un lasso. Dios mío, Tom, qué estúpido eres... Esto no estaba en el contrato. Nunca me dijiste que la Ley de Amigos y Compañeros Eternos Dentro y Fuera de la Pista incluía un abandono y una humillación pública en la cúspide. ¿Y qué hago yo ahora? ¿No merecía ni siquiera una llamada? Una puta llamada. ¿Cómo te atreves a pedirme que me calme? Que merecía más que una llamada, dijo, pero mi enfermedad lo complicó. Que debían hacerlo público de inmediato para que la federación les diera permiso de competir juntos la próxima temporada. Que querían prepararme para la noticia poco a poco; ¿quién iba a imaginar que yo

aparecería ese día en el club? Que se enamoró. Que no lo vio venir. Que mientras yo permanecía recluida en casa con mis mocos y mis caldos, él se encontró con Marion (me resquema el tono devoto con el que pronuncia su nombre, como si se le hubiese aparecido la mismísima Marie-Reine-du-Monde) en la pista y comenzaron a conocerse mejor. Que es el amor de mi vida, Suzette. Que lo siento, pero esto es lo que el corazón me pide que haga, que necesito hacerlo, que lo voy a hacer. Que lo que siento patinando con ella no lo he sentido con nadie, ni siquiera contigo. Que lo lamento, Suzette.

Excusas. Vacías. Baratas. Ridículas. Todas.

A mi alrededor, las tiendas del RÉSO se disponen a echar el cierre. Ya es la hora de la cena. Debo volver a casa y acostarme antes de las ocho si quiero rendir en el entreno de mañana.

¿Qué entreno, Suzette? ¿Con qué entrenador? ¿Para qué club? ¿Junto a qué pareja?

Me sudan los tobillos bajo los calentadores, y la trenza que me peiné esta mañana es un amasijo de nudos y mechones insurrectos. Vuelvo a casa a rastras, dejándome el alma y la gloria tiradas en el RÉSO de Montreal.

Frente al 8345 de la avenida Louis Lumière encuentro un coche de policía, a mis padres al borde del colapso y un montón de llamadas perdidas en mi teléfono móvil: de mi madre, de mi padre, de Gilles, de Alexia, de Sheila, de Lisa, de Amandine. De Tom. De Tom hay decenas de llamadas, que borro sin contemplaciones.

Papa et maman me reciben con un festival de preocupación, histerismo, alivio y reproches. Gilles los llamó para prevenirlos de que no me sentía bien —muy considerado por su parte— y que me había marchado corriendo de la arena tras discutir acaloradamente con Tom y con él mismo frente a una decena de periodistas. Han estado tratando de comunicarse conmigo desde entonces, hasta que decidieron llamar a la policía, me aclaran, como si la histriónica luz azul y roja que cuarteaba la noche no fuera obvia.

Los dos hombres de uniforme formulan algunas preguntas en el salón de casa. Corroboran que estoy bien, que no he sufrido ninguna agresión y deciden marcharse sin dar parte. Sé lo que piensan: otra niña prodigio amotinada contra el mundo. No me molesto en justificarme; tan solo

aspiro a llegar a mi habitación y expirar sobre el edredón antes de que sea el día de hoy el que termine conmigo. Dejo caer la bolsa de los patines en medio del pasillo. No se moverá de ahí en semanas.

De camino a las escaleras, paso por delante de André y de Sarah sin pronunciar palabra. Pobres papa et maman. Son la viva imagen de la impotencia, ahí parados, los brazos por los suelos, aguardando con ansia mal disimulada una explicación que no se atreven a pedir. Me mortifica verlos así, pero mi dolor ocupa más. Hoy mi dolor lo llena todo, y ya no queda sitio para el suyo.

CAPÍTULO III

Mi habitación podría considerarse un santuario del patinaje. Siempre ha sido así, incluso cuando el patinaje era un aliado y no el perro taimado en que se ha convertido ahora.

Son casi las cuatro de la madrugada. Mis párpados llevan horas declarados en rebeldía. Faltan diez minutos para que suene el despertador que indefectiblemente cada noche, durante los últimos diez años, me ha anunciado que es hora de ir a entrenar, y que indefectiblemente cada noche, durante las últimas semanas (varias. Muchas. No sé cuántas. Mi madre lleva la cuenta mejor que yo), me ha recordado que ya no hay ningún entrenamiento al que acudir.

No he sido capaz de desactivar la alarma todavía.

A través de las rendijas de la persiana husmea la luz de una farola, troquelando los contornos de un sillón frente a las cortinas, un cabecero de estilo rústico fabricado en serie, las puertas de un armario cubiertas de espejo. Toda una vida sobre el hielo.

Colgado de una percha, asoma un maillot de la temporada 2013-2014, blanco y con pedrería de cristal en forma de gotas. Los acordes de la Lacrimosa de Mozart resuenan en mi cabeza con solo ver los pliegues de organza, ahora marchitos. En la estantería se acumulan trofeos y medallas, desde la diminuta copa de latón del torneo Laval-Sainte Rose 2006 hasta la medalla de plata con la que hace unos meses me coronaron en Hungría, igual que a Sissi. Entre ambas, ramos de flores secas y marcos con fotografías: Tom y yo en lo alto del pódium, en Halifax, durante los últimos nacionales. Tom y yo en una foto de grupo el pasado diciembre en Barcelona, junto a todos los patinadores clasificados para la final del Grand Prix. Tom y yo antes de cumplir los dieciséis, tirados en el suelo del aeropuerto de Milán tras el mundial júnior, aquella vez que cancelaron todos los vuelos por culpa de la niebla y nos quedamos treinta y ocho horas atrapados en la terminal. Tom y yo haciendo el payaso en Little Italy. Tom y yo jugando con su hermana en el jardín trasero. Tom y yo en mi fiesta de graduación. Siempre Tom y yo.

Sobre el sillón reposan los peluches arrojados al hielo por la fiebre de los fans, y que los caddies se encargaron de rescatar para mí. Mi favorito es un muñeco de nieve disfrazado de Charlot que me lanzó una niña en Ottawa, la primera vez que Tom y yo conquistamos los nacionales. Iba acompañado de una nota escrita por su madre: se había enterado de lo mucho que me gustaba Chaplin desde que, a los nueve años, patiné sobre la canción Smile, de la película Tiempos modernos. La niña en cuestión se había gastado la paga de todo un mes en comprar el peluche y rogaba que llegase a mis manos; era la única manera que se le había ocurrido de expresar cuánto le gustaría, de mayor, ser como yo. Me pregunto qué pensará ahora viéndome reducida al fracaso.

Hay pósters de mis patinadores favoritos en tres de las cuatro paredes; las figuras inmortalizadas en ellos proyectan líneas fantasmagóricas sobre mi colcha de patchwork y me miran con lástima.

Durante los días que paso encerrada en mi cuarto, justo después de que mi compañero y mejor amigo me cambie por otra como si yo fuera un cromó repetido y ella, el que le falta para terminar la colección, observo cada uno de esos objetos muchas veces. Hasta la obsesión. Pero ya no logro verlos como antes. Donde hay terciopelo y lentejuelas, solo atisbo una enorme mancha de brea derretida corrompiéndolo todo. Donde hay peluches, tan solo adivino los huecos vacíos de los regalos que ya nunca llegarán. Donde hay medallas, únicamente percibo la mueca burlona de un futuro que aguarda el momento en que alguien certifique, por fin, la hora de su muerte.

Desde el otro lado de la barricada llegan palabras de consuelo y súplicas para que coma algo. Como si los carbohidratos fueran importantes ahora. Mis padres no dejan de intentar traspasar la barrera del pestillo varias veces al día. Son los únicos que, al menos, siguen ahí. Gilles vino en una ocasión a casa para tratar de hablar conmigo y pedirme disculpas — disculpas que llegan tarde, disculpas que no quiero escuchar—, pero mi hosquedad debió de surtir efecto, porque se marchó al poco tiempo y no ha vuelto a rondar más por aquí.

La alarma retumba en la mesilla de noche. La apago de inmediato, pero en lugar de saltar del colchón y correr hacia la ducha, instigada por el aroma del café recién hecho y los gritos de mamá vaticinando que llegaré

tarde a entrenar, me arrebujó todo lo que puedo bajo las sábanas y vuelvo a pasear mis ojos desquiciados por las paredes de la habitación.

Hoy tampoco saldré. Este es ahora el único lugar seguro para mí. El dormitorio de una niña que consagró toda su infancia al patinaje, de una adolescente que consagró toda su juventud al patinaje, de una mujer dispuesta a consagrar al patinaje el resto de su vida, y a la que el patinaje dejó suspendida en el abismo.



Entonces un día, simplemente, no puedo más. El dolor se hace más fuerte que mi aliento, y los quejidos del otro lado de la puerta no ayudan a amortiguarlo, sino a que arraigue en mi interior igual que una hiedra en un edificio en ruinas.

Salgo de mi cuarto por primera vez en semanas. Bajo los peldaños de dos en dos y agarro los patines —aún en el pasillo, donde los dejé— por las cuchillas. Las sostengo ante mis ojos unos instantes, sopesando si cortarme las venas con ellas, como desearía, como tal vez debería, o si darles un uso diferente. Sin pensar demasiado, encamino mis pasos hacia la arena René-Masson. Necesito patinar. Esa es la única conclusión a la que he llegado durante mi aislamiento. Quizá pueda sobrevivir sin mi mejor amigo, pero no sobreviviré sin el patinaje. No podría soportarlo. La herida que tengo en el alma se inflama y supura, y debo ponerle hielo. La primera gran lección de mi vida no la aprendí en los libros, sino en una pista de Laval: lo que te causa el daño es lo mismo que te lo cura.

Todo es tan normal a mi llegada al club que asusta. Todo sigue en su sitio: las puertas de chapa roja, el suelo de gres, Amandine y sus gafas sin montura en la recepción. No se ha vencido el techo ni ha gripado el motor de la Zamboni ni se ha extinguido la especie humana durante mi ausencia.

A estas horas la pista está casi vacía. Para la mayoría de los miembros del club resulta imposible subsistir como atletas a tiempo completo, por lo que suelen entrenar de madrugada y por la tarde. Las horas de la mañana, en las que unos asisten a la escuela y otros, a sus puestos de trabajo, son las más tranquilas.

Me siento en un banco y me quito las zapatillas deportivas; tiro del calcetín y descubro el tatuaje que recubre mi empeine izquierdo. Acaricio

suavemente la piel impregnada de tinta. Es todo lo que necesito para saber que no estoy muerta.

Me calzo los patines y golpeo el suelo con el talón tres veces. Después de ajustar la lengüeta, afianzo las nueve primeras ataduras con meticulosidad; al llegar al tobillo, amarro los cordones en cada enganche, primero de arriba abajo y luego de abajo arriba. Ato un nudo doble y, por si acaso, paso el lazo sobrante por los ganchos superiores para reforzar la sujeción. La cabeza me da vueltas.

Es la primera vez que lo hago en semanas.

Es la primera vez que lo hago sola, sin Tom ni Gilles zascandileando a mi alrededor, en diez años.

Mi cerebro y mi respiración trabajan a toda velocidad, y yo necesito detenerlos. Congelarlos. Me lanzo al hielo con la mente en blanco; encadeno un tres con un mohawk, luego otro, y cuando me doy cuenta, mis dedos ya tocan el extremo opuesto de la barandilla. Dejo que me invada esa indescriptible sensación de libertad y tiranía que solo me proporciona el hielo. Es mi tortura y mi salvación.

Me dejo llevar por las cuchillas, que se envalentonan y comienzan a describir figuras más arriesgadas, piruetas y algún que otro salto. El viento que yo misma genero al desplazarme me retumba en las sienes. Cada crujido del hielo bajo los filos supone una inyección de savia en mi sistema, hasta alcanzar la sobredosis. No hay música, pero tampoco me hace falta: una melodía sin partitura resuena en mi cabeza y marca un ritmo in crescendo hacia la explosión final. Creo que mi alma pesa menos cuando regreso a los vestuarios, empapada en sudor pero llena de energía.

Seco a conciencia las cuchillas con una gamuza y luego las recubro con sus fundas. Mientras lo hago, intento no pensar en lo extraño que resulta patinar sin compañero. Sin más huellas en la pista que las mías. Ahora solo somos dos: el hielo y yo, y por primera vez puedo llegar a aceptar que ya no seamos tres. Duele, pero puedo vivir con ello.

A toda prisa, me calzo las zapatillas, me peino con los dedos frente al espejo, me lanzo un chorro de agua a la cara y salgo. Me ducharé al llegar a casa.

No he dado ni dos pasos fuera del vestuario cuando un sonido procedente de la pista me frena en el sitio. Es un murmullo difuso que

poco a poco va cobrando la forma de un bandoneón y una guitarra.

Es el tango que Gilles, Tom y yo elegimos para el programa corto de la próxima temporada; la letra habla de amores atormentados y relaciones enfermas. Lo ensayamos tantas veces durante la pasada primavera, antes de las vacaciones, que podría ejecutar cada elemento con los ojos cerrados.

¿Por qué suena? Nosotros no solemos ensayar a esta hora. Normalmente yo estoy en clase en la HEC Montreal a esta hora.

Tardo en caer en la cuenta de que sus horarios ya no dependen de mi agenda.

Sé que dolerá. Sé cuánto lo hará. A pesar de ello, mis pies caminan de nuevo hacia la pista.

Cuando asomo la cabeza, veo a Tom y Marion; atienden sin pestañear a las instrucciones que imparten Gilles y Annette. Él luce unos patines nuevos. Ella, el espectacular vestido, con un estampado vaporoso de aires porteños, que habían diseñado para mí. Estira una pierna, el rostro concentrado, la espalda erguida. Hace lo mismo con la contraria. Annette, con modos de sargento, la insta a repetir el movimiento hacia atrás, a hacerlo otra vez, a calentar cada músculo, a poner a prueba los límites de su anatomía.

Tom y Marion se desenvuelven en el hielo con la delicadeza de una figurita de porcelana; fuera de él, yo, ojerosa y patética, enumero en voz baja y rota cada paso, cada elevación, cada elemento que forma parte de mi programa, ejecutado con mi compañero y mi vestido por una mujer de moño inamovible y ojos alargados que no soy yo. Que ya nunca seré yo.

Es demasiado para mí. Me precipito fuera, lejos. Echo a correr. Rompo a llorar.



Lloro, lloro, lloro por primera vez desde que toda esta pesadilla comenzó. Lloro con todo mi cuerpo, con desesperación, con ansiedad. Lloro el kilómetro y medio que separa el pabellón deportivo de la vivienda pareada, con porche delantero y celosías, a la que nos mudamos hace seis años, y me derrumbo tras la puerta nada más llegar. La moqueta color crema del recibidor acoge mi llanto y mis espasmos sin pedir explicaciones.

Mi madre aparece en el umbral de la cocina, con las manos crispadas alrededor de un paño.

—Suzette, ¿qué pasa? ¡Suzette!

Sus preguntas no cesan mientras se parte la espalda por tratar de incorporarme, pero a mí me llegan a ráfagas, amortiguadas por la moqueta y por mis propias convulsiones. En un momento dado, debe de darme por perdida, porque se tumba junto a mí y me abraza. Sus lágrimas mojan mi pelo. Su piel huele a una mezcla entre desinfectante sanitario y pastel de carne que mi memoria asociará ya siempre con mi madre.

—Cariño, pensé que te encontrabas mejor... Cuando llegué del trabajo y vi que no estaba la bolsa de los patines creí que... ¿Qué ha ocurrido, Suzette?

Odio el matiz de desolación en su voz, pero mi garganta calla más allá de los gemidos que vomita mi desconsuelo. Mi pecho grita en sacudidas silenciosas.

—Todo va a estar bien... Te lo prometo, todo va a ir bien.

Me gustaría tanto creerte, maman...

—Suzette, mi pequeña Suzette, todo va a estar bien...

Se balancea adelante y atrás conmigo entre sus brazos, como cuando era niña y me acunaba para ahuyentar a las pesadillas, hechas un ovillo las dos sobre el suelo de esta casa de paredes cremosas y cortinas de plumeti, de chimenea de mármol y cojines tejidos a mano. Esta casa de algodón que hoy raspa.

Cuando consigo calmarme —o al menos dejar de retorcerme sobre mí misma—, la verdad sale de mi boca a dentelladas. Las lágrimas han dejado una huella reseca en mis mejillas que se agrieta al hablar.

—Patinar era lo único que siempre estaba ahí, maman, sin importar lo demás —decirlo en voz alta alivia y lacera a un tiempo—. Para eso vendimos la casa de Laval. Para eso dejé atrás a mis antiguos compañeros. Para eso papa consiguió otro trabajo y gastasteis tanto dinero. Para eso renuncié a sacar buenas notas. Para eso madrugué los domingos y me quedé en casa los viernes, y me olvidé de llevar una vida normal. Para eso soporté cada moratón, cada ampolla, cada cortadura, cada golpe, cada lesión. Para seguir patinando y patinando y patinando. Y ahora ya no está, y no sé qué va a pasar. No sé qué voy a hacer...

—Lo sé, Suzette. Pero hay solución. Si quisieras escucharnos... El otro día, cuando Gilles estuvo aquí...

—¡No me hables de Gilles!

—Cariño, por favor. —Me acaricia el pelo, como si ese gesto fuese a arreglar algo. A mi pesar, lo consigue—. El otro día, cuando Gilles estuvo aquí, solo pretendía ayudar.

—Ya ha hecho demasiado por mí.

—Sí. Y se siente fatal por ello. Dale un voto de confianza, cariño. Esa tarde, después de que no quisieras recibirlo, habló con nosotros. No te imaginas lo mucho que está sufriendo...

—¿Y os lo creísteis? No estabais allí aquel día. No oísteis cómo habló de Tom y de Marion. Cómo habló de mí.

—Tú sabes cómo funcionan esas cosas, Suzette. Lo que se ventila en una rueda de prensa suele tener poco que ver con la realidad.

Tiene razón, pero, ofuscada y herida como me siento, me niego a dársela.

—Gilles está dispuesto a cualquier cosa con tal de ayudar —prosigue—, y nosotros estamos de acuerdo con él. —Baja la voz y me mira con reticencia. Las dos cosas me llevan a pensar que tiene pavor a mi reacción—. Nos propuso reunirnos con la federación, incluso dedicar él mismo todo su tiempo libre a buscarte otro compañero.

Otro compañero.

Las palabras calan en mí y me incorporo de repente, horrorizada. Mi madre escruta en mi mirada a la espera de una respuesta, pero me he quedado en blanco.

Otro compañero.

Ni siquiera he barajado esa opción. No sería el primer caso ni tampoco el último, pero llevo diez años formando parte del mismo equipo, unida con empuje a un solo patinador, moviéndome en un engranaje tan bien ajustado que cualquiera diría imposible de parar. Empezar de cero con otra pareja es algo que hacen los demás, los que dan tumbos, los que no llegan a nada.

Escúpelo, Suzanne: los perdedores.

Y los traidores, por supuesto. También los traidores.

Ellos, quizá. Yo, no. Jamás.

¿Otro compañero?

CAPÍTULO IV

San Petersburgo, 8 de enero de 2017

Divenskaya, 2.

El taxi se detiene junto a la acera cubierta de nieve. El conductor carraspea y me señala con el índice el precio del servicio. Rebusco en mi monedero; reviso cada una de las monedas que me dieron en la oficina de cambio del aeropuerto antes de estar segura de entregarle la cantidad correcta de rublos. Aguardo a que me dé el visto bueno, cosa que hace con un gesto casi imperceptible de la cabeza, y, después, abro la portezuela y me apeo en una calle que parece tan aterida y devastada como yo. El domingo y la ciclogénesis explosiva se han confabulado para disuadir a los lugareños de salir.

Saco mi equipaje del maletero sin ayuda —ni intención aparente— del chófer, que arranca en cuanto lo cierro. Me quedo sola en la acera, bajo la tormenta que sigue azotando desde el cielo. Frente a mí, con vistas a una pequeña plaza arbolada y a la sede de un banco, se alza el número dos de Divenskaya ulitsa. Mi destino.

Miro hacia arriba. Hasta hace escasos segundos, lo único que sabía de mi nuevo compañero es que su nombre completo es Nikolai Petrovich Tsvetkov, aunque todos en el circuito lo conocemos como Kolya; que tiene veinticuatro años, y que su palmarés incluye varias victorias en la serie del Grand Prix, dos campeonatos de Europa, dos títulos consecutivos de campeón de Rusia y un diploma olímpico. Ahora, además, sé que reside en un edificio viejo y ecléctico en el distrito de Petrogradsky, con ladrillo visto de color rojo, molduras barrocas en las ventanas y un portalón de forja herrumbroso del que pende un adorno de Navidad ya caduco. O eso es lo que logro atisbar a través del remolino de copos que en apenas unos segundos ha teñido la capucha y los hombros de mi anorak.

Identifico, a punto de ser devorada por el miedo, los nervios y la cobardía, una brizna de lo que me ha traído hasta aquí: las ganas de empezar de nuevo.

Al otro lado de ese portalón está la Suzanne que quiero ser.

La que hasta hace unos meses creí que ya era. Detrás de ese portalón me espera, por fin, la oportunidad de volver a calzarme los patines tras la sequía.

Mi instinto de supervivencia, que no desea morir sepultado por el temporal, me impele a respirar hondo y acercarme a la verja, solo para toparme con el segundo gran obstáculo del día: no hay portero, y para abrirla hace falta un código numérico. Código que, por supuesto, no tengo, como tampoco tengo opción de ponerme en contacto con mi nuevo compañero y su/nuestra entrenadora. Después de todo, tal vez hubiese sido mejor permanecer al abrigo de los radiadores del aeropuerto. He agotado demasiado pronto mi único cartucho.

Aporreo la reja como medida desesperada, pero no cede ni un milímetro. Echo un vistazo a mi alrededor; la calle sigue vacía, gélida. Reprimo las ganas de llorar y me resigno a morir a causa de la gangrena en mi primer día en el extranjero.

Por el amor de Dios, Suzanne, vienes de Montreal, no del Caribe.

En ese momento, un vecino kamikaze que se arriesga a abandonar la calidez del hogar abre la verja desde dentro, y mi terror se transforma en alivio. Podría darle un beso a este hombre que me mira con desconfianza y que se ha convertido, sin saberlo, en mi salvador. Susurro un vehemente «gracias» en inglés y me dispongo a entrar, pero él se adelanta y sale primero, sin dirigirme la palabra. Mantengo mi oferta del beso, pese a sus nefastos modales.

Cruzo el umbral antes de que la puerta se cierre y atravieso el patio interior, desierto a excepción de un par de cubos de basura. La gruesa capa de nieve amortigua el ruido de las ruedas de la maleta sobre el pavimento irregular, un escándalo impropio de un domingo temprano. Ya en el portal, parpadeo hasta que mis ojos, cegados por el blanco nuclear del paisaje allá afuera, se acostumbran a la oscuridad. Todo mi cuerpo suspira de consuelo al dejar de sentir los latigazos sibilinos de la nevada. No hay ascensor; localizo unas escaleras de terrazo desgastado y arrastro mi equipaje por ellas en dirección al último piso. Empiezo a sospechar que a Rusia le gusta ponerles las cosas difíciles a los recién llegados.

En la quinta planta aguarda la puerta de mi nueva vida. Mis nudillos vacilan antes de repicar sobre ella. No hay respuesta. Toco una segunda

vez. Me siento en el suelo, no demasiado limpio, a esperar, flanqueada por la maleta y por la bolsa de los patines, que facturé como objeto frágil.

La hoja de madera se abre ligeramente. Una milésima de segundo después, el mismísimo Kolya Tsvetkov asoma la cabeza por el hueco.

Un Kolya Tsvetkov despeinado y con aspecto de acabar de salir de la cama.

Me pongo en pie de un salto y me esfuerzo en disimular lo mucho que me tiemblan las piernas.

—¡Oh! Ya pensaba que no había nadie —pronuncio, en mi inglés más cálido, mientras le tiendo una mano enguantada. Mis nervios se traducen en una sonrisa rígida—. Lo siento. ¿Te he despertado? Creía que nos encontraríamos en el aeropuerto, pero después supuse que con este clima os resultaría imposible llegar. No te preocupes, he venido en taxi. No ha sido muy difícil. —Paso por alto que él ni siquiera ha hecho amago de estrechar mi mano, que sigue extendida en el aire. De repente, una idea me ronda la cabeza—. ¿No hablas inglés? Dios mío, pensaba que hablabas inglés. Esto va a resultar extremadamente complicado...

Kolya me mira como si yo fuera un ejemplar extraño conservado en formol. Lo entiendo. Su pelo ralo y negro, sus ojos oscuros, que ya he visto antes, hoy se me antojan diferentes. Rodeado por el marco de la puerta, también me parece más alto de lo que recordaba. Caigo en la cuenta de que nunca nos hemos encontrado lejos de las pistas.

Mi mano desiste mientras yo espero una respuesta que no llega. Entonces, me acuerdo de que la única ocasión en que hablé con Kolya nos comunicamos sin dificultad. Cierto que él apenas habló, pero recuerdo haber oído un «encantado» y un «nos veremos» salir de sus labios.

Abro la boca y... ahí voy otra vez.

—Claro que hablas inglés, qué estúpida... Nos presentaron en Barcelona hace un año, en la final del Grand Prix, ¿te acuerdas? Justo antes de la exhibición. Y ahora... Dios mío, apenas puedo creer que ahora yo esté aquí...

Mi sonrisa se ensancha, pero el gesto de él no varía. Oteo por encima de su hombro para ver si se da por aludido y me deja entrar, pero no reacciona.

Los nervios se apoderan definitivamente de mí y toman el control.

—Tienes razón, soy una maleducada. —Me quito los guantes a trompicones para ofrecerle una versión mejorada de mi saludo—. Aparezco aquí, cubierta de nieve, y ni siquiera me presento como es debido.

Quizá no me reconozca. El maquillaje es capaz de obrar milagros. Además, cuando nos conocimos, él ya era una estrella del patinaje, y yo, tan solo una promesa júnior. La promesa dorada de Montreal. Sin embargo, todo ha cambiado.

Ha cambiado tanto que asusta.

Alzo de nuevo la mano, decidida a hacer las cosas bien.

—Soy Suzanne Boucher, tu nueva compañera.

CAPÍTULO V

Tres meses antes

Cuando Gilles entra en casa, las manos hundidas en los bolsillos de esa gabardina por la que no pasan las estaciones del año, yo ya estoy sentada en el sofá con un cojín sobre el regazo y el mando del televisor en la mano. Frente a mí, un cuenco lleno de anacardos y varias latas de Pepsi. Se avecina una tarde larga, otra más.

—Hola, Suzette. —Me da un beso paternal en la frente.

No puedo evitar envararme. Le agradezco que esté aquí; son las siete de la tarde de un viernes y sé que ha tenido que posponer otros compromisos para llegar a nuestra cita. Mi relación con él ha ido mejorando con el paso de los días, pero eso no quiere decir que yo haya olvidado. Ni perdonado.

—¿Empezamos? —propongo impaciente; mis padres también han ocupado sus respectivos puestos, en una de las sillas del comedor y sobre un puf.

—Cuando quieras —acepta Gilles.

Le doy al botón, y el patinador austríaco Paul Hofer, cuya imagen había permanecido congelada en la pantalla hasta ahora, comienza su programa corto sobre la pista del TD Garden de Boston.

—Hay algo en este chico que no me convence. —Maman es la encargada de poner en palabras lo que todos pensamos. Hay algo presuntuoso y almidonado en su forma de moverse que a mí tampoco me gusta—. Da la impresión de no jugar limpio. ¿Recordáis el lío en el que estuvo implicado en el europeo? ¿Cuándo fue? ¿Hace tres años?

—Sí —confirmo—. Y es bastante antipático.

En pantalla, Paul Hofer saluda al público que ha acudido a presenciar el mundial de 2016, recuperando el aliento mientras las gradas aplauden hasta quemarse las palmas, ajeno al cónclave que medio año después de su actuación tiene lugar en mi salón.

—Pasa a Adam Hummill, Suzette.

Un entregado Gilles, mis padres y yo llevamos casi un mes involucrados en la búsqueda de un nuevo compañero, aunque hasta el

momento esta se ha asemejado más a una travesía por el desierto. Los primeros días nos centramos en peinar los archivos de la Unión Internacional de Patinaje, y nuestra propia memoria, en busca de patinadores que se hubiesen quedado sin pareja recientemente en la región de Quebec y en el resto de Canadá. Mis padres se pasaban las horas muertas en el trabajo rastreando vídeos en internet; Gilles, tocando teclas en la federación, y yo llamé por teléfono a todos mis contactos, sin resultados. Así que nos vimos obligados a replantearnos los requisitos: patinadores sin pareja en cualquier parte del continente. Bingo. Pronto concertamos dos pruebas con atletas estadounidenses. La pareja de Jonas Dunne había anunciado su retirada definitiva tras el campeonato del mundo, así que viajé un fin de semana a Detroit e hicimos una prueba en presencia de Gilles y de su propio entrenador, con intención de empezar a arreglar el lunes los trámites que nos permitieran competir juntos cuanto antes.

Con lo que nadie contaba era con que la prueba resultaría un absoluto desastre, ni con que yo desearía estrangularlo antes de que finalizara. Bastaron un par de horas para que todos nos diéramos cuenta de que jamás funcionaría. Y con Nikita Soloviov, un patinador de ascendencia rusa asentado en Nueva Jersey, ni siquiera llegué a intentarlo: me llamó un día antes de la fecha prevista para avisarme de que ya había encontrado pareja.

Después del chasco con Dunne y Soloviov, no me quedó más remedio que barajar otras opciones menos «exigentes»: cualquier atleta que aceptase patinar conmigo. Mi requisito de «que vivan en Quebec» se redujo a «que no les vaya demasiado bien en solitario y estén dispuestos a patinar en pareja». Que vivan donde sea. Y sobre todo —así de simple y así de triste—, que no sean zurdos.

A mi lado, Gilles mordisquea un anacardo mientras observa con ojo crítico los movimientos del galés Adam Hummill, que, a simple vista, goza de la complexión física adecuada para poder realizar elevaciones y saltos lanzados sin destrozar a su potencial compañera —a mí— en el intento.

Esta vez es papa el que se apresura a descartarlo; sospecho que Sarah y él querían estar presentes en la sesión de hoy para boicotear cualquier posible decisión que me aleje un océano de su protección.

—Es demasiado mayor para ti, Suzette —alega el ecuánime de André

—. Con suerte, le quedan en el patinaje dos o tres años. Eso no os da margen para progresar juntos.

Mi madre se pone de su lado.

—Cariño, tal vez deberías...

—No. —No quiero ni oírlo. No quiero ni pensarlo. Seguiré con esto. Hasta el final. Hasta donde tenga que llegar—. Gilles, ¿cuál es el siguiente?

—Anton Boychuk, de Ucrania.

Le doy al play una vez más; Anton, un viejo conocido del circuito júnior, sonrío desde la pantalla.

—¿Qué opináis? —pregunto cuando finaliza el programa que mi exentrenador ha seleccionado para hacernos una idea de sus aptitudes.

—Es bueno.

—Muy bueno —puntualizo.

Mis padres no se pronuncian. Creo que se han quedado sin argumentos.

—Si estás de acuerdo, puedo ponerme en contacto con su entrenador. Conozco a ese perro viejo desde mis tiempos de amateur. ¿Estás de acuerdo, Suzette?

¿Estoy de acuerdo? No lo sé. Sí, tal vez podría funcionar, pero... ¿Ucrania? ¿Boychuk? ¿Ahora?

Hasta el final, Suzette.

—Sí. Llámalo.

—Perfecto.

Mis padres están pálidos. Parecen a punto de caerse de la silla y del puf.

—¿Vosotros estáis de acuerdo? —pregunto, temerosa.

Durante un segundo, esa malcriada voz interior mía reza para que digan que no. Así tendré un chivo expiatorio al que culpar del fin de mi carrera como patinadora. En estos momentos, cualquier cosa me parece más fácil de afrontar que un billete de avión con destino a Kiev.

Mi madre es la primera en hablar:

—Nuestra opinión es lo de menos. —A pesar de que intenta disimular, su voz se resquebraja—. La que importa es la tuya.

—Pero... Bueno, Ucrania no está a la vuelta de la esquina...

Mi madre trata de disimular su gesto de dolor para no hacerme sentir mal. Pero la conozco.

—¿No cabría la posibilidad de que se trasladara él aquí?

—Sarah —interviene Gilles—, sabes que en este deporte, los atletas se trasladan allí donde están los entrenadores, no los entrenadores donde están los atletas. Y Suzanne...

No hace falta que termine la frase. Suzanne no tiene entrenador. Y todos en esta sala lo sabemos.

Mi madre se resigna y yo hago mi mejor esfuerzo por no traslucir pánico.

—¿Podemos, papa? —Miro a mi padre. Siempre se me ha dado fatal hablar de dinero.

—No será fácil. Pero creo que sí, al menos unos meses —corroboraba con el rostro traspasado por la pena—. Después ya veríamos cómo nos las arreglamos. ¿Tú estás segura?

Dios, no. Es imposible que esté preparada para algo así. Pero entonces pienso en el resto de mi vida, de mi vida sin el patinaje, y sé cuál es la respuesta correcta.

—Sí, papa.

—Pues ya está todo dicho. Gilles, por favor, avísanos en cuanto sepas algo. Y gracias.

—Lo haré. —Mi exentrenador lanza un vistazo al mando a distancia, que ahora reposa sobre el tapizado—. Aún queda un patinador, Suzette. ¿Le damos un repaso o estás decidida?

Me encojo de hombros.

—No perdemos nada...

—Kolya Tsvetkov —pronuncia como si tal cosa. Y lo más asombroso es que yo lo oigo y no siento nada especial. Como si ese nombre fuera solo un nombre más. Como si no fuera el nombre que más voy a escuchar en las próximas semanas, los próximos meses, los próximos años. Como si no fuera a cambiar mi vida.

—¿No se había retirado? —pregunto mientras busco en YouTube el programa que Gilles me indica, de la que él mismo califica como su época de gloria.

—No de forma oficial, aunque no se lo ha vuelto a ver desde el Grand Prix del año pasado. Por el momento no se ha inscrito en ningún torneo para esta temporada, pero ni su entrenadora ni él han dado explicaciones.

—Siempre me ha gustado cómo patina ese chico —anuncia mi padre, de vuelta a la conversación y a la realidad—. Es una pena que no llegara tan lejos como prometía.

—Perdió el rumbo; suele pasar. Pero era capaz de cosas increíbles.

Encanto. Encanto y carisma. Esas son las dos primeras palabras que cruzan mi mente al ver a Kolya Tsvetkov desplazarse por el hielo al compás de una música épica, marca de la casa. Basta un visionado para que los cuatro nos quedemos embobados frente al televisor.

Gilles palmea el sofá al verlo ejecutar un Ina Bauer dramático, perfecto.

—Sublime.

—¿Quieres intentarlo también con él, cariño?

Estoy hecha un lío.

—Ilumíname, Gilles, por favor.

—Tiene algo especial. O lo tenía. Pero es la escuela rusa, Suzette... No sé si podrías adaptarte. Solo hay que ver la técnica rigurosa de este chico. Tu punto fuerte es la presentación artística. Podríais complementaros, pero también corréis el riesgo de no empastar. Creo que Boychuk es la opción más asequible para ti. Aunque no perdemos nada por mandarle un e-mail también a Tsvetkov.

—Supongo que tienes razón. —No aparto los ojos de la pantalla—. Boychuk, entonces.



El rechazo de Anton Boychuk llega el mismo día en que comienza el primer Grand Prix en el que yo debería haber participado como sénior.

Ni siquiera ha querido realizar una prueba; su entrenador se ha mostrado tajante al declarar que Anton tiene por delante un futuro halagüeño en el patinaje masculino y que empezar de cero conmigo equivaldría a un suicidio deportivo. Ucrania desaparece de un plumazo de mi horizonte, y yo me siento frustrada y aliviada al mismo tiempo.

Gilles llama desde Chicago, donde se celebra el Skate America, la primera gran competición de la temporada, en la que participan Tom y Marion, para darnos la mala noticia. Mi mundo deja de girar de nuevo, como aquella mañana del mes de julio; no soy más que un estúpido péndulo roto. Todas mis ilusiones se hacen añicos justo en el momento en

que más necesito una palanca que me empuje a seguir. Prácticamente a diario recibo una llamada de algún compañero de clase, un antiguo vecino de Laval, algún periodista despistado o un viejo conocido que ha alucinado al ver a Tom por la tele patinando con otra y no entiende qué ha pasado. Y me llaman a mí, que sigo aquí, sola, aguantando un chaparrón que no deja de descargar sobre mi cabeza.

«Fue una decisión meditada y de mutuo acuerdo».

«Marion me parece una chica encantadora y una gran atleta. Estoy segura de que les va a ir genial».

«Ahora estoy ahondando en nuevas perspectivas».

He aprendido a mentir tanto y tan bien que, con el fin de librarme del acoso, cuelgo una especie de comunicado en Instagram mientras intento sortear el campo de minas en que se han convertido mis redes sociales. En menos de una hora recibo más de doscientos comentarios, la mayoría de aliento, aunque también unos cuantos cargados de crueldad y de elucubraciones insanas.

Lo que nadie sabe es que esas perspectivas a las que me refiero son cada vez más reducidas, como una soga que se estrecha en torno a mi cuello, y que el rechazo de Boychuk supone el tirón definitivo. Mis padres no se atreven a opinar por miedo a mi reacción; se limitan a ofrecerme su apoyo, pero en cada desayuno, en cada almuerzo y en cada cena, leo en sus ojos el pánico a que la puerta de mi dormitorio vuelva a cerrarse a cal y canto. Que llegue el día en que no se abra más.

Pero yo no he nacido para perder, eso es algo que ya deberían saber a estas alturas. Por eso, mientras el teléfono no para de sonar, y mientras los patinadores entre los que yo tendría que encontrarme desfilan por el Sears Center de Chicago, me insufla fuerzas escondida en mi cuarto, sosteniendo entre mis manos la foto de familia que nos tomaron tras la gala de exhibición del último Grand Prix, en Barcelona. En la imagen, Tom y yo aparecemos en una esquina; él me abraza por la cintura y yo sonrío. A pocos pasos de nosotros, Anton Boychuk alza orgulloso su puño. En el extremo opuesto, ligeramente apartado, Kolya Tsvetkov mira a la cámara con expresión hierática.

Al final, hice caso a Gilles. El mismo día en que él contactó con el entrenador de Boychuk, yo removí cielo y tierra hasta dar con el correo

electrónico de la entrenadora de Kolya Tsvetkov.

Y ahora, todas mis esperanzas recaen en su mirada oscura e indescifrable. En su carrera marchita. En la fe ciega de que mis ganas insaciables de ganar sean sus mismas ganas de volver a hacerlo.

Aún no he recibido respuesta, pero contestará. Sé que lo hará. Va a hacerlo. Tiene que hacerlo. No hay lugar para otra opción que no sea esa.

Toda mi vida depende de ello.

CAPÍTULO VI

La confirmación de que me marchó a Rusia no llega precedida de fanfarrias y trompetas, sino de un puñado de renglones escritos en un inglés precario.

Estimada Suzanne:

Yo escribo en nombre de Kolya Tsvetkov y en nombre mío para agradecer propuesta tuya. Kolya y yo encantados de recibir a ti en San Petersburgo para trabajar juntos. Dos nosotros emocionados con idea de unión profesional; tú patinadora apreciada por dos nosotros.

Tú y yo en contacto para organizar encuentro. Atentamente,

Evgenya Vasilievna Ilyushina

Por primera vez en casi cinco meses, me permito el lujo de respirar. Una bocanada de oxígeno galopa por mis venas y va transformando mi sangre en euforia. Esto no ha terminado todavía. No para mí. La idea de que mi última oportunidad venga de la mano de un patinador de modalidad individual con el que apenas he cruzado dos palabras en toda mi carrera, a más de seis mil kilómetros de mi hogar, me aterra tanto que me obligo a hacerla a un lado.

Cierro el correo electrónico y corro a comunicárselo a papa et maman; esa es la verdadera tragedia. Una cucharada de sal que se derrama, un plato que zozobra y el silencio crudo de la soledad llamando a la puerta. Sin embargo, se reponen rápido y se deshacen en felicitaciones. Cenamos mientras hacemos planes y listas interminables de cosas pendientes. A la mañana siguiente, Gilles me da un abrazo. Lo noto contento. Supongo que la noticia ha aligerado en parte el peso de sus culpas.

Escribo de nuevo a Evgenya para concertar con ella y con Kolya una reunión mediante Skype. De nuevo tarda varios días en responderme; cuando lo hace, fijamos la cita para el martes 6 de diciembre, ocho de la

tarde en San Petersburgo, doce del mediodía en Montreal.

No han dado las once y media y yo ya estoy conectada, sentada con la columna erguida ante el escritorio y provista de una taza del café de maman. Mi puntualidad no se ve recompensada, y tengo que aguardar, sin uñas, sin café y con los nervios de punta, hasta las doce y veinte para ver aparecer el rostro colorado de Evgenya Ilyushina en la pantalla de mi ordenador portátil. A su lado asoma el de un joven al que no conozco.

—¡Oh, disculpa, disculpa mucho! —Evgenya aproxima su boca a la webcam para gritarme a través de ella. Después, se gira hacia el muchacho y barbotea algunas palabras en ruso. El chico asiente y desaparece de mi campo de visión—. Tú disculpas retraso, yo avergonzada. Tecnología y yo enemigas. A punto de hacer quemar ordenador para buscar a ti en Skype. —Su inglés es pésimo, pero lo habla increíblemente deprisa. Y no parece tener intención de parar, al menos no todavía—. Chico aquí, lado mío en cibercafé, ayuda a mí. ¡Qué vergüenza! Primera reunión nuestra y yo retraso. ¡Vergüenza!

Esbozo una sonrisa que pretende ser tranquilizadora y que no pasa de temblorosa. La situación es extraña. He visto a esta mujer docenas de veces antes: en la tele, de refilón por los pasillos de los pabellones, en la prensa... Pero es la primera vez que la tengo así, a tan poca distancia —si es que seis mil kilómetros pueden considerarse poca distancia— y mirándome fijamente. Sus ojos son azules y lleva el cabello muy corto, teñido de un rojo artificial. Tiene la cara redonda, un tanto rechoncha, y ni todo el carmín que embadurna sus labios puede disimular las arrugas de una piel que ya no cumplirá los cincuenta.

—No pasa nada. Es un placer hablar contigo. ¿Estás en un cibercafé?

Ella aporrea unas cuantas teclas antes de responder.

—Sí. No internet en casa mía. Chico de telefónica dice que yo tengo que instalar, que barato, que imprescindible en tiempos que corren y muchas paparruchas más, pero yo no necesito. Es invento de demonio. Cuando yo necesito revisar correo mío, voy a Pasha y pido permiso para usar ordenador suyo. Pero Pasha no abierto a esta hora, así que yo busco cibercafé.

Agunto de forma estoica su perorata antes de formular la pregunta que me quema la lengua.

—¿Y Kolya? Creía que nos reuniríamos los tres.

—¡Oh, Kolya! Se disculpó tantas veces... Él dice a mí: «Zena, por favor, tú pides perdón a Suzanne por no acudir a cita». Mucho avergonzado él también. Pero compromiso importante. Publicidad. Él mucho apreciado aquí en Rusia; siempre entrevistas, eventos... Él dice a mí: «Zena, por favor, tú pides perdón a Suzanne y dices que yo ansioso por patinar con ella».

Oculto a duras penas mi decepción. Kolya Tsvetkov es el epicentro del mayor terremoto que ha sacudido mi vida. Por alguna razón, confiaba en que hablar con él ayudaría a calmarme.

—Yo hablé con Pasha. —Evgenya vuelve a tomar la palabra tras una pausa para beber agua. La locomotora del inglés parece haber agotado su carburante—. Pasha federación rusa —explica, y yo asiento, un tanto descolocada—. Todo listo aquí. Tú puedes venir cuando tú quieras. Pero mejor después de Navidad. Navidad un caos. Así tú disfrutas de familia tuya antes de trabajo duro.

—Sí. Así puedo disfrutar de mi familia. Eso es fantástico —repito en voz más baja. Le pego una patada al vértigo.

—Después de 8 de enero sería bien. Navidad rusa 7 de enero, y Kolya y yo siempre celebramos Navidad rusa.

Debería tomar notas; tanta información nueva me satura. ¿De qué habla? ¿Desde cuándo hay una Navidad para cada país?

—Evgenya, respecto a mi alojamiento...

—¡Ñet, ñet, ñet! —Hace grandes aspavientos—. Yo encargo, ¿sí? Tú no preocupas.

—En cuanto a tus honorarios, mis padres querrían saber...

—¡Ñet, ñet, ñet! Hablamos eso otro día. Eso no importante. Tú vienes. Eso sí importante. ¿De acuerdo? —Con una sonrisa espléndida, me desafía a contradecirla desde ese cibercafé de paredes amarillentas y conexión al ralentí.

—Gracias. Evgenya, hay algo de lo que me gustaría hablar contigo. Sé que siempre te has dedicado a entrenar a patinadores individuales, nunca parejas. Tal vez mi presencia suponga un problema...

La mirada maternal que me dirige logra que los músculos de mi espalda, rígidos como un diapasón, se aflojen un ápice. Solo un ápice.

—Mucho feliz de recibir a ti en equipo nuestro. ¡Muy, muy! Importante para dos nosotros. Tú no estorbas. Juntos vamos trabajar mejor, yo segura. Haremos todo para que tú sientas cómoda. Ya contacté gente que va ayudar. Todo va ir bien.

«Todo va ir bien», repito para mis adentros.

Por primera vez en meses, siento una inyección de positividad. Tal vez la vida quiere recompensarme. Tal vez realmente todo va ir bien.

—De acuerdo.

—Tú avisas a mí cuando tienes billete, ¿sí? Pero mejor telegrama. Correo electrónico solo leo a veces. Y de correo normal no puedes fiar en este país... —refunfuña.

—Si me das tu número de móvil, puedo escribirte un SMS.

—Yo no uso móvil, solo teléfono en casa. Y mucho caro llamar a Rusia. Cuando sabes fecha y hora, tú mandas telegrama y vamos buscar a ti a aeropuerto, ¿sí?

Empieza a asustarme. Dios mío, ¿a qué clase de páramo voy a ir?

—Ahora doy a ti dirección de Kolya y yo para telegrama. Vivimos en mismo edificio, él última planta, yo debajo. ¿Tú notas?

Hace un gesto inequívoco con la mano, y solo entonces me doy cuenta de que me está instando a anotar algo.

—¡Claro! Espera un momento. —Nerviosa, rebusco entre los papeles diseminados por la superficie del escritorio. Estoy a punto de volcar la taza cuando encuentro un bloque de post-it color malva y un bolígrafo sin capuchón. Los agito ante la webcam—. Listo.

—D-I-V-E-N-S-K-A-Y-A. Número dos —deletrea.

Me despido de Evgenya Ilyushina, a quien está a punto de agotársele el tiempo de conexión, con un gesto afable, una carga menos sobre mis hombros y un post-it de color malva. Lo releo una y otra vez.

Divenskaya, 2.



A partir de ese momento, a mi alrededor se desata una vorágine de idas, venidas, trámites y preparativos que recibo con entusiasmo.

La primera visita, a la que también me acompaña Gilles, es al consulado de Rusia para solicitar mi visado temporal. Tal vez Canadá no ponga

ninguna pega para dejarme partir, pero Rusia no se muestra tan predispuesta a dejarme entrar. En el consulado se niegan a emitir ningún documento si no presento una carta de invitación redactada por la federación rusa de patinaje, así que de inmediato me pongo en contacto con Evgenya Ilyushina para pedirle que actúe como intermediaria. Tardo varios días en recibir noticias suyas.

Mientras tanto, mis padres arreglan otros asuntos capitales, como renovar y ampliar la póliza de mi seguro, solicitar una tarjeta de crédito, dar de alta el roaming en mi teléfono móvil y dar de baja la matrícula en el curso de Administración, al que hace meses que no acudo.

Mi madre trata de paliar la ansiedad y la tristeza ejerciendo de mamá gallina: maleta nueva, ropa interior nueva, enseres de baño nuevos, prendas de abrigo nuevas. Todos los días, durante las semanas que dura esta locura, busca en internet la predicción meteorológica para San Petersburgo, y todos los días, sin excepción, vuelve del trabajo con una bolsa diferente de los almacenes Simons, como si en lugar de en Canadá, me hubiese criado bajo una jaima en el Sahara. También me acompaña al médico para sellar la receta del desogestrel que inhibe mi menstruación. Con ella, acudimos nuevamente al consulado para conseguir una traducción jurada que me permita pasar la aduana y obtenerlo en cualquier farmacia de Rusia. No obstante, me llevaré varias cajas por si acaso.

Mi padre, más tranquilo, aunque taciturno, se ocupa de los asuntos logísticos, como encontrar un pasaje a buen precio —misión imposible—, llevar a afilar las cuchillas de mis patines o adquirir un pequeño diccionario de ruso que no sé ni por dónde abrir.

En lo único en lo que ambos coinciden es en abrazarme hasta dejarme sin respiración cada vez que se cruzan conmigo por el pasillo.

Tres días antes de Navidad, mi padre nos reúne a mi madre y a mí en el salón. Aún no ha empezado a hablar y ya sé que toca hacer números.

—No quiero inquietaros —comienza papa, sin saber que cada vez que pronuncia esa frase las dos nos echamos a temblar—, pero he estado haciendo cuentas.

—Tenemos los ahorros, André —interviene maman—. Yo ya he avisado en el hospital de que este año tampoco voy a coger vacaciones. Puedo pedir más guardias o que me doblen los turnos.

—¿Y mi beca?

Mi padre menea la cabeza con pesar.

—Si dejas de pertenecer a la federación canadiense, dejarás de percibirla. Podrías postular a alguna en Rusia, pero Gilles me ha explicado que allí el asunto es bastante complicado. Hay demasiados patinadores y los criterios son mucho más restrictivos.

—También disponemos del dinero que gané en el mundial.

—Ese dinero permite costear gastos derivados del patinaje, Suzette: honorarios de tu entrenadora, uso de la pista, equipación... No alcanza para tu manutención. Hace falta mucho más. Llevarás contigo unos cuantos dólares para cubrir tus gastos los primeros días. Es mejor que los cambies por rublos allí, para ahorrar lo máximo posible en el cambio. En caso de que tu estancia... se alargue, cada mes te giraremos un cheque. Pero no va a dar para grandes lujos, cariño.

Hago lo que el corazón me pide a gritos: me levanto y abrazo a papa por la espalda. El olor a suavizante de su camisa y el roce de su barba me hacen sentir igual que cuando era pequeña y me llevaba en brazos desde el asiento trasero del coche hasta mi cama en la casa de Laval, dormida como un tronco tras horas de entrenamiento y de carretera.

—Gracias por todo.

Él, con la vista en el suelo, frota mis brazos para reconfortarnos a ambos. Yo tampoco puedo alzar la mirada. No puedo ver las lágrimas que han comenzado a desbordar en silencio los párpados de mi madre.

—Ojalá pudiéramos ayudarte más.

La resignación en su tono me oprime el pecho con la misma fuerza con la que yo deseo aferrarme a la única vida que conozco. Mi padre compagina dos empleos desde hace seis años, cuando su trabajo de toda la vida en la farmacéutica resultó insuficiente para sufragar mi carrera deportiva. Mi madre lleva más de cuatro años sin vacaciones. Ser patinadora no solo ha moldeado mi vida: también ha condicionado las suyas. Y ahora hace virar las de los tres una vez más.

—Lo sé, papa. —Le sonrío a mi madre y ella me devuelve el gesto tras el pañuelo húmedo—. Todo lo que he hecho, todo lo que soy, os lo debo. Y no os voy a fallar. Os lo prometo.



Despido el último día del año haciendo cola en la oficina de correos del distrito. Salgo de allí pasadas las cinco, con un resguardo que acredita que Evgenya Ilyushina y Kolya Tsvetkov recibirán pasado mañana el telegrama donde les anuncio que llegaré a San Petersburgo el domingo 8 de enero a las diez cincuenta de la mañana. Al fin me han concedido el visado y no deseo posponerlo más. Me hormiguean los pies por calzarme los patines. Me cosquillea el alma por llegar a lo más alto.

Tras mi visita a la oficina de correos, apenas me queda tiempo para regresar a casa, arreglarme sin demasiada pompa y poner rumbo a la fiesta de Fin de Año que, como cada 31 de diciembre, celebra el club Île-de-Pierre en sus instalaciones. Este año coincide con la fiesta de despedida que han organizado en mi honor.

Todo en el pabellón discurre de una forma extraña. Como si ya me hubiese ido. Como si nunca fuese a hacerlo. Como si todo fuera diferente. Como si nada hubiese cambiado. El año pasado por estas fechas, se charlaba tranquilamente de nuestra inminente participación en los nacionales y de las expectativas para el mundial. Hoy, cada vez que me doy la vuelta, me tropiezo con un abrazo estrecho, un buen augurio, un adiós.

Un año más, el club tira la casa por la ventana: la decoración es exquisita, los canapés se sirven en su punto y el recinto está a reventar de empleados, patinadores, socios y familiares. Papa et maman pululan por ahí; los veo charlando con Muriel, la encargada de la limpieza. Sé que hablan de mí porque no dejan de mirarme de reojo, y también porque sus dedos se crispan en torno a las copas de vino con la tirantez que solo la mención de mi marcha es capaz de producir.

Están todos mis compañeros y amigos, los de antes y los de ahora: está Sheila, está Alexia, están Ewan y Vivianne, está Meredith, están Luca y Jessica, está Hugo, están Josephine y Albert, incluso está Loïc. Todos se muestran convencidos de que voy a triunfar como jamás podría llegar a hacerlo en Canadá. Me suplican que me acuerde de sus nombres cuando sea famosa y que vuelva a visitarlos aunque sea de vez en cuando. Por supuesto, también están Tom y Marion, pero ellos no dicen nada.

En un momento dado, suena Smile por los altavoces, y la pandilla se acerca a mí en manada; Alexia, una de mis primeras amigas cuando comencé a entrenar en Laval, quizá la primera, se adelanta en

representación de todos y me entrega un pequeño estuche precintado. Su sonrisa, llena de cariño, me apremia a abrirlo. Conmovida, coloco en torno a mi cuello el delicado colgante con forma de patín que descubro en su interior.

—No voy a quitármelo nunca —prometo.

Amandine, la recepcionista, también viene a despedirse de mí. Me susurra al oído que hago lo correcto y que puedo sentirme orgullosa. Isabelle, otra de las entrenadoras, me agarra por el brazo y se dedica durante un buen rato a enumerarme las virtudes de Evgenya Ilyushina, del pabellón Yubileyny y del club Bolshaya. Paddy, el chico que maneja la Zamboni, lamenta que ya no tendrá con quién pasar las horas muertas en la pista. Me ofrece una última vuelta a lomos de la vieja Zamboni antes de que me vaya.

Cuando los canapés han volado de las bandejas y la fiesta está en su apogeo, me doy de bruces con Tom en el pasillo que conduce al aseo. Estamos solos los dos por primera vez en meses, y temo que, si nadie lo remedia, me voy a ver en la incómoda obligación de hablar con él, mi mejor amigo, la persona a la que más he querido después de mi familia, quien mejor me conoce en el mundo. Y ahora tenemos que hablar.

Por un instante, parece que no va a ocurrir, que Tom va a seguir de largo, que acabaré marchándome a Rusia sin cruzar media palabra con él, pero, no sé si para bien o para mal, al pasar por mi lado vacila y, finalmente, se detiene.

Aguardo en silencio. Si quiere hablar, tendrá que comenzar él.

—¿Estás nerviosa? —Lanza una pregunta inofensiva, pero su voz es un remedo afónico de lo que solía ser.

Debato conmigo misma qué responder. ¿«Sí, Tom, estoy cagada de miedo»? ¿«No, Tom, esto es lo mejor que me ha pasado jamás y solo me arrepiento de no haber sido yo quien tomara la decisión de que siguiéramos cada uno por nuestro lado»? ¿O «agradezco tu interés, pero mis asuntos no son de tu incumbencia desde que tu novia y tú me disteis una patada que me va a enviar directa a Rusia»?

Opto por la más suave y diplomática.

—Un poco.

Tom se rasca la cabeza y sus rizos oscuros se enredan.

—Oye, Suzette, yo no quería que esto terminara así...

—Dime una cosa: ¿lo sientes?

Palidece, como una presa acorralada por el cañón de la escopeta.

—Lamento haberte hecho daño y que tengas que marcharte, pero no lamento mi decisión.

—Lo imaginaba.

Es cierto. Lo imaginaba, y no puedo reprocharle, al menos, falta de principios. Su respuesta ha estado a la altura. Pero eso no significa que duela menos, ni que la rabia que bulle dentro de mí se apacigüe. Eso ya no tiene arreglo.

De repente, a Tom parece entrarle prisa. Mucha prisa.

—Tengo que irme. Me... esperan. —Hace un gesto difuso que tiene nombre y apellidos: los de Marion Gosselin y su inseparable madre—. Ojalá tengas suerte, de verdad —añade con la mirada clavada en mí. Una mirada verdosa que, no hace tanto, era mi hogar—. Te deseo mucho éxito.

Le deseo lo mismo para los nacionales, aunque no se lo merece en absoluto, y me alejo en dirección al cuarto de baño. Tengo las manos heladas y el corazón dando tumbos. A pesar de todo, me siento aliviada. Hablar con Tom era algo a lo que debía enfrentarme, como uno más de los formularios del consulado.

Después de refrescarme la cara, regreso a la fiesta. Son las once y veinticinco, y los nervios por el cambio de año empiezan a flotar en el ambiente. En cuanto me ve de nuevo por el área de descanso, Gilles, con el que apenas he coincidido en lo que va de noche, atrae la atención de todos los presentes entrechocando dos tenedores de plástico. Paddy se apresura a bajar el volumen de la música.

Gilles carraspea. Me pregunto qué diablos se le estará pasando por la cabeza.

«No voy a justificar a mi hijo, Suzette —me explicó mientras paseábamos por la calle Redpath la tarde en que acudimos al consulado a recoger mi visado—, porque su modo de actuar no es el que yo le enseñé. Pero es mi hijo. Y debo apoyarlo siempre, en todas sus decisiones. ¿Sabes? En mis tiempos de instituto, un día llegó a clase una chica nueva desde Toronto. Tenía catorce años, pero supe de inmediato que algún día me casaría con ella. Todos decían que el deporte era incompatible con una

relación estable, pero yo no los escuché. Esa chica era Lisa, Suzette. Llevamos juntos toda una vida. Me duele el daño que te hemos causado entre todos, y no sé qué nos deparará esto, pero necesito que entiendas que sé por qué mi hijo hizo lo que hizo. Yo más que nadie lo sé y permaneceré a su lado».

—Gracias a todos por venir —comienza con voz tibia al otro lado de la sala, devolviéndome de golpe a la realidad—. Esta es una noche muy especial. Feliz, porque celebramos la llegada del Año Nuevo, y el Año Nuevo promete estar lleno de logros. Pero también triste porque Suzette, que ha formado parte de este club desde que era una niña, a la que quiero como si fuera una hija, nos deja.

Una mano se entrelaza con la mía. Es maman. La aprieto fuerte para darle las gracias, ahora que no puedo hablar por culpa del nudo que atenaza mi garganta.

—Como todos sabéis —prosigue Gilles—, este club tiene alma propia, y esa alma se compone de muchos pedacitos. La semana que viene, uno de esos pedacitos se marchará, y nada volverá a ser lo mismo sin él. —La emoción empaña sus córneas a la vez que las lágrimas rebasan las mías. Un brazo rodea mis hombros. Es papa—. Suzette, gracias por permitirme ser tu entrenador durante todos estos años, gracias por dejarme ayudarte a cumplir tus sueños y, de paso, cumplir los míos. Sin embargo, no es eso lo que más echaré de menos, sino todo el cariño que siempre nos has brindado a Lisa, a Melanie y a mí. Conozco mejor que nadie de qué eres capaz, y por eso sé que vas a llegar tan lejos como te propongas. ¡Por Suzanne Boucher!

Alza su copa y los demás lo imitan. Musito un «gracias» ahogado que me sabe a poco, a nada, pero que es todo lo que mi cuerpo, convulso de recuerdos, logra expresar.

Un minuto antes de la medianoche, rellenamos nuestras copas y nos situamos en nuestros puestos. Cuando comienza la cuenta atrás, observo a mis padres; los tres sonreímos. «Todo va ir bien», leo también en sus pupilas.

El primer fuego artificial se deja oír desde la otra orilla del río a las doce en punto, y entonces se desata la locura de besos y felicitaciones. Lisa se acerca a mí; trae a Melanie, su hija pequeña, cogida de la mano. Me

abrazo entre lágrimas y me dice que me quiere, que me va a extrañar, que el 2017 va a ser mi año. Gilles aparece a su lado y me estrecha entre sus brazos enormes.

—Has tomado la mejor decisión —me dice en un alarde de seguridad.

—Lo sé. Solo espero que ni tú ni yo lleguemos a arrepentirnos nunca de ella.

El reloj que cuelga del techo me recuerda, implacable, que ya estamos en enero.

Nota para mi biógrafo: aún faltaba una semana para mi partida, pero ese fue para mí el último día. El punto final a toda una vida entre aquellos muros. Bajo esos fluorescentes. Sobre este hielo.

La gabardina de Gilles.

El termo de Lisa, rebosante de chocolate caliente todas las mañanas.

Las cerraduras roñosas de las taquillas, y las quejas en vano a Paddy para que sustituyera las bombillas fundidas por otras nuevas.

Las gafas sin montura de Amandine tras la ventanilla de recepción.

La satisfacción indescriptible de la primera vez que clavé el Axel.

Las vigas al aire, rojas como la mancha que descubrí en mi ropa interior aquella tarde de viernes en los vestuarios, poco antes de cumplir los quince.

Los descansos estivales, fuera, al sol sobre el capó de algún coche en el aparcamiento, o invernales, dentro, apiñados en torno a los radiadores.

Una amistad entre un flacucho y una enana que juramos que nunca terminaría.

El pan chicloso de la cafetería, compensado con creces por la poutine más deliciosa que he probado y probaré jamás.

Aquel traumatismo que me mandó al hospital, así como la cicatriz que la cuchilla cinceló a perpetuidad en mi muslo derecho.

Mi primer beso, a escondidas en la puerta de atrás.

La sensación de fracaso contaminándolo todo los días en que nada salía al derecho, igual que el olor a Myoflex de la enfermería impregna cada ladrillo, y que persistirá incluso cuando todos nos hayamos marchado.

CAPÍTULO VII

San Petersburgo, 8 de enero de 2017

La vivienda de Kolya no es como yo esperaba.

Cuando al fin se fija en que tengo medio cuerpo empapado de nieve derretida, mi reciente —y por lo que veo, no muy gentil— compañero reacciona. Con un ademán que podría interpretarse como una disculpa, me invita a entrar. De pronto, me hallo en un imponente ático de ciento treinta metros cuadrados, con decoración industrial en tonos grises, que parece haber caído en las garras del abandono.

Un pack de seis botellines de cerveza, vacíos los seis, se desparrama sobre el sofá; Kolya me adelanta y los lanza al cubo de la basura.

—Siéntate. Si quieres... —me ofrece, sin demasiado interés, en un inglés adormecido.

Yo, que de repente me he quedado muda, tomo asiento en el inmenso sofá de color calabaza, que me hace sentir diminuta y aturdida. Ni siquiera me quito el anorak.

A lo largo de las últimas semanas, he barajado todas las hipótesis posibles respecto a este momento: desde una pancarta afectuosa en la terminal hasta una entrenadora intransigente que me condujese directa a la pista con el fin de empezar a patinar sin perder un minuto. La única opción que nunca se me pasó por la cabeza fue una acogida fría e indiferente, como si yo no estuviera aquí.

Kolya vuelve a alejarse de mí en silencio. Muestra un aspecto tan deplorable como la casa. Bordea el mueble del televisor, un estrambótico diseño de formas caprichosas y madera oscura, y con movimientos torpes recoge algunas de sus pertenencias, esparcidas por suelo, respaldos y baldas. Sobre la mesa de centro, de laca negra engalanada por una sucesión casi simétrica de cercos viscosos, hay una bolsa de patatas fritas abierta que desprende olor a paprika rancia. Una mano pálida y de dedos largos aparece frente a ella, y la bolsa desaparece instantes después en el fondo del mismo cubo al que fueron a parar los cascos de cerveza.

Agarro el colgante en forma de patín hasta que la cadena me cincha el

cuello, y contemplo ese salón al que me han conducido de forma inexorable los acontecimientos de los últimos meses; pienso que al fin he llegado. No sé adónde, pero he llegado.

No podría estar más equivocada.

—¿Te ayudo? —trato de romper la tensión, pero no obtengo respuesta—. Estoy... estoy deseando empezar a patinar contigo. Yo... estoy segura de que lograremos grandes cosas. —Mi verborrea enérgica de hace un rato ha menguado hasta convertirse en una voz apocada.

Clava en mí una mirada entre curiosa e intimidante, que dura apenas unos segundos, suficientes para hacerme sentir un agujero en el pecho del tamaño del lago Saint-Louis. Toma el teléfono inalámbrico, que coge polvo en un rincón. Lo veo pulsar las teclas mientras se acerca a la cocina, separada de la sala de estar únicamente por un mostrador de mampostería y dos taburetes amarillos a juego con los armarios. Una gata atigrada me observa con aires de superioridad desde uno de ellos.

Tras varios tonos, alguien descuelga. Sin esperar saludo alguno y sin apartar sus ojos de los míos, Kolya articula un par de frases en ruso. Tiempo después me enteraré de que ha llamado a Pasha, que está en plena misa de Pascua, y le ha pedido que le pase el móvil a Zenya. Cuando vuelve a hablar, lo hace en inglés para asegurarse de que yo lo entienda:

—Evgenya Vasilievna Ilyushina, ¿puedes explicarme desde cuándo patino en pareja y por qué hay una chica en mi sofá que dice ser mi compañera?

SEGUNDA PARTE

TRANSICIÓN

CAPÍTULO VIII

De cerca, la apariencia de Evgenya Ilyushina resulta todavía más desconcertante: chándal de nailon pasado de moda, abrigo de piel y labios de un bermellón estridente. Llega apurada y deshaciéndose en disculpas, acompañada por Pasha, que no son las siglas de la federación rusa, como yo creía, sino el diminutivo de Pavel Nuriyev, un hombrecillo con ojos de topo y calvas mal disimuladas, tan peculiar como ella.

Antes de que Kolya le dirija una mirada asesina y ambos se encierren en el dormitorio, donde no paran de discutir en ruso, a Evgenya le da tiempo a chapurrear que no ha recibido ningún telegrama y que el servicio de telégrafos de este maldito país es peor que una broma macabra. Ninguna alusión a los motivos que la empujaron a engañarme.

Mientras en la habitación de al lado se desata el apocalipsis, Pasha y yo esperamos sentados en el sofá, separados uno del otro por una distancia cortés y por la gata atigrada, que campa a sus anchas sobre el tapizado. Yo sigo entregada a la causa de retorcer mi colgante, hirviendo de humillación, de incógnitas, de impaciencia; él permanece tieso como la lámpara de pie que se yergue junto a la ventana.

Mi cuerpo exige que me levante, salga a la calle a pesar del temporal y espere a que pase el primer taxi que me lleve de nuevo hacia el aeropuerto, lejos de ese montón de cenizas al que las palabras de Kolya han reducido mis esperanzas. No sé qué ocurre realmente, lo único que me queda claro es que él no me quiere aquí. Mi necesidad de averiguar por qué mintió Evgenya y el ridículo tan atroz que supondría aparecer por Montreal solo un día después de haberme marchado son lo único que me ata al sofá color calabaza.

A mi lado, Pavel Nuriyev murmura algo ininteligible.

—¿Qué? Disculpe, no comprendo el ruso...

Vuelve a hablar, con voz ligeramente más audible esta vez, y, consternada, me percato de que no lo hace en ruso, sino en inglés, con una pronunciación aún peor que la de Evgenya.

—¿Viaje bueno tú?

Miro perpleja a este hombre embutido en un traje de tergal dos tallas por encima de la que le corresponde.

—Sí, eso creo —musito.

—Alegro yo. Federación encantada con presencia tuya en Rusia. Yo doy bienvenida a tú en nombre de suya.

—¿Disculpe?

Chasquea la lengua antes de continuar, como si las palabras fueran un puñado de lombrices a punto de saltar del terrario.

—Yo —señala las solapas de su chaqueta con los pulgares—, Pavel Nuriyev. Yo... aguacate de federación de patinaje. Asesor ¿legal?

—¿Abogado? ¿Abogado de la federación rusa de patinaje?

—¡Sí! —Su rostro se ilumina—. Aguacate de federación, sí. Federación contenta, muy. Suzanne Boucher... —Hace un gesto apreciativo con las palmas.

Mis buenos modales me obligan a esbozar una sonrisa de agradecimiento.

—Yo —prosigue— mucho contento también de tú estar en equipo.

Es demasiado para mí. ¡¿Qué equipo?! ¿El formado por un compañero que ni siquiera estaba al tanto de serlo y una entrenadora mentirosa y manipuladora? ¿Ese equipo?

La rabia que he estado reprimiendo prende en mi interior y me pongo en pie con ímpetu. Incluso la gata olvida por un segundo su ensayado desdén y se sobresalta.

No me despido de Pavel, Pasha, o como se llame. Me acerco al perchero para recoger el abrigo, que me quité cuando las circunstancias se descontrolaron y empecé a sudar a chorros; reúno entre rezongos la bolsa de los patines y mi maleta y, sintiéndome estafada, me encamino hacia la salida, dispuesta a despertar de una pesadilla que dura ya seis meses. Estoy tan enfadada que no me doy cuenta de que los gritos en ruso han cesado hasta que, justo cuando voy a agarrar el picaporte, veo a Evgenya y a Kolya tras de mí, mirándome con expresión suplicante, ella, e indescifrable, él. Pavel, al fondo, parece arrepentido de haber provocado mi estallido.

—Por favor, Suzanne —ruega Evgenya—. Por favor, tú no marchas. Yo arreglo todo, ¿sí? Nosotros disculpamos, por favor. —Mira a Kolya buscando apoyo, pero él no pestañea.

—Esto no tiene sentido —escupo. Agarro con más fuerza el asa de la maleta—. Yo... no pinto nada aquí.

«Ni en ningún sitio», apostilla mi voz interior, pero me niego a prestarle atención. Ya se me ocurrirá alguna solución cuando pueda pensar con claridad. Tiene que haberla. Dios mío, tiene que haberla.

El pomo cede bajo la presión que ejercen mis dedos.

—Espera —dice entonces una voz que no es la de Evgenya.

Me doy la vuelta con la puerta ya abierta ante mí. Kolya ha dado un paso adelante, pero su mirada languidece en algún punto indeterminado de la pared de enfrente.

—Mañana a primera hora en Yubileyny. Será solo una prueba, ¿de acuerdo? No os hagáis ilusiones; si no funciona, nos olvidaremos todos de esta locura. Todos —remata, dirigiendo una mirada cargada de intención a Evgenya, luego a Pavel y, por último, a Evgenya otra vez.

El eco de sus palabras aún no se ha desvanecido y él ya se ha esfumado de la sala de estar, seguido por el chasquido de una puerta al cerrarse.

Evgenya se aproxima a mí con una sonrisa que es mezcla de alivio y de gratitud.

Será la primera de muchas. La primera de tantas.

—Todo va ir bien —asegura, pero el toque liviano de sus dedos en mi antebrazo no me tranquiliza.

—¿Por qué, Evgenya?

Su justificación está tardando demasiado en llegar, pero ella esquiva la pregunta con pericia:

—Tiempo para eso... Ahora malo momento. Tú cansada, ¿sí? Viaje largo. ¿Tú descansas? ¿Dónde quedas tú?

Un nuevo rubor electriza mis mejillas. El bochorno no ha terminado conmigo por hoy.

—Bueno, tú dijiste que no me preocupara por eso, que tú te encargabas, y yo... pensé que quizá habría plaza para mí en alguna residencia para deportistas. —Su mirada apenada me dice que no es así, y yo agonizo de vergüenza—. Olvídalo. Buscaré un taxi y le pediré que me lleve al hotel más cercano.

Amago cruzar la puerta por segunda vez, pero Evgenya me intercepta.

—Ñet, ñet, ñet. Tú quedas conmigo en casa mía. Yo hago eso por ti

después de tú vienes hasta aquí por mí, ¿sí?

Dudo unos instantes, en los que Evgenya y Pavel intercambian una mirada que, aunque fugaz, percibo llena de terror. Mis ganas de salir corriendo van en aumento, pero soy consciente de que por ahora no tengo muchas opciones.

Estoy en Rusia; estoy sola; las calles están congeladas, igual que mi vida, y cualquier cosa es mejor que rendirme ante el fracaso. Cualquier cosa.

Acepto con la boca pequeña y un nudo enorme en el pecho, y entre Evgenya y Pavel, que han recobrado la calma y el color en la piel, me ayudan a trasladar mis pocas pertenencias escaleras abajo.



La casa de Evgenya está separada de la de Kolya por dos tramos de escaleras y un forjado, pero no podrían ser más diferentes la una de la otra. Si la de Kolya es espaciosa, moderna y descuidada, la de su entrenadora es como una caja de zapatos forrada de papel pintado y suelo de linóleo, sobrecargada de adornos obsoletos y sin una mota de polvo. Me obliga a dejar los zapatos a la puerta y después me acompaña al lecho donde dormiré esta noche: un sofá que tiene pinta de todo, excepto de cómodo.

Para tender las sábanas nos vemos obligadas a movernos por turnos en la angosta sala de estar. El resto del piso no es mucho más amplio: en el dormitorio de Evgenya se incrustan a duras penas una cama de uno veinte, un tocador rococó y un armario de dos puertas. La cocina, encajada junto al único cuarto de baño, guarda la misma escala de casita de muñecas.

El ático donde vive Kolya ocupa toda la planta; la misma superficie que, en el cuarto piso, se reparten tres apartamentos. Por suerte, la calefacción funciona a pleno rendimiento, igual que en el piso de arriba.

Pasha se marchó hace rato, y al otro lado de la ventana la nieve deslumbra más si cabe contra el añil del cielo. Una vez que me aseo y sustituyo la ropa que traía puesta desde Montreal por un jersey fino y unas mallas limpias, Evgenya, a pesar de que le repito una decena de veces que no tengo hambre, mete en el horno una especie de empanadillas viscosas y no se da por vencida hasta comprobar que yo engullo el último trozo. Nota para mi biógrafo: acabaré adorando los vareniki, sobre todo los rellenos de

patata, smetana y queso fresco, que deja unas puntillas tostadas deliciosas cuando los frías.

Aún no he recibido por parte de Evgenya una explicación convincente acerca de por qué ha orquestado esta patraña. Siempre hay algo más urgente que tratar en cuanto saco el tema: dónde voy a dormir, dónde están las toallas y el papel higiénico de repuesto, dónde puedo encontrar más empanadillas pastosas por si me entra hambre a medianoche. Tampoco yo insisto demasiado: mi cerebro se debate entre la necesidad de saber para qué he venido y el deseo de mantenerme en la ignorancia supina, acudir mañana a esa pista y patinar como mejor sé.

Evgenya enjuaga los platos y los vasos en la cocina; el eco de la televisión resuena desde el piso de abajo y yo permanezco de pie en el centro de la sala de estar sin saber qué hacer. Cuando mi móvil termina de cargarse (mi anfitriona me ha prestado un adaptador de corriente), lo desenchufo y me siento en el sofá con él en la mano. Mi cama está lista: sábanas, almohada un poco dura y edredón de raso con olor a naftalina. Ese será siempre para mí el olor de San Petersburgo. Pronto descubriré que toda la ciudad huele a naftalina.

El reloj marca las siete. Aquí, la vida —si es que la hay, porque yo aún no la he visto— se apaga poco a poco, pero en Montreal el domingo aún está empezando. Imagino a mi madre vestida con la sudadera de Garfield que usa para estar en casa, atrapapolvo en mano, y a mi padre desmontando el exprimidor averiado, con un montón de destornilladores desparramados sobre la mesa de la cocina. Imagino la arena René-Masson llena de críos, como cada fin de semana; a Amandine resoplando por echar horas extras y a Hugo entrenando como si fuera lunes. Imagino a Gilles y a Lisa celebrando con toda la familia una de sus reputadas barbacoas de invierno en el invernadero. Imagino a mi amiga Alexia durmiendo a pierna suelta, porque en domingo es imposible encontrarla en pie antes del mediodía, y a Sheila paseando a su perro por delante de mi casa para ponerme al día de los últimos cotilleos en Instagram. Imagino a la mitad de mis compañeros de clase sobreponiéndose a la resaca, y a la otra mitad preparándose para ir a tomar una cerveza temprana en el Barrio Latino; y el ruido de la moto de nuestro vecino más allá de la ventana de mi habitación; y el sol, que brillaba ayer sobre las placas de nieve cuando me

despedí de todo ello.

Me levanto de un salto y me dirijo a la cocina. En tres pasos estoy en ella.

—Evgenya...

Ella deja el paño sobre la encimera y me mira con simpatía.

—Zenya. Tú llamas Zenya a mí, ¿sí?

—De acuerdo... Zenya, ¿hay alguna wifi abierta por aquí? —Sé que ella no tiene internet, pero no pierdo la esperanza de conectarme y poder oír una voz amiga.

—Ñet. Rusos mucho desconfiados. Pero Kolya sí tiene internet. Podemos subir a casa suya y...

—No. —La respuesta sale de mi boca cuando todavía no he terminado de procesar su sugerencia. Ni loca vuelvo a subir a esa casa, y mucho menos para pedir algo—. No importa, olvídalo.

Vuelvo al salón y sopeso qué hacer. Pedir prestado a Zenya su teléfono de cable para realizar una llamada internacional me parece una grosería, y hacerlo desde mi móvil, un derroche. Opto por escribir un SMS a mis padres. Ya lo hice desde el aeropuerto para avisarlos de que había llegado sana y salva; ahora les miento sobre lo estupendamente que va todo.

Poco después, Evgenya —Zenya— aparece en el umbral de la sala de estar, vestida con un pijama de botones y enarbolando un cepillo de dientes. Ya se va a dormir, y cree oportuno que yo haga lo mismo. Debo de sentirme agotada por el viaje, dice, y mañana hay que madrugar.

Se sienta en el sofá, a mi lado, y me señala con el cepillo de dientes.

—Primera hora de mañana llega amiga mía en tren de Moscú. Yo llamo hace rato y pido que venga. Ella entrena parejas; ella va ayudar nosotros.

Me pregunto a cuánta gente más ha involucrado Evgenya —Zenya— en este asunto, y si en algún momento obtendré una respuesta. Lo intento una vez más:

—Evg... Zenya, si hay algo que yo deba saber, tienes que decírmelo. Por favor.

Pestañea un par de veces, pero sus ojos azules no traslucen ninguna emoción, ningún titubeo. Me aprieta la rodilla sin dejar de sonreír. La aprieta con fuerza, aunque no llega a hacerme daño, y tengo la impresión

de que va a hablar, que quiere decirme algo. Que hay mucho más escondido de lo que aparenta. Que le quema. Pero entonces afloja la presión de sus dedos y vuelve a ponerse en pie.

—Descansa. Mañana día importante. —Su sonrisa se ensancha—. Todo va ir bien.

Apaga la luz al salir. La oigo trastear en el baño y, después, meterse en la cama en medio de una sinfonía de raso y satén. Todo queda envuelto en un silencio amplificado por los copos de nieve, que caen sin pausa en la calle Divenskaya.

Me tumbo en el sofá y me cubro con la sábana, tratando de encontrar postura sobre el armazón de hierro que se clava en mis músculos. La naftalina coloniza mis fosas nasales. En penumbra, las siluetas de los muebles que ocupan el diminuto salón de... Zenya me gritan que esta no es mi casa. La calefacción sigue encendida y el termostato, al máximo, pero de repente noto frío, mucho frío. Es cierto que estoy agotada, y aprieto los párpados para obligarme a descansar, pero no puedo negar el hecho de que tengo los ojos como platos: en Montreal son las doce del mediodía, y no podré conciliar el sueño por culpa del jet lag.

A mi mente acude la imagen de mi madre al despedirse de mí en el aeropuerto.

«Estaremos siempre contigo, cariño», me dijo después de abrazarme como si el mundo fuera a terminar para las dos. «Si necesitas echar a correr, corre, no lo dudes, pero en esta dirección. Nosotros seguiremos aquí».

Antes de que pueda detenerlo, un reguero de lágrimas empapa la almohada. Daría lo que fuera por echar a correr y arrojarme con mi vieja colcha de patchwork, que no huele a naftalina, sino a pasteles de mantequilla. Daría lo que fuera, excepto mi orgullo, y ese es el que me empuja a quedarme y no mirar atrás.

Rendirme y patinar son acciones incompatibles para mí, y tengo claro con cuál me quedo. Aunque mi única opción para hacerlo sea al otro lado del mundo y con un compañero que no quiere tenerme cerca.

CAPÍTULO IX

Aún es de noche cuando despierto el primer día del resto de mi vida, pero eso lo considero, hasta cierto punto, normal, dado que mi agenda diaria desde los trece años nunca ha comenzado más tarde de las cuatro de la madrugada. Sin embargo, hoy no estoy en mi casa ni son las cuatro. Según el reloj de pared, cuyas manecillas apenas distingo en la oscuridad, son las seis y cuarto. Lo último que recuerdo es estar disputando una despiadada batalla contra el jet lag en torno a las tres de la mañana.

Me levanto tan rápido que la sangre abandona de golpe mi cabeza y me obliga a apoyarme en el reposabrazos. Todos mis miembros, entumecidos y renqueantes, protestan al abandonar su jaula. No se oye ni un ruido en casa de Evg... Zenya.

De camino al baño, lanzo un vistazo al dormitorio de mi anfitriona y descubro que está vacío y las sábanas, estiradas. Después de echar agua fría en dos pares de párpados rojos por el llanto, me encamino a tientas a la cocina. Busco el interruptor y maldigo en joul cuando tardo en encontrarlo.

Una nota escrita con prisa me aguarda junto a la cafetera.

Suzanne:

Cuando yo levanto, tú dormida profundamente que no quise despertar. Hay café. Solo calentar. Yo estación a esperar tren de Moscú. Kolya acompaña a ti a Yubileyny; yo hablo con él. Siete en punto pista reservada para dos vosotros. Sigue nevando.

Zenya

Pongo una taza de café a dar vueltas en el microondas —uno de los pocos avances tecnológicos que parecen haber calado en Zenya— y vuelvo al salón, donde me visto a toda velocidad con mis mallas térmicas, unos pantalones vaqueros encima y la sudadera más gruesa que tengo. El pitido del microondas me sorprende con los brazos en alto mientras me recojo el

pelo en una coleta.

Me bastan dos sorbos para saber que he tenido suficiente. Trato de eliminar el regusto a achicoria aguada frotando con el cepillo de dientes y, después, salgo al descansillo de la cuarta planta con el abrigo hecho una pelota en una mano y la bolsa de los patines en la otra.

Subo los escalones de dos en dos y aporreo la puerta de Kolya con ambos puños. No sé a qué distancia está Yubileyny, pero ya pasan de las seis y media.

—Kolya —llamo en voz alta, los labios lo más pegados posible a la hoja de madera, tras casi un minuto de espera infructuosa.

—Kolya —repito, rozando la desesperación, quince segundos después.

—Kolya —murmuro, embebida en resignación, a las seis cuarenta de la mañana.

Apáñatelas, Tsvetkov. Yo lo voy a hacer.

En el exterior aún es de noche, aunque la nieve blanquea la oscuridad pétreo del mes de enero en Rusia; el sol no asomará hasta las nueve de la mañana, del mismo modo que no se ocultará más tarde de las cuatro.

Ya se intuye cierto movimiento en la calle Divenskaya, nada que ver con ayer. Junto al portal descubro el escaparate de una floristería, tras el que se alinean una serie de tiestos más muertos que vivos. Más allá de las copas blancas, sin hojas, de los árboles de la plaza, la sucursal bancaria también ha abierto ya sus puertas, y el tráfico que circula por la calzada, habilitada gracias a las máquinas quitanieves, es considerable. Hay gente caminando apresurada por la acera; nadie quiere correr el riesgo de convertirse en estatua de hielo, como temo que me suceda a mí mientras espero bajo la cornisa a que pase un taxi.

El primero no aparece hasta transcurridos ocho minutos, cuando ya he perdido toda esperanza de llegar a tiempo. Exhalo aliviada al distinguir la silueta de un vehículo amarillo con un rótulo enorme de 49P sobre una de las portezuelas, y me lanzo hacia el bordillo para impedir que escape. Frena a mi altura. Tengo ya una bota dentro del vehículo cuando el taxista, ceñudo, se dirige a mí en ruso, y lo que dice podría ser una auténtica barbaridad o una invitación amable a tomar asiento y disfrutar del viaje. A juzgar por su tono, apostaría por lo primero.

—¿Habla inglés? Por favor, es muy urgente.

Él replica subiendo el volumen. Ahora ya no albergo dudas: está enfadado conmigo. Y lo peor es que no sé por qué. Vuelvo a suplicarle ayuda, pero entonces él hace un gesto universal con la mano. Fuera de aquí, chica estúpida. Arranca ante mis narices y me deja sola bajo la nieve.

—¡Criss de tarla³! —grito cuando estoy segura de que no puede oírme y no enviará a la mafia rusa a cobrarse la ofensa.

Intento no dejarme dominar por el miedo. No puedo volver a casa de Zenya, porque no me ha dado copia de la llave; no tengo transporte, y me quedan diez minutos escasos para tratar de llegar por mis propios medios a un lugar del que no poseo la dirección. Si dejo a un lado el hecho de que todos los carteles están en cirílico, que no dispongo de mapa y que los peatones me esquivan como a una apestada cuando me acerco para pedir ayuda, confío en que podré conseguirlo.

En la esquina entre Divenskaya y otra avenida más ancha (jamás olvidaré su nombre después de este día. Se llama Kamennostrovsky), el cielo me envía a una chica rubia y bajita, de ojos saltones, que sabe inglés y se apiada de mí. Le explico que quiero llegar al palacio de deportes Yubileyny y ella me da unas instrucciones someras. Me recomienda volver a preguntar al cabo de tres manzanas. Con el segundero pisándome los talones, avanzo a zancadas hasta localizar el pequeño parque y la tienda abierta 24 horas que me indicó como puntos de referencia. Por lo que puedo deducir, el resto del distrito de Petrogradsky no es más que una extensión a gran escala de la calle Divenskaya: acre, inquietante, cosido a cables de trolébus, tan señorial como decrepito.

—Gira en la próxima a la izquierda, todo recto cinco manzanas y luego a la izquierda otra vez —me dice un hombre que me recuerda en parte a Gilles, si Gilles tuviese un acento áspero y aspecto de haber nacido en los Urales.

Lo que ese hombre no me dice es que todas las manzanas de San Petersburgo son idénticas, que todas las calles son idénticas, que todas las esquinas son idénticas. Pierdo la cuenta de cuántas fachadas palaciegas y cuántos chapiteles dejo atrás. ¿Tendría que haber ido por la acera de la derecha o por la de la izquierda? ¿Cinco manzanas desde dónde? ¿Cuenta ese callejón entre medianeras?

Después de dar vueltas sobre mí misma, de cruzar un paso de peatones

tras otro, de deshacer mis pasos para empezar de cero y de andar durante lo que se me antojan kilómetros, tengo la sensación de haber estado caminando en círculos. Atrapada en un jodido grabado de Escher.

Y de repente, en el centro de una plaza inhóspita por la que creo haber pasado antes; entre unos columpios infantiles soterrados por la nieve y un aseo público impregnado de almagre; frente a un enorme mural que conmemora algún estúpido triunfo bélico, dejo de ser Suzanne Boucher. Ya no soy fuerte, ya no estoy dispuesta a todo. De repente soy una blandengue a la que no reconozco. Y solo anhelo cerrar los párpados, hacer entrechocar mis talones y regresar a casa.

Pero no sucede. No hay arcoíris. No hay camino de baldosas amarillas.

Me desplomo sobre un banco helado tiritando de angustia. Estrujo el colgante en el puño izquierdo hasta que la serreta y la cola del patín atraviesan la tela del guante y se clavan en mi palma.

—Ciudadana, ¿puedo ayudarla? —oigo detrás de mí. A mi cerebro conservado en terror le cuesta asimilar el inglés.

Me doy la vuelta, con las lágrimas no vertidas atoradas en la laringe, y me doy de bruces con una ushanka de pelo negro, una insignia bordada y una placa identificativa.

El policía me mira con una mezcla de solidaridad y recelo. Yo lo miro a él con una mezcla de alivio y pánico. Ninguno de los dos baja la guardia.

—¿Puedo ayudarla? —repite. Su tono me lleva a pensar en esposas, rejas oxidadas y calabozos en tinieblas.

—Me he... me he perdido —explico, y me siento ridícula. No tengo cinco años, por Dios—. Busco el pabellón Yubileyny.

El policía asiente.

—Está cerca. —El consuelo que me producen sus palabras me impide oír el resto de la frase—... ¿me permite verlo?

—¿Perdón?

—Usted no es de aquí. ¿Me permite ver su visado?

—Cla-claro.

Saco del bolsillo de mi anorak el papel que me dieron en el aeropuerto.

—No está registrado —dice. Señalo el sello rosa fosforito. No puedo ser la única que lo ve—. Ese es el sello de entrada en el país. Pero falta el registro.

—¿El registro? —En mi cabeza ya me veo deportada y vetada de por vida.

—Usted no es una turista, ¿me equivoco? —Meneo la cabeza y prosigue—: Si va a permanecer en Rusia —pronuncia ese nombre con una devoción que me abruma, enfatizando el diptongo final y engolando la s— más de siete días, debe registrar su visado. Si anda por ahí con un visado sin registrar, podrían expulsarla.

Una voz interior que me niego a escuchar se pregunta hasta qué punto eso sería malo.

—Yo... solo he venido a patinar. Solo eso.

—No hay necesidad de preocuparse, pero le aconsejo que acuda a la oficina de inmigración cuanto antes. La persona que le ha dado alojamiento debería presentarse también.

—Ella... está en Yubileyny ahora.

—Muy bien. La acompaño hasta allí.



Entro por primera vez en Yubileyny, algo semejante a La Meca para los patinadores, uno de los emblemas de la escuela rusa, el lugar que vio forjarse la leyenda de Yagudin y Plushenko, pasadas las ocho y escoltada por la policía. Es la segunda vez en menos de siete meses que me veo involucrada con las fuerzas de la ley. Maldigo para mis adentros al desgraciado de Tom Girard, maldigo el patinaje, maldigo mi vida.

El recinto es tan inmenso que solo incrementa mi frustración: debe de ser visible en varios metros a la redonda. Está ubicado a orillas del río Neva, en plena ciudad deportiva, e incluye varios pabellones tan grandes como una manzana de casas de Montreal, canchas descubiertas, un parking kilométrico y un paseo ajardinado frente al edificio principal. Nada que ver con la pequeña y acogedora arena René-Masson, ni por fuera ni por dentro. Aquí no hay una Amandine que bloquee el paso a extraños con cara de malas pulgas, sino tornos electrónicos que solo se abren ante el código de barras impreso en las acreditaciones. Acreditación que yo no tengo.

El policía cruza un par de frases con el guardia de turno y la rueda de un torno gira delante de mí. Del otro lado, la planta redonda del edificio

principal se expande y se repliega sobre sí misma en una red laberíntica de pasillos, escaleras, puertas que dan a vestuarios, puertas que dan a taquillas, puertas que dan a almacenes, puertas que dan a ninguna parte. Por suerte, mi acompañante sabe interpretar los carteles y me conduce en la dirección correcta. Medito seriamente la posibilidad de ofrecerle trabajar como mi escolta personal durante el resto de mi estancia en Rusia.

El área a la que nos dirigimos tiene paredes grises, bancos de madera a ambos lados y desprende un penetrante aroma a Myoflex. Si algo he aprendido en mis diecinueve años de vida es que todos los pabellones deportivos, aquí, en Canadá y en el Polo, apestan a Myoflex. Por los altavoces suena una melodía que me confirma que vamos bien encaminados: allá donde suena Bills, de LunchMoney Lewis, hay un patinador calentando.

Nada más acceder a la pista, me recibe el grito de Zenya. Viene corriendo hacia mí, seguida de cerca por una mujer morena con hombros de quarterback.

—¡Suzanne! ¿Qué ocurrido? ¡Una hora que esperamos a ti! —Se fija por primera vez en mi acompañante y su cara muta en preocupación—. ¿Tú bien?

Estoy temblando. Estoy aturdida. Estoy deslumbrada al contemplar ante mí la pista de entrenamiento más magnífica en la que he puesto nunca los pies. Aquí no hay muros desconchados ni bombillas que parpadean a la espera de que Paddy se digne a sustituirlas. Aquí hay una cristalera enorme, pantallas de plasma en la pared y una numerosa colección de focos LED que irradian una luz fría y cegadora. Los contornos de los árboles que adornan el jardín exterior dibujan sombras espectrales sobre el hielo por cortesía de las primeras luces de la mañana.

Desde un banco contra el ventanal, Kolya Tsvetkov me mira. El maldito está aquí. Puedo percibir su gesto agresivo incluso a distancia. Sobre el hielo, la pareja formada por Alexandra Zhigunova y Mihail Siankovsky, que calienta bajo las órdenes de Natalia Azova, una de las mejores entrenadoras de Europa, se detiene en seco e intercambia algún que otro cuchicheo con los ojos sobre mí.

—¡Suzanne! —Zenya, a mi lado, sigue expresando su inquietud a golpe de aspaviento—. Preocupada por ti. Yo llamo a casa mía desde teléfono

público, pero no contestas. Yo pensé ir buscar a ti, pero miedo cruzar contigo por camino. Ya no sabía más qué hacer.

—Me perdí —confieso, como si entrar acompañada por un policía, con el pelo hecho un lío por culpa del viento y de la nieve, y unas ojeras que bajan en caída libre hasta el mentón, no resultase de por sí lo bastante patético.

—Oh, pobrecita Suzanne. Pobrecita.

Mi rescatador decide que es el momento de intervenir.

—¿Usted es la ciudadana responsable de esta joven durante su estancia en el país?

—Da. —Zenya le presta toda su atención.

Continúan la conversación en ruso y en susurros. Como si hablar en voz alta obrara el milagro de que yo entendiera algo. Se apartan unos pasos y me quedo sola, con la garganta oprimida y los nudillos blancos contra el asa de la mochila. La acompañante de Zenya se aproxima a mí; mi imagen no debe de distar mucho de la de una delincuente de poca monta, y supongo que tiene miedo de que la emprenda a patadas con las instalaciones de un momento a otro.

Yo tampoco las tengo todas conmigo.

—Buenos días, Suzanne. —Me tiende su mano—. Me hubiese gustado conocerte en otras circunstancias, pero ya estás aquí. —Su inglés es fluido y acaramelado, con un toque nasal; nada que ver con la alambrada espinosa que rodea las cuerdas vocales de Zenya. Debo de parecer tan sorprendida que se echa a reír—. Viví unos años en Colorado Springs. Me dedicaba a preparar a parejas novice hasta que pude regresar a Rusia como entrenadora profesional. Soy Mavra Shvernika.

—Encantada. Lamento que a ti también te haya arrastrado a esta situación...

—En realidad le debía un favor. Además, cuando a Zenya se le mete algo en la cabeza, es imposible no seguirle la corriente. Siempre ha sido una encantadora de serpientes, incluso en su etapa como amateur.

—Empiezo a darme cuenta.

—Pero me alegra que me haya pedido ayuda. Kolya y tú sois un reto.

«Kolya y tú». Boucher/Tsvetkov. El equipo ficticio. No me atrevo a sacar a Mavra de su error, pero me temo que esto es algo más que un

simple reto.

Por el rabillo del ojo veo que mi compañero, o el proyecto de él, ha abandonado su trono y se aproxima a la salida con andar resuelto. Zenya no deja de parlotear con el policía, y las cuchillas de Zhigunova y Siankovsky rasgan el hielo con un soniquete monótono.

De la frase que sale de boca de Kolya cuando se planta ante Zenya no entiendo nada más que el veneno que destila en cada sílaba. Busco la mirada de Mavra.

—Dice que, puesto que ya es tarde y la pista está ocupada, se marcha —traduce cerca de mi sien.

Se lo agradezco con una mueca. Ella retransmite a toda velocidad la respuesta de Zenya:

—Le ha pedido que espere un minuto. Ahora está agradeciendo al policía que te haya traído y le ha prometido que esta misma tarde se ocupará de arreglar los papeles de la chica. Es decir, tú. —El hombre se despide de mí con un movimiento de la cabeza y se marcha—. «Si no empezamos ya, me largo». Eso es de Kolya. Dice que tiene mejores cosas que hacer que seguir perdiendo el tiempo.

Yo, «la chica que tiene que arreglar sus papeles», avanza sobre dos piernas tambaleantes de furia.

—¿Disculpa? No habría llegado tarde si tú no te hubieras desentendido de mí —me encaro con él.

—No, Suzanne —se entromete Zenya—. Tú equivocas. Kolya explicó a mí: él llamó a puerta mía, pero tú no abriste a él; aún dormida. Yo debí despertar a ti antes de salir —se lamenta.

—¡Eso no es cierto! —No puedo creer que haya sido tan rastrero—. Fui yo quien subió a buscarlo, y no obtuve respuesta.

—Seguramente ya era tarde y me había cansado de esperar por ti. —Kolya me mira como a un insecto a punto de ser pisoteado.

—¿Qué? —Un acceso de cólera burbujea en mi garganta como lava hirviente—. Ça me gosse⁴.

—Suzanne, mejor tú vas vestuario a refrescar y preparar. Solo malentendido, ¿sí? —Zenya posa una mano sobre mi antebrazo y me dedica una mirada de súplica antes de que la sangre de Nikolai Petrovich Tsvetkov llegue al Neva a manos de una canadiense sin papeles.

—Pero, Zenya...

—Por favor, Suzanne. Vestuario última puerta pasillo. Empezamos calentar en tres minutos, ¿sí?

—¿Y Zhigunova y Siankovsky? —interviene Mavra.

—Yo negocio con Natalia.

Me recluyo en el vestuario rumiando mi propia bilis. Abro el grifo de agua fría y me lanzo un chorro al rostro.

Nada de esto es culpa tuya, Suzette. Empezando por tu mudanza a Rusia y terminando por la imbecilidad de tu futuro compañero.

Tengo las manos heladas, y orejas y pómulos en combustión. Me deshago del abrigo, de los vaqueros y de las botas. En mallas, con unas zapatillas a estrenar gracias a la vena previsora de Sarah Boucher, me siento en un banco y reclino la espalda contra la pared. Hago mi mejor esfuerzo para olvidar que acabo de mantener la primera discusión con mi nuevo compañero y ni siquiera hemos puesto un pie en el hielo.



Estiramos a conciencia durante veinte minutos, veinte segundos cada tanda, quince veces cada músculo, en una pequeña sala aledaña cubierta de parqué y de espalderas. Kolya y yo nos situamos en extremos opuestos, así que no tengo que verlo mientras doblo el espinazo para tonificar mis dorsales, ni tampoco al abrir las piernas para flexibilizar mis abductores, que intuyo que van a pagar el precio de patinar junto a un extraño.

Tanto Zenya como Mavra supervisan atentamente nuestras respectivas rutinas. Junto a ellas está Grisha, quien, me informan, será nuestro preparador físico de ahora en adelante. Grisha aprueba en voz alta mis estiramientos y propone que dediquemos las próximas sesiones a optimizar mis saltos mediante ejercicios pliométricos. A Kolya se acerca en un par de ocasiones, corrige en voz baja su postura y señala sus rodillas. Él gruñe.

Chúpate esa, Tsvetkov.

De regreso al área principal, nos toca esperar unos minutos, desperdigados por la hilera de bancos, a que la pareja formada por Zhigunova y Siankovsky termine su primera sesión sobre hielo; Zenya le ha prometido a su entrenadora ceder parte de nuestro tiempo de uso de la pista mañana a cambio de que finalicen antes hoy.

Aprovecho para calzarme los patines; en cuanto tiro del primer cordón comienzo a recuperar la confianza. Para cuando finalizo, siento mis ánimos renovados y la adrenalina de reencontrarme conmigo misma. Las últimas veinticuatro horas se funden a blanco en mi cabeza.

Cuando Alexandra y Mihail despejan la pista, me pongo en pie y me abalanzo sobre la portilla. Alexandra se está calzando aún los protectores; su larga melena rubia ondea en una cola de caballo.

—Suzanne... ¿Berger? ¿Bonner? Disculpa, lo he olvidado.

Alexandra Zhigunova y yo llevamos coincidiendo en el circuito media vida, para ella también es su primera temporada en sénior, y sabe de sobra cuál es mi apellido.

—Boucher —aclaro con una sonrisa que obligo a parecer auténtica.

—Eso, Boucher. Ya me he enterado de lo que te pasó. Bienvenida, supongo.

—Gracias. Es un placer volver a verte.

Mihail Siankovsky, no muy lejos de nosotras, seca sus mechones castaños con ayuda de una toalla.

—Sasha, mejor deséale suerte —le dice a su compañera con un tono alegre que suena cortante en mis oídos—. Disculpa que no me acerque a saludarte, Suzanne; estoy empapado en sudor.

—Tienes razón, Misha —secunda ella—. Suerte, entonces. —Observa de reojo a Kolya, quien, ajeno a las miradas, liquida de un trago el contenido de su cantimplora—. La vas a necesitar. ¡Ya nos veremos!

Espero que abandonen el recinto, pero para mi sorpresa, no lo hacen. No están dispuestos a perderse el espectáculo. Los dos toman asiento, uno junto al otro, en los bancos laterales, desde donde otean el panorama con la tranquilidad de saberse los reyes de Yubileyny tras la reciente retirada de Tereshchenko y Parshikova, los campeones indiscutibles durante los últimos años.

Siento su mirada clavada en la nuca mientras entro en contacto con el hielo, que me recibe con la dureza justa y una invitación implícita a jugar con él. Y eso es lo que tengo intención de hacer. Hasta que la sombra de mi compañero irrumpe en la pista y los nervios se me agarrotan en la boca del estómago. Doy una vuelta de reconocimiento y, a continuación, me acerco a la barandilla, donde Kolya conversa con Zenya. Se cuida de

guardar silencio en cuanto presente mi proximidad.

—Esto hacemos hoy —anuncia ella—: primero, calentáis separados. Después, dos vosotros desplazáis por hielo juntos, de mano, ¿sí? Dos vosotros venís de modalidades diferentes; hay que empezar de cero. Necesitáis conocer a compañero. Hoy solo química, ¿sí? Solo vemos química, energía entre dos vosotros e imagen que proyectáis en pista. Mavra va grabar vídeo para analizar luego.

Veo que esta ya tiene puestos los patines y se ha enfundado unos mitones que le permiten manejar la cámara; Zenya no parece tener intención de abandonar su mirador junto a la barandilla.

Asiento sin saber por dónde empezar. Por primera vez en años, acaban de soltarme en una pista de sesenta por treinta metros, a seis grados bajo cero, y no sé qué hacer. Doy unos cuantos pasos lejos de Kolya, que en estos momentos me inspira más desconfianza que seguridad, y me dejo embargar por el sonido de mis propias cuchillas. Se me escapa el filo un par de veces; el cuchicheo y las risitas de Alexandra y Mihail truenan en mis tímpanos.

Mi cerebro no deja de bombardear con mensajes contradictorios:

Esto no puede funcionar.

Esto tiene que funcionar.

Poco a poco ya no se oyen cuatro cuchillas rasgando el hielo, sino dos. Kolya y yo llevamos el mismo ritmo; armonizo el compás de mis patines al de los suyos.

Esto tiene que funcionar.

Ya no hay dos cuchillas, sino una.

—Bien, bien, bien... —murmura Zenya, pero no la escucho. El latido de mi corazón engulle cualquier sonido.

He vuelto a casa.

Un gesto apenas perceptible es suficiente. Kolya entrelaza su mano con la mía, y entonces la última década de mi vida desfila ante mis ojos: el día en que me presentaron a Tom; su sudadera naranja, mis mallas púrpura, ambas como un rótulo de neón en el centro de la pista; mi mano en la suya, sus ojos en los míos; los primeros pasos juntos bajo la atenta mirada de Gilles; aquellos torpes amagos de elevación que dejaban mis cervicales doloridas. Antes de la segunda semana de entrenamiento en pareja, ya

éramos capaces de empastar nuestro camel con una precisión de milisegundos; después de tres meses, me retiraron el arnés; tras once meses, lográbamos anticipar la caída del otro tras un salto en paralelo solo por el grado de inclinación durante el despegue.

Y de repente, a los diecinueve años, vuelvo a pasar por lo mismo. Solo que, en esta ocasión, mis padres no animan desde fuera, la gabardina de Gilles ha sido sustituida por un chándal de nailon colorido, y mi compañero no es Tom, ese flacucho rizado que me sacaba un curso, sino un hombre de veinticuatro años que no ha patinado de la mano de una mujer en su vida. Y yo tampoco soy yo.

Vigilo que nuestros pies no se enreden; lo guío por el hielo y voy marcando con mis filos un ritmo que los dos somos capaces de seguir sin dificultad. Después de la primera toma de contacto, Zenya nos sugiere repetir el movimiento cara a cara. Un segundo gesto y nos agarramos de las dos manos. Veamos si logramos mantener esto, sea lo que sea.

Frente a mí, Kolya da un traspie, pero no lo suelto. Durante una milésima, en el fondo de sus ojos titila algo. No sé qué es. Le pregunto en susurros si quiere intentar algunos giros y, por toda respuesta, ejecuta un bucle casi perfecto.

Nos detenemos. Apenas hemos recorrido dos diagonales, pero me siento tan exhausta como si acabara de cerrar el programa largo. Mavra, que algún día tendrá la posibilidad de hacerse millonaria comercializando ese vídeo con las primeras incursiones de Boucher/Tsvetkov en la pista, se aproxima a nosotros. A pesar de su altura y de la anchura de su tórax, se mueve con la agilidad de un duendecillo del bosque.

—¡Estupendo, chicos! Kolya, sé que es pronto para ti, pero a Zenya le gustaría que probarais una pirueta conjunta. Nada muy complejo, solo un primer contacto para controlar que las líneas de vuestros cuerpos no queden descompensadas. ¿Estás de acuerdo?

Él la mira con un asomo de fastidio en las pupilas y lanza una ojeada rápida a Zhigunova y Siankovsky, que no pierden detalle desde su posición.

—Tú dirás. —Encoge los hombros con resignación manifiesta y da un trago a la botella de agua.

Mientras yo bebo de la mía, Mavra le explica a mi partenaire algunos

trucos básicos. Antes de alejarse de nosotros cámara en mano, apela una vez más a mi experiencia para orientarlo.

Empezamos presionando uno contra otro para ganar velocidad. Nuestros patines se acercan paulatinamente, muy despacio; entre los dos aún hay una distancia insalvable.

—Más cerca, Kolya —apunta Zenya.

Reacciona arrimándose apenas; se nota que está asustado de compartir el eje de rotación con otra persona. Entonces apresa mi tobillo, me ofrece su pierna; me siento extraña cuando caigo en la cuenta de que no es la de Tom. Esta es una extremidad impersonal, que no conozco, que me incomoda, con la que no tengo ningún vínculo.

—Más recto, Kolya. —Mavra corrige la postura de mi compañero—. Si te inclinas demasiado, romperás la horizontalidad.

—Sé cómo hacer un puto camel —farfulla él junto a mi pantorrilla. Sin embargo, obedece, y yo valoro como una pequeña victoria la repentina tensión de su gemelo bajo mis dedos.

Durante la siguiente media hora, seguimos al pie de la letra las indicaciones de Zenya, que busca poner a prueba nuestras peculiares formas de entrenar y empezar a construir una buena relación entre los tres. Me explica que la técnica de empuje es diferente aquí que en Canadá, pero que no debo alarmarme, puesto que le pillaré el tranquillo pronto.

Kolya nunca ha patinado en pareja. Yo solo he patinado con una. No obstante, y a pesar de las reticencias de ambos, nuestro primer acercamiento sobre el hielo marcha mejor de lo que esperábamos. Creo que incluso mejor de lo que Zenya esperaba, porque se crece en su chándal y nos propone una elevación sencilla.

—No creo que sea buena idea, Zenya —masculla Kolya—. Ya es suficiente por hoy.

—Yo tampoco creo que sea oportuno... —titubeo.

—¡Ñet, ñet, ñet! —Ella palmorea con la ilusión de una chiquilla en un parque de atracciones—. Dos vosotros en racha. Seguí, seguí.

Una vez más, es Mavra quien se ocupa de la instrucción de Kolya. Yo barro el espacio con la mirada mientras trato de mantener mis músculos en caliente: Zenya se aferra a la barandilla, tan entusiasmada que sus ojos eclipsan el arcoíris de su sudadera; Alexandra y Mihail continúan en sus

sitios, pero los cuchicheos malintencionados han dado paso a un silencio insondable, casi expectante. No pestañean.

Probamos algunos portés sencillos a modo de tanteo, y después repetimos la operación en marcha. He realizado cientos, miles, millones de portés en mi vida.

Manos juntas, rodillas flexionadas, miembros en tensión. Otra vez. Manos juntas, rodillas flexionadas...

Sin embargo, algo falla en esta ocasión. Sin que pueda preverlo, el punto de apoyo cede; pierdo el equilibrio y mi cuerpo derrapa un par de metros antes de abrasarse con el hielo. No es un accidente aparatoso, pero no puedo reprimir un grito. Grito de forma instintiva; grito porque, en un intento fútil de amortiguar la caída, he apoyado todo el peso sobre mi muñeca derecha; grito porque duele; grito porque me arde la parte posterior del cuerpo; grito porque no me lo esperaba.

De pie, Kolya me hostiga con la clase de mirada con la que un patinador egoísta y arrogante culparía a su compañero de todos los errores.

—Te dije que no iba a funcionar, Zenya. Es una estupidez.

Abandona el hielo a toda prisa, sin ponerse siquiera los protectores.

—¡Kolya! ¡Tú vuelves! ¡Entreno no terminado! ¡Kolya!

Él no hace caso. Ofuscado, se desata los cordones de las botas y sale del recinto descalzo y sin mirar atrás, dejándome tirada en la pista con una muñeca abierta, el trasero dolorido y una rodilla raspada. Y sola.

En el banco bajo la ventana, Zhigunova y Siankovsky parecen haber recobrado la fe y murmuran entre dientes.

Esto no puede funcionar.

CAPÍTULO X

Después de una prueba que no empezó bien y que terminó fatal, salgo del vestuario convertida de nuevo en un ser humano, con el cabello húmedo tras la ducha y sin cuchillas en mis pies. En el pasillo, Zenya, a la que aún le dura el sentimiento de culpa por lo de esta mañana, por lo de hace un rato, por lo de ayer, y por todo en general, se proclama mi guardaespaldas y decide darme una lección magistral de hospitalidad rusa y mostrarme el camino a casa para que no vuelva a perderme. Mavra se ha marchado ya; tenía una cita con otros colegas de San Petersburgo, pero antes de irse nos ha cedido la cámara para que podamos visionar las grabaciones esta misma tarde.

Cuando abandonamos Yubileyny, sigue nevando, aunque con menos fuerza. Durante el trayecto de vuelta, Zenya no deja de depositar flores, ramos y coronas sobre la tumba que Kolya se cavó hace un rato, quizá con intención de resucitar la imagen que tengo de él, cada vez más cerca de la extrema unción.

—Tú debes disculpar Kolya —me dice, atolondrada, mientras pasamos junto a una iglesia con cinco cúpulas—. Carácter suyo... difícil. Yo sé. Pero tú pones parte tuya, ¿sí? Él contento de tener a ti aquí, yo juro. Contento de patinar, yo sé. Mucha presión este año. Federación rusa no anda con contemplaciones. Federación ingrata —farfulla.

—¿La federación lo dejó fuera? —Una bocanada de aire gélido se escurre entre mis labios—. ¿Por eso Kolya no compitió en ningún evento el año pasado? ¿Y qué va a pasar con nosotros?

Zenya abre desmesuradamente los ojos, la única parte de su rostro visible entre la lana de la bufanda y el pelo de la capucha; aprieta el paso, como si hubiese hablado más de la cuenta.

—Avenida todo recto, recto, recto. Luego, derecha. Fácil, ¿sí?
Suspiro.

—Sí, Zenya. Muy fácil. Gracias.

Por una vez, su descarada estrategia para esquivar mis preguntas funciona. No toco más el tema. Volver a entrenar me ha recordado por qué

estoy aquí y, sobre todo, me ha devuelto algo que ya daba por perdido: a mí. Y si para volver a sentirlo tengo que hacer la vista gorda, la haré. No hurgaré. Engañarme a mí misma es mil veces más soportable que vivir apartada del hielo otra vez.

—Ya casi hora de comer —dice Zenya. Por el rabillo del ojo me doy cuenta de que las calles comienzan a resultarme familiares; debemos de estar cerca de Divenskaya—. ¿Tú, hambre?

La mañana se ha ido al galope y mis tripas rugen, suplicando algo más consistente que el aguado café de achicoria con que las despaché nada más levantarme.

—Un poco.

—Bien. Dos nosotras comemos en casa. Yo preparo vareniki.

Mis tripas vuelven a rugir, pero esta vez de descontento.

Después de media hora larga caminando bajo la nieve, las dos agradecemos la tregua que nos brinda el portal. Subimos las escaleras en silencio y nos detenemos en el zaguán frente a la puerta de Zenya; no se me pasa por alto su expresión, con todos los sentidos alerta, dispuesta a detectar cualquier signo de vida en el ático donde vive Kolya. Sin embargo, la quinta planta parece desierta.

Una vez en el apartamento, me cambio las botas por las zapatillas de borreguillo en la entrada; en solo un día ya he aprendido que los rusos se vuelven locos si pisan sus casas con calzado de calle. Zenya se resguarda en la cocina y empieza a encender fogones y a abrir y cerrar la puerta de la nevera.

En un arranque de originalidad, decide acompañar los vareniki precocinados, que almacena en cantidades industriales en el frigorífico, con un sobre de sopa deshidratada. Si Kolya no ha podido alzarme en un simple porté, no quiero ni pensar qué ocurrirá si mi anfitriona sigue cebándome a empanadillas y comida congelada.

Charlamos de banalidades mientras comemos. Los vareniki me saben un poco menos repulsivos que ayer, tal vez debido al hambre, pero a esa maldita sopa de remolacha que, tal y como estoy a punto de descubrir, los rusos consumen a todas horas, no creo que llegue a acostumbrarme. (No. No lo haré).

La ayudo a recoger los platos y me ofrezco a enjuagarlos para que ella

pueda preparar el té que tomará de postre, con cuidado de no hacer ningún movimiento brusco que perjudique mi muñeca. Mientras vierte agua en el samovar cachazudamente, no deja de repetir que debemos darnos prisa.

A las tres en punto, abrigadas y en la calle, decide tomar un taxi o no llegaremos. Le hace señas a un destartado Lada de color rojo. La ventanilla del piloto se abre y Zenya intercambia con el conductor unas cuantas frases que suenan a negociación.

—¿No íbamos a ir en taxi? —pregunto cuando la veo abrir la portezuela trasera.

—Y eso hacemos. Taxi privado —sentencia con una sonrisa conspiradora—. Más barato; igual eficaz. Entra.

Me acomodo en la parte trasera de un coche tan viejo que ni siquiera dispone de cinturones de seguridad, sobre un cubreasiento de cuentas de madera, y Zenya hace lo propio en la delantera, junto al piloto.

El vehículo aún no ha frenado en el primer semáforo y tanto ella como el conductor ya se han enzarzado en una animada charla. Yo me distraigo mirando cómo, del otro lado del cristal, el distrito de Petrogradsky muere en las aguas congeladas del Neva. A mi derecha, me doy de bruces con una altísima aguja dorada que rasga las nubes colmadas de nieve. La catedral de San Pedro y San Pablo. Es la primera vez que la veo.

Al otro lado del puente de la Trinidad, San Petersburgo renace convertida en una extensa planicie salpicada de jardines, palacios, canales y esculturas. El espejismo se desvanece pronto, y las calles empiezan a apiñarse unas contra otras en una réplica idéntica del barrio del que procedemos. El falso taxista nos deja a la altura de un imponente edificio de piedra. Zenya paga el precio acordado con cara de estar haciendo un buen negocio y yo desciendo de mi primer taxi ilegal.

Juntas, corremos por la acera hasta guarecernos del temporal en las oficinas del Servicio de Migración. Hacemos cola durante más de una hora y, cuando al fin nos toca el turno, Zenya, en su papel de anfitriona, se deja absorber por la incommovible burocracia rusa de mostrador en mostrador; yo me limito a observar y asentir con la cabeza cuando me preguntan. A nadie parece importarle por qué estoy aquí; tan solo les preocupa tener mis pasos bien controlados dentro del país durante los noventa días que dura mi visado. Me hacen especial hincapié en que no puedo realizar más de

dos salidas durante ese período.

Cuando al fin volvemos a la calle, Zenya con rostro satisfecho y yo con un nuevo documento azul en el bolsillo, ya es noche cerrada. Ha dejado de nevar. Mi entrenadora se sopla las manos para entrar en calor y se cuelga de mi brazo antes de echar a andar por la acera.

—Pasha cerca de Suvorovskiy. Vamos caminando.

—No sabía que hoy veríamos a Pasha. Pensé que dedicaríamos el resto de la tarde a estudiar las grabaciones de Mavra.

—Después. Primero cita con Pasha en federación. Todos desean conocer a ti.

Antes de que quiera darme cuenta, Zenya me empuja dentro de las dependencias de la Federación Rusa de Patinaje Artístico, donde, en lugar de un festivo comité de recepción, me topo con una emboscada.

Pasha sale a nuestro encuentro y sacude mi mano con el mismo gesto amigable de ayer. Es el único. Tras él vienen dos peces gordos que me dedican una mirada escéptica y un saludo gris.

—Suzanne, este Oleg Yavkolev. Vicepresidente Comité San Petersburgo. Este Konstantin Urmanov. Secretario Comité San Petersburgo.

—Encantada.

Extiendo mi mano y la estrechan de forma tirante, primero Oleg, luego Konstantin.

—Ellos quieren hacer preguntas a ti, Suzanne. ¿De acuerdo?

¿Acaso tengo escapatoria?

—Por supuesto.

Me invitan a una sala de reuniones y, en cuanto tomo asiento en uno de los sillones, justo al lado de Zenya, empieza el interrogatorio.

—¿Por qué deseas patinar en Rusia, Suzanne? —comienza Oleg en un inglés impecable que no me hace sentir menos intimidada.

Imaginaba que tendría que dar explicaciones, igual que hice en Canadá antes de partir, pero no imaginaba que sería tan pronto. Ni así.

—Bueno, cualquiera desearía patinar en el país con mejores instalaciones, mejores entrenadores y mayores éxitos del mundo del patinaje. —Esbozo una sonrisa de alto voltaje—. Es una oportunidad que ningún patinador rechazaría. —Omito deliberadamente añadir que me

habría mudado a Fiyi, de ser preciso, con tal de seguir patinando, y que a la federación fiyiana, si es que existe, habría tratado de endilgarle el mismo embuste. No soy tan idiota como creen; conozco perfectamente qué es lo que quieren escuchar.

Oleg asiente. Su estilográfica se desliza deprisa sobre el papel frente a él, pero su cara no exterioriza ninguna emoción.

—Así es. Y ese es el principal motivo de que el equipo ruso esté desbordado. Muchos de nuestros atletas han emprendido un éxodo hacia otros países que pueden garantizarles un hueco en la alta competición, puesto que nosotros ya no podemos. Por lo tanto, dime, Suzanne, ¿por qué íbamos a ceder uno de esos valiosos puestos a una extranjera que acaba de llegar?

Mi sonrisa muere en el acto, acribillada por la verdad aplastante de sus palabras.

—Tiene razón. Pero yo daría mi vida por patinar, y este es el mejor lugar del mundo para hacerlo.

El gesto de Oleg se suaviza. Las preguntas se suceden una tras otra, y respondo a ellas lo mejor que puedo. Por lo que puedo intuir, la federación rusa no difiere tanto de la canadiense: al final, todas se preocupan más de trapichear para obtener beneficios, ya sea en números o en prestigio, que de favorecer a sus atletas. Me permito relajarme hasta que, al cabo de veinte minutos, una última pregunta me abofetea.

—¿Por qué crees que la federación debería revalidar su apoyo a Kolya Tsvetkov?

Le echo un vistazo a Zenya, que me mira a su vez con media tonelada de esperanza y de culpa.

Ahí está. Por eso estoy en Rusia. No tengo ni idea de la razón que llevó a la federación a retirarle su apoyo a mi compañero, pero empiezo a hacerme una idea bastante clara de la función que cumplo yo en el juego.

Sabía que tendría que dar la cara ante la directiva, incluso que tendría que fingir deseo de representar a un país por el que no quiero competir en absoluto y maquillar la realidad con tal de obtener su respaldo. Lo que no imaginé es que, además, tendría que salvarle el culo a Kolya Tsvetkov en su propio territorio.

Un silencio descomunal lo inunda todo antes de que me decida a

hablar:

—Kolya está igual de implicado que yo en esto. Ha decidido apostar por nuestro equipo y no podría mostrarse más entusiasmado. Me consta que está trabajando muy duro para ofrecer lo mejor de sí mismo. Quizá en los últimos dos años no ha estado en su mejor momento, pero ambos confiamos en que el bache ya ha pasado, y está dispuesto a demostrarlo y a superarse. Les puedo asegurar que ninguno de los dos tiene intención de dar menos del doscientos por cien.

Me desinflo en mi asiento, sepultada por el peso de mis propias mentiras. Las miradas de Oleg, Konstantin y Pasha, que han permanecido fijas en mí durante mi convincente discurso, se cruzan. Konstantin susurra algo en el oído de Oleg, y este, tras una pausa, se pone en pie, se abrocha el botón de la americana y me tiende la mano.

—Gracias por tu interés y por tu franqueza, Suzanne. La federación valorará con especial dedicación tu caso. Sin embargo, no podremos tomar una decisión definitiva hasta que no comprobemos la veracidad de lo que nos has dicho. Espero que puedas comprenderlo.

Konstantin toma la palabra por primera vez:

—Disponéis de una semana para preparar un programa que mostraréis ante representantes del club Bolshaya y ante nosotros. Sin el amparo de un club, no podrás competir en Rusia.

Es Oleg el que cierra la conversación:

—El próximo lunes tendrán lugar en Yubileyny los tests para las categorías Basic y Prebronce. Antes de que den comienzo, nos enseñaréis vuestro trabajo, y la federación juzgará. Tranquila, solo se trata de un trámite rutinario.

Me despachan con un golpe seco de estilográficas y la misma frialdad estudiada con que me recibieron. Pasha nos acompaña a Zenya y a mí a la puerta; no ha perdido la sonrisa.

—Yo deseo ver dos vosotros en pista. ¡Lunes día importante!

Busco una respuesta diplomática y no la encuentro, así que opto por quedarme callada mientras ellos se despiden efusivamente.

La entrevista con los miembros de la federación me deja aún más inquieta. Todavía no sé si he pasado la primera prueba de fuego con Kolya y ya tengo una nueva a las puertas. Solo llevo veinticuatro horas en San

Petersburgo y ya estoy en el punto de mira de todos.



Para el camino de vuelta a casa, Zenya me propone dar un paseo por la ciudad y mostrarme algunas de sus «bellezas incomparables», pero yo alego que estoy muy cansada por culpa del jet lag y que quiero irme a la cama cuanto antes. A pesar de su visible decepción, me complace y regresamos directas a Divenskaya.

Nada más pisar el portal, huelo en el ambiente que algo no va bien. Al llegar al cuarto piso, descubro con sorpresa que no estamos solas: Kolya está agachado en el descansillo, el cuello ladeado, tratando de encajar con movimientos zafios una llave en una cerradura que no es la suya.

—¡Zenya! —grita eufórico. Continúa en ruso, pero no me hace falta saber idiomas para adivinar que está borracho.

A mi lado, Zenya está lívida. Se acerca a él y, sin miramientos, lo empuja, abre la puerta del apartamento con sus propias llaves y lo reprende con la mirada. Kolya, desconcertado, sacude la cabeza igual que el perrito de plástico que adornaba la bandeja del Lada rojo esta tarde; parece que va a descolgarse en cualquier momento. A continuación, Zenya lo agarra por el brazo, lo insta a ponerse en pie y tira de él escalones arriba. Antes de desaparecer por el hueco de la escalera, Kolya rompe a reír delante del cartel que pone «4º».

Se marcha como un torbellino de carcajadas perturbadas, muecas y aspavientos. Me quedo sin saber qué hacer hasta que la discusión en el piso de arriba arrecia y atrae la atención del resto de vecinos. A medida que empiezan a abrirse puertas, yo, acobardada, me refugio tras la de Zenya.

Deambulo como un robot por el salón, la cocina, el baño, la cocina, el baño y por el salón otra vez, reprimiendo un estremecimiento cada vez que uno de los gritos procedentes del piso superior hace tambalear los cuadros de paisajes bucólicos que saturan las paredes.

A las ocho menos cuarto, mando un SMS a mis padres. «¡Qué frío hace! Mamá estaría conmocionada. Acabaré usando todos los abrigos que me compró. Todo OK por aquí; mañana os llamo. Os quiero».

A las ocho menos diez, extendiendo las sábanas sobre el sofá, apago la luz y me envuelvo en naftalina.

A las ocho menos cinco, un portazo reverbera en mi almohada y, estoy convencida, en todos y cada uno de los cimientos del edificio.

A las ocho menos tres minutos, Zenya traspasa el umbral y camina de puntillas hasta el centro de la sala de estar.

—¿Suzanne? —tantea en susurros. Me hago la dormida—. ¿Suzanne?

Al no obtener respuesta, abandona la estancia. Antes de cerrar tras de sí, la oigo decir:

—Yo... lamento mucho, Suzanne.

Me obligo a no mover ni un músculo y, finalmente, se va, dejándome sola y lista para enfrentarme a mi segunda noche en las garras del jet lag y la melancolía.

CAPÍTULO XI

El martes, a pesar de las ojeras, me bajo del taxi y entro en Yubileyny de una forma más digna que la última vez: con el pelo arreglado y sin escolta policial. Nada más atravesar los tornos, Zenya, que ha realizado el trayecto conmigo (creo que aún persiste su sentimiento de culpa y que no va a dejar de tratarme como a una niña indefensa en mucho tiempo), me acompaña a hablar con el gerente, que también lo es del club Bolshaya y, por lo tanto, una de las personas de cuyo veredicto depende mi permanencia en Rusia. En su despacho, además de hablar de asuntos de dinero, estoy a punto de besar el suelo que pisamos los tres cuando me proporciona una acreditación para poder entrar y salir del recinto a mi antojo, con horario ilimitado de acceso al hielo, siempre que no esté ocupado por otros patinadores. Aprovecha para explicarme que en Yubileyny las cosas funcionan de forma ligeramente diferente a lo que estoy acostumbrada en Canadá: aquí se trabaja con menos sesiones diarias de hielo, pero estas son más largas, y los patinadores de su club nunca comparten pista. Nada de asignar una parcela a cada uno y que suenen las músicas de todos en bucle: cada patinador o pareja tiene derecho a reservar la pista en exclusividad a determinadas horas. La política del recinto así lo exige.

A la hora a la que empieza nuestro calentamiento con Grisha, me dirijo apresurada al vestuario para cambiarme. Sustituyo los pantalones por unos leotardos hidrófugos y mi jersey, por una chaqueta térmica de colores oscuros. Ajusto bien la muñequera de licra que llevo desde ayer para mitigar el dolor de muñeca, que no es la única secuela de mi primer contacto con el hielo ruso. Esta mañana, en el cuarto de baño, pude calibrar el saldo de nuestra prueba: un hematoma del tamaño de Terranova en mi glúteo izquierdo y magulladuras en varias de mis articulaciones. Ah, y una borrachera, pero esa resaca no la sufro yo.

O al menos eso espero.

Me extraña no encontrar a mi compañero en el área de calentamiento. La que sí está es Mavra, que me saluda con alegría.

—¿Y Kolya?

Zenya chasquea la lengua.

—Tarde hoy. Pero va venir. Ahora, enseguida.

Bajo las órdenes de Grisha, ejercito los dorsales haciendo palanca contra la pared y guardándome para mí la perversa satisfacción de saber que el karma de la puntualidad está hoy de mi lado.

Cuando nos trasladamos a la pista, la encontramos vacía e inmaculada; la Zamboni acaba de apisonar el hielo. Salto dentro con la emoción de un renacuajo en su charca y dejo que mis cuchillas tracen círculos desordenados para hacerla menos resbaladiza. Mavra está conmigo, y charlamos de detalles insustanciales mientras yo voy entrando en calor y Zenya no deja de mirar la puerta con nerviosismo.

—Ahora, enseguida. Va venir.

Pasan los minutos y yo vago por el perímetro del hielo para matar el tiempo. Disfruto de la paz que me inspira, a pesar de que la falta de disciplina de mi compañero empieza a irritarme.

—Ahora, enseguida. Va venir.

Para las siete y media, la rabia campa a sus anchas en mi interior. Zenya se excusa y sale para realizar una llamada. Regresa poco después, con las mejillas pálidas y una expresión silenciosa que dice lo que tanto Mavra como yo ya sabemos.

«No va venir».

—Kolya indispuerto. Él en cama. Yo pido disculpas en nombre suyo.

—¿Y entonces? ¿Qué hacemos?

Zenya parpadea.

—¿Tú quieres entrenar?

—Por supuesto que quiero entrenar. ¿Para qué he venido si no?

—Entonces tú entrenas —dice resuelta.

Durante la media hora escasa que nos queda de uso del hielo, canalizo todo mi enfado en perfeccionar mi Lutz. Mavra y Zenya, del otro lado de la barandilla, enumeran las semejanzas y las diferencias entre la escuela rusa y la canadiense en una charleta informal. A las ocho en punto, el hechizo se rompe y las campanadas dan paso a Alexandra Zhigunova y Mihail Siankovsky, cuyo turno comienza ya. La carroza se convierte en calabaza y salgo del hielo frustrada por no poder evadir la realidad un ratito más.

Mientras me hidrato y recobro el aliento, Alexandra, rozagante, se me acerca. Ella también ha recuperado el semblante crecido de ayer. No la culpo; si yo estuviera en su pellejo, tampoco me preocuparía lo más mínimo la competencia: una extranjera desubicada y un novato alcoholizado que ni siquiera acude a entrenar.

—¿Y Kolya? —Sin duda, es la pregunta del día. Ella la formula con un aire de inocencia que no me creo en absoluto.

—Está indispuerto —miento antes de ser consciente de que lo estoy haciendo.

—Ya. Le pasa a menudo, ¿verdad, Misha?

Su compañero, tan lozano como ella, se une a la conversación.

—Sí. Sin duda es una fea costumbre de nuestro buen amigo Kolya.

Mavra me hace señas desde la puerta; ella es la otra gran damnificada por esta situación absurda y anda de acá para allá sin saber en qué emplear el tiempo ni cómo ayudarnos. Quiere aprovechar que mi preparación en seco se presenta sosegada, dada la ausencia de pareja, para analizar el vídeo de la prueba de ayer.

Las palabras de Mihail resuenan en mi cabeza. Al parecer, todos a este lado del Neva se hallan al tanto de la inoportuna costumbre de mi compañero de indisponerse. Una fea novedad, en mi caso.

Me seco el sudor de la nuca y desato los cordones de mis patines sin dejar de preguntarme cuánto tardará en convertirse en una fea costumbre también para mí.



Esa misma noche, mientras libro mi particular batalla contra el insomnio, no dejo de pensar en mis padres y en lo dolorosamente lejos que queda Montreal en espacio y en tiempo.

Hoy tampoco he hablado con ellos por teléfono. No tenía fuerzas. Me limité a enviar un nuevo SMS.

«Se me hizo tardísimo, lo siento. Entrenamos sin parar y ya sabéis cómo va esto... ¡Ojalá amaine el temporal! Allí donde miro, solo veo nieve. Todos me tratan genial, pero os echo de menos».

Me contestaron poco después. Mi padre ha logrado arreglar el exprimidor averiado justo ahora que ya no podrá prepararme zumo, y mi

madre me recordó cuánto me quiere. Los dos se alegran por mí y están deseando compartir mi éxito conmigo.

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que siento la estela tórrida que dejan las lágrimas al resbalar por mis mejillas. Acostada, tapada hasta la coronilla a pesar de la calefacción, doy rienda suelta al llanto y pienso en todo lo que no he vivido con mis padres en estos días y en todo lo que ellos no vivirán conmigo en los que están por venir. En su confianza ciega; sin reticencias; sin ambages. En los miles de dólares que ya han invertido los buenos de André y Sarah Boucher solo para financiar la costosísima vida que eligió a los seis años su única hija sin pensar en nada más.

¿Y todo para qué?

La respuesta llega en forma de estruendo. El que se desata en el piso de arriba cuando Kolya entra en su casa de madrugada, con los pies a rastras, y recorre la distancia que lo separa de la cama llevándose por delante todos los muebles de la vivienda.

Me duermo pasadas las tres, con el cuerpo entumecido de dar vueltas en este sofá infernal y el cerebro cansado de tratar de no pensar que esta es ahora mi vida.



Mi tercer día en Yubileyny es un calco del anterior: Kolya no nos alumbra con su presencia en toda la mañana, así que vuelvo a entrenar sola y a retazos. Zenya, consciente de las circunstancias, me trata con una suavidad exasperante y no saca a la profesional estricta y perfeccionista que sé que lleva dentro, por lo que, aunque el ejercicio me ayuda a no anquilosarme, tampoco progreso en dirección alguna. El tiempo se nos echa encima y el agobio comienza a hacer mella en mí: estamos a miércoles, faltan menos de cinco días para nuestra presentación oficial ante los peces gordos y no tengo nada. Ni programa. Ni música. Ni vestuario. Ni siquiera pareja.

Después de almorzar en casa de Zenya y de una nueva sobredosis de vareniki, decido que necesito despejarme y tomar el aire. En los dos últimos días he ido del portal al taxi, del taxi a la pista y a la inversa. El frío aún es insoportable, pero al menos hoy nieva con menos fuerza y me permite caminar sin miedo a morir sepultada por una avalancha. Zenya

hace el intento de unirse a mi excursión, en parte para no correr el riesgo de que vuelva a perderme y en parte también porque aún tiene clavada la espinita de hacerme de guía, pero la rechazo de forma cordial. Necesito estar sola. Tan sola como me siento.

Por el camino compro un mapa de la ciudad en un quiosco que vende todo tipo de artículos, desde productos de limpieza hasta juguetes para mascotas. En el último momento, acompaño el plano de una de las chocolatinas expuestas junto a la caja registradora; me comunico por señas con el dependiente, un armario empotrado de manufactura eslava, y aunque me siento idiota, logramos entendernos. Dejo unos cuantos rublos sobre el mostrador y afronto de nuevo el frío inclemente del exterior.

No me aventuro demasiado lejos: no conozco la zona, estoy helada y, además, estoy escarmentada de lo traicioneras que pueden llegar a ser las calles de esta ciudad. Enfilo hacia el sur mientras mordisqueo mi chocolatina sin ganas. El chocolate ruso me sabe rancio, demasiado dulce, y sé que mis cartucheras pagarán esta debilidad, pero mi cerebro agradece el aporte de azúcar. Tendré que compensar los excesos de estos días con una dieta desintoxicante, si Zenya y sus vareniki lo permiten, claro.

Bordeo el canal Kronverkskiy, solo uno de los muchos que, a juzgar por mi recién estrenado mapa, irrigan la ciudad. El ruido de una máquina picahielos, que se afana en reducir a astillas la superficie congelada del agua, se entremezcla con el del tráfico caótico de la calzada. La gente camina con premura, ensimismada, ajena a mi existencia. Cruzo el puente peatonal que conecta con la isla de las Liebres y recorro por fuera el trazado diamantino de la fortaleza de San Pedro y San Pablo, que a estas horas ya está cerrada al público. Al otro lado de la muralla se yergue la aguja dorada de su catedral, brillando con toda la fuerza de un atardecer moribundo contra los tejados blancos de nieve. Debo admitir que vista así, tan cerca, impone más que desde el asiento posterior de aquel taxi clandestino al que me subí hace tan solo dos días. No obstante, todo me resulta falso, artificial. Demasiado lustre. Demasiado oropel. Demasiada condescendencia para albergar los cadáveres putrefactos de un puñado de zares, la mayoría de ellos asesinados por sus propios súbditos. Debe de ser un rasgo distintivo de Rusia, eso de esconder kilos y kilos de mierda bajo alfombras de lujo.

Merodeo por la cara suroeste de la isla, allí donde comienza la playa fluvial, que también ha caído en las garras de un rompehielos. Me termino mi chocolatina con la vista clavada en la otra orilla, en la que se arraciman palacios y mansiones que nada tienen que ver conmigo. Arrugo el envoltorio, que exhibe el dibujo sonrosado e inquietante de una niña antigua (el emblema de los chocolates Alenka seguirá despertando mis celos durante años), me lo guardo en el bolsillo del anorak y continúo mi camino. Decido llamar a mis padres aprovechando que estoy a solas, sin Zenyas pululando a mi alrededor.

—¿Allô? ¿Suzette? ¿Cariño?

—¡Maman!

El sonido enérgico de su voz borra de un plumazo las últimas setenta y dos horas, San Petersburgo y todo lo que ha ocurrido en ellas. Nada hay ahora tan cercano como Montreal.

—¡Cariño, qué alegría escucharte! ¿Qué tal estás? ¿Te encuentras bien? ¿Sigue haciendo tanto frío? ¿Qué tal esos entrenamientos? ¡Quiero que me lo cuentes todo!

Su entusiasmo me calienta las venas y las mentiras van aflorando una tras otra.

—Todo va estupendamente, maman.

Le hablo de lo fantástico que fue mi recibimiento, del entregado compañero que es Kolya y de lo fácil que resulta adaptarse a la vida en este país a pesar del temporal. La alusión al clima es la única verdad que me permito.

Ella me cuenta algunas anécdotas del trabajo, me dice que Alexia y Sheila no dejan de llamar para preguntar cuándo tendré wifi y que la casa está vacía sin mí.

—Os echo mucho de menos, maman. —Mi voz tiembla lo justo para disparar las alarmas de mi suspicaz madre.

—¿Seguro que estás bien, Suzette? ¿No... te arrepientes de tu decisión?

—¡No! ¡Claro que no! Quiero decir, sí, estoy bien. No os preocupéis por mí, ¿de acuerdo? Todo marcha sobre ruedas.

Las palabras salen de mi boca con facilidad, como si no fuesen mías.

—¿Y la comida? ¿Te estás alimentando bien? ¿Te alcanza con el dinero que te dimos?

No puedo evitar una sonrisa ante su interés genuinamente maternal.

—Sí, maman. Zenya se ha portado genial conmigo. Estoy pasando unos días con ella, en su casa, hasta que todo se asiente y encontremos algo mejor.

—Suzette, hija, no seas desagradecida. Contribuye con los gastos. No es justo que ella se haga cargo de todo.

—Lo sé, maman. Se lo he ofrecido varias veces, pero no quiere.

—«Supongo que es una forma de limpiar su conciencia».

—¿Y qué hay respecto a sus honorarios? ¿Le has preguntado?

—Sí. —Lo hice esta misma tarde, a la salida de Yubileyny—. Está dispuesta a rebajar su caché y cobrar lo mismo que cobraba Gilles para que no tengáis que asumir más gastos.

—Qué mujer tan encantadora. Espero que le hayas dado las gracias, cariño. Y dáselas también de nuestra parte.

—Lo haré.

—Cielo, tu padre está aquí al lado y me va a quitar el teléfono si sigo monopolizándolo. Te lo paso, ¿de acuerdo?

Sonrío.

—Te quiero, maman.

—Y yo a ti, hija. Cuídate. Abrígate todo lo que puedas y descansa un poco. No quieras entrenar seis meses de golpe. Y come bi...

Un crujido y unos milisegundos de silencio me ponen en tensión. Temo que la llamada se haya cortado hasta que mi padre saluda con efusividad del otro lado.

—¡Suzette! ¡Por fin llamas! No queríamos molestarte en esa nueva vida de estrella de las pistas, pero estábamos deseando oírte....

Su conversación repite, uno por uno, los mismos patrones que la de mi madre, consejos incluidos. Cuando cuelgo, trato por todos los medios de retener parte del calor en mi alma, pero no lo consigo. La escarcha vuelve a espinarlo todo en cuanto se apaga el eco de sus voces.

Para volver a casa, me animo a probar el trolebús. Ya es de noche y las temperaturas han descendido todavía más. Como no estoy muy lejos, no creo que resulte complicado orientarme. Me subo en el primero que pasa, una antigualla de chapa ruinosa; para mi sorpresa, el precio del billete es increíblemente barato, aunque aún no manejo bien el cambio de moneda y

puede ser que esté equivocada. (No lo estoy. El transporte público en esta ciudad es una ganga).

Valido mi tique y me siento junto a una anciana de pelo ensortijado bajo un pañuelo de colores. Extiendo el mapa de San Petersburgo sobre mis rodillas; señalo sobre él la calle Divenskaya y le pido a la mujer mediante señas si puede avisarme cuando estemos cerca. Ella hace un gesto ambiguo; espero que me haya entendido.

Me dejo mecer por el calor humano del interior del vehículo y su traqueteo continuo. Dentro, flotan conversaciones de las que no comprendo ni una palabra y que me hacen sentir más analfabeta que extranjera. Fuera, las luces florecen entre la nieve. Desenfoco la vista y entonces los contornos de San Petersburgo se desdibujan hasta desaparecer. En su lugar, mi mente juega a recrear mis rincones favoritos de Montreal: la geoda de la Biosphère, las escaleras del Plateau, los toldos del Eton Centre, las coloridas guirnaldas de Le Village... Nada que ver con esta ciudad de fachadas palaciegas roídas por un tiempo que ha pasado para ellas, pero, al parecer, no para sus habitantes.

Un codazo me trae de regreso a Rusia. Mi vecina de asiento gesticula a la vez que aporrea la ventanilla con el dedo índice. Intenta indicarme que debo bajar aquí. Se lo agradezco a duras penas y corro hacia la puerta del vehículo, que se cierra solo un segundo después de que yo salga por ella. Me ubico con la ayuda del plano y camino el par de manzanas que me separan del apartamento de Zenya.

Cuando llego, me pregunta dónde he estado; al decirle que he paseado por la fortaleza de San Pedro y San Pablo, se enreda en una acalorada exposición acerca de no sé qué preciosísimo carillón que algún día me llevará a escuchar. De Kolya, de lo único que espero noticias, no dice nada. Sigo su charla para no parecer descortés, pero en cuanto termino de cenar, me levanto, lavo mis cubiertos y me excuso para poder irme a la cama/al sofá cuanto antes.

El jet lag vuelve a salirse con la suya una noche más. Cuando al fin logro dormirme, sueño con la primera vez que me calcé unos patines, más grandes que mis pies, allá en Laval. La voz de Caroline, mi primera mentora, me llama desde el centro de la pista. El hielo es tan fino que bajo él se adivinan las resistencias de la refrigeración, y los principiantes las

empleamos como guía para movernos en línea recta. Caroline tiende sus manos enguantadas hacia mí, que me deslizo un par de pasos antes de darme de bruces contra el hielo. Me levanto. Mis padres aplauden con fervor cerca de la portilla. Vuelvo a caer y me levanto de nuevo. Tras la tercera caída ya no tengo seis años, sino ocho; a la voz de Caroline se ha unido la de Stephen, su ayudante, y yo he aprendido a desplazarme sin problemas, pero me desplomo sin remedio en cuanto intento ejecutar un salto de más de media rotación. Mi sueño —y mi vida— podría resumirse en el número de veces que me he caído y me he vuelto a levantar.

Sigo avanzando hasta que, de pronto, las líneas de las resistencias cobran vida y se transforman en un laberíntico entramado de cables de trolebús que confunden mis pasos. Las luces de la pista se apagan una a una y los sonidos se distorsionan. Pierdo de vista a Caroline, a Stephen. Pierdo de vista a mis padres.

Cuando caigo una vez más, lucho por todos los medios para levantarme, pero algo me empuja contra el hielo. Me empuja tanto y tan fuerte que este se resquebraja debajo de mi cabeza. El crujido del hielo al romperse se expande por todas mis extremidades; intento gritar cuando siento las esquirlas incrustándose en mi piel, pero eso que me empuja estruja mi caja torácica hasta impedirme respirar.

Descubro de qué se trata justo antes de que el hielo derretido irrumpa en mis pulmones.

Son las manos de Kolya Tsvetkov.

CAPÍTULO XII

Al cuarto día, todo explota.

Zenya y Mavra siguen en su sitio, la pista sigue en su sitio, yo sigo en mi sitio, mi frustración sigue en el suyo. El único que no parece tener intención de ocupar el que le corresponde es Kolya. Mi entrenadora encadena una excusa tras otra, a cual menos creíble, y mi rabia sigue en aumento. Y cuando Mavra nos anuncia de forma diplomática que regresa a Moscú mañana a primera hora, mi rabia se desborda.

—Entiendo, entiendo —dice Zenya con aspecto resignado, y es su conformismo lo que inflama mi reacción.

—¿Y ya está? ¿No vas a hacer nada?

Zenya sonrío de una forma tan pusilánime que siento ganas de zarandearla.

—Mavra debe partir. Ella mucho ocupada en Moscú. Pero tú no preocupas. Ella va seguir ayudando pareja vuestra en distancia, yo sé.

Busco lo primero que tengo a mano en el banco donde me estoy calzando los patines, y que resulta ser la gamuza que utilizo para limpiar las cuchillas, y la lanzo contra el suelo. Me pongo en pie, de espaldas al ventanal. La cólera que he estado conteniendo durante los últimos días emerge a borbotones y arrambla con todo a su paso. Ni siquiera me importa que Zhigunova y Siankovsky anden cerca, que Natalia Azova pueda oírme o que me escuchen en los malditos Urales.

—¿¿¿A qué pareja, Zenya??? ¡Yo no veo ninguna pareja! ¡No existe ninguna pareja!

—Suzanne, no... —Zenya, con gesto dolido, menea la cabeza y se dirige a mí como a una niña pequeña cuyas rabietas hay que controlar. Mavra asiste impertérrita a mi estallido; creo que, en cierta forma, lo esperaba.

—No lo entiendo, Zenya. ¿Qué ganas tú protegiendo a una persona que no lo merece? No eres su madre; eres su entrenadora. Te comportas con Kolya como una gallina clueca. Así, yo no puedo patinar, no puedo hacer que Kolya se congracie con la federación, no podemos hacer nada. ¡Esta

situación no nos lleva a ninguna parte!

—Yo entiendo tú enfadas, Suzanne. Yo sé cómo Kolya. Él... Yo...

—¿Él, qué? ¿Tú, qué? Por favor, necesito que me expliques de una vez qué demonios pasa aquí. Quiero ayudarte, en serio. Estoy aquí para eso. No he cruzado medio mundo para nada. Voy a quedarme y voy a dar lo mejor de mí misma para que esta jodida locura salga bien, pero necesito que confíes en mí. Me volveré loca si no lo haces...

Por unos instantes, parece al borde de la confesión. Incluso creo columbrar que sus labios se abren y vocalizan las primeras sílabas, pero la ilusión se desvanece pronto.

—Carácter complicado. Descentrado. Nada más.

Dejo caer los brazos, la cabeza, las esperanzas. Las palabras se empujan unas a otras en su afán por salir, igual que las cuentas de un collar cuyo broche se ha roto y se precipitan fuera del cordel.

—Es más que eso. No soy estúpida. Kolya es un irresponsable y un caradura; no me extraña que su carrera esté acabada. Y tú me has hecho venir hasta aquí para intentar salvarle el culo.

—Pero yo no... —trata de meter baza, pero ahora soy yo quien no la deja hablar.

—Sé que di el primer paso. Que yo redacté y envié ese e-mail; no creas que no lo tengo presente cada minuto de cada día. Kolya es mi último cartucho, igual que ya me ha quedado claro que yo soy el suyo, si es que existe una mínima posibilidad de que su trayectoria no esté definitivamente terminada, cosa que dudo. Pero, a pesar de todo, no tengo por qué aguantar esto, Zenya.

Acusa el golpe. Me mira con esos ojos azules vidriosos de palabras no dichas, que se filtran aunque ella no quiera, y con los labios bermellón apretados de miedo.

Baja la cabeza, y yo reconozco en ello una señal inequívoca de rendición.

—Tú disculpas a mí. No tuve opción otra. Se agotaron salidas. Se agotaron para dos nosotros...

—¿A qué te refieres? Necesito que lo sueltes todo de una vez. Me marcharé de San Petersburgo si no lo haces.

Su cabeza niega mientras sus ojos, asustados, suplican a los míos.

—¡No! Tú no vas, ¿sí? Por favor. Si tú marchas, todo termina para Kolya. No tenemos nada.

—¿Nada?

Traga tanto aire que sé que lo que está por venir será largo. Y difícil.

—Kolya perdió patrocinadores suyos, perdió contratos, perdió popularidad aquí en Rusia. Tú sabes: si tú no compites en circuito, tú no existes.

»Casa suya a punto de embargar. Casa cara, ¿sabes? Yo digo: «Kolya, vamos a casa más barata». Pero él no hace caso. Él se empeña en seguir ahí, en casa cara, en hacer que no pasa nada. Pero él no tiene dinero ni oportunidades ni futuro. Nada.

»Yo pago cuotas tuyas aquí, en Yubileyny, y no cobro a él por entrenar, para mantener ocupado, pero los dos nosotros sabemos que carrera suya acabó. Y yo no rica. Ahorros, sí, herencia de padres míos, pero dinero se agota...

—Es absurdo —juzgo, quizá demasiado pronto—. Podrías entrenar a cualquier patinador que deseases. Podrías estar ganando millones si dejases a Kolya y ampliaras tu cartera de clientes. ¿Por qué no lo haces? ¿Para qué tanto altruismo mal agradecido?

—Tú no entiendes. Yo... no puedo dejar Kolya. No puedo. Él solo tiene a mí. Carta tuya fue luz —admite—. Única posibilidad. Yo... lamento mucho, Suzanne, pero... habría hecho cualquier cosa para traer a ti a Rusia. Él necesita a ti. Contigo en lado suyo, federación dispuesta a replantear.

Inclino la espalda hacia atrás, como si así le facilitara a mi cerebro la tarea de asimilar todo lo que ahora sé y me hace valorar la situación desde un prisma nuevo: además de un impresentable, Kolya Tsvetkov es la persona más egoísta y negligente que he conocido nunca. Lo único que le importa es mantener su falso estatus de estrella del deporte, aunque ya no tenga lo primero ni jamás llegue a ser lo segundo.

—Hay algo que sigo sin entender: ¿por qué la federación le retiró su apoyo? Él es... era bueno. Muy bueno. Podría haber llegado muy alto.

—Para federación rusa, siempre alguien mejor. Si tú fallas una vez, tú fuera —responde crípticamente—. Iré buscar Kolya —dice al fin, arrastrando las palabras igual que harían sus pies si estuviese caminando—.

Él va venir, prometo a ti. Hora de hacer cosas bien.

La detengo con el brazo.

—No. Iré yo.



La habitación de Kolya Tsvetkov es una pocilga. No en el sentido metafórico; literalmente. A pesar de que las cortinas están echadas, la ridícula manía de los rusos de no instalar persianas me permite ver el interior con nitidez. Hay envoltorios vacíos rodando por el suelo de parqué, revoltijos de ropa sucia y cascos de botellas por todas partes: encima de una antigua cómoda decapada; sobre las taquillas de chapa restauradas que hacen las veces de armario; junto a la lámpara de pie, ahora apagada. Un hondo hedor a fracaso me escupe en la cara en cuanto abro la puerta y me cuelo dentro, pero vengo de luchar contra los elementos —el temporal de nieve vuelve a la carga— por segunda vez en lo que va de mañana, me encuentro de un pésimo humor después de lo que Zenya me ha revelado y, por encima de todo, estoy hasta las pelotas de esta situación, así que no me ando con remilgos: me acerco en tromba hasta la ventana, descorro las cortinas y, a continuación, doy una patada en el canapé sobre el que mi compañero ronca a mandíbula batiente.

—Accouche, trou de cul⁵.

Kolya se retuerce sobre sí mismo y gimotea antes de darse por aludido. Se incorpora con cara de no saber ni en qué década estamos. Al menos lleva puestos unos pantalones, supongo que los mismos de ayer, y nos ahorra a los dos el momento más bochornoso de nuestra breve y turbulenta relación.

—¿Cómo has entrado? —farfulla con voz espectral.

—Zenya me ha prestado su juego de llaves.

Él resopla.

—Siempre supe que sería mala idea darle una copia. ¿Qué haces aquí?

—Error. La pregunta es qué haces tú aquí cuando deberías estar en la pista, entrenando para la prueba que, como supongo que tu entrenadora te ha informado, tenemos dentro de cuatro días.

—Ah, eso.

—¿No se te ocurre nada mejor que decir?

—Mejor hablas tú por los dos; parece haberme despertado para eso.

—Crees que estoy aquí para joderte, ¿verdad? Que la tontita canadiense que ni siquiera sabe lo que es un torneo sénior no tiene nada más interesante en lo que invertir su tiempo.

—Yo no te pedí que vinieras —señala, como hizo durante mi primer día en la ciudad. Como empiezo a pensar que me echará en cara hasta el Juicio Final.

—Lo sé. La culpa es mía. Yo fui quien te propuso formar equipo; la estúpida que dejó atrás su vida por ello. Pero ya se lo he dicho a Zenya, y no tengo problema en repetírtelo a ti las veces que sean necesarias: eso no te da derecho a tratarme así. No pienso malgastar mi futuro como sparring de una vieja gloria.

Una vena late en su sien izquierda. Perfecto. Es el primer músculo que mueve desde que abrió los párpados.

—Lárgate de aquí.

Dudo si se refiere a su habitación, a su ciudad o a su país. Cualquiera de las tres opciones me viene bien y estaría encantada de complacerlo, si no fuera por un detalle.

—No. Aún no. Sé que por alguna razón te caigo fatal, pero no he venido hasta aquí para ser tu amiga. Al contrario que tú, yo no estoy dispuesta a convertir mi carrera en pólvora mojada.

—¡Lárgate!

—Si tanto te disgusta la idea de que patinemos juntos, dilo. Tan solo dilo.

Parpadea.

—Dilo. Di: «Suzanne, no quiero patinar contigo. Todo ha sido un error. Vuelve a Canadá». Al fin y al cabo, tú no estabas enterado de nada, tienes derecho a opinar.

—Esto es absurdo.

—Dilo.

—Te he pedido que te largues.

—Sí. Tres veces. Pero aún no te he oído decir que no quieres patinar conmigo. Dilo, y entonces desapareceré.

—...

—Dilo, y los dos podremos dejar de perder el tiempo. Dilo, y si algún

día volvemos a encontrarnos, haremos como si no hubiera pasado nada. Te lo garantizo. Pero dilo, Kolya.

No solo no lo hace, sino que aparta la colcha, se pone en pie y se acerca a una silla de diseño. Se echa por encima un jersey dado de sí y se calza unos zapatos con suela de goma. Abre una de las taquillas-armario y coge del fondo su mochila para los patines, negra y amarilla. Con ella en la mano, camina hasta la puerta y me invita a salir en primer lugar.

Y durante todo el proceso, no aparta su mirada de la mía.

A medida que descendemos por las escaleras comunitarias, me vuelvo un par de veces para cerciorarme de que viene detrás de mí. Ya en la calle, detiene un coche, se sacude la nieve, lanza dentro su mochila y a sí mismo y le da al chófer la dirección de Yubileyny mientras yo intento reponerme de la impresión.

Paso el trayecto en silencio, debatiendo conmigo misma por qué esta pequeña victoria desprende el mismo sabor que una derrota aplastante.



Hay algo que no se puede negar: a pesar de su odio visceral hacia mí, y a pesar de mis alarmantes ganas de estrangularlo, a Kolya y a mí se nos da bien patinar juntos. Después de un calentamiento intensivo que lo ayuda a recuperar parte de la forma, entrenamos toda la mañana sin descanso, y tal vez fuera de aquí lo nuestro no tenga remedio, pero parece que en el hielo sí somos capaces de entendernos.

Zenya, que tiene una sonrisa de oreja a oreja desde que vio la cabeza de Kolya asomar por la puerta, va de tramo de la barandilla en tramo de la barandilla dando indicaciones, y Mavra acompaña, como ya es habitual, dentro de la pista. En el hielo, practicamos piruetas, secuencias de pasos y saltos paralelos de poca rotación. Fuera de él, en la sala de danza, nos dedicamos a tratar de empastar nuestras fortalezas artísticas; es demasiado pronto para sacar algo en claro, pero también demasiado tarde para posponerlo un solo día más, así que hacemos lo que podemos para tener algo decente que mostrar a los jueces el próximo lunes. En el gimnasio, y con la seguridad del arnés y de las almohadillas que nos proporciona Grisha, practicamos varias elevaciones similares a la que sembró la discordia en nuestro primer día juntos, esta vez con más éxito. El arnés nos

permite arriesgar y exigirnos ejecuciones más complejas, como una elevación con rotación o un breve porté en el que Kolya me balancea hacia un lado. Me siento como recién ascendida a la categoría novice, pero sé que, dadas las circunstancias, no puedo pedir más.

Para cuando llega la hora de almorzar, estoy sudorosa y agotada. Pero también contenta y llena de vibraciones positivas. No creo que llegue a describir nunca a mi compañero como un dechado de generosidad y simpatía (dentro de un tiempo, morderé, masticaré y deglutiré mis palabras una a una), pero al menos se muestra lo bastante participativo y dispuesto como para empezar a considerar que esto puede salir bien.

En la cafetería de Yubileyny, me sirvo del bufet un bol de ensalada Olivier. Mientras me decido por un segundo plato, una bandeja choca con la mía en la pasarela. Me doy la vuelta sobresaltada. Es Alexandra Zhigunova.

—No esperaba encontrarte aquí. —Su sonrisa podría estamparse en una valla publicitaria.

—Vamos a entrenar toda la tarde.

—¿Vamos? —Mira por encima de su hombro y ve a Kolya, sentado junto a Zenya y Mavra bajo la pantalla gigante, que retransmite un partido de hockey en diferido—. Ah, ya veo. El hijo pródigo ha vuelto. Me alegro; al fin podrás hacer algo de provecho.

No contesto a su provocación, indecisa entre una tortilla de embutido de aspecto poco apetecible o una sopa grumosa y especiada.

—¿La federación ya ha dado su beneplácito? —prosigue ella, más interesada que nunca en los pormenores de nuestra unión. Diría, incluso, que asustada—. Dudo mucho que vuelvan a confiar en Kolya. Si lo hacen, será únicamente gracias a ti.

—Aún no. Antes nos harán una prueba —replico.

Permanece con la vista clavada en mí, tal vez a la espera de que le dé los detalles jugosos, cosa que no pienso hacer. Yo no aparto la mirada. En todos mis años como deportista he aprendido a no perder de vista tres cosas: mis patines, mi botella de agua y a mis contrincantes.

—Que no te angustien los sabores rusos —sisea Alexandra junto a mi oído cuando me decanto por la tortilla—. Pronto volverás a Canadá y no tendrás que preocuparte por adaptarte a ellos.

Paso por su lado bandeja en mano, haciendo caso omiso a su declaración abierta de guerra. Ella, junto con su compañero, es el menor de mis problemas.

—¡Suzanne! Tú sientas aquí. —Zenya, cuyo inmejorable humor persiste, me deja espacio en el banco corrido. Un bol de sopa yace vacío en la mesa frente a ella—. Mavra cuenta a dos nosotros qué va hacer en Moscú. ¡Ella ayuda en coreografía de espectáculo para niños!

Durante la comida, me intereso por la labor de Mavra y por algunas anécdotas de su carrera como entrenadora, como el caso de una de sus pupilas en Colorado Springs, una chica sorda a la que Mavra hacía una señal para que comenzara sus programas, y ella ejecutaba cada rutina perfectamente coordinada con la música aun sin oírla.

Al terminar la hora del almuerzo, Mavra se despide de nosotros; tiene que reunirse con un antiguo cliente y preparar su equipaje para partir mañana en el primer Sapsan. Me apena perderla tan pronto; voy a echar de menos una voz amiga en medio de la jauría. Antes de marcharse nos reitera que está a solo una llamada de teléfono de distancia y que no dejemos de contar con ella para lo que necesitemos.

Kolya y yo nos dirigimos de nuevo al gimnasio, donde ya nos espera Grisha, y la primera mitad de la tarde transcurre en un suspiro entre abdominales, torsiones y sentadillas que nos dejan exhaustos. A las seis en punto, ponemos rumbo a Divenskaya con intención de continuar allí la tarea: nadie se irá a dormir esta noche hasta que no hayamos perfilado el programa que exhibiremos la semana que viene. Sin contar el lunes, solo nos quedan tres días, así que Zenya decide emplear el resto de la tarde en revisar vídeos antiguos de los dos con el fin de establecer un guion de lo que cada uno puede aportar. Ha de ser un programa asequible para ambos —sobre todo para Kolya, que nunca ha patinado en pareja, pero también para mí, que apenas estoy metiendo la serreta en una escuela muy alejada de la que me vio crecer— y que potencie lo mejor de los dos. «Más importante demostrar qué puede hacer dos vosotros que demostrar qué hace de verdad», lleva repitiendo todo el día.

Un acuerdo tácito entre los tres nos conduce directos al ático de Kolya; es mucho más espacioso, por no hablar de que él, al contrario que Zenya, sí dispone de la mínima tecnología imprescindible para llevar a cabo nuestros

deberes. El sofá color calabaza me acoge una vez más. También está ahí la gata atigrada, a la que no llegué a ver esta mañana en mi irrupción en el piso; quizá estaría durmiendo la resaca, igual que su dueño.

Kolya enciende su ordenador portátil y los tres nos apiñamos a su alrededor. Mi compañero saca unas gafas de su funda y se las coloca sobre la nariz. La situación me recuerda a aquellas sesiones en mi casa, visionando en compañía de Gilles un vídeo tras otro en busca del partenaire ideal. La diferencia es que ahora la que sale en los vídeos soy yo.

La pantalla del ordenador proyecta una imagen congelada de Tom y mía en Linz, durante el Grand Prix Júnior de 2015. Sobreimpresionado, el rótulo Suzanne BOUCHER/Tom GIRARD junto a la bandera de Canadá. Voy vestida con el maillot de terciopelo rojo y negro que empleé para nuestro programa de la Danza húngara. Vamos de la mano hacia el centro de la pista, listos para comenzar el ejercicio; yo, nerviosa, miro al suelo. Recuerdo que justo antes había salido al hielo una pareja rusa —los rusos, siempre los rusos— con un twist increíblemente depurado, y eso me había dejado con el ánimo por los suelos. A mi lado, Tom saluda al público, destilando confianza por cada uno de sus rizos. Todo —mi maillot, la música de Brahms, ese rótulo de teleprompter donde se destacan nuestros apellidos, los rizos de Tom, el twist de los rusos, mis nervios, su seguridad— forma parte de otra vida. Hasta ahora, no he sido capaz de ver ninguno de nuestros vídeos.

Agarro el colgante en forma de patín y me obligo a comportarme como la adulta que soy. O al menos, que pretendo ser.

Kolya pulsa la tecla INTRO, y un aluvión de recuerdos aún más nítido comienza a desfilar por mi mente con cada acorde de la música.

—Ve, ve. Eso puedes hacer tú, Kolya. Fácil, ¿sí? —Zenya señala un movimiento sencillo en el que Tom me agarra por las manos y yo me columpio entre sus piernas.

Kolya sacude la cabeza y ella se apresura a anotar en su cuadernito. Al cabo de un momento, interviene otra vez:

—¿Ves cómo guía pasos suyos? Así haces tú, ¿sí?

Kolya, que tiene a la gata sobre el regazo, vuelve a asentir.

Yo, aferrada aún al colgante, tomo aire y trato de analizar lo que veo con ojo crítico, como si la que patina en pantalla y la que se sienta en este

sofá extranjero no fueran la misma Suzanne.

—Debemos enfatizar los elementos en paralelo para compensar los combinados que aún no podemos incluir. Igual que ahí. —Apunto con el índice una pirueta baja rapidísima y en sincronía, uno de los puntos fuertes del equipo que formábamos Tom y yo—. Y podemos sustituir el lasso por alguna elevación de danza donde nos mantengamos a la misma altura.

—¡Buena idea, buena idea! —Zenya palmorea y sigue tomando notas—. Elemento de flexibilidad también. Como Melissa Hummel y Michael Oz. ¿Tú recuerdas acrobacias de ella? —Ante mi asentimiento, prosigue—: Carga sobre tú. Eso fácil. Puedes hacer, ¿sí? —se dirige a Kolya, que en esta ocasión ni siquiera cabecea.

Por el rabillo del ojo veo que tiene la mandíbula tensa y la vista perdida en el teclado del portátil.

Con el clímax del programa, aquel que, a pesar del desequilibrio de Tom en uno de los saltos, nos envió derechos a nuestra primera final de un Grand Prix, llega la espiral de la muerte sobre filo interior. El cuerpo de la Suzette del pasado se extiende en posición horizontal, su torso dibuja un arco casi perfecto, y su cabello, recogido en una cola de caballo, roza el hielo. Las dos sentimos el mismo escalofrío. La Suzette del pasado grita de euforia en su pecho y la Suzanne del presente refrena las ganas de llorar por haberla perdido.

En el sofá, Zenya, ajena a mi turbación y a la mirada tenebrosa de Kolya, sigue trazando planes:

—Tú no preparado todavía para espirales. Pero verás. Pronto tú también haces. Pronto. —Satisfecha, posa una mano sobre la rodilla de mi compañero, y ese gesto tan inofensivo es el detonante de la deflagración.

—Soy Kolya Tsvetkov. He competido en dos juegos olímpicos; he sido dos veces campeón de Rusia y campeón de Europa. No soy el pelele de sustitución de Tom Girard, que os quede claro a las dos. Si voy a patinar con ella —su pulgar desdeñoso me señala a mí, su compañera, a la que no mira ni una sola vez; ni cuando aparta a la gata, ni cuando se pone en pie, ni cuando coge las llaves de la consola del recibidor, ni cuando lanza la funda de las gafas contra el perchero—, lo haré fiel a mi estilo.

Kolya abandona el piso dando un portazo y mi incipiente optimismo se desploma. Y así es como volvemos al principio.

Nota para mi biógrafo: algún día, dentro de no mucho, la crítica especializada dirá de nosotros dos que somos una combinación explosiva. La mezcla perfecta entre precisión europea y espontaneidad americana. Desde mi perspectiva actual, lo único que yo logro ver es un cúmulo de despropósitos abocados al fracaso.

CAPÍTULO XIII

El viernes entro en Yubileyny con el convencimiento de que Kolya no se presentará tampoco hoy a los entrenamientos. Tengo más sueño que nunca; ahora que los efectos del jet lag empiezan a aflojar, comienzo a acusar el cansancio acumulado de una semana contra las cuerdas. Para rematar, Zenya y yo nos quedamos despiertas hasta bien entrada la madrugada, rodeadas de papeles y de ideas, tratando de darle forma al programa. Ella misma eligió la música: Nessun dorma, según sus propias palabras, «algo sencillo para vez primera». Aunque a mí no me pirra la elección —demasiado manida para mi gusto—, acepté sin rechistar. En Canadá estaba acostumbrada a opinar sobre cualquier aspecto de mis programas, a involucrarme en la toma de decisiones, desde la música a la coreografía, pasando por el vestuario, pero lo último que necesitamos en estos momentos es enzarzarnos en una batalla campal entre nosotras por culpa de los accesorios.

El guion básico del programa está listo, y aunque ella tuvo la última palabra en todo momento, las dos colaboramos para terminarlo. Me pregunto para qué tanto esfuerzo, si la probabilidad de que los directivos lleguen a verlo es cada vez más reducida.

Para mi sorpresa, Kolya ya está en el pasillo de vestuarios cuando yo llego. Me cambio a toda prisa, me recojo el pelo y salgo disparada. Tras el precalentamiento de rigor, aprovechamos nuestra primera sesión en el hielo para practicar algunos de los movimientos con los que pretendemos dar empaque al programa: un Axel, un triple Salchow, una secuencia de ángeles, una pirueta combinada simple, una pirueta paralela que incluye al menos dos variaciones y un par de elevaciones de escaso riesgo, para las que volvemos a requerir arnés. Los elementos para enlazar unos y otros los recreamos después, en la sala de ensayos, donde repetimos cada secuencia hasta dejarla fijada. No resulta fácil, pero para el mediodía, podemos decir que la rutina está montada.

Aunque no lo hablamos abiertamente, tanto a Zenya como a mí nos aterra la idea de que Kolya vuelva a sentirse ofendido, así que nos

mostramos encantadas ante sus escasas sugerencias. Me esmero en facilitarle al máximo los elementos en pareja, pero por más que practicamos, aún no nos acoplamos bien, así que Zenya decide suprimir los más difíciles aun a costa de perder espectacularidad en el resultado final. Llegado este punto, creo que todos nos conformamos con no hacer el ridículo.

Nos envía temprano a casa a descansar: los dos tenemos secuelas físicas —mis cada vez más numerosos moratones dan fe de ello— y nos necesita en plena forma los dos días que quedan, en los que nos dedicaremos a entrenar mañana, tarde y noche para sincronizar en lo posible nuestros movimientos.

El sábado solo salimos del pabellón para bregar contra la nieve, que no deja de arremeter contra San Petersburgo, y dormir. Escucho tantas veces el Nessun dorma que estoy segura de que tendré pesadillas con esa música de aquí a que cumpla los treinta. Cada vez que parece que el programa va a quedar limpio, uno de los dos mete la pata, se desvía unos centímetros o se descoordina unas milésimas, y Zenya nos obliga a volver al principio. Empiezo a echar de menos a la entrenadora tierna y amedrentada de los primeros días; ahora ha sacado las garras y nos somete a su yugo intransigente hora tras hora. Y en los tiempos muertos, si hay alguno, hacemos pases a la italiana para terminar de asentar el orden de los pasos.

El domingo, solo un día antes de la gran prueba de fuego, después de comer un sándwich rápido de col, un puñado de frutos secos y una barrita energética, Kolya y yo estamos tan agotados que empezamos a cometer un error tras otro. Él se queja entre dientes de que le duelen las rodillas, así que Zenya nos manda a casa antes de las tres de la tarde, aduciendo que por hoy ya no vamos a sacar nada de provecho. Creo que es igual de consciente que nosotros de que poco más se puede hacer; será un milagro que mañana la federación no nos eche de cabeza a los leones. En mi caso, me frustra sobremanera: sé que puedo hacerlo mejor que una debutante, y esa certeza me corroe por dentro mientras veo cómo los copos de nieve caen sobre el crepúsculo, parapetada tras la ventana del salón de Zenya, que está en la cocina preparándose un té con mermelada de los que tanto le apasionan.

Consumida por los nervios y la impotencia de ver transcurrir las horas

en el reloj, sin lograr que avancen más rápido para que el día de mañana pase cuanto antes, ni tampoco que se detengan para que el día de mañana, simplemente, no llegue nunca, aviso a mi entrenadora de que voy a salir a caminar un rato. Cojo mi abrigo y la bolsa de los patines y me marcho antes de que descubra mis verdaderas intenciones. Tengo un pase ilimitado para el uso de la pista y pienso usarlo.

Cuando cruzo los tornos de seguridad de Yubileyny, es de noche. El vigilante no despega la mirada de la revista sobre motores que tiene entre las manos. Por suerte, hoy el Kondrashin Belov, el equipo de hockey, juega fuera de casa, por lo que el recinto está casi vacío. Camino por los pasillos en calma. A la altura de la pista de entrenamiento, oigo un ruido tenue, mecánico.

Un sonido que conozco bien. Un sonido que es mi nana y mi castigo.

El guardia de seguridad no me ha dicho que la pista estaba ocupada, y di por sentado que a estas horas, y tratándose del sacrosanto domingo ruso, no habría nadie en ella. Justamente eso es lo que he venido a buscar: soledad. Aislamiento. Paz.

Despacio, sin hacer ruido, entreabro la puerta con celo.

Todo está oscuro ahí. Las luces de la sala están apagadas, y la única fuente de iluminación procede de ese cielo en horas bajas que le da la bienvenida a la noche más allá de las ventanas.

Todo está en silencio ahí, a excepción del sonido uniforme de un par de cuchillas.

Asumo mis ojos por la delgada rendija de la puerta. No distingo gran cosa: solo algunos contornos difusos y una figura que desfila rápido ante mí.

El sonido se vuelve trepidante. Está preparándose para un salto, lo sé. De repente, el sonido cesa. Ha despegado. Es un toe; lo sé por el graznido de la serreta antes de propulsarse, por el lamento del filo al elevarse. Un cuádruple, a juzgar por el tiempo que se prolonga el silencio. Cuatro rotaciones seguidas de un aterrizaje sucio, estrepitoso. Un golpe seco contra el hielo. Un gemido torturado. Y una imprecación en ruso.

Es Kolya.

No pestañeo. Creo que ni tan siquiera respiro.

Supongo que es positivo que mi compañero esté aquí. Significa que, a

pesar de sus incuestionables esfuerzos por disimularlo, le interesa lo que pase mañana en esta misma pista. Le importa dar la talla.

O no.

En cualquier caso, por algún motivo que no logro descifrar, prefiero que no descubra mi presencia.

Una segunda rasgadura de cuchillas me indica que ha vuelto a saltar. Esta vez es un Salchow. Otro cuádruple. Otro impacto contra el suelo y otro bramido, de más intensidad.

Mi intrusismo acaricia la obscenidad, soy consciente de ello, y sin embargo, no puedo apartar la vista. La silueta borrosa de Kolya cruza ante mis ojos a ráfagas; me fascina su capacidad de desplazarse por la pista a oscuras, sin titubear. Resulta curioso pensar que cada vez que entra en su piso de madrugada se lleve todo el mobiliario por delante, pero que aquí no haya rozado las barandillas ni una sola vez.

Identifico un nuevo cuádruple toe, seguido de un crujido morbosos de rodillas contra hielo. Hay tanto dolor impregnando su voz cuando vuelve a lanzar un juramento que me duele a mí. Hay tanta desesperanza que la abatida soy yo.

Hay tanto fracaso que...

Doy un respingo y me alejo de la puerta entreabierta.

Necesito escapar.

Todo está oscuro ahí. Y aquí, dentro de mí.

CAPÍTULO XIV

Subo el volumen de mis auriculares. Mi móvil, ajeno a los decibelios de más en la voz de Pavarotti, reposa tranquilo sobre el tocador del vestuario femenino de Yubileyny, junto a un frasquito de laca de uñas color zafiro, un estuche de maquillaje reseco y varios montoncitos de horquillas.

Es lunes. Estoy sola. He llegado temprano justamente para eso.

El temporal, que esta madrugada nos ha sorprendido a todos de nuevo, vuelve a hacer diabluras en las calles, lejos de mi universo. El mundo a mi alrededor deja de existir. Se detiene la nieve. Se apagan los fluorescentes del techo. Se evapora el zumbido de la calefacción. En mi cabeza se agolpan las infinitas posibilidades de lo que está por venir reducidas a dos simples variables: hacerlo bien o hacerlo mal.

Un aluvión de chiquillas de torso plano pintadas como muñecas de porcelana irrumpe en el vestuario; están listas y excitadas por exhibirse ante un tribunal de expertos que evaluará si merecen ascender de categoría.

La burbuja se rompe.

Las niñas revolotean retocándose el peinado unas a otras. Las más aventajadas ya se están calzando los patines; dos lloran de puro terror al fondo de la estancia y otra patalea cerca de mí porque se ha desprendido una hilera de lentejuelas de su maillot de novata. Tal vez no sepa ruso, pero me he presentado a suficientes tests de patinaje en mi vida como para identificar las señales.

Y todas esas niñas, sin excepción, cabecean en dirección a mí, se propinan codazos las unas a las otras y cuchichean entre sí.

«Sí, lo sé, no he podido caer más bajo», respondo mentalmente a una canija pecosa y con los dientes torcidos a la que se le escapa una risita.

«No, yo tampoco me lo creo», le replico a una jovencita con pinta de sabionda, que se abanica los párpados con la mano para que termine de secársele el cuarto de kilo de purpurina.

O quizá ninguna piense eso en verdad. Quizá tan solo estén diciendo: «¡Hey, mirad! ¡Es Suzanne Boucher! ¡Voy a desmayarme de la emoción!».

Pero en su idioma del demonio todo suena a ataque y degradación. Me saca de quicio no entender nada de lo que dicen.

Chasqueo la lengua y recojo a toda prisa mi neceser y la bolsa de mis patines. En el pasillo, frío y lúgubre como la antesala del patíbulo, espera Zenya, que se retuerce las manos como si fuera ella quien tuviese que saltar a la pista en poco más de veinte minutos. Me acerco con una broma acerca de mi vestimenta brincando en la punta de la lengua. Llevo puesto un vestido de los tiempos de gloria de una jovencísima Zenya, cuando se coronó, casi adolescente aún, la reina de las pistas europeas; el problema es que, por aquel entonces, Zenya medía un metro y medio escaso y pesaba cuarenta kilos. He tenido que maniobrar para embutir uno de mis muslos en un hueco donde fácilmente cabría mi antebrazo. No es el atuendo más cómodo del mundo, ni mucho menos el más apropiado, pero la prueba se nos ha echado encima y ya no había tiempo de encargarse uno a medida, ni tampoco, dada la eficacia abrumadora del servicio de correos ruso, de pedirles a los buenos de Sarah y André que mandasen uno de mis viejos vestidos por mensajería.

La mofa no llega a salir de mis labios. Cuando Zenya me ve, se encoge. Lo interpreto como una mala señal. Una pésima señal.

—¿Qué ocurre?

—No llega. Kolya no llega.

—¿¿Cómo?! —susurro a gritos, o grito en susurros, no lo sé—. ¡Pero si son menos veinte y tenemos que calentar! ¿Y los jueces?

—Sentados en grada. Yo no digo nada... todavía —afirma con rostro compungido.

Inspiro profundamente y trato de conservar la poca calma que aún le queda a este equipo a punto de hacer aguas.

—¿Lo has llamado a casa?

—Sí, pero él no coge teléfono. Seguro él salió para aquí, pero temporal... Todo colapsado hoy. Todo colapsado, dicen jueces. Tráfico imposible hoy. Seguro Kolya atascado. Todo colapsado —repite su mantra con la mirada perdida.

—¿Y qué hacemos?

—Tú calientas. Ve, ve.

Me empuja hacia el área de calentamiento, donde paso los siguientes

diez minutos más pendiente del reloj de pared que de la elasticidad de mis abductores.

Cuando la aguja llegue al punto más alto, todo habrá terminado.

El efímero y grotesco remedo de equipo con el que fantaseamos en convertirnos habrá quedado atrás.

Un ruido fuera de la sala volatiliza mi exigua concentración y me pone en alerta. Me asomo despacio, temerosa de lo que voy a encontrar. Tengo poderosas razones para ello.

Kolya ha llegado, lo cual sería un alivio si no fuera porque no viene solo: arrastra con él la borrachera de la noche anterior, o de esta mañana, quién sabe. Discute con Zenya en medio del pasillo que conduce a los vestuarios, ajenos ambos al escándalo que están armando. Él se defiende de las reprimendas de ella con lengua pastosa y equilibrio precario.

Zenya repara en mi presencia y eso la disuade de seguir elevando el volumen de su voz. Me transmite calma con un gesto de la mano —creo que también va dirigido a sí misma— y, sin más, agarra a Kolya por el brazo y lo empuja dentro del vestuario masculino. «Tú a pista. Ahora alcanzamos a ti», leo en sus labios antes de que se salte todas las normas del decoro y entre detrás de él.

Ser la primera en aparecer en la pista implica ser también la primera en dar la cara, pero comerme marrones en nombre de mi compañero es algo a lo que empiezo a acostumbrarme.

—Disculpen la demora —digo en inglés a las cuatro personas que ya se han acomodado en primera fila: Pasha, Oleg, Konstantin y el presidente del club. Saco los patines de la bolsa y dejo mis enseres sobre uno de los bancos. Me acerco a Pasha, sentado a la izquierda del todo—. Kolya se ha retrasado a causa del temporal, pero ya está aquí —añado en voz más baja, solo para él, confiando en que mi mentira no tenga las mejillas tan coloradas como yo.

Pasha asiente, y la forma en que lo hace me lleva a pensar que este hombre está al tanto. De todo. Sin embargo, no me delata; se da la vuelta y, con diplomacia, explica la situación a los demás.

La cara de los miembros del tribunal es una pintura cubista. Hay quien, incluso, tapa el bolígrafo con su capuchón y se repantiga en el asiento a la espera de que la pantomima termine para poder irse a casa. Me pregunto

cómo demonios ha podido llegar Kolya a granjearse un desdén tan acentuado. Lo recuerdo hace unos momentos, borracho como una cuba, y obtengo mi propia respuesta.

Zenya abre la puerta y entra en tromba. Tras ella viene Kolya, con los mismos vaqueros con los que llegó, los patines puestos y la cabeza empapada. No me extrañaría nada que hubiera pasado los últimos minutos debajo del grifo.

Ella es la viva imagen de la tranquilidad. Se deshace en disculpas con los jueces y los distrae con un discurso vehemente acerca de cuánto nos hemos esforzado los dos, los trabajadores que somos y las maravillas del programa que van a contemplar, mientras nosotros realizamos un breve calentamiento sobre el hielo.

—Vas en ropa de calle —expongo en un murmullo, como si no fuera evidente. Como si eso fuera lo más preocupante.

Tomamos impulso para un salto en paralelo.

—No había tiempo de cambiarse —sentencia, también entre susurros, nada más aterrizar.

Nos desplazamos de la mano.

—Cogerás una pulmonía si patinas con la cabeza empapada.

Rotamos sobre un único eje.

—Es probable.

—¿No te importa?

—Zenya dijo que «ya nos preocuparíamos por eso en la Unidad de Cuidados Intensivos».

Resbala ligeramente sobre el filo exterior y está a punto de desequilibrarse.

—¿Estás en condiciones de patinar?

—Sí.

—...

—Sí, Suzanne.

No sé por qué, pero me lo creo.

Oleg agita la palma de la mano.

—Cuando queráis.

Llegó el momento.

Respira.

Tomo posición en el centro de la pista. Kolya hace lo propio. Por el raballo del ojo veo que se santigua a una velocidad sobrenatural.

Respira.

El Nessum dorma se desprende acorde a acorde de los altavoces, y con él, las serpentinas, las combinaciones, los pasos picados.

L a a d r e n a l i n a.

Los brackets,

los abanicos,

el Axel.

E l v é r t i g o.

El lunge,

el medio flip.

L a e u f o r i a.

Un cañón, una Biellmann y una elevación. Prisa. Una pirueta y una mariposa. Juntos. Rodillas al hielo.

A L I V I O.

Se oyen un par de aplausos dispersos.

Mi pecho sube y baja para insuflarse aliento. Mareada como estoy, exhausta como estoy, leo cierta satisfacción en el rostro de Zenya. Yo solo puedo pensar en todo lo que hemos hecho mal: esa mano que Kolya apoyó durante un aterrizaje; la desincronización en aquella secuencia que hizo entrechocar nuestros patines; la centésima perdida en buscar de nuevo el equilibrio; la zafia bajada de la elevación. Pero también el galope de la música de sinapsis en sinapsis; la complicidad con el otro. La energía indescriptible de jugártela en el hielo, aunque esto no sea un torneo de verdad ni Oleg y los demás vayan a colgarnos ninguna medalla.

Los miembros del tribunal garabatean sobre sus carpetas y bisbisean. Kolya y yo, asistidos por una parlanchina Zenya, nos sentamos en un banco, bebemos agua y nos descalzamos. No cruzamos ni una palabra. Los dos sabemos lo que hemos hecho. Los dos sabemos lo que hemos sentido. Si hablamos ahora, Kolya volverá a estar borracho, y yo volveré a ser una expatriada dando tumbos. Pero mientras continuemos así, en silencio uno al lado del otro, las esperanzas no se extinguirán del todo.

Unos minutos después, Oleg, Pasha y el representante del club Bolshaya se acercan a nosotros. Nos ponemos en pie, igual que en la iglesia, y aguardamos con solemnidad el veredicto.

—Aún queda mucho trabajo por hacer —comienza Oleg, y la sombra de la derrota se abre paso a través de mi cabeza—, pero la federación considera muy... interesante esta presentación. Estamos dispuestos a seguir de cerca los progresos de su equipo con el fin de que este alcance el máximo rendimiento. —Lanza su perorata de forma desapasionada. Cuando termina, nos tiende la mano; compruebo con extrañeza cómo el movimiento no origina ni una arruga en la americana de su traje—. Seguimos en contacto.

Se va, y los tres nos miramos entre nosotros. Zenya se abalanza sobre Pasha.

—¿Eso qué significa?

—Ellos dispuestos empezar de nuevo respecto a tú, Kolya —anuncia pletórico—. No defraudas esta vez.

Extiende su mano, que mi compañero —ya de forma oficial— estrecha, y ambos acaban fundidos en un abrazo vacío de palabras pero lleno de significado. Cuando se separan, Pasha se dirige a mí:

—Enhorabuena. Tú quedas en Rusia larga temporada. Mañana yo tramito papeles para constitución equipo. También traslado tuyo y solicitud a federación canadiense. Yo encargo; tú no haces nada. Yo encargo.

Con los sentidos aún embotados por el mensaje de Pasha, recibo otra felicitación: el presidente del club me reitera su respaldo, que me permitirá competir como representante del país hasta que se haga efectiva la ciudadanía.

«La ciudadanía».

«Representante del país».

«Tú quedas en Rusia larga temporada».

Ya está hecho.

Me quedo no sé hasta cuándo.

Quizá para siempre.

Puede que algún día acabe siendo rusa.

Me mareo.

Me obligo a sonreír.

Pero quiero llorar.



Acompañamos a Kolya a casa para que se duche, cosa que, por algún motivo que desconozco, nunca hace en los vestuarios del pabellón. Pasha, mi entrenadora y yo nos despedimos de él en el zaguán del cuarto piso; nada más entrar en el apartamento, Zenya abre la puerta de la nevera, examina el interior con ojo crítico y la cierra de un envite. Con el éxito aún caliente, resuelve invitarnos a comer al «mejor restaurante de Piter» para celebrarlo. En cuanto Kolya termina de asearse, corre a avisarlo, y los cuatro volvemos a atravesar el portón de la calle Divenskaya.

Por el camino, que, a pesar de la nieve, realizamos a pie hasta bordear el canal Griboedov, Zenya ejerce de guía —lo estaba deseando— y alaba ante mí la coquetería del teatro Mariinsky y la majestuosidad del palacio Yusupov, donde mataron a Rasputin, me explica alegremente. Añade entre risas que el nombre del río Moika, al que arrojaron su cadáver, y que culebrea frente a la fachada, procede del finés y significa «sucio». Señala las aguas terrosas, ahora semicongeladas. «Algunas cosas no cambian, ¿sí?».

También me cuenta que es tradición para ellos celebrar los logros y las buenas noticias en Severyanin, y se muestra contenta de poder hacerme partícipe en esta ocasión. Especialmente contenta, diría: tiene la expresión de alguien que lleva una eternidad sin poder hincarle el diente a la especialidad de la casa. Pasha y Kolya nos siguen a un par de metros, hablando —poco— de sus cosas, las manos hundidas en los bolsillos de sus respectivos abrigos.

Cuando enfilamos la calle Stolyarnyy y los vistosos toldos azules que rematan las ventanas del restaurante se hacen visibles, mis escasas ganas de pasar un buen rato dejan paso a la decepción. La calle no es más que otra réplica desgastada y taciturna de las que abundan en Petrogradsky, y a juzgar por su fachada, el mejor restaurante de la ciudad, según la opinión de mi entrenadora, no parece más que una casa de comidas con ínfulas. Dentro, me abruma la decoración recargada, con piano de pared incluido, y el persistente olor a queroseno que destilan manteles, servilletas, cortinas e, incluso, el tapizado de las sillas, todas de estilo francés y con estampados roídos. Mis compañeros no parecen percibirlo; todos se muestran encantados de tener un motivo para regresar, por fin, a su lugar fetiche.

El jefe de sala nos acomoda en una mesa próxima a una de las ventanas. Pasha me cede el asiento más cercano a esta, pero yo lo rechazo con tacto.

No quiero que el aroma del visillo me arruine la comida, aunque mis expectativas no son demasiado elevadas. La carta, por fortuna, está traducida al inglés, y me apresuro a pedir lo más inocuo: una ensalada con salmón del Báltico no excesivamente cara. Aunque Zenya nos ha pedido que no miremos los precios, el de hoy es un capricho que su bolsillo no se puede permitir.

Charlamos acerca de la prueba y de cuestiones burocráticas menores mientras esperamos el servicio, que no se hace de rogar. Zenya ha pedido lengua de ternera con guarnición; Kolya, pescado en crema agria, y Pasha, ragú de conejo envuelto en hojaldre. Por un instante, estuvo a punto de pedir Stroganoff con puré de patatas, pero mi entrenadora, la reina de los menús variados, lo atacó sin piedad por comer siempre lo mismo.

Mientras almorzamos, sale a relucir el tema del maillot que Zenya me prestó y su pasado como patinadora; me doy cuenta de que no conozco tanto su carrera como pensaba.

Habrà un día en el que lo sepa prácticamente todo acerca de Zenya: que jamás será capaz de vestir conjuntada y que le encanta comprar en tiendas de segunda mano; que no llegará a casarse, y no por falta de pretendientes; que se niega a salir de casa sin carmín en los labios, así truene o tenga que cubrirse con tres bufandas; que no falta a la iglesia un domingo, siempre que no coincida con algún evento deportivo, por supuesto; que absolutamente siempre, no importa cuánto discutamos, los errores que cometamos o los problemas que tengamos, nos abrazará a Kolya y a mí justo antes de saltar a la pista en una competición, y también al volver de ella.

Habrà un día en que la adoraré, pero aún falta tiempo para eso.

Mientras nos sirven el té —cuatro tazas; ya he aprendido la lección respecto a ese brebaje arcilloso al que los rusos llaman «café»—, la Zenya que es habla de la Zenya que fue como quien se enfrenta a un trámite engorroso.

—Yo odiaba programa. —Hace una mueca de disgusto mientras abanica el té para que se enfríe. Pasha acaba de mencionar, extasiado, la rutina que le dio el oro en el europeo de 1986—. Madre mía obligó repetir día tras día tras día tras día. Tres años. Cuando yo patinaba en júnior, madre mía preparaba ya a mí para ganar sénior con programa. Disparate.

—¿Tu madre fue tu entrenadora? —indago.

—Solo hasta ese año. Después, yo enfadé con ella y cambié. Fui a Moscú. Allí entrené con Yashin.

Dejo la taza semivacia sobre el platillo y me inclino hacia delante. Daniil Yashin es toda una leyenda de la escuela soviética.

—Entonces Yashin fue tu entrenador.

—Yashin malo. Cabrón. ¿Cómo dices tú? ¿Tirante?

—¿Tirano?

—Eso. Tirano. Peor que madre mía. Cuando yo cumplí veinte años, dejé Yashin y marché con Voronkov. Así hasta retirada.

—Mucho joven... —apostilla Pasha con la mirada perdida, igual que si se refiriera a un difunto.

Zenya da un sorbo a su té.

—Cansada, yo. Mucho cansada. Todo cuerpo mío dolía por lesiones, ¿sí? Después de última caída, no pude mover en semanas. Última lesión aquí. —Se toca la cabeza—. Peor de todas. Juré no pisar hielo más.

—Y no hubo igual patinadora... —Pasha prosigue con el epitafio; sus ojos brillan de un modo especial. Busco una aclaración en Kolya, que, sentado frente a mí, remueve su infusión con una sutileza inesperada en alguien que hace unas horas hubiese dado positivo en un control de alcoholemia. Él se limita a encoger los hombros. Desisto. Tendré que averiguar por mí misma.

—¿Por eso no entras nunca? Al hielo, quiero decir. Nunca te he visto con los patines puestos.

—Ni la verás. —Kolya participa por primera vez en la conversación y me mira fijamente—. Ni siquiera tiene patines.

—¿En serio?!

—Hace diez años que la conozco y no la he visto poner un pie en el hielo ni siquiera por error. —Kolya se mofa; parece que se va animando.

—Hielo frío —sentencia ella con el mentón en alto.

—Una vez me dio un tirón y no me podía levantar —continúa él—. Ya era tarde; no había nadie más en el pabellón, solo ella y yo, y no nos separaban ni diez metros. Le rogué que viniera a ayudarme y se puso a dar vueltas como una loca alrededor de la pista, a punto de entrar en pánico. Al final le pidió al guardia de seguridad que me atendiera, y juró no decirle

a nadie que lo había visto pisar el hielo con calzado de calle.

Pasha y yo rompemos a reír. Zenya trata de quitar hierro alegando que el miedo a que Kolya se hubiese hecho daño la dejó paralizada.

—¿Cuándo empezasteis a entrenar juntos? —pregunto. En los círculos del patinaje siempre ha habido rumores, y su relación se considera... pintoresca. Zenya entrena únicamente a Kolya, cuando lo habitual en un entrenador de su caché es tener una cartera de clientes mucho más amplia. Ni siquiera Gilles nos entrenaba a Tom y a mí de forma exclusiva, y eso que él es su hijo—. ¿Cómo os conocisteis?

Los ánimos en torno a esa mesa, la número nueve de Severyanin, se apagan del mismo modo que se encendieron: gradualmente, sin estridencias. Kolya baja la vista hasta ahogarla de nuevo en su taza de té, y Zenya, aunque no pierde la sonrisa, se repliega sobre sí misma. El ambiente se ha cargado y no entiendo la razón.

—Eso cuento a ti otro día, ¿sí? —me responde con amabilidad. A continuación, pide la cuenta al camarero.

Al salir del restaurante, ha dejado de nevar, así que Zenya se empeña en dar un paseo por la avenida Nevsky para ver escaparates. Pasha se despide de nosotros poco después; quiere llegar pronto a Vasileostrovsky, el distrito en el que vive, para dejar listos algunos documentos antes de mañana. En palabras de Zenya, Pasha es una de esas personas que «llevan casa a trabajo».

En la avenida Nevsky, Zenya planea de escaparate en escaparate. Señala artículos que nunca comprará, estudia los precios y fantasea con probar una bandeja de fresas frescas de los almacenes de los hermanos Eliseev. Frente a esa tienda en concreto, un aficionado al patinaje nos para y le pide un autógrafo a Kolya, que firma sin rechistar. A pesar de que su gesto hosco no ha cambiado, parece contento de hacerlo. Lo entiendo; a la promesa dorada de Montreal también le fascinaba. Aquí, sin embargo, no soy nadie.

Solo cuando está a punto de marcharse, el joven, que tendrá más o menos mi edad, me reconoce y comienza a hablarme a toda prisa. Mis ojos buscan auxilio en Zenya.

Para mi sorpresa, no es ella quien ejerce de traductora esta vez, como todas las anteriores, sino Kolya. Parece de buen humor.

—Le gustaría que tú también le firmaras un autógrafo, Suzanne —dice mientras el chico me tiende un bloc de notas y un bolígrafo.

Lo tomo entre mis guantes y estampo mi firma con gusto. Nos pide que nos saquemos una foto y los cuatro posamos ante el objetivo de su teléfono móvil.

El chico vuelve a dirigirse a mí y Kolya traduce en el acto:

—Quiere saber... —Carraspea—. Quiere saber si Tom Girard está también aquí.

Zenya tose y Kolya cambia el peso de un pie al otro. Las noticias de la prensa deportiva, por lo que veo, no circulan tan rápido a este lado del charco. Tras una pausa violenta, abro la boca para hablar:

—Dile que no. Que Tom no está. Que solo estoy yo. Del resto, ya se enterará.

Kolya le traslada mis palabras una a una —o eso creo— y el muchacho, aunque extrañado, se despide feliz y continúa su camino. Nosotros seguimos el nuestro. Sabemos que, antes o después, tendremos que anunciar como se debe que ahora formamos equipo.

Pero hay otra cuestión que me ronda la cabeza en este momento.

—Zenya, ¿podrías hacerme un favor?

—Da.

—¿Podrías ayudarme a buscar una academia donde enseñen ruso a extranjeros?



Esa misma noche, sentada en el suelo del salón, cerca del radiador, marco el número de mi casa y cruzo los dedos para que al menos uno de mis padres haya llegado ya del trabajo.

Es mi madre quien responde pasados unos segundos:

—¡Suzette! ¿Cómo estás, hija? ¡Ya había olvidado tu voz!

—Estoy bien, maman. Lo sé, he tardado demasiado en llamar, lo siento. ¿Cómo estáis vosotros? ¿Cómo va todo por ahí? ¿Y papa?

Mi mano libre juguetea inquieta con la cremallera de la bolsa de mis patines, que dejé en el suelo, junto a la ventana, al llegar.

—Todo bien, cariño. Tu padre está en el trabajo; se pondrá de mal humor por no haber podido hablar contigo. Pero no debes preocuparte por

nosotros. Más bien eres tú la que nos tiene preocupados.

—Lo siento, maman, pero os expliqué en los mensajes que no hemos parado de entrenar en todos estos días. No he tenido tiempo para nada.

Abro la bolsa de forma mecánica. Extraigo un patín. El izquierdo.

—Lo sé... ¿Qué tal fue la prueba, Suzette?

Tomo aire. Lo voy a necesitar.

—Bien. Fue... bien.

—¿Eso significa...?

—Que me quedo. —Mis dedos acarician la bandera de Canadá bordada en el talón de la bota.

El silencio se extiende al otro lado de la línea y me lleva a pensar que la comunicación se ha cortado.

—¿Maman?

—Sí, sí, estoy aquí. ¡Enhorabuena, hija! ¡Lo has conseguido, cariño!

—Gracias, maman. ¿Podrías... podrías enviarme el resto de mis cosas? Creo que ahora sí las voy a necesitar. —Las palabras salen a trompicones. No me puedo creer que esto esté sucediendo. No me puedo creer que le esté diciendo algo así a mi madre. No me puedo creer que mi vida haya pasado de ser una luminosa comedia de Broadway a convertirse en un drama de Dostoievsky.

—Por supuesto, cariño. Lo prepararé todo cuanto antes. Esta semana tengo el turno de mañana, pero la que viene, sin falta, me acercaré a correos. ¿Estás contenta, hija? Esto es lo que quieres, ¿verdad?

Tengo que hacer un esfuerzo para no quebrarme delante de ella. Sigo acariciando con movimientos compulsivos la bandera de Canadá que decora mis patines. Los patines de la promesa dorada de Montreal.

Tendré que deshacerme de ella. De la bandera. La promesa dorada de Montreal hace mucho que dejó de existir.

—Sí. Esto es lo que quiero, maman —miento, o solo en parte, y cambio de tema veloz—: ¿Tienes un papel por ahí? Apunta el código postal.

Toma nota, y después, como no podía ser de otra forma, me pregunta si estoy comiendo bien. Le pido que le dé un beso enorme de mi parte a papa y saludos para todos. Menciono la factura para apremiarla a colgar. Debo de ser más fuerte de lo que pensaba, porque soy capaz de aguantar las lágrimas hasta que escucho el chasquido metálico que me anuncia que la

llamada ha finalizado. Lloro hasta que me duelen los párpados, se me enrojece la nariz y se cuarteán mis mejillas. Lloro como una estúpida que, al parecer, no sabe lo que quiere.

Doy vueltas al patín entre mis manos, lo contemplo del derecho y del revés. Paso los dedos por encima de la cuchilla y por las dos palabras grabadas en ella por cortesía de mi proveedor oficial.

Suzanne Boucher

Por primera vez desde que me monté en ese Boeing 747, soy sádicamente consciente de que mi billete era solo de ida. Esta no es una de esas veces en que pasé días, incluso semanas, fuera de casa a causa de algún torneo o por un campamento de pretemporada, rodeada de personas que velaban por mí y me protegían. Esta vez es diferente. Cuando las luces de la pista se apaguen, cuando las taquillas de los vestuarios se queden vacías y el hielo comience a estropearse, yo no regresaré a Canadá. Porque esa ya no es mi casa. Ahora vivo aquí, en Rusia. Ahora estoy sola.

CAPÍTULO XV

En nuestra primera semana oficial de entrenamiento como equipo, retomo algunas de las costumbres de mi niñez que ya creía superadas, como las almohadillas en glúteos y articulaciones para protegerme durante las caídas —frecuentes y aparatosas—, y, por supuesto, el arnés para los saltos lanzados y los twists.

Mavra no deja de ayudarnos incluso a distancia, tal y como prometió; no le queda más remedio, porque Zenya no duda en llamarla por teléfono desde la pista varias veces al día para pedirle opinión. La pobre mujer hace gala de una paciencia inagotable, y no podríamos estar más agradecidos. A pesar de los esfuerzos de Zenya, y aunque el inicio de la próxima temporada aún queda lejos en el calendario, nuestros avances son lentos, y somos conscientes de que partimos en clara desventaja respecto a nuestros contrincantes. Yo no termino de adaptarme a las condiciones de trabajo en Rusia, y a Kolya le cuesta olvidar que ya no patina solo.

De lunes a viernes, y también durante parte del fin de semana, Zenya nos impone una rutina casi despótica: seis horas de entrenamiento matutino, que incluyen calentamientos, una sesión de práctica de elementos técnicos sobre el hielo, entrenamiento en seco para mejorar nuestra fuerza y nuestra resistencia, vuelta al hielo para centrarnos en los elementos artísticos, una segunda hora de preparación consagrada al equilibrio y la flexibilidad, y estiramientos finales. Después de un almuerzo, la mayoría de las veces rápido, ligero y sin salir de la cafetería de Yubileyny, continuamos al menos una hora más puliendo defectos, y por último volvemos a estirar. Zenya solo levanta el pie del acelerador cuando ve a Kolya desplomarse en algún banco y frotarse la pierna; si soy yo la fatigada, no hace ni caso.

Algunos días, además, ya sea en casa de mi compañero o en la suya, nos obliga a visionar una vez tras otra, hasta bien entrada la noche, los vídeos que ella misma graba para analizar todos nuestros movimientos y detectar flaquezas. Para colmo, se le ha metido entre ceja y ceja apuntarnos a clases de ballet, y me temo que nadie podrá impedirselo. En mi caso, cree que

resultará especialmente útil, ya que mi estilo dista mucho de las potentes exigencias de la escuela rusa. En el de Kolya, servirá para que recobre la forma física, para apuntalar su faceta interpretativa y para mantenerlo apartado del vodka una hora más al día, o eso intuyo yo. Debo admitir que, aunque mi compañero sigue llegando a casa a las tantas, no ha vuelto a aparecer borracho ni en los entrenos ni en el edificio.

Mi vida social, al contrario de lo que aparenta la suya, es nula. Sin amigos, sin internet y sin nada que hacer que no sea entrenar aquí y echar de menos lo de allí, me limito a ir al pabellón y a acompañar a Zenya al supermercado cuando hace falta. A última hora de la tarde cenamos vareniki precocinados con el ruido de la televisión de fondo (a Zenya le entusiasman los talent shows musicales), y yo caigo rendida en el sofá, para amanecer a las cinco y media de la madrugada del día siguiente con el cuerpo entumecido, la espalda rígida y marcas de muelles en la piel. Y vuelta a empezar.

El lado positivo de este ritmo frenético y de la desconexión virtual es que en Canadá ya se han celebrado los nacionales y yo casi no me he enterado, lo cual me ha evitado rumiar a todas horas la idea de que debería haber competido en ellos, así como rastrear minuto a minuto en la prensa los resultados de Tom y su nueva pareja, para beneficio de mi salud mental.

El 25 de enero arranca el campeonato de Europa en la República Checa, lo que, en nuestro caso, se traduce en más horas de hielo para aprovechar las que han dejado libres Zhigunova, Siankovsky —quienes no se han tomado demasiado bien mi intromisión en su territorio— y el resto de patinadores que estarán compitiendo hasta el domingo. Estoy literalmente extenuada, pero, aunque sueño con ello, no puedo irme a la cama nada más salir de Yubileyny, ya que Zenya me ha conseguido plaza en el Instituto Derzhavin, donde imparten clases de ruso para adultos, y hoy es mi primer día.

Zenya me acompaña hasta la puerta, como una madre que lleva a su polluelo al jardín de infancia, y se despide de mí diez minutos antes de que dé comienzo la clase. La vuelta, me dice, tendré que hacerla sola, puesto que ella ha quedado con una colega para cenar. Me recuerda que habrá vareniki aguardándome en la nevera a mi llegada —como si lo dudara— y

que no es necesario que la espere despierta.

Entro en la que será mi aula el resto del curso, espartana y pintada de blanco nuclear, a excepción de un par de pósters descoloridos de la Torre Eiffel y del Big Ben. El espacio es pequeño pero está bien aprovechado, con unas cuantas mesas dispuestas en forma de U, un escritorio más grande para el profesor y una pizarra magnética. Tomo asiento en uno de los pocos huecos libres, entre una mujer mulata y un chico un poco mayor que yo que se revuelve en su silla como una lagartija.

La clase resulta un tostón; el ruso, tal y como imaginaba, un idioma del demonio, y yo me encuentro demasiado cansada para seguir las explicaciones más básicas del profesor, un hombre entrado en carnes y con gafas a lo Lennon que se empecina en meterme todo el alfabeto cirílico por los ojos en una sola sesión. Me lanza una pregunta, y yo, avergonzada, me percató de que ni siquiera le estaba prestando atención. La mujer mulata me sale al paso, y yo le ofrezco una mirada agradecida. Se gira para guiñarme un ojo, y su espléndida mata de rizos color chocolate amargo gira con ella.

Al terminar la clase, mientras recojo el cuaderno y los bolígrafos, vuelvo a darle las gracias.

—De nada —contesta en francés, y siento deseos de llorar cuando escucho mi lengua materna.

—¿Eres francesa?

—Algo así. —Sonríe—. De Reunión. Supe que eras francesa por las notas que tomabas en el cuaderno. Resulta reconfortante saber que no soy la única que considera al profesor un connard⁶.

Una carcajada genuina brota de mis labios.

—En realidad soy quebequense. De Montreal —aclaro—. Me llamo Suzanne.

—Es un placer. Soy Asia. Dime, ¿qué ha traído a Rusia a una chica tan joven como tú? —enfatisa, a pesar de que ella no es mucho mayor; debe de andar cerca de la treintena.

Acaricio el colgante que pende de mi cuello. Le explico a grandes rasgos mi historia mientras recorremos el pasillo rumbo a la salida. La suya no podría ser más diferente: hace un año conoció a un turista ruso paseando por el puerto de su ciudad, Saint-Denis. Fue un flechazo. Se

casaron al poco tiempo y ahora ella vive aquí con él y con su familia política.

Ya en la calle, se despide de mí de forma amistosa, ajusta su gorro de lana con orejas de gato y se aleja con la promesa de seguir charlando el próximo día de clase.

Yo enfilo el camino de regreso a Divenskaya con una sensación agrídulce en el paladar. Puede que, en el fondo, la historia de Asia y la mía no sean tan diferentes: las dos hemos llegado hasta aquí por un amor loco e impulsivo. Y yo también comparto techo con una persona que es un desastre como compañera de piso.

Eso me recuerda la decisión que ya no debo seguir posponiendo. Nada más apearme del metro en Gorkovskaya, doy por inaugurada la búsqueda. En los escasos quinientos metros que me separan del apartamento, espero encontrar algún hotel que sea barato y que no tenga muy mal aspecto. El piso de Zenya es demasiado pequeño para las dos; su sofá está arruinando mi salud, me siento cansada de comer lo mismo todos los días y, además, creo que ya me he aprovechado demasiado de su buena voluntad.

Tengo suerte: cerca de la parada de metro encuentro un alojamiento modesto pero recién reformado, limpio y próximo a Yubileyny. Justo lo que buscaba. En recepción, pregunto si tienen habitaciones disponibles y me ofrecen una individual por menos de dos mil rublos, desayuno incluido. Perfecto. No me lo pienso y la reservo para una noche, aunque preveo que tendré que hospedarme aquí unas cuantas más hasta que consiga algo mejor, como un piso compartido con otros atletas o una vacante en alguna residencia para deportistas.

Deposito la cantidad correspondiente y le explico al recepcionista que mañana regresaré con mi equipaje. También tendré que arreglar con él el cambio de dirección de mi visado, ya que en la oficina de inmigración fueron muy estrictos respecto a esa cuestión. Salgo del hotel y me dirijo al supermercado favorito de Zenya, a una manzana de distancia, que está a punto de echar el cierre. Compro cantidades industriales de vareniki ultracongelados y, además, té, mermelada, azúcar en terrones y unas cuantas cosas más, como verduras, fruta, cereales y embutido, para animarla a variar su dieta. Me hubiese gustado prepararle una cena especial como despedida, pero, puesto que hoy no cenará conmigo, lo

mínimo que puedo hacer es dejarle la nevera llena.

Una vez en casa, guardo las compras entre el frigorífico y la despensa y me dispongo a preparar mi pequeña maleta, que no llegué a deshacer del todo.



Cuando Zenya entra por la puerta a eso de las once y descubre mi equipaje en el recibidor, pone el grito en el cielo. Aunque los párpados me pesan, al final no le hice caso y la he esperado despierta. Intento explicarle con suavidad que esta es la última noche que pasaremos juntas, pero no atiende a razones.

—Ñet, ñet, ñet. Mientras yo aquí, tú no vas hotel. Ñet, ñet, ñet.

—Zenya, no es justo que siga abusando de ti. Esta es tu casa. Y ya que voy a quedarme por tiempo indefinido, yo también necesito un lugar donde vivir.

—Casa mía, casa tuya. Yo debo eso a ti —concluye con pena.

—Pero, Zenya...

—No «pero, Zenya». Ñet. —Empuja el equipaje de vuelta al salón.

Me veo acorralada entre el trolley y ese sofá en el que no puedo seguir durmiendo, así que me lanzo a la desesperada.

—Necesito una cama, Zenya —confieso con cierto pudor—. Dormir en un sofá me está matando, y eso afecta a mi rendimiento. Necesito un cuarto propio, un armario donde guardar mis cosas cuando lleguen. Si esta va a ser mi vida a partir de ahora, entonces debe parecer una vida de verdad, no una solución temporal.

Al verla fruncir el ceño, me temo lo peor, pero enseguida se recompone.

—Tú tienes razón. Yo contenta de tener a ti aquí, pero casa pequeña, no casa para dos personas. Tú tienes que descansar bien para poder patinar.

Respiro aliviada.

Demasiado pronto.

—Pero tú no pagas hotel. Tú vienes conmigo. —Tira de mi mano y, antes de que quiera darme cuenta, las dos vamos escaleras arriba.

Aporrea la puerta de Kolya, que, contra todo pronóstico, está en casa.

—Suzanne se muda aquí —afirma con rotundidad en cuanto él la abre,

y me empuja hacia el interior con la misma maña con la que hace unos minutos devolvió la maleta a su lugar.

—¿Disculpa? —Kolya parpadea en su perfecta y estudiada pose de rey del hielo que ve peligrar sus dominios.

—Zenya, no es necesario que... —Intento evitar la colisión, pero Zenya ya está en vías de descarrilar.

—Casa tuya grande. —Fuera de control, comienza a enumerarle a Kolya sus razones—: Tú tienes cuarto vacío. Suzanne necesita cama y necesita compañeros de piso, ¿sí? —Me mira, y yo deseo más que nada en el mundo que la tierra me absorba—. Tú —señala a Kolya— tienes cama y no tienes compañero de piso. Dos vosotros vivís juntos.

—No creo que sea buena idea —sentenciamos los dos a la vez.

—Idea magnífica.

—No, no lo es.

—Da.

—No lo es.

—Ático caro para pagar solo, ¿sí, Kolya? —Le lanza una mirada triunfante y, en ese momento, los dos sabemos que no hay escapatoria. Ha ganado—. Suzanne paga alquiler a ti. Todo solucionado.

—Pero ya he dejado una fianza en el hotel. —Quemo mi último e infantil cartucho.

—Yo encargo para que devuelvan dinero a ti.

El resto de la conversación no es más que un mero trámite. Condiciones del alquiler, precio, normas básicas de convivencia. Entre ambos me muestran la que va a ser mi flamante habitación —Zenya, con alegría desbordada; Kolya, a regañadientes—, y quedamos en que trasladaré mis cosas mañana mismo al volver de Yubileyny. Ellos me ayudarán.

—Además —apostilla Zenya al filo de la medianoche—, casa de Kolya tiene wifi. ¿Ves? Todo ventajas.



Mi nueva habitación es un espacio amplio, bien amueblado, decorado con gusto y, sin embargo, tremendamente frío e impersonal. Cuando al día siguiente por la tarde traslado todas mis pertenencias (todas, literalmente,

puesto que las dos cajas que mis padres enviaron desde Montreal llegaron esta misma mañana), tanto Zenya como Kolya me dejan a solas para que las acomode, y tengo ocasión de observarla bien.

Junto a una de las paredes, reposa una cama nido tipo tatami cubierta por una funda nórdica plateada. Sobre ella se extiende un armario altillo en tonos blancos y grises que hace esquina. Bajo la ventana hay un escritorio de cristal y acero coronado por un flexo halógeno; en la única pared libre, un póster anodino de una gran ciudad, y para rematar, una alfombra de pelo artificial en color perla reviste el suelo. Todo sigue las mismas líneas de diseño industrial y minimalista que el resto del ático, solo que aquí huele a cerrado, a áspero. A prestado.

Si quiero que en algún momento esta habitación se convierta de verdad en mi habitación (nunca llegará a serlo del todo, no pasaré demasiado tiempo en ella), debo ponerme manos a la obra cuanto antes y tratar de insuflarle un poco de vida.

Comienzo por la parte fácil: el trolley. Las cosas que han convivido conmigo estas semanas me resultan emocionalmente inofensivas. Abro la maleta como quien retira los puntos de sutura de una brecha, y me pongo de pie sobre el colchón para ubicar pantalones, jerséis, ropa interior, abrigos, equipación para entrenar y demás posesiones en los diferentes huecos del armario, tan vistoso como poco práctico. Coloco el portátil y un par de revistas que compré para el viaje sobre el escritorio, al lado de mi teléfono y del neceser de aseo.

Termino antes de lo esperado, así que me veo obligada a afrontar la parte difícil también antes de lo esperado.

En cuanto despego la cinta adhesiva que protege la primera de las cajas, un intenso aroma a casa, a desayunos con mantequilla frente a papa y a noches en el sofá calentándome los pies sobre el regazo de mamá, se expande por toda la estancia. Extraigo cada mercancía con cuidado extremo, como si fuese un tesoro.

Coloco en una balda algunos libros de texto; al parecer, Sarah y André no pierden la esperanza de que obtenga una titulación, sea en el país que sea. A continuación viene el resto de mi ropa: prendas que llevaba semanas sin tocar y que repaso como si fueran un regalo de Navidad. Mi madre, siempre previsora, ha incluido también una buena parte de mi ropa de

verano, aunque a día de hoy me resulte imposible imaginar un San Petersburgo en el que no caigan copos de nieve a diario. Sospecho que no existe un San Petersburgo así.

En la primera caja también han viajado otro abrigo nuevo (maman no descansa), un par de bolsos y dos saquitos repletos de Tootsie Rolls y de caramelos McCormick's, mis favoritos. Sonríó a la vez que una bola de añoranza repta por mi tráquea. Desenvuelvo uno y me lo llevo a la boca; su sabor dulce se entremezcla con la sal de mis lágrimas.

Aún no he abierto la segunda caja y ya sé que lo peor está por venir. Mi hipótesis se confirma nada más destaparla: el maillot blanco de Lacrimosa aparece arriba del todo. Me dejo caer contra el suelo mientras acaricio una por una las piedras bordadas en el escote. Con cada una de ellas emerge un recuerdo: la vez que la modista me tomó las medidas; Gilles apretándome las mejillas para infundirme ánimos justo antes de salir a pista; el abrazo colosal de mis padres al descender del pódium.

Extraigo otros dos maillots, que les pedí a mis padres como medida preventiva para que Zenya no tenga que volver a prestarme uno de los suyos en caso de necesidad. Debajo, explotan de forma simultánea el resto de minas, que me han perseguido desde más allá del océano resguardadas en una caja que reza «FRÁGIL»: fotos de familia, de amigos y de competiciones; unos cubrecuchillas de repuesto; el peluche del muñeco de nieve disfrazado de Chaplin; un par de DVD; algunos adornos de mi habitación en Montreal; media docena de biografías de patinadores célebres en tapa blanda; mi edredón de patchwork, y una de mis fotografías favoritas, la que me tomaron en Laval a los seis años, el día que mis padres me inscribieron en las clases colectivas de patinaje. Le doy la vuelta.

¡Eres una campeona! Esperamos que te guste esta sorpresa
tanto como tú nos gustas a nosotros. Te querremos siempre,
Maman et papa

De rodillas en el suelo, aferrada a la imagen de la niña de seis años que una vez fui, con la cabeza apoyada sobre la cama, lloro. No soy consciente del tiempo que paso así, encogida, foto en mano, hasta que un ronroneo y un roce contra mi pierna me obligan a alzar la vista. La gata de Kolya se ha

colado por la puerta entreabierta y me mira con expresión condescendiente.

—¿Querías algo, minoune⁷?

No despega sus ojos de mí. Al cabo de un rato, tuerce el hocico y comienza a pasearse por la habitación, esquina por esquina, moviendo la cola con indiferencia. Olisquea mis cosas y maúlla un par de veces antes de lanzarme otra mirada insensible. Con las mismas, se marcha.

Guardo de prisa todo aquello que me hace daño. Los libros y DVD, a la balda; la ropa y los maillots, al armario; los caramelos, a un cajón. Solo me permito dejar a la vista el peluche, la colcha y las fotos; mañana le preguntaré a Kolya si puedo sustituir el póster de Chicago —o Cincinnati, o lo que sea— por un corcho para ellas.

Decidida a emplear lo poco que queda de jueves en algo más productivo que llorar y lamerme las heridas, me siento frente al portátil e introduzco la contraseña de la wifi que me indicó mi compañero. Busco a mis padres en la lista de usuarios conectados de Skype, pero no aparecen entre ellos. Calculo la hora en Montreal y le envío a mi madre un mensaje. Me contesta diciéndome que están en el hipermercado, pero que se conectarán en cuanto lleguen a casa, en menos de quince minutos.

Mientras hago tiempo, escribo a Alexia y a Sheila y me pongo al día en mis redes sociales. Abro mi perfil de Facebook y también el de Instagram, ambos sin actualizar desde tiempos inmemoriales, y descubro un aluvión de mensajes sin leer, algunos de apoyo, algunos morbosos y otros, la mayoría, preguntándome si volveré a patinar algún día. Cuelgo una fotografía neutra del cuadro de Chicago, Cincinnati o donde sea, y doy las gracias por el interés que despierta mi carrera deportiva. No me siento preparada para explicar nada más, no por el momento. No han pasado ni cinco segundos y mis seguidores ya están comentando que me he mudado a Minneapolis —duda resuelta— para dar clases a principiantes.

Los dejo elucubrando y me centro en la conversación con Alexia y Sheila, que se interesan por mi cautivadora vida en San Petersburgo. Me abstengo de decirles que Piter, como la llaman por aquí, despide olor a antipolillas por las cañerías, que los rusos conducen como psicópatas y que el absurdo tendido de cables de esa antigualla llamada trolebús impide ver el cielo. Tampoco me atrevo a confesarles que, a pesar de que apenas llevo

aquí unas pocas semanas, creo que ya la odio un poco. Dejo que sigan fantaseando con príncipes rusos y palacios de ensueño.

Al cabo de un rato, la curiosidad es más fuerte que yo. Antes de poder echar el freno, me veo a mí misma rastreando en Google las últimas noticias sobre el patinaje canadiense. Me doy de bruces con el ranking tras los nacionales: Tom y Marion figuran en cuarta posición. Nada mal para tratarse de su primera temporada juntos, la primera de Tom en categoría sénior, y la primera de Marion patinando en pareja. Un ramalazo de decepción y de envidia se dispara en mis venas; supongo que me hubiese encantado verlos caer hasta el final de la tabla.

Me pregunto si Kolya y yo también quedaremos cuartos en los nacionales. O si Kolya y yo llegaremos siquiera a disputar unos nacionales.

Voy saltando de una página a otra hasta dar con una entrevista a Tom en la edición digital de un periódico deportivo fechado hace dos días. El titular me sacude: «Estoy seguro de que junto a Marion alcanzaré logros que antes no podía soñar».

Para cuando la melodía de Skype me indica que mis padres están disponibles, me encuentro desmoralizada, llorosa y me tiemblan las manos. Recompongo a duras penas a la debilucha que se ha apoderado de mí y acepto la llamada.

—¡Hola! —La imagen de papa et maman en el salón de nuestra casa se proyecta en la pantalla como un espejismo—. ¿Cómo estáis?

La charla con ellos me distrae y logra que las brumas se dispersen. Les agradezco el envío y me muestro encantada con las sorpresas. Por supuesto, me esmero en ofrecerles la versión más dulce de mi realidad.

Después de colgar, empujo la puerta suavemente hasta cerrarla. Kolya no se ha asomado por aquí, pero no quiero arriesgarme. En estos momentos no me apetece hablar con nadie, mucho menos con él.

Nota para mi biógrafo: los Tootsie Rolls no saben igual en Rusia que en Montreal. Nunca lo harán.

CAPÍTULO XVI

En los días que siguen, comienzo a sentirme más optimista respecto a nuestras posibilidades. La rutina imparable de entrenos empieza a dar resultado, y poco a poco nos vamos acoplando mejor. Kolya y yo nos movemos con más fluidez, y la compenetración con Zenya aumenta. Por casa las cosas van bien, más o menos: a pesar de vivir bajo el mismo techo, nos vemos en contadas ocasiones y apenas intercambiamos unas palabras por compromiso cuando eso sucede.

En mis escasos ratos libres, suelo enclaustrarme en mi habitación para charlar con mi familia y amigos, y a veces, si estoy muy aburrida, incluso me pongo a estudiar ruso. Las clases no han dejado de ser un tostón, y tengo que echar mano de toda mi voluntad para no quedarme dormida bajo la atenta mirada de Connard. Al menos, el instituto me permite evadirme un rato y ver caras nuevas. Además de Asia, la chica a la que conocí durante la primera clase, y que todos los días me saluda con alegría al entrar y conversa conmigo al salir, he entablado amistad con EX, el ocupante del pupitre contiguo, y que ha resultado todo un descubrimiento.

«¿EX? —No pude evitar parpadear cuando Asia me lo presentó—. ¿Qué clase de nombre es EX?».

Él me miró con una buena dosis de paciencia.

«EX. De exprisionero de las convenciones sociales, exesclavo del capitalismo y exoprimido por las jerarquías».

Asia se rio de mi cara pasmada.

«En realidad se llama Elliot Xavier. E X. Es de Connecticut. Eso queda cerca de Montreal, ¿no?».

Resulta que EX, que aún no ha cumplido los veintisiete, es ya un buscavidas declarado. Tras quedar huérfanos en un accidente de tráfico siendo adolescentes, su hermano y él aprendieron a valerse por sí mismos. Dejó el instituto y empezó a trabajar con el objetivo de ahorrar para largarse de casa de sus tíos y tutores legales. En cuanto reunió un poco de dinero, dio el salto a América del Sur, de ahí a Japón, Corea, China y después Vietnam, Tailandia, el Pacífico e India. Ahora vive de forma

temporal en Rusia, donde compagina pequeños trabajos como traductor de menús para restaurantes y paseando perros. Hasta que se canse y decida empezar de cero en otro lugar. Y sí, nació y se crio en Connecticut, así que sus anécdotas —las cuenta por millones— me hacen sentir también, a su modo, un poco más cerca de casa.

La rutina me succiona sin tregua y los días se suceden con toda la rapidez con que pueden hacerlo para una exiliada que echa en falta el calor del hogar. Febrero llega de improviso, entre Salchows y carry lifts, y para el segundo viernes, Zenya decide retirarnos el arnés. Sin embargo, para frustración de Kolya y mía, la Zamboni sufre una avería y el hielo no está listo a la hora convenida. No hay forma de desplazarse por él sin ponernos en riesgo, así que decidimos esperar a que lo arreglen por el método analógico: con un cubo y una pala, como antaño. Minuto tras minuto, la inquietud de Kolya crece. No deja de resoplar mientras contempla el reloj de pared y de preguntar cuándo acabarán. Para cuando los operarios terminan, ya se ha agotado nuestro turno y les toca a Zhigunova y Siankovsky saltar a la pista. Acepto con resignación que hoy no es nuestro día de suerte y me encamino al gimnasio.

Pero Kolya tiene sus propios planes. Se acerca a la barandilla y le reclama en ruso a la otra pareja. Ellos lo miran con irritación. Mihail replica elevando el tono. A continuación, los tres se enzarzan en una escalada de groserías que un hombre solemne e instruido como Connard jamás me enseñará. Zenya está demasiado ocupada controlando que no lleguen a las manos como para ejercer de traductora, así que me limito a acercarme por si se necesitan refuerzos, aunque no tengo ni idea de para qué.

Alexandra gesticula y me señala repetidas veces.

—¿Tienes algún problema? —pregunto, vigilando que mis nervios no sobrepasen mi tono de voz.

—¡Tú eres el problema! ¡Vosotros dos sois el problema! —responde rabiosa antes de ponerse a dar vueltas por la pista, arrastrando a Mihail con ella.

Zenya nos lleva a empujones hasta el pasillo. Otra de las parejas entrenadas por Natalia Azova, unos japoneses que quieren mejorar su técnica en la Vieja Europa y que prácticamente no tienen relación con

nadie en el club, dan un saltito cuando ven a Kolya patear un extintor.

—No son más que un par de gilipollas —bufa.

—¡No más, Kolya! ¡No más! Tú no hablas con ellos más.

—Solo pedí veinte minutos. Veinte minutos, joder. Y el imbécil de Siankovsky se puso como una jodida fiera.

—¡Horario suyo ahora! ¡Hay que respetar!

—¿Y darles ventaja? ¿Y perder una sesión entera?

—¡Ahora toca ellos! ¡Ellos en temporada! ¡Tú no! ¡Ellos compiten en mundial mes que viene! ¡Tú no! Ellos preferencia ahora. Preferencia en Yubileyny. Preferencia en federación. Tú aceptas eso.

Kolya aprieta los puños, la mandíbula, los muslos. Incluso su pelo parece erizarse.

—Todo esto es culpa tuya. —Se gira hacia mí con astillas en las pupilas.

—¿Culpa mía? ¿Por qué es culpa mía que se estropee la maldita Zamboni?

—Tardaste demasiado en el baño esta mañana. Si te hubieses dado prisa, nada de esto habría pasado.

—Si tú no fueses tan torpe como para necesitar arnés, nada de esto habría pasado —escupo.

Debí prever lo que ocurriría antes de abrir el pico. Debí prever que Kolya se largaría con pasos ofendidos, como suele; que Zenya y yo volveríamos a quedarnos solas, como solemos, y que la jornada de entrenamientos se torcería para el resto del día, como tantas otras veces.

Debí anticipar lo que, de hecho, sucede, pero tengo diecinueve años, vivo en un entorno hostil y estoy cansada de morderme la lengua.

Me siento en un banco con Zenya a mi lado, oliendo en el aire la estela cargada de indignación que Kolya deja tras de sí. Ella trata de consolarme.

No entiendo nada, Zenya. Estoy haciendo todo lo posible, lo juro. Por ti. Por él. Por mí. Pero se me agota la paciencia y sigo sin entender.

No digo nada.

Me manda a la ducha para despejarme, pero salgo de ella igual que entré: acosada por la sensación de que todo vuelve, una vez más, otra vez más, a empezar.

Para rematar el día, pocos minutos después, de camino a la salida, nos cruzamos con Pasha en el vestíbulo. Trae entre las manos una bolsa de

deporte roja, blanca y azul: los colores de la bandera rusa. Por suerte para nosotras, no pregunta por Kolya. Se limita a saludarnos con un gesto circunspecto de cabeza y me tiende la bolsa, sonriente.

—Para tú. Si tú patinas en club ruso, tú no puedes vestir ropa canadiense, ¿sí?

Dentro de la bolsa hay un par de chaquetas de la marca Bosco, dos camisetas, un chaleco plumífero, un forro polar, un abrigo, dos pares de guantes, un gorro y varias bufandas. Todo con los mismos colores, con la insignia del país bordada bien grande y con las letras РОССИЯ estampadas del derecho y del revés.

—Gra-gracias.

Me apresuro a cerrar la cremallera y a cargármela al hombro. El corazón me da un vuelco cuando Zenya pide que me pruebe una de las prendas aquí mismo.

—Para ver si talla tuya —alega, toda pragmatismo, pero los ojos le hacen chiribitas al hablar.

—Mejor después —intento, tratando de desviar la atención del nudo de nervios en que me he convertido.

—¡Ahora, ahora! Si no talla tuya, Pasha puede llevar y traer nueva mañana.

Saco sin mirar una de las chaquetas del interior de la bolsa; huele a algodón nuevo y a plástico de embalar. Aguanto la respiración mientras desabrocho mi propia sudadera. Tengo la impresión de que una parte de mí muere momentáneamente cuando la dejo sobre uno de los tornos automáticos. O tal vez ya haya muerto del todo. Tal vez nunca regrese.

Es solo una chaqueta, Suzette. Póntela y no pienses más.



Teclee aquí su búsqueda

Tumbada sobre el edredón plateado de mi habitación, con los pies escondidos bajo la colcha de patchwork, busco en la red las respuestas que no he podido, o no he sabido, encontrar en la vida real. Es tarde; acabo de llegar de mi clase de ruso y estoy sola en el ático, a excepción de la gata, que se restriega por salón, cocina y alrededores. Estoy agotada, pero me

temo que mi cerebro no dormirá hasta que no haya obtenido las piezas que necesita para completar el puzle. E, ingenuo de él, espera que internet se las ofrezca.

Nikolai Tsvetkov

He revisado decenas de veces su palmarés en la web de la Unión Internacional de Patinaje, en Wikipedia, en foros. Me lo sé de memoria, pero nada en él arroja ninguna pista.

Nacido en San Petersburgo en 1992. Inicios tardíos en el patinaje; solo se le conoce una entrenadora, Zenya. A pesar de que llegó tarde a las pistas, su ascenso fue meteórico: subcampeón mundial júnior a los dieciséis; plata en el europeo y cuarto en el mundial sénior a los diecinueve; campeón de Europa a los veintiuno. Se clasificó para dos olimpiadas: Vancouver y Sochi. Y tras revalidar el título en el europeo de 2014, el declive. En la siguiente temporada, no solo no logró subir al pódium, sino que sus notas técnicas menguaron hasta doce puntos. Un año después, se clasificó por los pelos para la final del Grand Prix, donde quedó cuarto, su mejor posición ese año, gracias a la inesperada lesión y posterior retirada de Peter Duch. En el europeo y en el mundial, cayó hasta el grupo 2 en la primera jornada de competición, y no llegó a formar parte del conjunto de Rusia en el campeonato del mundo por equipos, donde fue sustituido en el último momento por Sergei Usenko, de Moscú.

Resoplo. Tras un mes entrenando juntos, sé lo mismo acerca de mi compañero que cualquier aficionado al patinaje con unas mínimas nociones de informática.

Afino los parámetros de búsqueda.

Nikolai Tsvetkov temporada 2015-2016

Pincho sobre la lupa y en la pantalla brota una catarata de vídeos: programa corto, programa largo, programa de exhibición, kiss and cry, calentamientos, Trofeo NHK de Japón, Trofeo Éric Bompard de Francia, final del Grand Prix... Y hasta ahí llegan sus apariciones públicas. Para bien o para mal, sus actuaciones en el circuito, igual que las del resto de patinadores, están registradas y expuestas para cualquiera que desee verlas

de aquí a la eternidad. Echo un vistazo rápido y me dejo guiar por las músicas de sus dos programas de competición; los conozco. Me parece mentira que ya haya pasado más de un año desde que los vi en directo en la final de Barcelona. No están mal, pero sí muy por debajo de la calidad de años anteriores.

Sigo rastreando hacia atrás.

Nikolai Tsvetkov temporada 2014-2015

Mismo procedimiento, mismo resultado. La definición de los vídeos ha empeorado ligeramente, pero el rendimiento de Kolya es similar. Ha degradado el nivel de la mayoría de elementos; las combinaciones no llegan a tal; en los saltos, dobles y algún que otro triple, aterriza sobregirado, y las variaciones de las piruetas quedan sucias, desequilibradas. Lo veo con el pelo aún más corto que ahora, sentado junto a Zenya en el sofá blanco del kiss and cry, esperando la puntuación del programa libre como quien aguarda una condena a muerte. Las penalizaciones por caídas —varias— y las notas pobres en ejecución no parecen sorprender a ninguno de los dos, que se ponen en pie con expresión hierática y desaparecen del plano.

Nikolai Tsvetkov temporada 2013-2014

Encuentro una entrevista de pretemporada en la que se veía a Kolya optimista y relajado, algo insólito para mí; la presentación de su nuevo programa corto en un show en París durante el verano, y los vídeos de competición del Skate America y la Copa Rostelecom de Rusia, ambos en otoño, y del campeonato de Europa en enero. Me consta que participó en los Juegos de Sochi, pero, curiosamente, de esas fechas solo aparecen vídeos del programa corto, con música de la película Rush. Para el programa libre de ese año había elegido la banda sonora de Réquiem por un sueño. Todo cien por cien marca Tsvetkov. No obstante, por más que busco, los vídeos del programa libre en competición se limitan al Grand Prix y al europeo. No hay vídeos del programa libre en Sochi.

Trato de hacer memoria, pero mis neuronas no dan para tanto, así que acudo de nuevo a las fuentes: según Google, una indisposición debida a un

leve e inocuo virus estomacal le impidió competir el segundo día, por lo que se retiró. En marzo tampoco compitió en el campeonato del mundo, alegando cansancio por la temporada olímpica.

Lo más extraño de todo es que, justo debajo de la ristra de vídeos, aparecen varios supuestos enlaces a los ensayos del programa Réquiem por un sueño en Sochi, el programa que Kolya no llegó a patinar, subidos por un tal Caronte83, pero, al entrar en la cuenta, compruebo que todos ellos han sido eliminados por infringir derechos de autor. Rehago la búsqueda con otras palabras clave, pero me doy de bruces con la leyenda de violación del copyright una y otra vez.

Me siento una espía, una cotilla, un detective, un soplón, pero, llegado este punto, no puedo parar.

Réquiem por un sueño patinaje sobre hielo Se encontraron unos 3.600 resultados

Maldigo el momento en el que esa banda sonora se puso de moda y la mitad de patinadores del universo decidió utilizarla. Rastreo las miniaturas una a una: Aliena Ipatieva, Karol Nowak, Scott Phillip, Anne Dubois y Stéphane Lyon, Daniel Jakov, Hideo Yamaguchi y Yuuka Sanjo, Adam Hummill, Irina Neroda y Paolo Mattioli... En ninguna de ellas aparece la advertencia de derechos de autor.

Al final de la octava página de archivos, donde ya queda poco patinaje pero sí mucho fanvideo y montajes diversos, encuentro un título que capta mi atención.

crush_

Es reciente, lleva apenas dos meses en línea. En la imagen contigua, se aprecia la silueta de un patinador sobre la pista. Se trata de un vídeo casero: el fotograma no goza de demasiada calidad y la figura es diminuta, casi irreconocible, pero apostaría que se trata de Kolya. Pincho sobre el vídeo sin pensármelo dos veces.

Efectivamente, es Kolya durante una sesión de entrenamiento en Sochi 2014. Viste un chándal parecido a los que Pasha me ha entregado hoy y, por el ángulo, el vídeo está grabado desde la barandilla, quizá por algún

compañero o alguien de la misma organización, ya que los entrenos se realizan a puerta cerrada. En el sonido, a pesar de la baja calidad, identifico los primeros acordes de Lux aeterna.

Mi compañero, que en ese tiempo aún no era mi compañero, se desplaza por la pista con la misma seguridad y armonía con las que hace algo más de cuatro meses nos sedujo a mis padres, a Gilles y a mí en un sofá de Montreal. Todo en él es, era, hipnótico: la fluidez de sus movimientos, la limpieza de los giros, la musicalidad de los despegues, el drama del que impregna cada elemento. Y aquel día parecía en estado de gracia, enlazando combinaciones imposibles y saltos cuádruples con secuencias de pasos perfectamente ejecutadas y con una interpretación vibrante. Lo veo arriesgar de un extremo al otro de la pista, buscando la gloria. Contengo la respiración cuando lleva su águila al límite; me estremezco ante su Biellmann, que sigue el ritmo vertiginoso de la música.

Los acontecimientos se precipitan: la música se acerca al clímax, el programa entra en su último tercio. A pesar del pulso tembloroso del cámara, distingo el cansancio de Kolya a kilómetros de distancia, tres años después. Conozco bien esos cuatro minutos y treinta segundos agónicos, arañando fuerzas de donde ya no quedan, aguardando con estoicismo un final que se burla de ti, encallado en la incertidumbre de no saber qué pasará, de no saber si es ahora donde viene el fallo o si vendrá dentro de medio metro o en el próximo salto o en esa elevación. Luchando con uñas y dientes por esquivarlo. Viviendo ahora para morir después.

A cuarenta segundos del final, cuando tanto él como yo nos atrevemos a acariciar la idea de que hoy hemos sido más listos que nuestros errores, que hoy tampoco moriremos, Kolya cruza la frontera entre el riesgo y la temeridad y emprende un salto para el que ya no hay fuerzas.

El impacto de la caída me corta el aliento. El cámara no puede reprimir un grito y la imagen se distorsiona. Transcurren milésimas en el cronómetro; transcurren décimas; transcurre un segundo y Kolya no se levanta. No es más que un guiñapo oscuro recortado contra el hielo, desmadejado sobre él. La música sigue sonando, pero Kolya no se levanta.

Un segundo más tarde, se pone en pie. Trastabilla, solo un poco; luego continúa el programa en el punto exacto en el que lo dejó hasta completar el ensayo. Termina con una floritura y sale de la pista sonriendo como si

nada hubiera ocurrido.

Pero ocurrió. Lo vi caer. Vi lo que el hielo le hizo a su rodilla. Oí lo que el hielo le hizo a su rodilla.

Noto una opresión en el pecho.

No fue leve.

No fue inocuo.

Y desde luego, eso no fue una «indisposición debida a un virus estomacal».

—Los médicos dijeron que no tendría secuelas, que bastarían una operación rutinaria y unos meses de rehabilitación. —Sobresaltada, bajo la tapa del portátil. No sé el tiempo que Kolya lleva apostado bajo el dintel de mi puerta—. Pero las tuvo. Fue una rotura múltiple de ligamento, agravada por una inflamación crónica.

No me atrevo a pronunciar palabra.

—Los médicos dijeron lo que quisimos que dijeran —prosigue. Su ceño se ha acentuado, y yo me siento una mota minúscula sobre la colcha plateada. Una delincuente. Una cómplice del crimen—. Al fin y al cabo, jugábamos en casa, y la federación desembolsó una buena cantidad para que aceptaran no filtrarlo a los medios, claro. En este país las cosas funcionan así, y hasta la fecha, nadie se ha quejado, o no lo ha hecho lo suficiente. La federación también se encargó de retirar vídeos. Había que callar bocas como fuera. Y lo hicieron.

Da un paso al frente y yo me repliego. ¿Qué es exactamente lo que me asusta? Kolya alza la pernera derecha de su pantalón vaquero. Debajo... aparece el horror.

Me llevo la mano a los labios.

Tiene la rodilla destruida. Las cicatrices de al menos media docena de intervenciones quirúrgicas se entrecruzan sobre la piel como un laberinto espeluznante y sin retorno. La curva del hueso ha quedado completamente deformada; las grapas originan montes y oquedades en la carne macilenta, llagada.

—Nunca permitas que tus enemigos conozcan tus debilidades —sentencia—. Si el cazador sabe que estás herido, se abalanzará sobre ti y no habrá escapatoria.

Hace una pausa, quizá a la espera de que yo añada algo, que lo avasalle

a preguntas, que me horrorice, que lo compadezca, incluso que me burle de su desgracia. Pero no puedo hacer nada, nada en absoluto. Solo lloro por dentro y rezo y doy gracias porque esa rodilla no es la mía.

Kolya entiende al fin que no voy a hacer ningún comentario y deja caer la tela del pantalón, que oculta de nuevo su infierno particular.

—La próxima vez que quieras inmiscuirte en mis asuntos, puedes preguntarme directamente.

Sale de la habitación sin mirar atrás. Oigo cómo abre uno de los armarios de la cocina y saca una botella de vodka.

Y esta vez no me siento con el derecho moral de reprochárselo.

CAPÍTULO XVII

El día después, sábado, Zenya nos concede una jornada libre al fin, así que apago el despertador sin remordimientos y me quedo un rato remoloneando en la cama. Podría achacarlo al cansancio acumulado, pero me da miedo salir de la habitación. Resistiré en este fuerte de PVC y contrachapado hasta que mi vejiga no pueda más, cosa que no tarda en suceder.

En pijama, atravieso el salón en dirección al cuarto de baño. No hay rastro de Kolya. Quizá el vodka de ayer fue el primero de muchos vodkas de ayer y hoy no dé señales de vida hasta la tarde. Ruego por ello. La puerta de su dormitorio permanece cerrada, pero de todas formas me precipito hacia el aseo de puntillas y echo el pestillo cuidando de no hacer ruido. Salgo cinco minutos después en idénticas condiciones: puntillas, cuidado, silencio. Casi he alcanzado el umbral de mi habitación cuando escucho una voz a mi espalda:

—¿No vas a desayunar?

Doy un respingo. Me giro y saludo a mi compañero con un gesto ridículo de la mano.

Por supuesto, ya estaba ahí antes. Está vestido, aseado y activo, y el copioso desayuno que dispone sobre la barra americana no se prepara en cinco minutos: kasha de avena, blinis con caviar rojo, huevos revueltos acompañados de carne especiada y té recién escanciado del samovar.

Es igual que un gato. No lo ves, no lo oyes, no lo sientes, pero, hagas lo que hagas, siempre está ahí. (Haga lo que yo haga, Kolya siempre estará ahí).

—Buenos días. —Al contrario que la suya, mi voz aún conserva posos de sueño.

Mientras saca los cubiertos del cajón, señala con la cabeza los taburetes amarillos.

—Siéntate y desayuna. He preparado comida para todo el edificio.

Parece que está de buen humor. Hasta cierto punto, empiezo a habituarme a su volátil estado de ánimo, pero me choca su cordialidad

después de lo sucedido ayer en mi cuarto. Aunque me negué a sentirme culpable por ello —me negué fehacientemente hasta las dos y media de la madrugada—, di por sentado que no me dirigiría la palabra en días, que pondría todo patas arriba en la pista y en casa, que me haría replantearme de nuevo comprar un pasaje en el primer vuelo transoceánico. Incluso ahora no puedo dejar de pensar en su rodilla deshecha, y en la tesitura en la que eso nos deja como equipo. ¿Realmente puede volver a competir con garantías o me arrastrará con él al fondo del abismo? ¿Cuánto reduce nuestras ya de por sí escasas posibilidades?

Y sin embargo, él está ahí, aparentando calma del otro lado del mostrador, colocando platos y servilletas aquí y allá, esperando a que yo tome asiento para comenzar. Como... como si se hubiera quitado un lastre de encima.

Acepto su oferta. En primer lugar, porque mis padres me enseñaron a ser cortés. Y también porque, a pesar de que no me cuento entre los fanáticos de los desayunos rusos, me muero de hambre.

—Gracias. Eres muy amable.

No menciono el tema de su rodilla; él tampoco.

Ocupo el taburete izquierdo y él, el derecho. Comienza atacando la carne y los huevos; yo picoteo el borde de un blini. En estos momentos daría la mitad de mis posesiones por un pastel de mantequilla y una buena taza de café. A ser posible, en Montreal.

—¿No te gusta? —Kolya señala el blini agujereado.

—¡Sí, sí! Es solo que no estoy acostumbrada a comer tanto por la mañana.

—La tendencia rusa a la ostentación y el melodrama abarca también los desayunos.

Me cuesta captar que no es una pulla. Es un chiste. Kolya Tsvetkov acaba de gastarme una broma. A mí.

Sonrío.

—Dime, ¿qué vas a hacer hoy? —se interesa.

«Nada». Aquí no tengo amigos, ni familia, ni planes de sábado por la tarde comiendo hamburguesas en el aparcamiento del Orange Julep, ni entiendo el doblaje de las películas que proyectan en el cine, ni hay un RÉSO al que pueda ir de compras mientras me guarezco del frío. Un

sábado libre de entrenamientos en San Petersburgo es para mí un caramelo envenenado: cuarenta y ocho horas de aburrimiento concentrado y genuino.

—Poca cosa. Tengo que ir a comprar unos libros para mis clases de ruso. Mañana charlaré con mis padres por Skype y pasaré el resto del fin de semana tratando de ponerme al día con el estudio. La tendencia rusa a la ostentación y al melodrama también abarca el idioma. No lo ponéis nada fácil.

Contengo el aliento a la espera de su reacción. Quizá ha sido demasiado atrevido por mi parte. Quizá he entrado de cabeza en un juego en el que solo él dicta, conoce y modifica a su antojo las reglas, y en el que yo siempre tengo las de perder. Quizá ahora se dé la vuelta, ofendido, y me deje aquí sola, con un blini mordisqueado y un taburete vacío. Cualquier persona que haya cruzado dos palabras con Kolya tendría el mismo temor que yo.

Exhalo todo el aire cuando esboza una sonrisa.

—Puedo acompañarte a buscar tus libros. Si quieres. Conozco algunas librerías. Yo también tengo que ir al centro; a afilar mis cuchillas. Puedes hacerlo tú también y echar un vistazo a un par de botas nuevas.

—¿Qué tienen de malo mis botas? Son cómodas, y aún se encuentran en buen estado.

—No puedo entrenar con alguien que lleva una bandera de Canadá bordada en el talón. Me desconcentra.

—Ah, eso... Podría, no sé, descoserla. O taparla con un parche, como Madison Chock, que lleva corazones en sus patines.

—Le preguntaremos a Vova, mi proveedor. Acaba de importar un modelo nuevo y me ha ofrecido probarlo sin compromiso.

Nos enzarzamos en una discusión sangrienta en torno a las mejores marcas de cuchillas: yo no cambiaré de opinión respecto a mis MK y él no piensa consentir que nadie hable mal de sus John Wilson. A pesar de todo, el ambiente es distendido.

En cuanto termina su desayuno, Kolya se pone en pie y recoge los platos. La gata, que ha salido de no se sabe dónde, se abalanza sobre el taburete que su dueño acaba de abandonar y olisquea los restos de comida que quedan sobre la barra.

—Sashenka, ñet. —Kolya la reprende antes de tomarla en brazos. Es grande, pesada, peluda y me mira con indolencia.

—¿Sashenka? —Creo que es la primera vez que lo oigo dirigirse a ella.

Él se yergue y responde ufano:

—Alexandra. —Señala a la gata—. Nikolai. —Se señala a sí mismo—. La última pareja imperial.

Dejo escapar una ligera carcajada y me doy cuenta de que me siento relajada como nunca antes lo he estado en esta casa, que ahora también es la mía.



Durante el trayecto hasta la librería, apenas intercambiamos un par de frases. Kolya camina a mi lado, las manos en los bolsillos, el rostro enterrado en la bufanda; yo camino a su lado, las manos en los bolsillos, la cara hundida en la bufanda. Dos planetas paralelos destinados a no desviarse jamás de su órbita.

A la altura del Neva, ese río de aguas petrificadas por el invierno, mi compañero se detiene unos segundos para asomarse desde el puente de la Trinidad. Su mano, enfundada en piel sintética, empuja un puñado de la escarcha que decora la baranda y la deja caer al río, que la recibe con un golpe sordo.

—¿Hasta cuándo permanecerá congelado? —pregunto.

—Si hay suerte, hasta abril. O mayo. Aunque he visto este maldito río congelado en junio.

Sigue adelante. Su presencia, aunque silenciosa y taciturna, me hace compañía y me reconforta en esta mañana opaca.

Al otro lado del río, sugiere acortar camino atravesando el Campo de Marte, una explanada que yo adivino de un verde eléctrico debajo de todo este tinte blanco. Avanzamos sobre la nieve que recubre los senderos. El ajetreo del embarcadero Fontanka se diluye entre los sonidos de nuestras pisadas. Volvemos a cruzar un canal, el Moika, y continuamos por el jardín Mikhailovsky, salpicado de fuentes monumentales que hibernan a la espera de que la primavera les devuelva el brillo; de columnatas y estatuas de mármol mortecinas por la luz de febrero; de cenadores y templetos que se confunden con un fondo monocromático y adormecido; de árboles

centenarios vencidos por el peso de la nieve en sus copas. Al llegar a la salida, una poderosa construcción multicolor, coronada por once cúpulas bulbosas diferentes, por oro y por teselas, me deja sin habla. Su silueta, que sobresale entre los aletargados tejados de San Petersburgo, es capaz de iluminar por sí sola todo el sábado.

No puedo apartar la vista de ella. Mi compañero me mira a mí.

—Es la iglesia de La Sangre Derramada —explica—. Está construida sobre el lugar donde asesinaron al zar Alejandro II. ¿Te gusta?

—Me alucina. En Montreal no hay nada que se le parezca.

Sonríe de medio lado.

—Es el mejor ejemplo de la tendencia rusa a...

—... la ostentación y el melodrama —termino por él; la conexión resurge como un chispazo de pedernal—. Ya lo creo.

—Puedo —señala mi teléfono con gestos torpes— sacarte una foto. Por si quieres enviársela a tu familia.

—¡Por favor!

Le tiendo el móvil y me alejo unos pasos, que acaban convirtiéndose en varios metros cuando Kolya me insta a moverme para que las dos, La Sangre Derramada y yo, quepamos en el encuadre.

—Listo. —Ha capturado varias tomas diferentes, en horizontal y en vertical.

—Muchas gracias. Se la enviaré a mis padres. Les va a encantar. También la colgaré en Instagram cuando hagamos oficial lo nuestro.

—Pozhaluysta. De nada —traduce sobre la marcha—. Así practicas —añade sonriente.

Gira sobre sus pies y echa a andar canal abajo, totalmente seguro de que yo seguiré sus pasos. Guardo el móvil y en cuatro zancadas me planto junto a él.

—¿Echas de menos a tu familia? —inquire dos manzanas más adelante.

—Sí. Nunca había pasado tanto tiempo lejos de mis padres. Estamos muy unidos los tres, ¿sabes? Siempre ha sido así. Como un equipo. —Hago una pausa—. ¿Y tú? Quiero decir, ¿tu familia?

Kolya entierra las manos en los bolsillos más si cabe y aprieta el paso. Soy consciente del mensaje que pretende transmitirme sin palabras: eso es

territorio vedado, y yo no tengo el paso permitido.

Cruzamos la calle; a este lado de la ciudad, hay nieve sucia apilada en las cunetas y desconocidos charlando tras las cristaleras de los restaurantes entoldados; hay cascotes de hielo flotando en el canal y bicicletas punteadas de clavos aparcadas junto a la barandilla; hay taxis esperando que el semáforo dé luz verde y vendedores ambulantes de souvenirs que no descansan ni en invierno. Hay vida en San Petersburgo más allá del Neva, más allá del clima. Y luego estamos nosotros.

Y de repente, entre nieve sucia, cristaleras empañadas, cascotes de hielo, ruedas con clavos y la luz ámbar del semáforo, Kolya habla con la misma parsimonia con que hace todo lo demás. Patinar. Cocinar kasha. Beber vodka. Levantarse la pernera del pantalón para airear una rodilla que ya no es tal.

—Mi padre murió y con mi madre apenas hay relación. Tengo dos hermanas mayores, pero una vive en Sebastopol y la otra, en Minsk. Hemos llegado. ¿Entramos?

Parpadeo. Me señala un edificio de corte modernista en plena avenida Nevsky. Una construcción imponente y recargada, como todas, con un hermoso domo de cristal en la azotea.

En la librería que ocupa la planta baja de la casa Singer no encuentro los manuales que busco, pero el dependiente nos aconseja intentarlo en Anglia, en el cruce con el río Fontanka. Le doy las gracias; antes de que salgamos, el joven le pregunta a Kolya si realmente es quien cree que es y le desea buena suerte para la próxima temporada. Yo solo soy la chica en busca de Shkatulochka, edición revisada.

Enfilamos hacia la nueva meta. Kolya no pronuncia palabra, y yo tampoco lo insto a hacerlo.

Anglia es todo lo contrario que su predecesora: un establecimiento moderno, luminoso y funcional, agazapado en una fachada insípida. Y el lugar idóneo donde adquirir libros de ruso para extranjeros.

Me hago con mi ministro y Kolya y yo regresamos a la calle. Ya son más de las doce y las plantas de los pies empiezan a lanzarme mensajes airados, así que tomamos el metro, ese metro de escaleras de vértigo y lámparas de araña, hasta nuestro siguiente objetivo: la tienda de artículos para patinadores, cerca de la estación de trenes de Vitebsky.

A medida que nos aproximamos a nuestro destino, la grandeza del centro de San Petersburgo va menguando hasta desaparecer y dejar paso a un barrio anodino, otro más, de canalones roñosos, fachadas descascaradas y asfalto parchado. En una calle como otra cualquiera, se ubica una diminuta tienda de deportes con botas de muestra envueltas en plástico, estanterías carcomidas y maillots para principiantes apelotonados en cajas de cartón. Sobre el mostrador reposan una caja registradora obsoleta y un par de catálogos de productos bajo pedido. Una cortina de lona que pende de un raíl semicircular hace las veces de probador.

De la trastienda sale un hombre de mandíbula prominente. Parece sorprendido, y complacido, de ver a Kolya.

—¡Vova! —saluda mi compañero antes de que ambos la emprendan a golpes con la espalda del otro para demostrar su vigor masculino.

El dependiente responde en ruso.

—Disculpa, Vova. Ella es Suzanne, mi compañera. Suzanne aún no domina nuestro idioma.

—Oh, de acuerdo. Aunque temo que mi inglés tampoco es demasiado bien. —Comparado con Zenya y con Pasha, este hombre podría hacerse pasar por nativo—. Encantado de conocerte. Es un placer recibirte en mi local.

—El placer es mío. Me han llegado muy buenas referencias de ti.

—Si todas son desde Kolya, entonces ya puedes olvidar. —Ríe.

—Que no te engañe, Suzanne. No hay nadie que entienda de patines más que él. Yo no permito que otra persona ponga un dedo sobre los míos.

—Y a eso has venido, ¿me equivoco? Con el tiempo que hace que no pones pies aquí, imagino en qué estado estarán esas cuchillas.

Kolya se apea la mochila amarilla y negra y la deja sobre el mostrador.

—Todos tuyos. Céntralos y equilíbralos también.

Vova me mira.

—¿Tú también necesitas afilado, Suzanne? ¿Hay alguna otra cosa que pueda ofrecer?

—Sí, por favor. Hay otro asunto, pero... es un poco más complicado.

Extraigo mis patines de la bandolera. Nada más sacarlos, la bandera roja y blanca del talón reluce como una luciérnaga en un lodazal. Es imposible no reparar en ella.

—Creo que ya sé... —murmura Vova.

—¿Podrías... arreglarlo de alguna manera? No me gustaría cambiar de botas aún. Son cómodas y las cuido bien. —Por no hablar del gasto extra que supondría.

—Veré qué puedo hacer. —Vova guiña un ojo—. ¿Por qué no echáis vistazo a las novedades mientras yo paso dentro y me ocupo de vuestros pequeñines? Hemos ampliado el surtido desde que tú no vas —le dice a Kolya; entre los dos fluyen décadas de confianza—. Hay incorporaciones interesantes. No tardaré.

—¿Lo conoces desde hace mucho? —no puedo evitar preguntar cuando desaparece en la trastienda tarareando.

—De toda la vida —responde Kolya con la vista perdida en el expositor del frente. En él se exhiben protectores para cuchillas de todos los tamaños, formas, materiales y colores—. Aquí compré mis primeros patines, y desde entonces no voy a otro lugar.

Lo sigo por el pasillo de la ropa térmica. Es tan estrecho que debemos atravesarlo de lado.

—Háblame de tus primeros patines. —Mis cuerdas vocales son más rápidas que mi cerebro, y me maldigo mentalmente por ello—. Disculpa, no me gustaría parecer entrometida...

Durante unos segundos, lo único que se oye es el chirrido metálico de la máquina afiladora de Vova. Kolya toma entre sus manos una bota negra de última generación: material transpirable, ballenas rígidas que permiten una mayor sujeción del tobillo, y formas aerodinámicas para favorecer los desplazamientos.

Se da la vuelta y sigue su camino entre las botas vintage tan de moda. De espaldas, cuando ya estoy convencida de que no va a hablar, tal vez de que ha olvidado mi pregunta, incluso de que me ha olvidado a mí, abre la boca:

—Durante mucho tiempo utilicé patines prestados. Eran de un vecino mayor que yo, y consistían en una suela metálica con dos correas de cuero. Tan solo había que ajustar las hebillas al tamaño de mi zapato. El problema es que mis zapatos siempre eran mucho más pequeños.

Me siento en el banco acolchado donde habitualmente los niños se prueban los patines. Después de un rato, él prosigue:

—Un día, le pedí a mi padre que me comprara unos. Con bota. De mi talla. Solo míos. Él me trajo aquí, y Vova me mostró los patines de segunda mano que tenía disponibles. Sin saberlo, elegí los mejores. Obviamente, también eran los más caros. Los que no podíamos pagar. Mi padre habló con Vova, que me tomó por los hombros y dijo: «Esto es un préstamo. Cuando ganes tu primer trofeo, me lo devolverás».

Toma asiento a mi lado mientras retuerce entre sus dedos un paquete de toallitas limpiacuchillas que ha arrancado de algún estante.

—¿Lo hiciste?

—¿El qué?

—¿Devolviste el préstamo?

Sonríe con una combinación extraordinaria entre añoranza y presunción.

—Sí.

El sonido de la máquina de afilado vuelve a adueñarse del ambiente. Jugueteo con un par de plantillas antideslizantes. De una manera extraña, me siento en deuda con Kolya.

—Empecé a patinar por un capricho —reconozco por primera vez en voz alta, y me arrepiento al instante. Esa confesión no me deja en buen lugar—. Cuando tenía seis años, asistí a una función con mis compañeros del colegio, uno de esos espectáculos para niños sobre pistas de teflón. Me enamoré al instante del brillo de los focos de colores, de las lentejuelas de los maillots, de cómo la velocidad hacía flamear las faldas de las bailarinas. Les supliqué a mis padres que me apuntaran a clases; quería patinar a toda costa.

»Me inscribieron en las sesiones abiertas de un club de Laval, donde vivíamos entonces. Aquella pista de Laval era digna de ver. —Sonrío—. Ni siquiera era regular: tenía un lado más largo que el otro, y uno de los extremos terminaba en curva. El hielo era tan fino que se transparentaban las resistencias por debajo. Al principio creía que eran líneas dibujadas a propósito para emplearlas como guía en los desplazamientos. ¿Te imaginas? —Mi compañero esboza una sonrisa.

»Pero en las sesiones abiertas había demasiada gente. Demasiados niños que iban a pasar el rato, a ocupar el tiempo hasta que sus padres salieran del trabajo; la mayoría tan solo jugaba o berreaba. Y los monitores no se

preocupaban por nosotros, se limitaban a vigilar que no nos hiciéramos daño. Yo necesitaba más. Quería un maillot bonito que se enredase entre mis piernas cuando me desplazase a toda velocidad. Quería un foco para mí sola. Quería llegar no sabía adónde, pero sí más lejos que adonde me llevaban las resistencias de la pista de Laval.

»Un verano, me encerré en mi cuarto durante un mes y juré a mis padres que no saldría hasta que no me permitieran tener mi propio entrenador. Ellos desconfiaban. Ya había hecho lo mismo otras veces: entusiasmarme con algo y, después, dejarlo de lado. «Un entrenador es muy caro, Suzette. ¿Qué ocurrirá cuando te canses?», me decían. «No me voy a cansar», repetía yo, enfurruñada. «Lo mismo dijiste de las acuarelas, ¿te acuerdas? Y de las clases de contrabajo, y del bádminton, y de la natación...». No hubo forma de convencerlos.

—¿Y qué pasó?

—Llegamos a un acuerdo. Si yo lograba ganar una medalla, una sola, incluso entrenando rodeada de niños chillones que solo iban a la pista a perder su tiempo y a hacerme perder el mío, se convencerían de que iba totalmente en serio, contratarían al mejor entrenador y me apoyarían.

—¿Lo hiciste?

—¿El qué?

—¿Ganaste la medalla?

Sonrí con una combinación extraordinaria entre añoranza y presunción.

—Sí.

—Me ha gustado tu historia —sentencia Kolya.

Dentro de un tiempo, no demasiado, menos del que creo ahora, descubriré que esa fue su forma de darme las gracias por compartir con él aquella mañana de sábado.

Dentro de un tiempo aprenderé que Kolya tiende a dar las gracias de las formas más inusitadas.

Dentro de un tiempo.

Vova regresa de la trastienda. Trae con él un par de patines negros recién afilados, centrados y equilibrados, y un par de patines blancos sin bandera de Canadá.

Los dos nos ponemos en pie.

—Esto es todo lo que he podido hacer por el instante —me explica—. El cosido era bastante débil, aunque ahora se nota la marca. Podemos poner parche bonito, pero tardarán más en estar listos, y supongo que necesitas tus patines para entrenar.

Asiento y quedamos en que volveré por aquí. Le pregunto cuánto le debo por sus servicios y él agita las manos.

—Considéralo un regalo de bienvenida.

—¡Qué generoso! —bromea Kolya.

—No te ilusiones. A ti pienso sacarte hasta el último kópek.

Al final, no lo hace. Me sorprende que el negocio siga abierto.

De vuelta a la calle, nos quedamos unos segundos inmóviles. Se han acabado los planes. Se ha agotado el tiempo.

—Lo mejor será que vuelva a casa —digo—. Tengo que estudiar. —Chasqueo la lengua y meneo ante él la bolsa de la librería.

—Casi es la hora de comer. Por aquí cerca hay un sitio donde sirven kebab que no está nada mal. ¿Te apetece? Yo invito.

Dudo un segundo. No hay nada que me apetezca menos que ponerme a estudiar ruso, ni más que un buen bocadillo de cordero embadurnado en salsa de yogur.

—Está bien. Aún es pronto.

Tengo la impresión de haberme encontrado por primera vez con Kolya Tsvetkov en algún momento de las últimas veinticuatro horas.



Al final, como preveía, nada ni nadie logra impedir que Zenya concierte dos sesiones semanales con una profesora de ballet del teatro de la Ópera, así que a nuestra ya apretada agenda, ahora, además, cada lunes y miércoles debemos añadir una carrera hasta la boca de metro tras salir de entrenar, un cambio de ropa a toda prisa en el estudio, una hora intensiva de danza, otro cambio de ropa y una segunda carrera para que me dé tiempo a llegar a mis —improductivas— clases de ruso, antes de desplomarme sobre la cama en estado semicomatoso. Si soy capaz de mantenerme en pie, a veces, al terminar la clase, me quedo charlando con Asia y EX junto a la máquina de café del Instituto Derzhavin. Los tres compartimos anécdotas de nuestra vida en Rusia; Asia se queja del férreo

control al que la someten sus suegros; EX nos cuenta batallitas de sus viajes, y siempre nos prometemos que la próxima vez lo repetiremos como se debe: sentados a la mesa de una cafetería, sin mirar el reloj.

La parte positiva es que las clases de ballet me proporcionan recursos nuevos, me permiten explorar más a fondo mis aptitudes interpretativas y me aportan una dosis extra de confianza respecto a mi expresión corporal. Nuestra profesora, aunque estricta y temperamental en la técnica, innova en cada sesión con una propuesta diferente, desde la danza clásica hasta el funky, pasando por el Contact Improvisation, el lindy hop y el flamenco.

Kolya y yo avanzamos al ralentí. Ahora que conozco sus problemas físicos y que la relación con él ha mejorado, no quiero presionar demasiado y que todo vuelva a saltar por los aires, pero a diario salgo de Yubileyny con la sensación de que nunca estaremos listos para debutar. Seguimos trabajando duro en las elevaciones estáticas, en mejorar nuestra velocidad conjunta, nuestra sincronía y los saltos paralelos, pero cuando el pesimismo me arrastra a sus fauces, pienso que la rodilla de Kolya es un hándicap que jamás conseguiremos superar. No obstante, mi orgullo aprieta la soga con más fuerza.

El último jueves de febrero, aprovechando que no tengo sesión de ballet ni clase de ruso, me doy un baño largo y ceno temprano. Tomo un sándwich ligero —con todos los nutrientes necesarios— en la intimidad de mi cuarto. Kolya salió poco después de volver de la pista, como acostumbra, así que estoy sola en el piso. Sin embargo, mi refugio siguen siendo estas cuatro paredes, una de las cuales está decorada al fin con mis fotos y no con el skyline de Minneapolis.

Con el estómago lleno, cuando ya no hay opción a una remesa de vareniki recalentados, bajo a la cuarta planta y llamo a la puerta de Zenya, que me invita a entrar con alegría.

—¿Tú cenaste? ¿Yo preparo algo? Puedo hacer rápido vareniki...

—¡No! Ya he cenado, Zenya. Muchas gracias.

—¿Té, entonces?

—Sí, gracias.

Me hace pasar al salón. Mientras pone a calentar el samovar, tantea mi estado anímico.

—Hace mucho que tú no visitas a mí. —Extrae de la alacena un par de

tazas de porcelana con su correspondiente platillo y las ordena sobre una bandeja donde ya ha dispuesto el azucarero, las cucharillas y un tarro de confitura de frambuesa—. Casi no vemos tú y yo.

—Pero si nos vemos todos los días. —Río.

—Yo sé, yo sé... Pero cuando tú vivías aquí, conmigo, yo podía saber cómo estabas tú. Mirada tuya gritaba —confiesa—. Ahora adivinanza más difícil.

—Estoy bien, Zenya —respondo conmovida—. Aunque un poco preocupada.

Ella traga saliva y asiente despacio.

—Yo sé. Kolya.

—Sí. Bueno, no solo él. Los dos.

—Kolya siempre preocupa a gente. Virtud suya, ¿sí?

Vuelvo a sonreír, aunque en esta ocasión con la boca pequeña.

—Aquel día, cuando comimos en Severyanin, prometiste que me contarías cómo comenzasteis a trabajar juntos...

El samovar reclama atención justo en este momento. Zenya recoge la bandeja, abandona apresurada el salón y vuelve al cabo de un momento con las tazas rezumando vapor.

En silencio, hago naufragar un terrón de azúcar en la mía. Se hunde con un chapoteo. La cucharilla de Zenya remueve a conciencia la mermelada que ha caído hasta el fondo de la suya.

—¿Qué pasa con su rodilla? —suelto a bocajarro.

El rostro de mi entrenadora se descompone en una palidez fantasmal. Se rehace enseguida al llegar a la única conclusión posible.

—¿Él... cuenta eso a ti? —Parece aliviada.

—Me la ha enseñado.

Zenya respira. Ruidosamente. Respira tan hondo que los niveles de oxígeno en la sala de estar descienden de forma drástica. Respira tan hondo que podría perturbar las mareas del golfo de Finlandia.

—¿Qué necesitas saber tú?

—Todo. He visto un vídeo, y Kolya me explicó algunas cosas. Pero en realidad... no sé nada. Y tengo que saberlo, Zenya. Cómo ocurrió. Por qué. Cómo demonios os las habéis ingeniado para ocultarlo durante todo este tiempo. Y sobre todo, qué va a pasar con nosotros. En qué lugar me deja a

mí esa rodilla.

—Historia... larga de contar.

La veo acercarse con sutileza al freno de mano, así que piso el acelerador antes de darle la oportunidad de desentenderse.

—Todo, Zenya.

Hunde los hombros bajo el peso de toneladas de pretéritos que nos amenazan a ambas y sé que acaba de firmar su capitulación.

—Yo conozco Kolya cuando él niño. Catorce años. Yo había retirado ya; cansada de lesiones y dolor. Cuerpo mío había cruzado límites, ¿sí? Ellos explotaron a mí desde que nací, y luego cuerpo mío ya no pudo más.

—¿Ellos?

—Padres míos. Madre mía, patinadora y entrenadora. Padre mío, defensa en equipo de hockey. Y yo, en hielo. Siempre en hielo.

Asiento y dejo que prosiga sin interrupciones.

—Al principio yo perdida. Sin objetivo por primera vez en vida mía, ¿imaginas? Yo vuelvo a Piter. Pero aburrida. No quería entrenar; entrenar para débiles y fracasados. No para mí. Tampoco necesitaba trabajo: familia mía, bien. Economía, bien. Un día, yo asisto como madrina a trofeo local. Solo posar para foto, dar medalla y marchar a casa. Fácil, ¿sí? Pero yo veo Kolya por primera vez. Y yo quedo así —abre mucho la boca— con él.

—¿Ganó?

—Ñet. Penúltimo. Pero potencial enorme. Enorme, Suzanne. Potencial como yo nunca vi. Pero si nadie impedía, él iba abrir crisma contra hielo. ¡Todo errores de ejecución en él! Patinaba como kamikaze. Al terminar programa, yo acerco a él y pregunto por entrenador suyo. No tenía. Aprendió patinar solo. Con patines prestados; patines de correas, ¿tú imaginas? En invierno, padre suyo llevaba en domingo a patinar a río Neva, cuando río congelado. Antes de que alcalde contratara rompehielos —apostilla con voz gruñona.

»Aprendió saltar solo. Girar solo. Padre suyo sabía algo, y ayudó en primeros pasos, pero resto fue intuición. Innato. Yo no podía creer. Tú tenías que ver a él, Suzanne. Cuando yo conocí, él hacía dobles perfectos y nadie enseñó. Pero él no sabía cuidarse. Ese fue error suyo. No disciplina ni rutina de entrenamiento. Calentaba mal, él no estiraba. Forzaba aterrizajes. Él corría peligro. ¡Terminaría lisiado! Él sufriría mucho dolor,

muy. Yo conocía dolor. Y yo no quería dolor así para niño que pagaba inscripción a torneo con dinero que ganaba limpiando retretes en estaciones. —Ante mi respingo, aclara—: Años muy duros para Unión. Malnacido de Gorbachov llevó a ruina.

»Llegamos acuerdo. Yo entreno a él. Kolya no podía pagar honorarios, así que trabajaba conmigo fuera de horas de entrenamiento. Él hizo recados, ayudó a mí... Ofrecí servicio a más clientes. Buen nombre mío en patinaje podía labrar buena reputación como entrenadora. Kolya ayudaba a mí como asistente cuando él no entrenaba. Con paso de años, carrera suya fue éxito, y yo centro en él. Kolya absorbe todo. Otra virtud. —Sonríe—. Él tenía... muchas necesidades. Él necesitaba más que entrenadora unas horas por día. Necesitaba persona que hiciera cargo de él, y yo acepté con gusto. Luego llegó caída, llegó lesión, y supe que yo nunca volvería entrenar nadie más.

Zenya se pone de pie. Se dirige al aparador que hay junto al televisor, parece decidida a buscar algo en él, pero ni siquiera llega a abrir la puerta. Tan solo clava la mirada en la manecilla y me ofrece una visión sesgada de su perfil.

—¿Por qué? —indago, y me siento estúpida por formular una pregunta cuya respuesta es tan evidente.

—Porque yo debo a él —dice sin volver el rostro—. Yo hice entrenadora para que él no corriese peligro. Yo solo quería evitar dolor suyo. Y no conseguí. Aquello que más miedo daba a mí, no pude detener.

—¿Puedes contarme lo que ocurrió?

Inspira hondo y recupera su asiento frente a mí. No obstante, su mirada está a kilómetros de aquí.

Está en Sochi, hace tres años.

—Antes de Juegos Olímpicos, Kolya tiempo largo con dolor. Tiempo con problemas en rodilla. «Esto no va bien, Zenya, nada bien», decía, y cara suya tan asustada asustaba a mí. Hicieron pruebas a él. Ligamento anterior atrofiado por inflamación, otra inflamación, otra... Culpa de años entrenando solo, sin saber. Tarde ya para arreglar. —Una película cada vez más gruesa de lágrimas sin derramar se parapeta en el linde de sus ojos—. Imprescindible operar, pero Juegos en menos de mes y medio... No da tiempo.

»Día antes de programa libre, él no podía salir de cama. Mucho dolor, muy. Yo pido a él que retire. No podía patinar. Rodilla suya como globo, así. —Describe el tamaño con las manos—. Aullaba de dolor solo con tocar piel. Yo ruego a él que retire. Habría otros Juegos, otros campeonatos. Médico pinchó relajantes, antiinflamatorios, analgésicos... Kolya drogado. Pero ninguno hizo efecto. Yo suplico a él que retire.

»No hizo caso. Él salió a pista a entrenar. Cayó. Rompió ligamento. Todo terminó. Y ni entonces él rindió. Dolor insoportable, él casi no podía caminar, pero llamó taxi para no levantar sospecha con ambulancia. De camino a hospital, agarró mano mía y pidió que nadie debía enterar. «Por favor, Zenya. Por favor. Vida mía no puede acabar aquí, no puede acabar así. Moriré, Zenya. Moriré». Yo nunca vi llorar a Kolya hasta aquel día. Y creí a él. Creí que decía verdad: iba morir. Y yo aterrada. Hablé con Pasha y supliqué a él que ayudara.

—Pero ¿por qué ocultarlo a toda costa?

—Quince días antes de Juegos, Kolya firmó contrato con marca de ropa. Ese contrato cosa seria: millones de rublos para él, oportunidad de oro. Pero cláusula ahí: él juraba no tener lesión en momento de firma. Él alteró resultados de pruebas médicas para que no descubrieran problemas en rodilla suya. Mintió. Cuando rompió ligamento, si marca descubre lesión, puede investigar origen. Marca puede denunciar y Kolya iría juicio. Quedaría en ruina, escándalo mancharía siempre.

»Pasha reunió de urgencia a federación. Federación rusa cansada de escándalos de dopaje, de compra de jueces... Tú sabes. —Sí, sé. En los últimos veinte años, la federación rusa no ha dejado de estar en el ojo del huracán—. No quiere escándalo más. Atleta ruso en juicio con marca internacional, ¿imaginas a periodistas con noticia? Así que federación soborna médicos y todos callamos. Creímos que poco tiempo. Operación bastaría. Pero normalidad nunca regresó.

—¿Qué pasó después?

—Primera operación fue desastre. Cirujano mucho malo, muy. Hizo falta operar de nuevo, pero resultado no fue esperado. Otra operación más. Y mientras tanto, rodilla genera adjer... adjir..., ¿cómo dices tú?

—¿Adherencias?

—Sí. A-di-ren-cias en rodilla de Kolya... Cirujano dice que fibras suyas

así de gordas —repite el gesto— y que busque otro médico, que él no opera más. Kolya ya no quería operar más, pero yo busco cirujano bueno, busco fisioterapeuta bueno para él, y convengo para volver operar y limpiar articulación. Total: seis operaciones, Suzanne. Seis. Para cuando dan alta a él, Kolya ya no es Kolya, yo no reconozco. Y entonces, empieza parte dura: rehabilitación.

La animo a seguir con un asentimiento de cabeza.

—Él primero hace rehabilitación para recuperar movilidad. Muy doloroso, pero consigue. Fuerte Kolya, ¿sí? Fuerte y testarudo. —Sonríe—. Él recupera movilidad completa. Feliz cuando camina sin muleta y no cojea. Feliz él, feliz yo. ¡Todo solucionado!

—Pero no.

—No. Caminar, bien, pero ¿competir? Cosas distintas. Él hace más rehabilitación para estar a nivel de antes. Pero necesita tiempo, mucho, y paciencia, mucha, y Kolya no tiene tiempo ni paciencia: nueva temporada empieza ya y él no puede engañar más a nadie: a periodistas, a patrocinadores. Escaquea de mundial, pero ya no más excusas. Marca de ropa hace presión: él firmó contrato, él tiene que patinar. Así que vuelve a hielo pronto, demasiado pronto. Y él no está a nivel de antes... —Menea la cabeza.

—Empieza a fallar.

Asiente.

—Todo notas malas para él. Catástrofe. Poco a poco perdió esperanzas. Abandonó rehabilitación, empezó faltar entrenamientos... En cada competición él hundía más y más. Quería subir y bajaba. Bajaba tan rápido como subió. Mal comportamiento, ¿sí? Problemas con otros patinadores. Para entonces, marca de ropa mucho descontenta con imagen de Kolya: ellos rompen contrato. Federación mucho enfadada: ellos ayudaron a él, hicieron trampa por él, sobornaron por él. Ellos dan ultimátum, pero Kolya nunca cumplió. Así que bloquean temporada suya. Impiden competir. Ahí llegó... —su pausa viene acompañada de un tenue sonrojo — vodka. Y después, carta tuya. Patinar en pareja menos exigente para cuerpo de Kolya que patinar solo. Yo veo luz. —Devuelve la taza y el platillo a la bandeja y, de ese modo, sé que da por finalizado su discurso.

—¿Y qué esperanzas hay de que vuelva a estar al cien por cien?

—Todas. —Su semblante se ilumina—. Él no escucha a mí, pero yo consulto con traumatólogo. Si Kolya no deja rehabilitación, él recuperado por completo. Pero prisa suya, amargura suya... Cuádriceps necesita fortalecer más que para caminar, ¿sí? Pero puede lograr. Kolya puede ser igual que antes de lesión. Yo intento convencer a él de ver médico, de pagar fisioterapeuta mejor de óblast. Pero él no quiere escuchar a mí...

—Ya —digo, más para mí que para ella—. El problema no está en su rodilla. Está en su cabeza.

Nota para mi biógrafo: ese fue el día en que la imagen que hasta entonces me había forjado de Kolya Tsvetkov se hizo definitivamente añicos. Como el Neva alrededor de las Columnas Rostrales tras el paso del rompehielos.

Las dos guardamos silencio durante un tiempo indefinido, que podrían ser un par de minutos o varios lustros. Miro a través de la ventana las luces rabiosas de Divenskaya, símbolo del insensato derroche de petróleo de todo un país contra su propia y persistente oscuridad. Soy consciente de que si en este momento le explico a Zenya que he cambiado de opinión, que voy a subir al piso de arriba, preparar mi equipaje, tomar un vuelo a Montreal y perder para siempre de vista las luces de Divenskaya, no se opondrá.

Sin embargo, vivo en un mundo, el del deporte, donde de nada sirve lanzarse reproches ni cazar culpables cuando las cosas no marchan como a uno le gustaría. Tan solo hay una salida: mirar al frente y buscar una solución. Aunque, en ocasiones, no haya ninguna. Aunque, en ocasiones, la única posible sea la más complicada de todas.

Exactamente igual que cuando un ligamento se rompe.

—Tenemos mucho trabajo —comento de forma ambigua.

CAPÍTULO XVIII

El 10 de marzo transcurre con normalidad, y eso es lo único a lo que aspiro.

Tras unos días de tregua meteorológica, en los que incluso alcanzamos grados positivos y veo bloques enteros de nieve derretirse bajo los rayos apocados que se filtran entre nubes gomosas, me despierto con el golpeteo de la lluvia en la ventana, pero no me importa. Incluso lo prefiero.

Nada más levantarme, bloqueo mis dos móviles, el canadiense y el que Zenya me convenció de comprar en una tienda de segunda mano para estar más comunicada dentro de Rusia. No sé con quién, si aquí no conozco a casi nadie y ella ni siquiera tiene móvil. La cuestión es que le hice caso y, con el dinero que me sobró del último giro de mis padres, di de alta uno de esos números interminables de tres prefijos y siete dígitos. Y hoy, ambos llevan apagados desde el amanecer.

Hay pruebas difíciles de superar y otras a las que, simplemente, no merece la pena que nos enfrentemos, porque tenemos las de perder.

Me aseo a toda prisa, me visto a toda prisa y salgo a toda prisa. Kolya, como ya es habitual en él, todavía no se ha levantado, ni piensa hacerlo hasta que no se asegure de que llegará a Yubileyny con la lengua fuera. En el salón dejo una nota advirtiéndole que ya me he marchado y pidiéndole que no me espere. Tampoco creo que tuviese intención de hacerlo; hasta ahora, los dos hemos seguido un acuerdo tácito de no salir juntos de casa ni regresar juntos a ella. Sin embargo, yo no puedo evitar escribir notitas avisando de mis movimientos para no perder los buenos modos.

La de hoy la deposito junto al jarrón de tulipanes anaranjados que nos regaló hace dos días a Zenya y a mí para conmemorar, como es tradición aquí, el día de la mujer, aunque en mi caso sé que lo hizo por mero compromiso. En dos meses he aprendido que a los rusos no les hacen falta excusas para regalar flores: lo hacen por el día de la mujer, por el aniversario, por la onomástica, por la fiesta de la patria, cuando comienza el curso, cuando termina el curso, cuando apruebas el curso, en una ocasión especial, por Pascua, en las visitas de cortesía y ante cualquier

festividad del calendario, que tampoco escasean.

Llamo a la puerta de Zenya y, ella sí, ya está lista para emprender el camino hasta Yubileyny. No deja de despotricar de la lluvia escaleras abajo, así que no albergo dudas de que hoy nos moveremos en taxi sin licencia.

Cuando al fin Kolya se une a nosotras —al filo de la impuntualidad, como era de esperar—, acudimos a la sala de calentamiento de inmediato. Como todos los viernes, dedicaremos un rato al final de la jornada a analizar los vídeos de nuestros ensayos, y además hoy está prevista una sesión intensiva en el gimnasio para mejorar nuestra resistencia, por lo que el día se presenta completo y extenuante.

En los últimos tiempos he descubierto que, mal que le pese a Kolya, y a pesar de su empeño en ducharse en casa para que nadie pueda ver su rodilla, en Yubileyny prácticamente todos están al tanto de la lesión. El primero es Grisha, claro, que desde el principio ha estado adaptando todos los ejercicios a su condición.

—Hoy te toca hacer hombros —le dice tajante en cuanto entramos—. Supongo que no querrás que esta señorita se te caiga cuando la aúpes.

Kolya arruga la nariz.

La señorita no pone la mano en el fuego por ello.

Los entrenos se desarrollan en una calma tensa. Durante las dos pasadas semanas, mi compañero ha hecho gala de un humor cambiante. Todos mis intentos de tratar el asunto de su rodilla, con el fin de persuadirlo de visitar mañana al traumatólogo para el que Zenya, unilateralmente, ha decidido pedir cita, caen en saco roto. Si tengo suerte, algunas veces, se limita a girar la cabeza y desviar el tema. Si no, las que más, se va —de la sala de estar, de la cocina, de la casa— y me deja con la palabra en la boca. Las flores del 8 de marzo firmaron una especie de armisticio entre nosotros: desde entonces no hemos vuelto a hablar de ello, pero el tiempo se echa encima y él no cede ni yo me rindo.

A las siete de la tarde, contenta porque el día toca a su fin y yo he logrado sortear todos los espinos de su alambrada, me encamino al Instituto Derzhavin, donde Connard nos ameniza la hora con la magia de las declinaciones.

—Este maldito idioma va a acabar conmigo —lloriquea Asia al salir.

—Mira el lado positivo. —EX se cuelga su mochila, llena de chapas y parches, al hombro—. Cuando hayas muerto, no tendrás que hablarlo.

Asia lo golpea con su ejemplar de Shkatulochka en la cabeza.

—¿Y a ti qué te pasa?

Tardo en percatarme de que no se dirige a EX.

—¿A mí?

—Sí, a ti. Te noto triste. Te entiendo; yo también tengo ganas de llorar al pensar en todo lo que hay que estudiar este fin de semana, pero no es solo por eso, ¿me equivoco?

Me maravilla su perspicacia. O tal vez soy más transparente de lo que creía.

—Solo me encuentro cansada. Ha sido un día duro en los entrenamientos.

No miento. Tengo cardenales en las caderas, producidos por las toscas recogidas de Kolya en el twist, que corroboran mi testimonio. Sin embargo, no es ese el origen de mi dolor. Al menos, no el único.

Asia sigue mirándome de forma sospechosa.

—Me parece que esta es la tarde perfecta para inaugurar esas sesiones de terapia frente a un café. ¿Qué dices, EX? ¿Te apuntas?

—Lo siento, ya tengo planes. Pero la próxima vez contad conmigo.

La mirada oscura de Asia chisporrotea.

—¿Alguna chica? ¿O chico? ¿O los dos?

—Gran danés, más bien. —Rompe a reír ante el gesto de desconcierto de nuestra compañera—. Me han encargado que pasee al pequeño Toby. Pero la noche es joven. Quién sabe qué pasará después de que Toby regrese a su caseta...

—Espero que el lunes nos cuentes todos los detalles. Mi espíritu tropical agradecerá un poco de acción, aunque sea en la vida de otros...

—No lo dudes.

Se despide de nosotras y desaparece tras la esquina; las borlas de su pañuelo palestino ondean con el viento húmedo, el mismo que nos acompaña a Asia y a mí hasta una cafetería que nos pille de camino a ambas, y que resulta ser una franquicia. La verdad es que me vale cualquiera. No puedo imaginar una manera mejor de rematar este día que charlando en francés al calor de una taza extragrande de cappuccino con

virutas de chocolate.

Asia tampoco parece tener prisa por volver a su casa.

—Me he pedido un latte macchiato, una porción de tarta de zanahoria, una rosquilla y un muffin —explica mientras abre hueco en la mesa para su repleta bandeja. Desenrolla la bufanda de colores que cuelga de su cuello y recoge su frondosa melena sobre un hombro—. La camarera ha debido de pensar que soy una africana sin papeles y con hambre, pero así tendré excusa para no cenar la repugnante sopa de remolacha de mi suegra por una noche.

Lo lamento por Asia, pero me consuela saber que no soy la única expatriada que parece necesitar una amiga.

—Seguro que no es tan mala —intercedo.

—¿Mi suegra o la sopa?

No puedo contener una risita.

—La sopa.

—No, tienes razón. La sopa no es tan mala. Mi suegra es peor. ¿Sabes qué hizo ayer? Le dijo a una amiga de la familia que yo era una refugiada. Una obra de caridad de la iglesia. No tuvo el valor de presentarme como la esposa de su hijo.

—Asia, eso es muy cruel. Y muy injusto. ¿Se lo has dicho a Ivan?

—No. —Su mirada se entristece—. Está muy ocupado con el trabajo. Cuando llega, es tardísimo, y yo no quiero molestarlo con las tonterías que suceden en casa mientras él no está.

—Tu felicidad no es una tontería.

—Por supuesto que no, pero soy... soy feliz. En serio. Quizá esta no es la luna de miel permanente que esperaba cuando me casé y me trasladé aquí, pero... ¿qué matrimonio lo es? Además, se trata de una solución provisional. Mi mudanza fue tan repentina que no dio tiempo a que buscáramos casa propia, pero Ivan me ha prometido que lo haremos en cuanto se desocupe un poco. Si todo va bien, antes de mayo estaremos durmiendo en nuestro hogar, y no amontonados con sus padres y su hermano pequeño.

Asia vive en una casa comunal, una de las muchas huellas de la era soviética que aún persisten en un país con pocas ganas de avanzar y muchas reticencias. El hecho de que nosotras nos hallemos ahora mismo

en un Starbucks no significa nada: la Unión, el cierre de fronteras y el sistema anterior a 1991 aún están muy presentes en la memoria y en el corazón de la mayoría de sus habitantes.

La casa en la que reside Asia es un piso de cuatro habitaciones, un baño, una cocina y una sala de estar demasiado pequeña para las doce personas que se arraciman por núcleos familiares en los dormitorios, donde prácticamente hacen toda su vida: comer, dormir, estudiar, recibir a las visitas... El uso de las zonas comunes sigue unas normas tan estrictas como las de un campamento militar, y todos los vecinos conocen a la perfección cuál es su sitio y cómo deben comportarse.

El día que Asia me relató las condiciones en las que vivía, casi no pude creerlo. A día de hoy, aún me parece imposible algo así en esta ciudad de pan de oro, mosaicos de ámbar y palacios subterráneos. Pero supongo que no es más que una de las múltiples sorpresas que esconde en su interior, como un huevo de Fabergé podrido por dentro.

—Seguro que sí —vaticino—. Os merecéis disfrutar el uno del otro.

Una sonrisa de mariposas de colores tironea de las comisuras de sus labios.

—Es lo que más deseo desde que llegué aquí —ratifica, soñadora—. Pero ya hemos hablado demasiado de mí. ¿Qué hay de ti? —Empuja en mi dirección la tarta; a pesar de que mi estómago ruge de hambre y de que tiene una pinta deliciosa, rechazo su ofrecimiento.

Hoy no quiero tarta. Tarta, hoy, es lo último que quiero.

—Nada especial. Tan solo... echo de menos tantas cosas que a veces siento que me alimento de nostalgia.

—Te entiendo. Yo tengo la impresión de que este país es como un examen que no lograré aprobar jamás. —No podría haberlo definido mejor—. Pero recuerda que estamos aquí para algo bueno. Que hemos venido porque así lo quisimos.

Es cierto. Estoy aquí para cumplir mis sueños. Y sin embargo, eso no lo hace ni remotamente más fácil.

Los últimos coletazos de la tarde se me pasan en un suspiro. Cuando llega el momento de decirnos adiós, ya son más de las diez, así que troto por las escaleras del metro de Vladimírskaya y me dejo absorber por el soplo ardiente de la calefacción del subsuelo antes de que cierre sus

puertas. Al menos a este 10 de marzo le he cercenado ya veintidós horas. Solo me aguardan ciento veinte minutos de pulso contra el tiempo.



Antes de encerrarme en mi cuarto a contemplar cómo expiran los minutos en el reloj, toco a la puerta de Zenya y llevo a cabo mi buena obra del día.

—Pozhaluysta, vykluchite vse mobilné telefóny⁸ —artículo con dificultad en cuanto aparece en el umbral, ya en pijama y bata.

Palmea como una niña feliz y me responde educadamente en un ruso exagerado e inteligible para mí. Cuando se embala y trata de continuar la charla con frases más elaboradas, me veo obligada a pararle los pies.

—Lo siento, Zenya, solo he aprendido eso.

Y gracias.

Quedamos en practicar conversación en nuestros ratos libres (bueno, en chapurrear yo y corregirme ella), y me despido sin llegar a pasar a su apartamento. Está cansada; yo también. Es tarde; hablando con Asia se me echó la noche encima.

Subo las escaleras de relativo buen humor, pero nada más poner un pie en la quinta planta, intuyo algo raro. El felpudo está torcido y la puerta, entornada.

Zenya no me avisó de que Kolya ya estaba en casa, y sería raro en él andar por aquí a estas horas, así que mi primer pensamiento lúcido —o no tanto— tiene como protagonista a la mafia rusa, contra la que una pobre y confiada canadiense como yo no alberga la menor posibilidad.

—¿Kolya? —Mi voz sale en un susurro desgastado.

Espero que se trate de él. Todas mis células ruegan que así sea.

Es él. Pero al verlo desmadejado sobre el sofá, la mesa de centro patas arriba, rodeado por el mismo número de botellas que de cojines color calabaza, vestido con un chándal de andar por casa que chorrea lamparones de alcohol destilado, empiezo a pensar que tal vez la mafia rusa hubiese sido más fácil de manejar.

Mi instinto me grita que continúe hasta el dormitorio como si no hubiera visto nada, pero la samaritana que habita en mí no puede evitar socorrerlo en cuanto se pone en pie y se tambalea al intentar devolverle a la mesa cierta dignidad.

Enfoca la mirada en mi rostro. Tengo la impresión de que no se había percatado de mi presencia hasta ahora.

—¿Qué horas de llegar son estas? —me recrimina, o eso alcanzo a interpretar, en una mezcla ridícula entre gruñido autoritario y graznido de corral—. Si quieres triunfar en el patinaje, deberás mostrar más disciplina —concluye con una voz tan arrastrada como sus extremidades.

Es el colmo. Él es el puto colmo. Y yo, en realidad, solo soy tres cuartas partes canadiense, y todas ellas saben maldecir en tres lenguas diferentes (quizá cuatro en un futuro no muy lejano, si Connard pone de su parte).

Suelto su cuerpo de súbito y no me importa que se desplome. Es más, creo que lo empujo un poquito.

—¡Tabarnac⁹! ¡Que te jodan!

Trata de recomponerse tan rápido, pestañea a tanta velocidad, que me mareo incluso yo.

—Puedes tragarte tu lástima por tu preciosa boquita canadiense.

—¿Lástima? Puede que sienta lástima por tu rodilla. Por tu hígado, si me apuras. Pero no por ti. Tú no me inspiras nada que se le parezca. No creo que seas capaz de inspirar nada bueno en nadie.

Me mira sin verme y después, en un alarde de bravuconería, se pone en movimiento. Trastabilla en dirección a... quién sabe adónde. Vaga por el salón con la estabilidad de una muñeca de trapo, tropezando con los muebles, tropezando con la caja de arena de Sashenka, tropezando con Sashenka misma, que maúlla y corre a esconderse.

—Lárgate a Canadá y déjame en paz de una puta vez —rebufa en el trayecto.

—De acuerdo. Mañana mismo.

Clava en mí dos córneas vidriosas, encarnadas.

—Hablo en serio.

—Yo también. —Y nunca sabrá hasta qué punto—. Créeme, no hay nada en el mundo que desee más que coger esa maleta y despejarte el terreno para que puedas emborracharte a gusto.

—Te crees muy importante porque tienes dos rodillas sanas, ¿verdad? —divaga con voz gelatinosa—. Te crees mejor que yo. La promesa dorada de Montreal haciendo una obra de caridad con el pobre ruso lisiado. La promesa dorada de Montreal... —Escupe veneno a carcajadas—. Mira

cómo ha acabado.

Mentiría si dijera que no duele. Escuece. Abrasa. Pero sé cómo contraatacar.

En dos zancadas, me planto en la cocina. Abro armarios sin ton ni son hasta dar con las joyas de la corona: Tsars, Eristoff, Moskovskaya, Zivenko, Stolichnaya. Destapo la primera de las botellas y observo con una satisfacción perversa cómo su contenido se va por el desagüe.

—¿Qué haces? ¡¿Qué cojones haces?! ¡No! ¡Estúpida súka¹⁰! ¡NO!

Sigue lanzando improperios que yo no escucho, concentrada en no dejar ni una gota. Corre hacia mí con intención de detener el fusilamiento, pero su deplorable estado físico le complica la tarea. Me alcanza más o menos a la mitad de un Stoli etiqueta azul de cuádruple destilación.

Forcejea conmigo por la integridad de la botella, alternando los gritos en ruso y en inglés, pero lo único que logra es desestabilizarse más. Antes de que él o yo podamos evitarlo, vomita en el mismo fregadero por el que, en los últimos minutos, se han diluido tres de los mejores vodkas de su reserva especial. Un nudo se instala en mi pecho al verlo convulsionar apoyado en la encimera. Mi crueldad no llega tan lejos; dejo la botella a un lado y me inclino sobre Kolya. Sostengo su frente con mis dedos; está helada, como todo en este país.

Los estertores se prolongan al menos diez minutos más, durante los cuales no me aparto. El sudor de su cuero cabelludo, frío, se mezcla con el temblor de mis manos, gélidas. Cuando los espasmos comienzan a espaciarse y sus mejillas, apergaminadas e hincadas aún sobre la pila, parecen recobrar parte del color, lo ayudo a incorporarse y lo acompaño a su habitación. Hago malabarismos con su cuerpo derrengado y las sábanas para meterlo en la cama. Con los ojos cerrados, deja caer la cabeza como un peso muerto sobre la almohada y estira las piernas encima del colchón. Agoto mi cuota de altruismo del día desabrochándole los zapatos y arrojándolo con el cobertor. Apago la luz.

No he llegado a la puerta cuando oigo su voz enquistada desde el fondo de la caverna.

—Spasibo¹¹.

El sonido rebota. En las paredes, en mis tímpanos. No me detengo. Tampoco me molesto en aclararle que conozco lo suficiente su idioma

como para saber lo que significa.



El grifo de la bañera borbota hasta que la tina se llena a la mitad. Atranco la puerta desde dentro. Me quito la ropa (siento que han pasado siglos desde que me la puse esta mañana) y meto los pies en el agua ardiendo. No solo no me hace daño, sino que puedo sentir cómo se enfría ante mi contacto.

Sumergida hasta la cintura, recuerdo y me rompo. Mis lágrimas revientan de pronto, igual que un cartucho de metralla. Abro el grifo de nuevo para ahogar el eco de mi llanto, que se funde con el vaho.

En mi memoria se atropellan todos los recuerdos que me han conducido hasta aquí.

La mugre.

La primera vez que me presenté al test Preliminary. Un desequilibrio en uno de los giros me hizo dar con el culo en el hielo. Fue tan inesperado, me quedé tan sorprendida, que no fui capaz de ponerme en pie. Despatarrada, me eché a llorar, y tuvo que venir uno de los jueces a consolarme. Se apiadó de mí y me permitió repetir la secuencia final. Suspendí igualmente.

Todas y cada una de las tardes haciendo los deberes del colegio a toda prisa en el coche, en el trayecto hasta la pista, o en los ratos libres mientras circulaba la Zamboni. Las regañinas de la profesora por mi desastrosa caligrafía.

Aquella competición local a los ocho años. En el sorteo me tocó salir la última y me quedé dormida en el vestuario, con los patines puestos, aguardando mi turno.

El campamento de verano con Tom en Ontario. Me perdí el baile de fin de curso por asistir, y luego resultó que Tom se lesionó el primer día y pasamos la semana entera sin hacer nada útil.

La Navidad de 2013. Nada de guirnaldas rojas, regalos a medianoche ni pastel de cerdo y pudin. Solo entrenos, entrenos, entrenos, porque los nacionales arrancaban el 9 de enero y a Gilles se le metió en la cabeza que el programa corto, tal y como lo habíamos montado, no funcionaría.

El primer beso con mi novio del instituto, a escondidas en la puerta

trasera de la arena René-Masson, aprovechando una distracción de mi preparador físico. Frente a esa misma puerta, solo un mes y medio después, me dijo que se había cansado de no verme más que un rato los domingos y que quería una chica con la que mantener una relación normal, de personas normales, haciendo planes normales.

Pero también el brillo.

Aquel torneo en el que subí al pódium contra todo pronóstico; el cumpleaños de papa que me perdí por estar recibiendo una medalla de oro en Kingston; mi primer traje de lentejuelas; el test Prebronce, que aprobé a la primera y con nota. La mirada de Caroline y Stephen, mis mentores, el día en que me despedí de la pista de Laval para buscar una oportunidad mejor y ellos me aseguraron que la encontraría. Y que entonces triunfaría.

«Es una locura. ¿Y si no sale bien?», fueron las palabras de mi madre el día en que mi padre mencionó por primera vez la posibilidad de conseguir un segundo empleo y de mudarnos al centro de Montreal, cuando el hobby de su única hija empezó a ponerse serio. Realmente serio. Ahorraríamos en gasolina, y yo podría dedicar a entrenar cada minuto libre antes y después de las clases.

«Si confías en mí, te prometo que saldrá bien, maman», le respondió la Suzanne de trece años, con confianza ciega en un futuro que se derrumbó apenas seis años después, en el borde de la línea de meta.

Cuando me quiero dar cuenta, el agua alcanza ya el saliente de metal de la bañera. Cierro el grifo y, entumecida, salgo dejando tras de mí una estela de gotas turbias. Antes de buscar refugio en la toalla, contemplo en el espejo del baño mi cuerpo desnudo; no hay rastro en él de terciopelo, organza ni lentejuelas. Soy solo yo. Una cosa insignificante.

Cuando alcances la gloria y escriban tus memorias, le dedicarán un capítulo entero a este día. El día en que tocaste fondo. El día en que Suzanne Boucher estuvo a punto de morir en la bañera ahogada por sus propias lágrimas.

De regreso a mi habitación —pelo seco, pijama puesto—, enciendo mi ordenador portátil y me tumbo en la cama con él encima. Solo se me ocurre una forma de terminar el 10 de marzo, así que rebusco entre los DVD que me enviaron mis padres y abro la carátula. En esas estoy cuando la melodía hipnótica de Skype me sobresalta. Mentiría si dijera que me

sorprende. Mentiría si dijera que no he esperado oír ese sonido desde primera hora del día.

Es maman.

Pulso la tecla de «Contestar con vídeo».

—¡Hola, maman! —saludo a la fotografía de mi madre, asomada a un mirador en Cape Breton, que mi padre le tomó en un día festivo hace dos veranos. La imagen del vídeo tarda en cargar. Cuando al final aparece en pantalla el salón de mi casa, me quedo de una pieza.

—¡Feliz cumpleaños, cariño! —Es mi madre la que habla, pero son ocho las bocas que sonrían tras ella: la de mi padre, la de Sheila, la de Alexia, la de Josephine, la de Albert, la de Gilles, la de Lisa y la mellada de Melanie. Entre todos sostienen una pancarta multicolor con las letras J O Y E U X A N N I V E R S A I R E.

—Felicidades, hija. —Mi padre se acerca tanto a la cámara que casi puedo verle la campanilla desde el Viejo Continente. Señala, sobre la mesa de centro, un bol lleno de frutos secos y otro de chocolatinas—. Seguro que ya pensabas que ibas a librarte de celebrarlo con nosotros.

Estoy sin palabras. Esperaba una llamada de felicitación, por supuesto que sí. Incluso alguna que otra sorpresa. Lo que no me esperaba era que todos mis amigos cercanos se reunieran en la sala de estar de los Boucher para participar en ella. Hago un cálculo rápido: en Montreal son las tres de la tarde. Hoy es viernes. Más de uno ha tenido que salir antes del trabajo, de la universidad o de la pista para poder estar ahí. Para poder felicitarme a tiempo.

—¡Suzette, ¿cómo estás?! Empezaba a temer que este fuera el primer año que no pudiéramos felicitarte. —Lisa, con las pupilas borrosas, me sopla un beso.

Gilles estrecha a su mujer por los hombros y me guiña un ojo.

—Dime, Suzette, ¿cuántas velas has apagado ya? ¿Te han regalado muchas flores? Dicen que a esos rusos les fascina regalar flores...

Asiento mientras me hago el firme propósito de no llorar frente a ellos.

—Cariño, ¿estás bien? ¿Qué te pasa? —Mi siempre intuitiva madre es la primera en dar la voz de alarma.

Amargura y felicidad. Al mismo tiempo. A raudales. Eso es lo que me pasa.

—Estoy bien, maman. Es solo que os echo mucho de menos. Mi cumpleaños no es lo mismo sin vosotros.

Sin todos vosotros. Sin Chaplin. Sin pizza napolitana. Sin todas las cosas que perdí cuando me subí a aquel Boeing 747.

Como ya me he acostumbrado a hacer, miento. Les miento a todos ellos, con alevosía, durante los quince minutos siguientes. Los pongo al corriente de mi vida en San Petersburgo diciéndoles lo que quieren oír: que todo marcha estupendamente, que como mejor que bien, que me tratan como a una más, que nuestro patinaje progresa a pasos de gigante, que la vida me sonríe, que la promesa dorada de Montreal va a triunfar.

Cuando me canso de hilar un embuste tras otro, aduzco que estoy muy cansada y que mañana madrugo para ir a entrenar. Son las dos únicas verdades que me permito. Ellos, por supuesto, lo entienden perfectamente. Se despiden, no sin antes realizar una nueva ronda de felicitaciones y buenos deseos.

Resulta extraño sentir que ya has vivido suficiente cuando acabas de cumplir veinte años.

Nada más colgar la videollamada, me arrebujó bajo el edredón; mis párpados pican de lágrimas no vertidas. Cojo de nuevo el portátil y reacomodo la almohada mientras desfilan los créditos iniciales de Tiempos modernos. En la oscuridad de la habitación, la pantalla parpadea fotograma tras fotograma durante más de una hora, hasta que al fin me quedo dormida.

CAPÍTULO XIX

Cuando, a la mañana siguiente, pongo un pie en Yubileyny, siento que el otro ya está en la escalerilla del avión que me conducirá de vuelta a Canadá.

Es tarde, pasan —con mucho— de las ocho, y yo ni siquiera he pisado el vestuario, pero no me importa, no tengo ninguna prisa.

Solo he venido a despedirme.

Adiós, San Petersburgo. Hola, Montreal.

Resulta irónico que siempre vaya a recordar mi veinte cumpleaños como el día en que, tras tanto postergar lo inevitable, tomé finalmente la decisión. O más bien, como el día en que la decisión me arrolló a mí, sin frenos, sin intermitentes, sin claxon. Como un convoy de guerra.

No importa quién tenga la culpa, si el alcoholismo de Kolya o mi terquedad enfermiza. Después de lo de ayer, esto ya no tiene arreglo. Situación insostenible. Diferencias irreconciliables. Negociación rota.

La toalla se puede ir al infierno. Hasta aquí llegó la promesa dorada. Fin del sueño. Y de la pesadilla. Para hundirme en el abismo me basto y me sobro yo sola; no necesito ningún equipo desestructurado ni ningún compañero demente.

Sí, Universo. Soy capaz de captar una indirecta, ¿de acuerdo?

Al menos he tenido el valor de levantarme de la cama y venir hasta aquí para explicarle la situación a Zenya, pedirle disculpas y darle las gracias por lo mucho que ha intentado hacer por mí y lo poco que ha logrado hacer por nosotros. Kolya, intuyo, seguirá revolcado en su ciénaga, durmiendo la curda.

A pesar de que es sábado, no es difícil encontrar a otros atletas en el recinto. Los chicos del SKA Neva juegan dentro de unas horas, en casa, y varios de ellos se arremolinan ya, con sus sticks y sus patines, junto al acceso a las gradas. Camino con pasos apesadumbrados y la bufanda colgando hasta las rodillas, barruntando cómo abordar el tema. No tengo ocasión de ensayar demasiado mi discurso: me encuentro a Zenya en el pasillo, el abrigo flúor apretujado en una mano. Sacude todo su cuerpo

enérgicamente, igual que un muelle, como si no cupiese dentro de sí misma.

—¡Buen día! ¡Mucho buen día!

—Buenos días, Zenya —saludo con voz cansada. Me he agotado antes de empezar.

—¿Tú así todavía? —Señala mi ropa de calle.

—Verás, Zenya..., me gustaría hablar contigo.

—¿Ahora?

¿Ahora? ¿Nunca? Sí, supongo que ahora.

—Sí.

—Bien. Tú dices.

«No sé por dónde empezar», pienso.

—No sé por dónde empezar —digo.

—Tú eres tranquila, Suzanne. Todo bien. —Toma mi mano y frota el anverso con su pulgar rugoso—. Hoy todo bien.

—No, no todo bien. Lo siento, pero Kolya no vendrá hoy. Él... se encontraba indispuerto esta mañana. —He acabado haciendo lo mismo que ella: pergeñar excusas estúpidas para disfrazar el comportamiento de mi compañero—. Y yo he decidido que ya es hora de...

Sus ojos azules me miran como si no comprendieran mi idioma, o aún menos de lo habitual.

—¿Por qué tú dices eso? Él en vestuario ahora.

¡Sorpresa, Suzette!

—¿Cómo?

—Kolya. En. Vestuario. Llegó. Temprano. Hoy —enfatisa, como si el mío fuese un problema de audición. Se aproxima a mí y baja la voz hasta reducirla a murmullos—: No sé qué hiciste o dijiste tú, Suzanne, pero gracias.

Me da un abrazo tan sentido que no sé cómo corresponder. Me limito a parpadear. Repetidas veces.

—¿Por qué?

—Él dice a mí que va ir hoy a cita con traumatólogo. Médico discreto: conoce Kolya y no dice nada a prensa. Maravilloso, ¿sí?

—¿Kolya te ha dicho eso? ¿Cuándo?

Ella asiente con ilusión imposible de camuflar.

—Hace rato. Kolya activo. Contento. Ganas de entrenar hoy.

—¿Hoy? —Tal vez sí sufra un problema de audición, después de todo. Zenya vuelve a asentir.

—Dime, ¿qué quieres contar tú?

Por el rabillo del ojo veo que las puertas de los vestuarios se abren, para cerrarse inmediatamente después. Justo detrás de Kolya. Tiene buen aspecto, fresco; cualquiera diría que hace menos de doce horas yo misma sujeté su frente mientras vomitaba alcohol en estado puro en el fregadero de la cocina.

Se aproxima a nosotras con la cabeza baja, enfrascado en una batalla contra la cremallera de su mochila. Cuando descubre mi presencia, ralentiza el paso. Es una desaceleración casi imperceptible, pero yo la noto. Aunque sus músculos faciales permanecen impassibles, sus ojos transmiten toda la información que necesito en este momento.

Quizá sea un espejismo efímero, pero esta mañana no está contra mí.

Está conmigo.

Sé lo que debo hacer.

Adiós, Montreal. Hola, San Petersburgo.

—Nada, Zenya. Cosas mías. Voy a cambiarme. —Por suerte, tengo en la taquilla algunas prendas que olvidé llevar a casa para lavar; después de la escena de ayer, no creo que mi compañero se atreva a quejarse por el olor —. Enseguida estoy con vosotros.

Me cruzo con la mirada de Kolya y con Kolya entero en el trayecto hasta el vestuario. Me mira. Lo miro. No dejamos de mirarnos en ningún momento durante lo que dura nuestra conversación.

—Hola. —Es el primero en saludar.

—Hola.

—Nos vemos ahora. —No es una pregunta.

—Sí.

—Se me han ocurrido ideas para el programa corto. Podemos comentarlas.

—Claro.

—Te dejo para que te cambies.

—Muy bien. No tardo.

Una de las comisuras de sus labios experimenta una levísima oscilación;

baja la mirada, incómodo, y se va.

Me desprendo de las botas de nieve y de las múltiples capas de abrigo en un visto y no visto, sustituyo los pantalones de lana por unas mallas y regreso corriendo al pasillo que lleva hasta el gimnasio, donde Grisha me espera con una tabla estandarizada de veinticinco estiramientos musculares.

Por la tarde, acompaño a ambos a la clínica privada en la que Zenya concertó la cita. Mientras ellos tratan con el doctor y le realizan radiografías y resonancias a Kolya, yo me muerdo las uñas en la sala de espera. Las hipótesis que circulan por mi cabeza son infinitas: que ya nunca pueda alcanzar el rendimiento esperado, que el ligamento se haya fibrosado otra vez por descuidar el tratamiento, que sea necesario volver a intervenir, que le prohíban terminantemente entrenar mientras se rehabilita y que en ningún caso lleguemos a tiempo a la temporada. Cualquiera de las alternativas deja mi futuro en el aire.

Cuando al fin salen, me pongo en pie de un salto.

—¿Y bien? ¿Qué os han dicho?

Kolya parece más aliviado que en toda su vida, al menos en la que yo he vivido con él, pero es Zenya quien me responde. Sonríe de oreja a oreja.

—Todo bien —explica ella—. No más fibrosado. No más operar.

Nos abrazamos. Los tres.



Solo tres mañanas después, la del martes, Zenya nos recibe en Yubileyny con unas directrices precisas:

—Ahora que tripulación de barco rema misma dirección, reunión importante.

La miro y me asombro. Me pregunto una vez más cómo, dónde, cuándo y por qué aprendió Zenya a hacerse la tonta tan bien. Después desvió la mirada hacia Kolya, que rebusca a saber qué en el fondo de su mochila. Él también parece bendecido por el mismo don.

Hemos llegado juntos al pabellón. Esta mañana coincidimos en el vestíbulo del ático (tal vez él hizo por alcanzarme a mí; tal vez yo hice por esperarlo a él) y, de manera casual, realizamos juntos el camino hasta aquí. A Kolya le gusta moverse en metro, aunque para cubrir la distancia entre

Divenskaya y el complejo deportivo hay que hacer varios transbordos; le gustan las escaleras mecánicas de vértigo y los palacios subterráneos que el gobierno de Stalin diseñó para poner la grandeza de la aristocracia rusa a los pies de los obreros más humildes, así que hoy compré una ficha para el torno por treinta y cinco rublos y cambié el Lada rojo habitual por un vagón de chapa azul.

Será el primero de muchos viajes. En él. Con él.

Los tres nos sentamos en el suelo de una de las salas de trabajo individual, climatizada y revestida de parqué. El primer punto del día tiene que ver con la rodilla de Kolya, que ya ha comenzado un tratamiento intensivo en una clínica de fisioterapia. Aunque la movilidad de la articulación es completa y no se han generado nuevas adherencias en el ligamento, el traumatólogo ha recomendado que siga una rehabilitación adaptada a las demandas de la alta competición, de tres a cuatro meses. Si completa el programa de fortalecimiento de su cuádriceps y esta vez no abandona antes de tiempo, podrá estar al mismo nivel que cualquier otro patinador del circuito con vistas al inicio de la temporada, que, como Zenya tiene a bien recordarnos en el segundo punto del día, se aproxima implacable.

—Temporada ya. Ya. —Gesticula con énfasis—. Vamos crear programa. No más tiempo perdido, ¿sí? Nosotros necesitamos programa: para competición, para patrocinadores, para exhibición... Trabajo duro.

—¿Qué patrocinadores? —dudo.

—Ellos que consigamos cuando federación de Canadá autorice salida tuya y tengamos programa —responde Zenya—. Pasha busca eventos y citas para nosotros: inauguraciones, fiestas, escuelas... Él bueno en eso. Así prensa fija en nosotros. Y después de prensa, siempre vienen patrocinadores. Dos vosotros no podéis competir sin dinero de patrocinadores.

—¿Tenemos que vendernos en pistas de plástico como si fuéramos un pedazo de carne a subasta? —Buscar marcas comerciales que nos apoyen económicamente es una cosa y hacer monerías en fiestas de colegio, otra muy distinta. No he cruzado medio mundo para eso. He venido aquí a ganar en competiciones serias.

Kolya interviene:

—Hace falta dinero para pagar las inscripciones a torneos, los pasajes, alojamientos, dietas, equipaciones. ¿O acaso eres millonaria y puedes costearlo todo tú sola? Porque, ahora mismo, yo no puedo permitirme viajar ni a la óblast de al lado.

Me ofende siquiera que lo insinúe. Mis padres viven con el cinturón apretado desde que yo tuve la feliz idea de apuntarme a una pista de hielo. Pero me muerdo la lengua; no quiero regresar a la casilla de salida.

—Suzanne, exhibiciones ayudan dos vosotros ganar experiencia para pruebas más difíciles —apostilla Zenya—. ¿Comprometidos dos?

Asiento/asentimos.

—Bien —prosigue—. Entonces, todos trabajamos en programa ahora. Yo no hago nunca coreografía de pareja, así que pido ayuda de Viktor coreógrafo. Él conocido de Natalia. Él promete ayudar, pero él hombre ocupado. —Se lleva un dedo a la sien—. Hay que pensar, ¿sí? Tres nosotros a pensar. Música, atuendo... Todo importante. Nadie conoce a dos vosotros, así que llamáis atención —abre mucho la boca— para que público sorprenda.

Dicho y hecho. Durante los siguientes cinco días, tanto en Yubileyny como en Divenskaya 2, dentro y fuera del hielo, en horas de entrenamiento y en los ratos libres, se inicia una búsqueda frenética de ideas para nuestro programa corto.

Durante las sesiones en la pista, Kolya y yo practicamos sin descanso los elementos obligatorios. Algunos, como el salto lanzado, cada vez salen mejor; otros, como la espiral de la muerte, no son más que un pozo infinito de frustración. Ensayo. Error. Ensayo. Error. Ensayo. Error. Error. Error.

En los trayectos al pabellón, ponemos en marcha tormentas de ideas, la mayoría de las cuales acaban en el fondo de la papelería. Por las noches, antes de acostarme, me dedico a ver en YouTube mis programas favoritos de otros patinadores, a ver si así se enciende la bombilla, pero todo cuanto se me ocurre me resulta anodino y trillado. Incluso pido a Asia y a EX que hagan acopio de bandas sonoras que puedan sernos útiles.

Kolya compra una pizarra magnética para la puerta de la nevera y va anotando en ella todos los planes que se le ocurren. Y me confiesa, en uno de los viajes en metro hasta Yubileyny, que está volviendo locos a los auxiliares de la clínica de fisioterapia por el mismo motivo.

La tercera semana de marzo, al terminar el entreno, Zenya se acerca a mí mientras desato los cordones de los patines.

—Pasha quiere hablar con tú. Él dice que tú pasas por despacho suyo esta tarde.

—Esta tarde tenemos clase de ballet —le recuerdo.

—Ya no. Profesora enferma. Clase cancelada.

—De acuerdo.

—¿Tú quieres que yo acompañe a ti? ¿Tú no perderás?

En su mirada leo las ganas de llegar a casa, darse un baño caliente y desconectar del trabajo hasta mañana.

—No te preocupes; sabré llegar sola.

Asiente y se aleja en compañía de Kolya, que me dice adiós con la mano desde la puerta. Guardo los patines en la bolsa y salgo del pabellón. La lluvia de los últimos días ha derretido la nieve, y la poca que queda ya no es blanca, sino marrón, y se apila en montoncillos sucios contra los bordillos de las aceras. Nadie diría que estamos en primavera. Abro el paraguas y me encamino a la parada más próxima del trolebús, mentalizada para enfrentarme una vez más a la burocracia rusa.



En el despacho de Pasha todo son estilográficas y pósters de patinadores ya retirados. El más grande y llamativo de todos es uno de Zenya con el pelo recogido bajo una ristra de pasadores ochenteros y con calentadores de rayas en las pantorrillas.

—Bienvenida, Suzanne. Tú sientas, por favor.

Pasha se repeina los cuatro pelos que le quedan sobre la coronilla, se ajusta su chaqueta anticuada y señala la butaca de terciopelo raspado que tengo delante de mí; la ocupo sin llegar a apoyarme en el respaldo.

—Zenya me ha dicho que querías hablar conmigo. ¿Ha ocurrido algo? —intento ir al grano, pero parece que Pasha tiene ganas de conversación.

—Cuenta, Suzanne. ¿Qué tal? ¿Tú contenta en Rusia? ¿Tú adaptas bien?

Asumo que no abandonaré este despacho hasta que no le diga a la ilustre federación lo que la ilustre federación quiere oír.

—Todo marcha como debe, sí. Estamos trabajando muy duro para

ponernos al día.

Pasha asiente enérgicamente.

—Alegra oír eso. Y a federación también alegrará, ahora que tú eres oficial patinadora de Rusia.

Trago saliva.

—¿Qué quiere decir eso?

Abre una carpeta de gomas y extiende unos papeles sobre la mesa. Identifico en ellos el membrete de la federación canadiense, aunque me cuesta ubicarlo aquí, en este despacho, tan fuera de lugar.

—Llegó ayer —explica, y resigue con el índice el primer párrafo—: Autorización de salida para Suzanne Boucher, para representar Rusia en competición. ¿Ves? Todo listo ya.

Pasha, más allá del zumbido de mis oídos, continúa detallando pormenores:

—... rueda de prensa para hacer anuncio. Comunicado oficial. Mejor cuanto antes, ¿sí?

—Cuando vosotros digáis —acepto como una autómata. Mi indiferencia choca con su entusiasmo. Mis ojos siguen clavados en el membrete de la federación canadiense. Todo se reduce a eso: una firma, un sello, y ya estoy fuera.

—Esta semana. Marzo termina pronto. Abril expira visado tuyo y tú debes salir de país, ¿recuerdas? ¿Recuerdas que yo expliqué eso a ti cuando tú llegas aquí?

Recuerdo de forma somera que alguna vez me comentó algo, pero lo había olvidado. Creo que por aquel entonces ni siquiera apostaba que aguantaría tanto aquí. Por un instante, se me ilumina el alma al ver ante mí la posibilidad de una escapada a casa, pero todo se vuelve a nublar con la misma celeridad: no dispongo de dinero ni de tiempo para un viaje a América.

—Sí, lo recuerdo. ¿Qué me recomiendas?

—Estonia. Fácil. Tú tomas ferri, vas, tramitas papeleo en embajada y vuelves. Si tú pagas tasa de urgencia, tú consigues visado nuevo en par de días, ¿sí?

—Muy bien. Lo haremos así entonces. ¿Te encargas de organizarlo?

—Yo encargo. Aviso a ti cuando todo preparado.

—Perfecto. —Me pongo en pie, aunque él no me ha indicado que puedo hacerlo—. Gracias por todo, Pasha, pero si me disculpas, y si no me necesitas para nada más, debo irme...

—Cosa última: visado nuevo solo tres meses más, como ahora. Luego tú tienes que volver marchar. Si tú quedas en Rusia y todo va bien... Si tú quieres participar en próximos Juegos Olímpicos...

—Me sugieres que solicite la ciudadanía, ¿no es así?

—Tú puedes competir en torneos internacionales sin nacionalidad, pero no en Juegos Olímpicos. Y más cómodo para ti; así no entras, sales, entras... Pero falta consentimiento tuyo para iniciar trámite.

De pie, igual que un poste de telégrafos en medio de la nada, asiento. Deportivamente hablando, ya no pertenezco a ningún lugar. ¿Qué importa lo que ponga en mi pasaporte?

—Haz lo que consideres oportuno, Pasha. Cuentas con mi aprobación. —Obligo a mis labios a perfilar una sonrisa—. Y gracias una vez más.

Ocho meses después de aquella rueda de prensa que lo destruyó todo, soy yo quien, acompañada de Kolya, Zenya, Pasha y Oleg, se sienta detrás de una mesa frente a los principales medios deportivos. El comunicado oficial de nuestro nombramiento como equipo ya está preparado también, en ruso y en inglés, y saldrá publicado en cuanto termine el acto.

A pesar de ser una de las protagonistas, no digo gran cosa. Toda la atención se la lleva Kolya y su flamante desempeño como patinador en pareja. Yo me limito a asistir con una ropa bonita y a poner mi mejor cara.

Comparto en mis redes sociales la noticia, acompañada de la fotografía frente a La Sangre Derramada. En menos de dos horas, la publicación acumula tantos comentarios que no puedo ni quiero leerlos todos, especialmente las cábalas sobre a quién le va a ir mejor y a quién peor con nuestros nuevos compañeros, si a Tom o a mí. Ni Tom ni Marion se pronuncian al respecto. Para bien o para mal, el campeonato del mundo arranca en menos de una semana, así que pronto mi mensaje queda relegado al olvido.

El lunes, Pasha me hace llegar por mensajería los billetes para mi viaje a Estonia y toda la información que necesito. Parto este jueves por la tarde y vuelvo el domingo después de comer; de ese modo me perderé solo los mínimos entrenamientos imprescindibles y una clase de ruso. Se lo

comunico a Asia y a EX ese mismo día al salir del Instituto Derzhavin y les pido que tomen nota de la tarea que mande Connard. Como voy a estar sola y aburrida, me he propuesto llevar los libros en el equipaje y aprovechar el fin de semana para empollar. Creo que no he sido tan aplicada en los estudios en mi vida.

—¿Dónde te vas a quedar? —se interesa EX, a quien le brillan los ojos desde el momento en que anuncié que saldría de viaje.

—En Tallin. En un hotel del centro, cerca de la puerta Viru, o algo así.
—No presté demasiada atención a las indicaciones de Pasha. Confío en que el taxista que me recoja en la terminal conozca la ciudad.

—La envidia me corroe —apunta Asia—. Ojalá yo también tuviera un visado a punto de caducar. Sería la excusa perfecta para perder de vista a mi suegra un fin de semana completo.

—¡Hagámoslo! —EX sacude el brazo como un látigo—. ¡Vayamos con ella!

—Tanto sedentarismo está acabando contigo, ¿eh?

—Vine a Rusia con intención de convertirla en mi campamento base para viajar por Europa del Este, y no lo estoy cumpliendo —se defiende EX—. ¿Qué mejor ocasión que esta para empezar un tour por las repúblicas bálticas? Un fin de semana fuera de la ciudad no nos hará daño a ninguno; al contrario. ¡Vamos, Asia!

—No es tan descabellado —intervengo, repentinamente motivada ante la idea—. Anímate —incito a mi amiga—. Lo pasaremos bien.

La duda se refleja en el rostro de Asia.

—Resulta tentador. Pero no creo que Ivan esté de acuerdo... Además, este fin de semana quiere visitar inmobiliarias. Parece que nuestra mudanza es inminente. —Sus ojos burbujean—. La próxima vez. Lamento aguarde los planes, EX.

—Bah, no pasa nada. Habrá más oportunidades.

—Sin duda.

A pesar de que ella no ha dejado de sonreír en ningún momento, sé que en el fondo se siente fatal por haber rechazado la oferta. Por EX, por mí, pero, sobre todo, por sí misma.

—Bueno, si cambiáis de idea, estaré en Tallin hasta el domingo.

CAPÍTULO XX

Tallin me recibe con algo que hace más de tres meses que no veo: sol. En la capital de Estonia sopla un viento casi tan frío como el de San Petersburgo, y la temperatura no es muy superior a la que dejé en Rusia, pero el sábado por la mañana, cuando me asomo a la ventana, también luce un sol radiante, y solo por eso siento que mis pulmones se ensanchan, mis sienas se relajan y mi cuerpo se aligera.

El jueves, cuando el taxista que me recogió en el puerto me dejó junto al hotel, ya era noche cerrada y Tallin parecía una ciudad fantasma, pero a plena luz del día, la calle Viru rebosa de turistas que callejean entre tiendas de artesanía, cervecerías tradicionales y puestos de almendrados recién tostados. Una excursión de la tercera edad desfila por debajo de mi alféizar detrás de un paraguas multicolor, y en las terrazas de los cafés parpadean las llamas de las estufas.

El casco antiguo rezuma una calidez y una hospitalidad que no son para mí, aterida como me siento, recluida en una habitación amueblada por catálogo como si se tratase de un búnker. En los dos días que llevo aquí, solo he salido en una ocasión, ayer por la mañana, para rellenar formularios en la embajada, y el mismo taxi que me condujo hasta ella fue el encargado de traerme de vuelta.

A mi espalda, mis libros y cuadernos de ruso, desperdigados sobre el edredón magenta de la cama. En la pared, el televisor de plasma muestra la retransmisión del programa libre de parejas en el mundial de patinaje que, ironías de la vida, se celebra a apenas ochenta kilómetros de aquí, en Helsinki. Me había prometido a mí misma que, pasara lo que pasase, hoy no encendería la tele. No he resultado nada voluntariosa y sí muy patética.

Mi frustración se estrella contra el cristal de la ventana. Creo que, si me lo propongo, puedo divisar la capital finlandesa desde aquí. Si cierro los ojos incluso puedo sentir que estoy allí, en la pista, saludando a un público entregado, acariciando el triunfo. Pero no estoy allí, sino aquí, una fracasada cualquiera con un visado caduco, enjaulada en el hotel Vana Wiru, con la única compañía de un diccionario de ruso y de Shkatulochka,

edición revisada.

En pantalla, los japoneses Hideo Yamaguchi y Yuuka Sanjo ejecutan una pirueta haircutter. Forman parte del grupo dos, el mismo al que pertenecen Tom y Marion, llamados a pista después de los japoneses, que se despiden del kiss and cry con una reverencia de agradecimiento.

Es la primera vez que veo competir juntos a Tom y a Marion. Es la primera vez que veo competir a Tom con alguien que no sea yo. He evitado deliberadamente enfrentarme a este momento; no estaba preparada. Tampoco creo que ahora lo esté, pero debo pasar por ello.

Marion está preciosa con un maillot de terciopelo y perlas; se nota que ese, al contrario que el que me robó, está confeccionado a medida para favorecer su belleza sofisticada. Me fijo por primera vez en lo mucho que le tiemblan las manos; roza lo espasmódico. Tom lleva tirantes, una camisa a medio remeter y pantalones con rodilleras. Con sus rizos morenos y su sonrisa traviesa, parece un chiquillo de los bajos fondos listo para vender periódicos en alguna esquina.

El primer acorde de la música me destroza. Es la banda sonora de Candilejas. El dique que contiene los recuerdos de toda una vida se viene abajo: el sabor a alcachofas de la pizza frente a un televisor en blanco y negro; el tufillo a canela de los refrescos de marca blanca en la cafetería de la arena René-Masson; los viajes en el coche de Gilles cantando Ironic a voz en grito; la Ley de Amigos Dentro y Fuera de la Pista; todos los sueños que quedarán eternamente sin cumplir, que él ha seguido persiguiendo por su cuenta. Sin mí.

No llego a ver el final del programa. No sé si triste, o rabiosa, o quizá ambas cosas, me calzo las zapatillas de deporte, cojo mi móvil, los auriculares, la tarjeta de la habitación y salgo a la calle. No sé dónde estoy ni adónde ir, no conozco esta ciudad, pero me apetece echar a correr. Eso es, literalmente. Como solía hacer en Canadá. Una de tantas costumbres que cayeron en el olvido.

Al otro lado de las murallas medievales, se dibujan los contornos de un parque. Subo la cremallera de la sudadera e inicio un trote ligero que aumenta de intensidad conforme asciende el volumen de la música en mis tímpanos. Las canciones se suceden en el reproductor de forma aleatoria, y pasan del reggae a la ópera, del techno al folk. Cuando empieza a sonar

Toss the feathers, una melodía tradicional irlandesa, aprieto el paso. Una noche, a años luz de Tallin, se abre camino en mi memoria.

Tom y yo habíamos salido con algunos amigos del club Île-de-Pierre a celebrar el final del semestre. Ya de madrugada, recalamos en un pequeño pub irlandés del Barrio Latino, un local de mesas pegajosas y cerveza barata donde a Jessica, Luca y los demás les encantaba cerrar nuestras contadas noches de juerga. En aquella ocasión, nada más entrar, mientras aún estábamos despojándonos de los abrigos, comenzó a sonar una versión vibrante de Toss the feathers, interpretada solo por una flauta, un violín y una percusión. Le propiné un codazo a Tom, que por aquel entonces andaba ennoviado con Sophie, una compañera del instituto.

«Algún día patinaré sobre esta música», dije con una seguridad aplastante.

Tom tuvo la deferencia de sacar su lengua de la boca de Sophie para contestar.

«¿Estás loca? Es imposible patinar sobre una melodía tan rápida. Ni Dios haría algo así».

«Brian Joubert lo hizo», lo pinché.

Tom se llevó una mano al pecho.

«No nombres a Nuestro Señor en vano. Además, ni siquiera a él le salió bien».

De regreso en Tallin, freno mi carrera entre arbustos y castaños de indias. Extraigo el móvil de su funda.

Replay.

Replay.

Replay.

La pieza dura exactamente dos minutos cincuenta, la duración de un programa corto de competición.

Diecisiete segundos de introducción; a partir de ahí, un derroche de giros, subidas, bajadas, bises, compases encadenados y agudos crecientes, sin un respiro. Una brevísima parada técnica en torno al minuto y medio, y vuelta a empezar.

Un delirio cargado de promesas.

Un *allegro* más apto para alpargatas que para cuchillas.

Una puta locura que ninguna pareja se atrevería a utilizar para su debut.

«Algún día patinaré sobre esta música».

Ni siquiera aguardo a llegar al hotel para marcar en el teléfono el número de Zenya. Espero que esté en casa a esta hora.

—Zenya. —Mi voz la arrolla en cuanto descuelga, no le permite ni saludar—. Creo que tenemos música.

Le expongo mi idea. Sin respirar. Sin —gracias a Dios— interrupciones.

—¿Qué opinas?

—Kolya va matar dos nosotras —es su única respuesta.

Sé que tenemos música.

Lo que no puedo prever es que ese programa se hará tan célebre que Kolya y yo seguiremos patinándolo en galas de exhibición durante décadas.



Kolya, tal y como presagió nuestra entrenadora, llama para matarme veinte minutos después.

—Es música irlandesa —afirma, con tono de fastidio, cuando le pido que me explique qué es, con exactitud, lo que le molesta o no le convence de mi propuesta.

—¿Y? —Creí que pondría el grito en el cielo porque es una idea pésima, por su rodilla, porque no hay forma de que esto salga bien y porque no estamos en absoluto preparados, en ningún sentido. Nunca pensé que la nacionalidad fuese el problema.

—Yo soy ruso —dice, como si no lo supiera a estas alturas.

—¿Y?

—Es música irlandesa. Y yo soy ruso.

Me dejo caer, desesperanzada, en la única silla de la habitación. Ya estoy en el hotel, con el albornoz en torno a mi piel húmeda por la ducha, el televisor apagado y dándole vueltas a un bolígrafo entre mis dedos.

—¿Por qué esa música? —continúa él.

—¿Por qué?... No sé. Me gusta.

Premeditadamente, dejo fuera de la ecuación mi especie de revancha contra Tom.

—¿Y ya está?

—Sí, me gusta y es perfecta para lo que buscamos: llamar la atención y demostrar qué somos capaces de hacer juntos. ¿Qué tiene de malo?

Después de debatir con Kolya al menos diez minutos más lo conveniente o inconveniente que resulta que un atleta nacido en San Petersburgo, óblast de Leningrado, con el escudo de la FFKKR y el logotipo de Rostelecom bordados en su equipación, emplee una música tradicional irlandesa, y de prometerle solemnemente que para el programa libre nos ceñiremos a algo más ruso, logro convencerlo.

—Tú ganas —claudica—. Todo por el bien del equipo.

Un silencio extraño se instala en la línea. No hay sonido alguno en San Petersburgo; tampoco en Tallin.

Lo rompo al cabo de unos segundos incómodos.

—¿Lo somos? ¿Realmente somos un equipo?

—¿Qué pregunta es esa?

—Sabes a lo que me refiero. —Lo sabe, ¿verdad?

Es la primera vez que hablamos acerca de su implicación en este proyecto. Creo que el hecho de que yo ahora mismo esté en Tallin para cumplir con las leyes de migración del gobierno ruso deja la mía fuera de toda discusión.

—Sí, Suzanne.

—¿Sí, qué?

—Somos un equipo.

—¿Cuatro patines y una cuchilla?

Sonríe. No lo veo. No lo oigo. Pero lo sé.

—Cuatro patines y una cuchilla.

Me resulta desconcertante pensar que somos una de esas parejas que se comunican mejor por teléfono, a distancia, que compartiendo techo y frigorífico.

En ese momento, llaman a la puerta de mi habitación.

—¡Un segundo! —grito mientras alejo el teléfono de mi oreja—. Lo siento, Kolya, tengo que dejarte. Hablamos.

—¿Cuándo regresas?

—Mañana. En el ferri que sale al mediodía.

—Paka¹².

—Paka.

Lanzo el móvil sobre el colchón y me encamino a la puerta, dispuesta a abrirle a la limpiadora, o al camarero del servicio de habitaciones que me ha estado proveyendo de alimentos en estos días; son las únicas personas que tendrían algún motivo para importunar a la chica solitaria de la 110.

Nada más lejos de la realidad.

—¡EX!



Resulta que EX estaba aburrido en «ese San Petersburgo que cada día se hace más coñazo» y comenzó a barruntar, «sin ningún motivo aparente», la idea de que, aunque Asia no pudiese venir, en realidad no existía «ningún impedimento» para que él aprovechara «una oportunidad única —¿quién sabe si volverá a repetirse?—» de disfrutar de una «escapada fugaz a Tallin» con una «buena amiga americana».

Y aquí está.

Pasada la sorpresa inicial, le regalo mi más resplandeciente sonrisa de bienvenida. Estar a solas en una ciudad extranjera, con la única compañía de un libro descatalogado escrito en cirílico y un televisor apagado que es como una granada sin seguro, es el peor plan posible para un sábado de abril.

No hace ni cinco minutos que ha asomado la cabeza en mi dormitorio y EX ya me está empujando fuera de él.

—¡Vamos! Hay una ciudad deseando ser descubierta. ¿Puedo dejar esto aquí? —Señala su eterno petate. No sé qué diablos lleva ahí dentro, pero parece igual de cargado para un viaje relámpago a Estonia que para una clase rutinaria de Connard.

EX me arrastra por el casco histórico de Tallin como si hubiese pasado media infancia en la ciudad. Subimos a los miradores y deambulamos en torno a la catedral ortodoxa de Alexander Nevsky, que me parece más hermosa que muchos de los recargados monumentos de San Petersburgo. O tal vez será el sol, o la compañía, o el saberme lejos de la atmósfera enrarecida del distrito de Petrogradsky al menos durante un fin de semana.

EX se empeña en subir a la torre de San Olav para contemplar las vistas desde arriba, a la del ayuntamiento y a la vieja muralla. Empiezo a pensar que tiene un fetiche con las alturas. Me pasea de puestecillo en puestecillo por la angosta calle Katerina, y me explica no sé qué historia acerca de unos edificios que son como tres hermanas, o algo así. Rematamos la tarde sentados en la terraza climatizada de una taberna, frente a dos pintas de alguna buena cerveza europea, picoteando unos jalapeños con queso que no pueden verse más fuera de sitio. El alcohol, junto con el picante, nos desata la lengua y las risas; con una manta sobre las piernas, compartimos historias de adolescencia, criticamos el —inexistente— sentido del humor ruso, nos hacemos confidencias y fantaseamos acerca de nuestros sueños, a cual más dispar, a cual más inalcanzable. Establecerse en alguna granja autosuficiente aislada de la civilización, el suyo. Un oro olímpico, el mío.

Lo paso tan bien a su lado que, cuando miro el reloj, apenas puedo creer que ya sean más de las once. Pagamos la cuenta a medias y EX me acompaña de vuelta al hotel, donde tiene que recoger su mochila. Por el camino me explica que se hospeda en casa de un absoluto desconocido, que ha accedido a prestarle su sofá a través de una plataforma de couch surfing.

—¿Sabes llegar hasta allí? —pregunto. No sé siquiera qué me hace dudar.

—Sí. Queda un poco lejos, pasada la estación de trenes, pero esta ciudad no es grande; creo que podré ir a pie sin problemas.

—Venga, no vas a ir hasta allí a estas horas. ¿Por qué no te quedas en el hotel?

EX rompe a reír.

—Tu idea de alojamiento económico difiere bastante de la mía, Suzanne. ¿Eres consciente de lo que cuesta una habitación ahí?

Me sorprende. Pasha arregló mi estancia en Tallin desde su despacho y mis padres le giraron un cheque extraordinario para costearla. No se me había pasado por la cabeza que quizá este viaje no fuera tan barato como creía.

—Pues quédate en la mía. —Las palabras fluyen solas, enfadadas con el mundo y conmigo por ser tan niña.

Tener veinte años significa saltarse las normas en ocasiones.

EX estira el cuello y me observa en silencio, la ceja arqueada.

—¿Estás segura? No me había planteado que entre tú y yo... Disculpa, eres preciosa, pero...

Le doy un puñetazo en el hombro.

—No te estoy invitando a acostarte conmigo, idiota. Solo te ofrezco el lado derecho de mi cama. Si entramos por separado, el recepcionista no se dará cuenta.

—Vaya. ¿Colando polizones en tu dormitorio, Suzanne? Supongo que me había formado una imagen equivocada de ti.

—Lo cierto es que lo he pasado genial. No te rías, pero el día de hoy ha sido como un campamento, o un viaje de fin de curso. Es la primera vez en tres meses que puedo olvidarme del patinaje, y echo de menos un amigo con quien compartirlo. Un amigo... —se me empaña la voz. En mi mente reverberan aún las notas de Candilejas— de verdad.

—¿Y te fías de mí? Casi no nos conocemos.

—Me fío de ti. Disculpa, eres muy guapo, pero... —parafraseo burlona — también sé que eres inofensivo.

—Ouch. Acabas de pisotear mi hombría. Pero sí, me temo que lo soy. —Se encoge de hombros—. Muy bien. No seré yo quien rechace una invitación para dormir por la cara en una cama con sábanas; además, también lo he pasado genial.

El recepcionista de noche, tal y como auguré, no se percata de nada, así que media hora más tarde los dos estamos tumbados sobre el edredón, EX en el lado derecho, yo en el izquierdo, con una bolsa de palomitas y otra de patatas fritas que hemos comprado en la máquina dispensadora del vestíbulo. Noto cómo todas y cada una de esas kilocalorías pesan en mi conciencia, pero un día es un día, me digo. Parloteamos de manera compulsiva, con la televisión en mute, hasta que nos quedamos dormidos hacia las cuatro de la madrugada.

El domingo nos levantamos tarde, con el tiempo justo para recoger nuestras cosas y hacer el registro de salida. EX abandona el hotel antes que yo, disimulando su condición de ilegal por el pasillo, y ambos volvemos a reunirnos en el exterior después de que en recepción me entreguen un sobre con mi visado nuevo, que ha traído un mensajero.

El sol continúa en lo alto, y las calles están tan abarrotadas como ayer. EX y yo remolcamos nuestra pereza mañanera y la melancolía plomiza de

los domingos por los escaparates de la plaza del ayuntamiento, haciendo tiempo hasta la hora de salida del ferri. Tengo la impresión de que, aunque nuestros cuerpos aún siguen aquí, nuestra mente ya está en Rusia. El recreo ha terminado.

Una vez a bordo, dejo la bolsa de viaje bajo el asiento y salgo a cubierta enfundada en el abrigo. Me acodo en la barandilla de popa mientras EX, a mi lado, inmortaliza con su cámara instantánea el atardecer prematuro que nos regala el Báltico. Yo observo ensimismada cómo el skyline de Tallin se va perdiendo en la lejanía. Cuando llegué, ninguna de esas siluetas tenía significado para mí, pero ahora reconozco en ellas los pináculos imponentes de San Olav y del ayuntamiento, la elegancia sobria de San Nicolás y las formas caprichosas y exuberantes de Alexander Nevsky allá en la parte alta. No puedo esconder una sonrisa. Hace tres días, Tallin era solo una expectativa informe en mi propio horizonte, pero hoy siento que he dejado en esta ciudad un trocito de mi corazón. Me pregunto con cierta angustia si algún día podré llegar a sentir San Petersburgo también como algo mío, o si permanecerá para siempre bajo esa pátina de nieve parduzca que nos recubre a las dos y nos contamina, nos ensucia y emborriona.

Sopeso por enésima vez si todo esto merece la pena.

Soy Suzanne Boucher, tengo veinte años, y aquí, asomada al Báltico desde la barandilla de popa de un ferri de la compañía Tallink entre Estonia y Rusia, a más de tres mil millas náuticas de mi hogar, no puedo dejar de preguntarme cuándo llegará mi deshielo.

TERCERA PARTE

DESPEGUE

CAPÍTULO XXI

San Petersburgo me recibe, para no variar, nevando trapos. A medida que el ferri se aproxima al muelle, las formas de la ciudad se van delineando detrás de una cortina de copos, igual que una de esas imágenes que se ocultan en los pasatiempos de unir los puntos. Sin embargo, no es eso lo que me sorprende cuando desembarcamos —a estas alturas, ya no podría—, sino que Kolya me espera en el hall de llegadas.

Levanta una mano tímidamente para hacerse notar en medio del gentío, y yo me acerco a él con cautela.

—¿Qué haces aquí? —pregunto. Soy consciente de que mi tono suena brusco—. ¿Ha ocurrido algo?

—No. ¿Por qué tendría que ocurrir algo? Tenía unos asuntos que resolver cerca de aquí y pensé en echarte una mano con el equipaje.

—¿Unos asuntos que resolver cerca de aquí?

—Sí, unos asuntos que resolver cerca de aquí.

—Y pensaste en echarme una mano con el equipaje.

—Sí, eso es. Oye, ¿quieres dejarlo? Considéralo una compensación por no haber ido a recibirte al aeropuerto la primera vez. Estamos en paz.

Estoy demasiado asombrada como para leer en sus palabras cualquier posible sombra de culpa.

—Pues... gracias. Supongo.

La figura de EX, que había ido al aseo, emerge a nuestro lado.

—Ya está. Nos vamos cuando quieras —me dice.

No es que sea obvio. A simple vista, no hay ningún cambio en el aspecto de Kolya; ninguna mueca aparatosa, ningún tic visible, ningún movimiento acusado. Pero yo noto cómo retrocede, se contrae y se repliega en cuanto posa sus ojos sobre EX, igual que cuando, en la pista, justo antes de salir disparada por los aires, detecto en sus ojos que algo va mal y que ese no va a ser un salto limpio, que no voy a alcanzar la altura suficiente o que voy a salirme de mi eje. No puedo alejar de mí la sensación de que, al igual que en todas esas ocasiones, en esta voy a acabar con el trasero empapado una vez más.

—Kolya, te presento a EX. Viene conmigo a clase de ruso. EX, este es Kolya, mi compañero de equipo. —Hago de intermediaria imbuida en un silencio violento.

EX lo saluda con brío, incluso chapurrea algún cumplido acerca de su trayectoria deportiva, y eso que EX sabe tanto de patinaje artístico como yo de granjas autosuficientes. Kolya se limita a una breve inclinación de cabeza con la mandíbula en tensión, en esa pose de príncipe eslavo que tan bien se le da.

—EX tenía muchas ganas de conocer Tallin y vino a visitarme. Es un guía fantástico. Me hizo compañía durante el fin de semana. —Me deshago en explicaciones que nadie me ha pedido, pero que mi conciencia, por alguna razón, se siente obligada a dar.

Kolya asiente de nuevo, dentro y fuera de la conversación al mismo tiempo. Admiro esa capacidad suya de desdoblarse. Como cuando yo estoy concentrada al máximo en el hielo y él... simplemente no está.

Los tres nos despedimos junto a la parada de taxis. Estoy a punto de proponer que compartamos uno para que salga más barato, pero EX me ahorra el mal trago alegando que él prefiere el autobús. Le agradezco estos dos días y Kolya y yo nos subimos en el primer vehículo disponible. Durante el camino hasta Divenskaya, me intereso por lo que ha hecho este fin de semana, por cómo está Zenya, pero a cambio solo obtengo frases cortas y estereotipadas. No deja de mirar por la ventanilla, como si no hubiese visto la isla de Vasileostrovsky en su vida. Las luces de la ciudad se reflejan en la nieve amontonada en las aceras, que parece de color naranja. La atmósfera en el interior del taxi se avinagra. Creo que se arrepiente de haber venido a buscarme, pero no sé por qué del mismo modo que no sé por qué lo hizo. Sea como sea, su trato abierto de hace unos minutos, cuando nos encontramos en la terminal, se ha esfumado. O tal vez son paranoias mías.

Bah.

Al día siguiente me levanto aún más temprano de lo habitual para dejar zanjados mis asuntos con el gobierno antes del entrenamiento. La burocracia rusa es un verdadero infierno, pero yo siento que empiezo a correr más rápido que ella. Acudo a la oficina del Servicio de Migración antes de que abra y tengo la suerte de ser la primera en la cola, así que

registran mi visado puntualmente en una ventanilla y me marcho contenta, felicitándome porque este país, al menos en lo que va de mañana, no ha podido conmigo. Tomo la línea 1 de metro, la roja, en Mayakovskaya para dirigirme a Yubileyny, donde me espera una intensa sesión de isométricos y ejercicios de velocidad y coordinación en pareja. Zenya se ha tomado muy en serio nuestra elección de un tempo acelerado y le ha pedido a Grisha que potencie nuestra agilidad y resistencia en pista. Pasamos la mitad de la mañana entre bicicletas, cintas de correr, combas y mancuernas.

Ya en el hielo, Zenya, carpeta y bolígrafo en mano, nos explica desde la barandilla a qué dedicaremos el resto del día:

—Hoy, llueve ideas. Mañana, coreógrafo viene para ayuda; dos vosotros trabajo con él tarde entera. —Su inglés, en lugar de mejorar con la práctica, resulta cada vez más enrevesado—. Pero hoy día para experimentar. Libres. Ahora pongo música y dos vosotros hacéis lo que vosotros queréis, ¿sí? Sentir música primero. Sentir música importante. Música todo en patinaje. Corazón de patinaje. Música cala hondo, ¿sí? Música unas veces tormenta, otras veces calma. Dos vosotros elegís tormenta; ahora juntos creamos tormenta perfecta.

Atiendo obnubilada a un discurso que me marcará de por vida y se convertirá en mi brújula, mi mantra, mi dogma durante el resto de mi carrera como patinadora, como comentarista para la TVA y como entrenadora.

Zenya enciende el equipo de música.

«Libres. Sentir música».

Nos movemos cohibidos por el espacio, haciendo lo que sabemos hacer, hilando un elemento con el siguiente de forma ordenada, pero los gritos de Zenya nos detienen.

—¡ÑET! ¡Eso no libres! ¡Libres de verdad! ¡Plumas! ¡Plumas! —se desgañita.

Miro a Kolya.

Kolya me mira.

Las palabras de Zenya prenden la chispa, y en estos momentos Kolya y yo somos bramante.

—Confío en ti —dice él. En serio. Más en serio que nunca. Algo dentro

de mí explota. Me lanzo a rodar ladera abajo. Y lo arrastro conmigo.

Entonces el hielo quema, el aire chisporrotea y nosotros dos crepitamos.

Corremos, brincamos y retozamos sobre la superficie congelada como un par de críos en el patio del colegio bajo su primera nevada. Le medimos el pulso a la melodía y la asfixiamos entre los dos, sin pararnos a pensar cómo o cuándo parar. Él propone y yo dispongo, o yo propongo y él dispone, en un juego sin reglas, sin vencedores y sin fin. En cuestión de minutos ponemos en marcha un engranaje lleno de primeras veces para los dos, que ya no terminará jamás para ninguno. Unidos y fragmentados a un tiempo. Nunca he visto a Kolya reír tanto, tan fuerte. Se mofa de mis saltos torpes; me burlo de sus piruetas estrambóticas. Lo imito; me desafía; nos enzarzamos en un baile disparatado que acaba con los dos abatidos contra el hielo, derrotados por la risa, trazando ángeles de escarcha con los brazos y las piernas. Toco el hielo con cada partícula de mi cuerpo, de mi alma, de mi ser. Kolya y yo nos restregamos contra él hasta que nos gastamos, nos fundimos, nos extinguimos y ya no queda nada. Solo blanco sobre blanco.

Nota para mi biógrafo: siempre recordaré la mañana del 3 de abril de 2017 como una de las mejores de mi vida. En eso consiste vivir, ¿no? Arriba y abajo. Luz y sombra. Hielo y fuego. De extremo a extremo. El 3 de abril de 2017 yo me sentí feliz en la misma medida que triste. Inmensamente.

A eso de las tres de la tarde, con las huellas de la euforia aún adheridas a la piel y la modorra posterior al almuerzo anidada en el fondo del estómago, los tres oímos las sirenas de las primeras ambulancias atravesando el río. Poco después, Alexandra y Mihail, acompañados por Natalia, entran en la pista con rostro descompuesto. Son ellos quienes nos informan de que ha estallado una bomba en la línea 1, la roja, del metro de San Petersburgo.



Las siguientes horas las paso como adormecida. Durante el rato que aún permanecemos en el pabellón, se superponen las caras desencajadas y el silencio sepulcral al ajetreo de quienes corren de un lado a otro y los móviles que no dejan de sonar. Las primeras llamadas desde el mío tienen

dos destinatarios fijos: Asia y EX. Los dos están sanos, y tanto la familia de Asia como los compañeros de piso de EX, también. No menciono que esta misma mañana me subí en esa línea, que pasé por esa estación. No soy capaz de asimilarlo.

Pasha se comunica con nosotros en cuanto se entera de lo ocurrido, y tanto Kolya como yo se lo agradecemos, porque Zenya entró en shock nada más conocer la noticia y ahora raya en el histerismo. No para de repetir que quiere volver a casa, que no se siente segura aquí, pero se niega a poner un pie fuera de Yubileyny por miedo. Ni mi compañero ni yo sabemos qué hacer con ella, y Pasha parece el único capaz de consolarla y tomar las riendas de la situación. Nos explica por teléfono que los servicios de transporte público están suspendidos, pero que la mayoría de taxistas de la ciudad, e incluso algunos conductores particulares, están ofreciendo traslados gratis a cualquiera que lo necesite. Eso parece persuadirla y, tambaleante y llorosa, se encamina a la salida. Antes de que nos marchemos, ocurre otro hecho insólito: Alexandra y Mihail se acercan a nosotros y nos dan un abrazo. Ella susurra en mi oído que tenga cuidado, y yo aprieto su mano y le pido que me envíe un mensaje cuando llegue a casa. Ni siquiera sé si tiene mi número, pero ella asiente convencida. Sobran más palabras.

Fuera del recinto, caminamos hasta la calle principal y nos subimos en un taxi, nosotros tres y el chico que hace apenas un par de horas nos sirvió unos sándwiches y varias botellas de agua en la cafetería de Yubileyny, y cuya madre no responde al teléfono. Mientras teclea desesperado su número en el aparato una y otra vez, yo le indico las señas al conductor en mi ruso precario. A lo lejos, el ruido de las sirenas se prolonga en un arrullo macabro, y Zenya, en el asiento de atrás, no deja de llorar en brazos de Kolya, aferrada a un pañuelo de tela. El conductor, nervioso también, nos da más datos sobre la situación entre una letanía de lamentos con fuerte acento uzbeko. Anestesiada como me siento, y con mis escasos conocimientos del idioma, escucho su relato a ráfagas: individuo solo... mochila... túnel entre la plaza Sennaya y el Instituto Tecnológico... tres personas muertas en el andén... Desconecto. No quiero oír más.

Al otro lado de la ventanilla, el viento frío campa a sus anchas por una ciudad apocalíptica, y los cordones policiales que cercan todas las bocas de

metro resaltan contra el ocre de los edificios. Tardamos casi cuarenta y cinco minutos en alcanzar Divenskaya por culpa del tráfico, que nos engulle y mastica lentamente. Al llegar a nuestro destino, los tres damos las gracias al conductor, a quien Kolya, a pesar de las negativas iniciales, tiende un billete de cincuenta rublos. Nos despedimos del empleado de la cafetería deseándole que encuentre pronto a su madre y nos abalanzamos fuera del coche, como si así nos sintiéramos más protegidos. Como si el edificio de ladrillo rojo, molduras barrocas y portalón de chapa fuese un reducto impenetrable y nos mantuviera a salvo de las pesadillas. En cuanto cerramos el portón, Zenya deja de llorar y comienza a suspirar. Pasa de largo frente a su puerta y continúa ascendiendo hasta la quinta planta, donde se atrinchera en el piso de Kolya —nuestro piso— y cierra por dentro con tres vueltas de llave. Dice que dormirá aquí esta noche, así tenga que compartir la caja de arena de Sashenka. La gata la mira con recelo y empatía a la vez, como si comprendiera su dolor, que, esta tarde, es un agujero en el que cabemos todos.

Kolya se pone las gafas y enciende el televisor sin mediar palabra. Tiene el mando a distancia en una mano y el teléfono inalámbrico en la otra; sus dos hermanas lo han llamado para interesarse por él. En pantalla, el ministro de Asuntos Exteriores ofrece una rueda de prensa que se repite en bucle: gracias a los subtítulos me entero de que han recomendado a toda la población de San Petersburgo que no abandonen sus hogares en lo que queda de día. El aeropuerto también está cerrado, por lo que es imposible salir de la ciudad, excepto por carretera.

El atentado ya suma siete muertos.

Pasamos las horas pegados al televisor, como en trance, al tanto de las novedades. Aunque envié un mensaje a mis padres para que no se preocuparan, en cuanto se hace de día en Montreal me llaman por Skype. Por supuesto, a ellos tampoco les digo que esta mañana viajé en ese metro y pasé por ese túnel. No necesitan saberlo. A continuación, recibo una retahíla de mensajes de mis mejores amigos, de Gilles y también de algunos de mis excompañeros en el club Île-de-Pierre. De Tom no sé nada.

Como Zenya no tiene teléfono móvil y no ha pisado su casa, Kolya es quien actúa de mensajero entre ella y sus conocidos, que llaman uno tras otro, alarmados por no saber nada. La madre de Kolya no da señales de

vida hasta pasadas las ocho (la misma hora a la que, según los informativos, algunos vecinos del centro comienzan a abandonar discretamente sus casas para depositar flores y velas en la plaza Sennaya), aunque a él tampoco lo he notado demasiado preocupado. En la conversación con sus hermanas se mostró mucho más expresivo, y aunque ninguna de las dos vive en la ciudad, les pidió por favor que se cuidaran y que lo avisaran enseguida si sucedía algo.

Hoy nadie piensa en ballet, ni en clases de ruso, ni en sesiones de rehabilitación.

El 3 de abril anochece despacio, y yo, entumecida, veo discurrir los segundos, los minutos y las horas ante mí en un limbo extraño, sentada en el sofá color calabaza con Kolya a un lado y Zenya rezando quedamente al otro, acumulando muertos en su komboskini. Así hasta catorce.

Miro a mi compañero por el rabillo del ojo. El silencio que nos envuelve es íntimo y casi obligado. El dolor lo colma todo, incluso nuestras gargantas. No he nacido aquí, no me he criado aquí, no he vivido en esta ciudad hasta hace apenas tres meses. Kolya sí. No soy capaz de calibrar la magnitud de su dolor, si a mí ya me duele. Paso un brazo por encima de sus hombros; él permanece con la vista, dos córneas opacas en cuencas hundidas, clavada en el televisor, única fuente de luz de esta habitación ya en penumbra.

—Lo siento —balbuceo en ruso.

Kolya parece despertar de un letargo de lustros. Parpadea y enfoca sobre mí una mirada bloqueada por el horror. Entrelaza sus dedos con los míos y sacude la mano un par de veces.

—Mañana —pronuncia en voz alta, y esa única palabra engloba un juramento, una súplica, desaliento y esperanza.

Sí. Mañana volveremos a la vida. Mañana el dolor habrá menguado. Mañana.



El 4 de abril nos recibe con una nueva amenaza de bomba en los medios de comunicación. Aunque parte de la red de metro se ha ido reabriendo paulatinamente a lo largo de la noche, a primera hora de la mañana vuelven a cerrarse todas las líneas por precaución. A pesar de que pronto

las autoridades determinan que no hay riesgo real de un segundo atentado, Zenya, que ha pasado la noche en el sofá del ático, lo tiene clarísimo:

—Yo no salgo hoy. Hoy, casa. Mañana, casa. Casa para siempre. Yo no salgo más. Ñet.

—Vamos, Zenya. —Kolya intenta hacerla entrar en razón—. Te estás dejando arrastrar por la conmoción y te estás comportando como una niña caprichosa.

La contienda se prolonga durante minutos, con idénticos argumentos desde uno y otro bando. Mientras discuten, yo me asomo a la ventana del salón y contemplo debajo de mí el asfalto de una ciudad que parece en coma inducido. El gobierno local ha decretado tres días de luto oficial, y las pocas personas que transitan a estas horas por la calle se mueven como a cámara lenta, hombros desplomados, ojos hundidos en la bufanda. De fondo, el sonido de un televisor procedente de cualquier piso, de cualquier edificio, me acuna en esta mañana detenida en el calendario.

La carga explosiva, equivalente a trescientos gramos de trinitrotolueno, detonó en el tercer vagón...

—Muy bien, tú ganas —oigo de repente tras de mí. Es Kolya quien firma la rendición—. No saldremos de casa hoy si eso te hace sentir mejor, pero me niego a malgastar un día más de mi vida. —Habla con energía, a pesar de que sus ojos delatan que esta noche ha compartido cama con el insomnio—. No permitiré que, además, me roben mi rutina, mi tiempo y mis metas. —Se vuelve hacia mí—. ¿Estás en mi equipo o en el suyo? —Su índice apunta a una asustadiza Zenya, hecha una bola contra el sofá.

Yo, con los dedos aún en las cortinas, asiento. Ante un mundo desquiciado, su forma de plantar cara es también mi forma de plantar cara.

—En el tuyo.

—Bien.

Apaga la tele a pesar de los murmullos quejicosos de nuestra entrenadora y echa un vistazo al reloj.

—Son las ocho y veinte. ¿Crees que llegaremos a tiempo al calentamiento? —me dice. A Zenya directamente la ignora.

Una breve sonrisa se expande por mi rostro. Una sonrisa sin dientes ni encías, pero sonrisa. Porque seguimos aquí, porque nos tenemos los unos a los otros, y porque nuestra huella cuando ya no estemos será hermosa y

limpia como un cambio de filo sobre hielo recién pulido.

—Yo ya estoy preparada. ¿Y tú?

Me responde el chirrido de las patas del sofá. Kolya empuja los muebles hacia las paredes, traslada la mesa de centro al recibidor, coloca los taburetes sobre la barra americana y desenchufa la lámpara de pie.

—Lo siento, Sashenka —se disculpa antes de mandar gata y caja directas al cuarto de baño.

En cuestión de segundos, disponemos de un espacio lo bastante amplio como para estirar nuestros músculos sin golpearnos con nada, ni tampoco entre nosotros. Zenya ha dejado de llorar y nos observa desde un rincón, lanzando leves indicaciones de vez en cuando acerca de lo bien o lo mal que lo estamos haciendo.

A las nueve de la mañana, nos calzamos nuestros calcetines más deslizantes y nos dedicamos a dar saltos sobre el parqué. Kolya descuelga el espejo del baño y lo coloca delante del televisor; rebusca en el interior del armario hasta dar con una plataforma giratoria de sus tiempos de debutante y nos la turnamos para perfeccionar las piruetas en paralelo, ahora sí, con Zenya dando órdenes sin pudor hasta que nos sincronizamos.

A las diez de la mañana, cojo mi móvil y enchufo un duplicador de auriculares para no molestar a los vecinos en este día de luto. Le tiendo un par a Kolya; Toss the feathers se desgrana en nuestros oídos. Tiramos de bloc de notas y aprovechamos para apuntar ideas y empezar a darle forma oficialmente a nuestro programa corto. Hacemos pases para enlazar unos elementos con otros, aplaudiendo algunos y descartando la mayoría.

Al mediodía, Kolya llama a Viktor, el coreógrafo, y activa el manos libres. Charlamos con él acerca de lo que nos gustaría plasmar y de lo que se nos ha ocurrido. Sus primeras sugerencias nos entusiasman, y quedamos en vernos antes de que termine la semana.

Para la hora de comer, la nube negra que pende sobre nuestras cabezas desde ayer casi se ha evaporado. Esta es nuestra vida. Esta va a seguir siendo nuestra vida.

Me adelanto a la cocina, me visto con un delantal viejo y me sitúo tras la barra americana. Tratando de imitar el acento del cocinero de Yubileyny, les ofrezco a mis compañeros de fatigas el menú del día:

—... compuesto por sopa fría sin un gramo de pescado pero con

muchas espinas, que dan sabor; ensalada de arenques con kéfir fermentado en 1985, y hojas de col rellenas de una pasta grumosa que Sanidad aún está analizando.

Tanto Zenya como Kolya se parten de risa. Acabamos degustando una ensalada de pepinillos con un toque casi imperceptible de crema agria, otra de las exquisiteces típicas de la gastronomía de Yubileyny.

A las cinco de la tarde, después de repasar los avances de la jornada junto a nuestra entrenadora, nos despedimos frente a la puerta del cuarto de baño/vestuario. Kolya tiene rehabilitación, y yo, clase de ruso. Zenya y yo nos vestimos con un albornoz cada una y esperamos a Kolya junto a la cama/camilla. Él, un tanto avergonzado al principio, descubre su rodilla, envuelta en kinesiotape de colores; le damos unos masajes, o por lo menos lo intentamos con la mejor de las intenciones. Valiéndonos de un roído tapete del juego Twister, que Zenya, en un arranque, ha pedido prestado a las niñas del primero, y de un par de cintas elásticas, lo ayudamos con los ejercicios que le ha prescrito el fisioterapeuta. Animo como la que más, incluso cuando veo que su frente empieza a perlarse de sudor a causa del esfuerzo. Las dos pronosticamos una rápida mejoría si sigue aplicándose de ese modo, le deseamos que pase una buena tarde y salimos del dormitorio/cabina.

Deprisa, antes de que llegue a su fin la hora de mi clase de ruso, él se pone en pie, se baja de nuevo la pernera del pantalón y se planta delante de la pizarra magnética que decora el frigorífico. Yo me siento en uno de los taburetes amarillos y utilizo la barra como pupitre.

—Querida alumna, hoy realizaremos un repaso de vocabulario. Empezaremos por las tareas domésticas y el hogar.

Rompo a reír. Si supiera lo cerca que está de parecerse al auténtico Connard, no se esmeraría tanto.

Zenya, como una azafata bien adoctrinada, se pasea por la casa señalando objetos sin ton ni son, a la espera de que yo responda con su nombre en ruso. Como método didáctico deja bastante que desear, pero no puedo negar que resulta increíblemente divertido. Poco a poco voy ganando confianza y acabo por atreverme incluso con los más difíciles, como calefacción central, espuma de afeitarse o toma de tierra (no acierto ninguno de los tres, pero me lo paso en grande intentando adivinar cómo

se diría). Al finalizar la lección, mis maestros me felicitan: Zenya palmea como suele y Kolya entrechoca su mano con la mía.

—Ya eres más rusa que las matrioshkas —me dice en voz baja.

Por la noche, jugamos un rato a las películas después de cenar. Tras nuestra larga, productiva, agotadora y, sobre todo, rutinaria jornada de trabajo, los tres, tapados con una sola manta, caemos rendidos en el sofá, que aún no ha vuelto a su hueco de costumbre, y nos despertamos en torno a las once y media con el cuello anquilosado y los párpados pegados. Zenya, por fin, acepta volver a su casa. Dice que ya lleva dos noches sin cenar vareniki y que su estómago comienza a resentirse. Kolya y yo nos deseamos buenas noches y nos encerramos cada uno en nuestra habitación.

El de hoy ha sido uno de los días más tristes que recuerdo. A San Petersburgo le han amputado catorce almas, parte de su pan de oro y el aliento. Sin embargo, nosotros hemos formado un verdadero equipo por primera vez.

CAPÍTULO XXII

La vuelta a la rutina —la real— se hace dura, muy dura. Tres días de luto no son suficientes para que una ciudad herida de muerte recupere sus constantes vitales, y todo a nuestro alrededor parece sometido al efecto de un potente narcótico. En Yubileyny, los entrenamientos van recobrando poco a poco el ritmo, pero el silencio entre canción y canción, en la sala de calentamiento o en el vestuario se torna espeso y pastoso. El comedor funciona a medio gas, y los atletas no se detienen a charlar frente a la máquina de bebidas.

Viktor cumple su palabra y se presenta en el pabellón antes del fin de semana. Sus ganas desbordantes de trabajar nos distraen y llenan un tiempo cargado de movimientos pero vacío de sentimientos. Antes de que termine el viernes, ya dejamos fijado un tercio del programa corto, y me siento optimista. Qué diablos: me encanta. Me pone a mil, y eso es todo cuanto necesito para entregarme a un ejercicio en cuerpo y alma. No puedo evitar admirar lo bien que empasta el bucle con la pirueta baja, cómo arrancamos desde ahí la elevación estática, para luego ejecutar una serie de choctaws que derivan en un flip. Recuerdo en la lejanía la prueba que Kolya y yo realizamos en esta misma pista allá por el mes de enero y creo que es la primera vez que siento que estos tres meses en Rusia, con todos sus días, sus horas, sus minutos, han servido para algo más que para saber distinguir un templo ortodoxo de uno católico. Paso a paso estoy convirtiéndome en la patinadora que siempre he querido ser.

Fuera de Yubileyny, todo transcurre más o menos igual, excepto por la insidiosa pátina de desamparo que parece recubrir esta primera semana de abril. Jogging por la orilla del Neva —que ha vuelto a congelarse— hasta la Dormición de María y volver, clases de ballet, fisioterapia para Kolya, Instituto Derzhavin para mí... En casa, las cosas también marchan razonablemente bien. El vodka no ha regresado al armarito de la cocina, y Sashenka ensucia su arenero solo lo justo.

A finales de la segunda semana del mes, en un día invernal más propio de diciembre que de abril, mientras esperamos a que Alexandra y Mihail

despejen la pista para probar el final apoteósico que Viktor ha ideado para nuestro programa, Pasha aparece por Yubileyny, agarrado a un maletín como si dentro transportara fajos de dinero robado. Le hace un gesto a Zenya para que lo acompañe al pasillo, y nosotros vamos detrás. Una vez fuera, abre las pestañas metálicas del maletín y extrae un papel que nos planta delante con aire misterioso.

—Federación hace públicos ayer torneos de pretemporada.

En cuanto oigo las tres últimas palabras, mi corazón se acelera y las rodillas tintinean.

—¿Y bien? —apremia Kolya.

—Pronto para asignaciones definitivas. Pero yo... muevo algunos hilos —responde Pasha. El rictus añinado y el tono dulce contradicen su discurso de mafioso empedernido—. Vosotros aquí y aquí. —Señala con el dedo varios renglones; cada uno de ellos actúa como un látigo sobre mi adrenalina—. Copa San Petersburgo en agosto y Trofeo Lombardía en septiembre, para acreditar notas mínimas y competir en Grand Prix. También yo hablo con amigos para invitar a dos vosotros a exhibición. Ahí, ahí y ahí. —Señala—. Para practicar —apostilla con una sonrisa inocente.

Me apretujo contra Zenya para leer mejor. Doy las gracias mentalmente porque el texto está escrito tanto en caracteres cirílicos como latinos. Si algo he aprendido en estos meses es que nadie es consciente de lo importante que es saber leer hasta que a uno le cambian el alfabeto en las narices.

Inauguración pista de hielo de Safonovo – 8 de mayo

Gran Festival de las Fuentes de Peterhof – 20 de mayo

Gala de Celebración del 314 Aniversario de San Petersburgo – 27 de mayo

—No lo puedo creer. —Una mano aparece de la nada. La mano nos arrebató el papel. La mano increpa a Pasha mientras sacude el documento. Es Alexandra—. Acaban de empezar y ya hay favoritismos.

Pasha replica, muy serio y en ruso. De todo lo que dice, capto a duras penas las palabras «decisión» y «federación». El rostro de ella es pétreo. Esto supone el fin de la tregua que se impuso tras el atentado, me temo.

—¡No es justo! —insiste Alexandra—. Nosotros llevamos años federados; ella es una recién llegada. Hemos formado parte del tándem nacional; hemos sido cabeza de equipo desde la retirada de Tereshchenko y Parshikova, y ahora...

No termina la frase, pero todos la completamos en nuestra cabeza: «Y ahora nos toca a nosotros ganar».

—Y ahora, ellos se llevan la fama y nos dejan las migas —sentencia Mihail con una mueca gélida.

Kolya, Zenya y yo asistimos al enfrentamiento desde un segundo plano, aguardando una nueva volea con la respiración suspendida. Pasha devuelve el saque sin perder un ápice de diplomacia.

—Federación siempre busca mejor para atletas suyos. También buscará mejor para dos vosotros —aclara, esta vez en inglés.

—Hablaré con mi padre acerca de esto. No pienso dejar las cosas así —estalla Alexandra. Me pregunto para mis adentros si Maxim Zhigunov, el comentarista deportivo, no tendrá cosas más interesantes que hacer que mullir los algodones de la cuna de su nenita.

Cabreada, Alexandra convierte el papel con membrete de la FFKKR en una bola irregular, que rueda por el suelo y frena contra mi pie. Me agacho a recogerla y la despliego; la discusión del pasillo sigue en pleno apogeo, pero va perdiendo intensidad en mis oídos a medida que mis ojos repasan, una y otra vez, las palabras escritas con tinta azul.

Hasta que se silencia por completo.

No escucho nada más. Mi mente ya está en mayo.

Esto empieza.



El 8 de mayo, a una hora en la que no debería estar permitido encontrarse en otro lugar que no sea la cama, Kolya, Zenya y yo viajamos a bordo del primer Sapsan de la mañana con destino a Moscú.

Todo está listo para nuestra presentación en sociedad. La recién construida pista de Safonovo aguarda nuestro debut, y nosotros llevamos el resto: una maleta pequeña con los trajes para la exhibición, nuestros patines y a una entrenadora que pretende tenerlo todo controlado y que a estas horas intempestivas ya se halla al borde de la hiperventilación.

Ayer, en el último momento, Zenya recordó que aún no habíamos ensayado nuestro saludo y nuestra despedida y entró en pánico. No cesaba de repetir que no seríamos un equipo de verdad si no teníamos un saludo, así que, sin importarle la gloriosa tormenta de aguanieve que en ese momento caía sobre San Petersburgo, nos arrastró hasta Yubileyny, donde hicimos uso de los pases de veinticuatro horas, y nos obligó a ensayar hasta que se fue la luz. A pesar de que la pista estaba vacía y de que no sonaba ninguna música, cuando al fin dejamos fijados los pasos, miré a Kolya, él me miró, y sentí el cosquilleo de la competición en la boca del estómago. En algo tenía razón Zenya, después de todo: ahora sí somos un equipo.

En Moscú, nos bajamos de un tren y cambiamos de estación para subirnos a otro que nos conducirá hasta Safonovo, en la óblast de Smolensk. En total, más de siete horas de viaje para la ida y otras tantas para la vuelta. Y yo que pensaba que no había nada tan lejano como Vancouver...

En la estación de Belorussky, y antes de que salga nuestro tren, compramos café para llevar —té en el caso de Zenya, que, como buena rusa, sigue considerando el café un invento del demonio— y, sentados en un banco, lo acompañamos de compota rica en vitaminas y proteínas. Es la segunda vez que piso Moscú en mi vida: la primera fue para una competición en categoría júnior, y solo tuve ocasión de ver el hotel donde estábamos concentrados, la autopista del anillo periférico, el pabellón deportivo y un descampado de los alrededores. En esta segunda visita, he visto nada menos que dos estaciones de ferrocarril. Quizá para la tercera pueda conocer por fin los encantos de la ciudad.

En Safonovo, el gerente de la nueva pista acude a recogernos en su coche. Su inglés es bastante mediocre, y de mi ruso mejor ni hablamos, así que guardo silencio mientras Zenya y Kolya charlan con él. Dima, que así se llama, nos lleva a una cafetería del extrarradio, donde nos sirven un menú cerrado de pasta y pollo. Si alguien me hubiese dado un dólar por cada ocasión en que me han servido pasta y pollo antes de un evento deportivo, sería millonaria.

Sentados a la mesa, Dima me pregunta algo, y yo respondo con una sonrisa estúpida. No he entendido una sola palabra.

—Quiere saber si no te gusta la comida del mejor restaurante de

Safonovo —traduce Kolya.

—¡Oh, claro que sí! Es el mejor establecimiento de Rusia. —Intento hacerme entender mientras asiento impetuosamente con la cabeza para que no se sienta ofendido—. ¿Por qué cree que no? —me dirijo a Kolya en inglés.

—Has puesto una cara rara.

Lo miro con desconfianza.

—No creo que haya dicho que he puesto una cara rara.

—Lo digo yo.

Cabrón.

—Tampoco es el mejor restaurante de Safonovo, ¿verdad? —increpo con las mejillas encendidas por su burla.

Sonríe sin mirarme, enfocado en su plato. Y es una sonrisa tan auténtica, tan escasa, tan preciada, que por un instante siento envidia de que se la lleven toda unos anodinos macarrones con tomate.

—No sé, dímelo tú, que al parecer conoces todos los establecimientos de Rusia.

Dos horas antes de la apertura de puertas, Dima nos muestra la pista, ahora desierta. Disponemos de treinta minutos para probarla y familiarizarnos con ella; después, arreglarán el hielo mientras nosotros nos preparamos para la «gran presentación». Safonovo es una ciudad pequeña, de menos de cincuenta mil habitantes, por lo que las instalaciones son bastante mejorables, pero me considero afortunada porque al menos la pista es de auténtico hielo y no de teflón. Después de probar el sonido, de estrechar unas cuantas manos entre técnicos, encargados y periodistas, y de sacarnos algunas fotos con ellos, que yo subiré a Instagram y mi compañero compartirá en VK, Kolya se dirige a su vestuario y yo, al mío. Está vacío. No hay más patinadores invitados. Después de nuestra exhibición actuará una banda de música local y, más tarde, se celebrará un amistoso de hockey.

El vestido de terciopelo verde y gasa cuelga de una percha detrás de la puerta. Me detengo un momento y me regalo un par de minutos de paz antes de que me abduzca el torbellino. Acaricio con el dorso de la mano la cenefa celta bordada desde el hombro derecho hasta el dobladillo opuesto de la falda, remallada para imprimirle vuelo y carácter.

Me he pintado las uñas en el tren (una de mis habilidades inexplicables consiste en pintarme las uñas a bordo de cualquier vehículo en marcha. La adquirí en mi adolescencia, cuando Gilles nos llevaba a Tom y a mí en coche a los trofeos entre clubs los viernes por la noche, al salir del instituto, y no había tiempo para que nos arregláramos en el vestuario. Fue también en esas horas interminables de viaje durante las que mi madre aprendió a hacer patchwork); después de ponerme los leotardos y el vestido, solo me falta peinarme y maquillarme. Trazo una raya gruesa en mi párpado superior con el lápiz de ojos verde oscuro y me pinto los labios de un tono marrón. He quedado con Zenya en emplear colores que evoquen los bosques de Irlanda. Le doy vida a mi rostro con un colorete anaranjado y un toque de brillo en las pestañas. Peino dos trenzas a cada lado de mi cara y las recojo en la parte posterior de la cabeza con un broche tribal.

La última hora antes de salir a la pista, Kolya y yo calentamos en una de las salas cerradas al público, donde han tenido la deferencia de instalar moqueta para nosotros. Practicamos los elementos más difíciles por separado y hacemos unos cuantos pases rápidos del programa al completo. Nos lo sabemos de memoria, lo hemos clavado decenas de veces antes, pero estamos tan nerviosos que, ante el error más nimio, volvemos a empezar. Cualquiera diría que vamos a pelear por una medalla olímpica en lugar de participar en una exhibición en una villa de la Rusia profunda; yo me siento como si toda mi reputación y mi futuro estuvieran en juego en esta pista pueblerina.

A diez minutos del comienzo, paso por el vestuario a retocarme. La lucecita de mi móvil parpadea: mis padres, que incluso en la distancia han asistido al proceso de creación del programa como un par de fanáticos, me envían un mensaje. «Buena suerte, cariño. Aunque no puedas vernos, estamos ahí contigo, como siempre». Dios mío, no me creo que lleve cuatro meses sin abrazarlos.

Zenya golpea con los nudillos en la puerta y me avisa de que debo estar preparada.

Salgo. Últimas instrucciones. Asentimientos. Clínex para el sudor frío de mis manos.

Bullicio creciente; los primeros espectadores empiezan a ocupar sus

asientos. Me pongo los auriculares. Ruido blanco. Es justo lo que necesito. Acallar sus voces. El bombeo atronador de mi corazón. Se apagan. Ambos.

Cierro los ojos. Me obligo a respirar profundamente.

Respira.

Respira.

Respira.

Kolya viene. Frente al acceso a pista. Su mano y mi mano. Respiramos juntos. El presentador de la gala enciende el micrófono. Aplauso. Zenya nos estrecha contra su pecho e, inmediatamente después, nos empuja.

—Suerte —dice.

Ya estamos dentro. Y de repente, Safonovo ya no es Safonovo, sino Helsinki, y los focos nos ciegan, y la megafonía canta nuestros nombres en representación de Rusia, y Kolya y yo saludamos a las miles de personas ataviadas con banderas y gorritos que están a punto de presenciar cómo patinamos nuestro programa corto en ese campeonato del mundo que me perdí.

—Suerte —oigo decir a Kolya. Se santigua.

—Suerte.

¿Cómo puedo estar tan histérica? Todas y cada una de las ocasiones en que he patinado en público me he prometido a mí misma que esa sería la última vez que me pondría nerviosa. Que mejoraría con el tiempo. Todas y cada una de las ocasiones en que he patinado después, he seguido poniéndome cardíaca. Supongo que es inevitable: por más que realices el mismo programa mil veces, nada te asegura que en la mil y una vaya a salir bien.

Me seco las manos por última vez contra el terciopelo del vestido, primero la palma y luego el dorso. Tomamos posición en el centro de la pista y, durante unas milésimas, no ocurre nada. Maniqués en una espera eterna; el cerebro a mil revoluciones por segundo. Hasta que empieza la música, y ya no pienso más.

Dos minutos y cincuenta segundos después, mi cerebro se conecta de

nuevo. Helsinki ya no es Helsinki, sino Safonovo. Los espectadores se transforman en un puñado de rusos curiosos que ya tienen algo de lo que chismorrear mañana. Pero aplauden a rabiar, y yo me dejo embargar por su calor mientras efectuamos la reverencia de despedida. Siempre he sabido que el público ruso es tremendamente exigente en lo que a patinaje se refiere, pero esta noche, además, descubro de primera mano que también es increíblemente apasionado. Y agradecido. Seremos la sensación de Safonovo de aquí a las próximas olimpiadas.

—¿Y tu rodilla? —le pregunto en voz baja a Kolya mientras caminamos hacia la salida.

Él no habla, solo insinúa un gesto afirmativo con la cabeza para que no me preocupe. Me sorprende verlo como lo veo: conmovido, estremecido, arrebatado.

Zenya aguarda exultante. En el trayecto al vestuario no deja de ponderar lo estupendos que somos. Uno de los reporteros se acerca para hablar con ella y se va tras él como la serpiente tras un faquir.

—Gracias —me dice Kolya cuando ya estamos fuera de la vista de todos, y yo lo achaco a mi interés por su rodilla.



Regresamos a San Petersburgo en cuanto termina nuestra participación en la gala; hacer noche en Safonovo supone un gasto extra que nuestro presupuesto no puede cubrir. Salimos en el último servicio hacia Moscú, donde tomamos el Flecha Roja, el tren nocturno, orgullo de la compañía de ferrocarriles y de la patria, en general. En la estación Leningradsky, antes de la partida, resuena por megafonía el Himno a una gran ciudad, y por un instante creo que los pasajeros que aguardan en el andén, frente a vagones esmaltados en un vibrante carmesí estalinista, van a llevarse una mano al pecho y arrancarse a cantar. Una vez a bordo de nuestro coche, en segunda clase, buscamos el compartimento que nos corresponde, y yo veo todas y cada una de las películas ambientadas en Rusia pasar ante mis ojos: suelo de moqueta, cortinas con borlas, tapizado color granate. Nos repartimos las literas (Kolya y yo, en las de arriba; Zenya, debajo de la de Kolya, y una babushka¹³ que viaja a San Petersburgo para ayudar a su hija, a punto de dar a luz, bajo la mía). Llegaremos a destino a primera hora del

martes, y como es festivo nacional, aprovecharemos para descansar.

—Mañana yo solo levanto de cama para fuegos artificiales —asegura Zenya antes de caer en un profundo sueño. Una única cosa gusta más a los rusos en los días de fiesta que regalar flores: la pirotecnia.

Aunque la litera es estrecha y las sábanas, recias, yo no tardo en caer rendida también, sobrepasada por el agotamiento y por las emociones.

Al día siguiente, a pesar de nuestro firme propósito de descansar hasta tarde, la excitación por todo lo vivido no nos deja dormir demasiado, así que a la hora del almuerzo Kolya y yo bajamos a hacerle compañía a Zenya y a sus vareniki, que también están despiertos. Mientras yo echo una mano en la cocina, mi compañero lee en su móvil la prensa del día.

—Oíd esto —dice de pronto—. Es de Sovetsky Sport. «A la nueva pareja formada por el ruso Nikolai Tsvetkov y la canadiense Suzanne Boucher, entrenados por Evgenya Ilyushina en San Petersburgo, y que hizo su primera aparición pública ayer en Safonovo, aún le falta madurez como equipo, dado el poco tiempo que llevan entrenando juntos, pero resulta una combinación interesante. Permaneceremos atentos a su evolución; dará que hablar».

Levanta la vista de la pantalla y nos mira antes de emitir un veredicto.

—Supongo que es positivo, ¿no? —opino yo. Tengo la impresión de que los periodistas hablan mucho sin decir nada.

Zenya interviene:

—No es prensa lo que interesa a dos vosotros. Solo trabajo. Ayer día importante, sí. Dos vosotros mucho bien, ¡muy! Pero mañana más importante todavía. Siempre mejores, ¿sí?

A media tarde, Pasha, que ha pasado el día visitando a sus padres, ya ancianos, se acerca a casa de Zenya. Entra en el salón siguiendo los pasos de mi entrenadora con rostro embelesado, pero su cara se empaña de rubor al encontrarnos a los dos allí. Temo que nuestra presencia agüe unos planes que desconozco, pero Pasha salva la situación al comunicarnos que algunas marcas comerciales ya han puesto sus miras en nosotros. Teniendo en cuenta que solo llevamos juntos cuatro meses y que apenas ha transcurrido un día desde nuestra presentación ante los medios, podríamos calificarlo de milagroso. Por lo que nos comenta Pasha, tanto los aficionados como la federación han quedado encandilados con nuestra

singular mezcla en técnica e interpretación. Además, el morbo de ver a Kolya en otra modalidad, aderezado con el de mi ruptura con Tom y nuestra inevitable rivalidad dentro de la pista, ha disparado las expectativas en torno a nosotros. (Para cuando termine esta especie de «gira promocional» que acaba de comenzar, luciremos en nuestra equipación un parche con el logotipo de una correduría de seguros y otro de una cadena de supermercados. Y ambos nos proporcionarán el respiro económico que necesitamos).

A las ocho en punto, Pasha se revuelve incómodo en el sofá.

—Mejor yo marchó de aquí... Ya molesto demasiado.

Zenya se envara y le responde en ruso, por lo que desconecto inconscientemente de la conversación, hasta que siento a Kolya tirar de mí y despedirse a toda prisa. Salimos por la puerta antes de que puedan protestar y los dejamos a solas, yo, desconcertada por lo que acaba de suceder, y Kolya, con los labios apretados para reprimir la risa.

—¿Qué me he perdido? —le pregunto en voz baja en el descansillo de la escalera.

—Por lo que he averiguado, Pasha invitó a Zenya a ver juntos los fuegos artificiales, pero cuando ha venido a buscarla, no se ha atrevido a decirlo delante de nosotros.

Abro mucho los ojos.

—¿Y Zenya? ¿Por qué ella tampoco ha dicho nada?

—Zenya... —Menea la cabeza con aire divertido—. Zenya siempre se entera de todo a medias. O eso quiere hacernos creer. Ha pensado que realmente venía a hablar de los patrocinadores. Pasha ha dado por sentado que había olvidado los fuegos y se ha despedido. Zenya lo ha regañado y ha dicho que buscaría a otra persona con quien ir a la fiesta.

—¿Y qué más ha pasado?

—No sé. —Kolya se encoge de hombros mientras introduce la llave en la cerradura—. He sentido que sobrábamos y nos he sacado de allí.

Suspiro.

—Mi educación te lo agradece. Pero mi vena cotilla no te lo perdonará jamás.

Entramos en el ático. Kolya deja las llaves en la consola del recibidor y se deshace de su calzado. Se pone las pantuflas y me tiende las mías,

siempre cerca de la puerta, como debe ser en un buen hogar ruso.

—No te has perdido nada. Los conozco. Harán como si nada hubiera pasado e irán a ver los fuegos. Zenya se interesará por los padres de Pasha; Pasha le pedirá detalles del evento de ayer. Charlarán sobre el frío que hace y jurarán que nunca han vivido un mes de mayo tan frío. Comentarán lo bonitos que son los fuegos artificiales y perjurarán que nunca han visto unos tan bonitos. Criticarán al gobierno, se quejarán de la economía del país, culparán de todos los males del mundo a Gorbachov, tomarán un chocolate caliente y volverán a casa, donde se despedirán con tres besos en la mejilla mientras quedan en verse de nuevo en Yubileyny, en el despacho o en la iglesia. Dirán que ha sido una velada encantadora y que esperan que el otro goce de buena salud en los próximos días; incluso puede que Zenya ajuste la bufanda de Pasha para que no se resfríe. Y ya está.

—Vaya, sí que los conoces bien.

Pone los ojos en blanco.

—Zenya es peor que mi madre. —Y no sé por qué, algo en su tono me hace pensar que también es mejor.

—Has vivido mucho a su lado, ¿verdad?

—Toda una vida —admite. Sus ojos se cristalizan, pero yo no quiero que este día termine en tristeza. Es un día para celebrar, así que cambio de tema:

—Tienes que contarme qué hay exactamente entre esos dos... ¡No puedo ser la última en enterarme!

Kolya sonrío, pero su sonrisa es lánguida, saturada de cansancio.

—Lo sé. Pero ahora solo quiero dormir. Demain¹⁴ —promete. Su acento es desastroso, incluso me cuesta distinguir que es francés, pero, por alguna razón, el simple recuerdo de esa palabra me dibuja una sonrisa antes de acostarme.

CAPÍTULO XXIII

Zenya cumple a rajatabla su propósito de hacernos trabajar más duro, y el miércoles, atemperada la euforia tras la exhibición, saca a relucir los defectos de nuestra puesta en escena y nos pone firmes con intención de pulirlos todos de golpe.

Después de los entrenamientos en Yubileyny tenemos clase de ballet, a la que llegamos con la lengua fuera y los músculos hostigados. A las siete, me dirijo a mi clase de ruso, donde me esfuerzo en mantener los ojos abiertos. Sin embargo, mi sopor es tan evidente que incluso Connard se da cuenta, y tanto Asia como EX se burlan sin reparo a la puerta del instituto, donde charlamos un rato más al finalizar la clase.

—Cuando Connard se acercó a tu pupitre y te ofreció una almohada fue muy divertido —se carcajea Asia.

—A mí no me hizo gracia.

—¿Creéis que debería avisar de que habrá un invitado más en mi fiesta? —Desde hace unos días, EX no habla de otra cosa que de su veintisiete cumpleaños, que será a finales de este mes. Está convencido de que sus compañeros de piso le están organizando una fiesta sorpresa y que todos estamos compinchados para hacerle creer que no es así. Lo cierto es que, hasta donde yo sé, no hay ninguna fiesta.

—¿Quién? —pregunto sin pensar.

—Connard, ¿quién va a ser? Ahora que sois tan buenos amigos, supongo que lo llevarás de acompañante.

Resoplo.

—Os creéis muy graciosos, ¿verdad?

—No tanto. Pero tú lo pones fácil.

—Mejor cambiamos de tema... —replico—. ¿Cómo va lo de tu mudanza, Asia? —Sé que durante el mes de abril estuvo empaquetando enseres, incluso hojeamos juntas una revista de decoración, pero desde hace unos días no ha vuelto a hablar de ello.

Su rostro tostado se ensombrece.

—Ha surgido un problema. El agente inmobiliario llamó a Ivan: los

propietarios del piso que íbamos a alquilar han decidido en el último momento quedarse en San Petersburgo. Algo relacionado con el atentado: un familiar resultó herido y se quedan para cuidar de él, o algo así. En realidad no sé mucho, solo que tenemos que seguir buscando. Seguramente no nos mudaremos hasta el verano —explica con voz apagada.

—Lo siento.

—Mira el lado positivo —tercia EX—: un traslado con toda esta nieve es un engorro. Te ahorrarás eso.

Las comisuras de Asia se arquean, pero la sonrisa no llega a sus ojos.

—Sí, es verdad. Chicos, lo siento, pero debo marcharme. Tengo un poco de prisa hoy.

La excusamos y nos quedamos unos segundos contemplando cómo su falda larga describe remolinos mientras se aleja.

—¿Crees que se ha molestado con nosotros? —No soportaría que así fuera.

EX me pellizca la nariz para instarme a mirarlo.

—¡Hey! Claro que no. Solo estará agobiada. Dale tiempo.

—¿Cómo podemos ayudarla? —EX alza un dedo. Lo corto antes de que llegue a exponer su brillante idea—: No, EX, no vale con invitarla a tu fiesta. Por el amor de Dios, ya te he dicho que no hay ninguna fiesta.

—OK. No hay fiesta. Entendido. Pero, por favor, diles a mis colegas que solo alcohol de comercio justo y aperitivos ecológicos. —Me guiña un ojo.

—No digas que no te lo advertí...

Hace el gesto de trabarse los labios con una cremallera, solo para destrabárselos un instante después.

—Cuéntame, ¿tú qué tal estás? ¿Cómo te trata este país de locos? Hace mucho que no hablamos con calma.

Sí. Desde Tallin, rememoro. Y recordarlo me hace reparar por vez primera en una curiosa novedad.

—¿Sabes qué? Estoy bien. Sí. Quizá no bien bien. Tampoco BIEN. Pero sí biiien. Echo de menos mi casa, a mi familia, y eso. Pero creo que mi espíritu empieza a aceptar por fin que, por ahora, esto es lo que hay. Y eso es bueno. Supongo.

Tal vez la primavera haya llegado al resto del hemisferio, pero, desde

luego, aún no ha dado señales de vida en San Petersburgo: estamos a un grado bajo cero. EX se frota las manos, cubiertas por unos mitones deshilachados. Después, alza una de las palmas y aguarda a que yo entrechoque la mía.

—Me alegra. En serio. —Sonríe, y sé que entiende a qué me refiero. Puede que sea el único en cinco millones de habitantes a la redonda que lo hace.

Agarro con más fuerza mi carpeta de apuntes y sonrío también.

—Gracias por preguntar.

—Ya, no soy muy dado a ello. No te lo tomes como algo personal: simplemente a veces olvido algunas convenciones sociales básicas. Pero espero que sepas que si necesitas contarme algo, puedes hacerlo siempre que quieras. Aunque no te pregunte, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Soterrado por mi propia voz percibo un carraspeo a mi espalda. Me doy la vuelta y me extraña encontrar a Kolya frente a mí. Todo su saludo consiste en un ligero levantamiento de mentón.

—Hola. ¿Qué haces aquí? —le pregunto, pero él no me mira; tiene la vista fija en EX, a quien dedica la versión desabrida del mismo gesto.

Mi amigo responde agitando la mano.

—Bueno —comienza a despedirse—, aprovecho que te quedas acompañada para abrirme. Aún tengo que sacar a pasear a un adorable cachorrito antes de que termine mi jornada.

Desaparece casi sin que me dé cuenta, siguiendo una táctica similar a la empleada por Asia un rato antes.

Kolya y yo nos quedamos solos sobre la acera frente al Instituto Derzhavin. Lo miro aguardando una respuesta a mi pregunta.

—Pasaba por aquí —dice sin más, las manos en los bolsillos, la cabeza cubierta por un gorro gris que es su mejor aliado en este invierno perpetuo—. El centro de fisioterapia no queda lejos. —Sé que no es cierto. Me manejo bien con Google Maps—. Pensé que podría pasar a buscarte y, de camino a casa, contarte cuanto sé acerca de Pasha y Zenya.

Nunca he conocido a nadie con tanta capacidad para dejarme fuera de combate como Kolya Tsvetkov.

—¿Has... venido a buscarte para contarme cuanto sabes acerca de

Zenya y Pasha? —balbuceo.

Se encoge de hombros y tuerce el gesto. Encima se siente ofendido.

—¿Quieres oírlo o no?

Echamos a andar en dirección a la parada del trolebús. Juro por el Santo Sacramento que no pienso volver a abrir la boca.

En la confluencia con el río Fontanka, aguardamos junto al poste la llegada del 16. Desde el atentado, he tratado inopinadamente de evitar el metro.

—No conozco la historia al completo —comienza. Mira al frente; el vapor que emana su boca recorta arabescos contra los faros de los coches —. Pero basta con prestar atención a la cara de Pasha cada vez que mira a Zenya para hacerse una idea aproximada.

El 16 llega puntual. El frío renovado con que nos ha sorprendido mayo ha espantado a muchos viandantes, así que no hay ni un asiento libre. Kolya y yo nos arracimamos en el centro del vehículo, de pie, agarrados a los asideros del techo.

—De Pasha lo único que sé es que nació en Perm y que se trasladó de niño a San Petersburgo. Debía de ser muy buen estudiante, porque el antiguo gobierno le permitió acceder a la universidad a los dieciséis. Sacó la carrera de Derecho año por año; con veintiuno ya estaba licenciado y era pasante en la federación. Hasta donde yo sé, ese fue su primer contacto con el mundo del deporte. Ni siquiera lo ha practicado nunca; tampoco ha sido entrenador ni juez, como la mayoría de los miembros de la junta directiva. Llegó a la federación por sus dotes para la abogacía, y por sus dotes para la abogacía escaló poco a poco en ella.

—¿Un cerebritito?

—Un cerebritito —admite Kolya—. Cuando trabajaba como becario, conoció a Zenya; ella tenía diecisiete años y su carrera como patinadora empezaba a despuntar. Pero no hablaban entre ellos. Zenya era la muchachita brillante que patinaba, y Pasha, el joven solitario que la miraba.

—Puedo imaginarlo.

—Ya te dije que las caras de Pasha eran parte importante de la historia.

Kolya interrumpe momentáneamente su relato para avisarme de que debemos bajar. En la caótica plaza Turgeneva hacemos transbordo con la

línea 3, que nos dejará cerca de Divenskaya. Subimos al segundo trolebús, que también está a rebosar.

—Ahora entiendo muchas cosas —digo cuando logramos abrirnos un hueco en el pasillo central. Nos agarramos a duras penas a una de las barras laterales—. ¿Cuándo empezaron a hablar?

El interior de este trolebús huele a humo mal filtrado del motor, a axilas húmedas y al óxido de las barras de sujeción. Sin embargo, nada de eso importa; ante el relato de Kolya, me siento como Shahriar bajo el influjo de Sherezade.

—Cuando Zenya despidió a su madre, pidió ayuda a la federación para encontrar otro entrenador. Pasha se implicó especialmente. Él la ayudó a empezar con Yashin. Y después con Voronkov.

—Pero Zenya aún vivía en Moscú —intervengo.

—Así es. Pasha iba y venía. Podría haber endilgado esa tarea a alguien de la sede central, pero se encargó él mismo.

—Ya...

—Después Zenya se retiró, demasiado joven en opinión de muchos, y Pasha la ayudó a buscar alternativas a su vida como deportista. Ella habla poco de esa etapa, pero yo sé que le está agradecida por haber superado el bache a su lado. Se convirtieron en amigos. Y las malas lenguas afirman que esa amistad fue lo que arruinó el matrimonio de Pasha.

—¿Qué? —Mi exclamación coincide con un frenazo del conductor—. ¿Pasha estaba casado?

—Tú lo has dicho: estaba. Creo que su mujer era la hija de unos amigos de la familia, o algo similar. Su matrimonio no duró mucho tiempo, ni siquiera el suficiente para tener hijos. La versión oficial es que se separaron de mutuo acuerdo, pero la realidad es que ella se marchó de repente y Pasha no volvió a verla.

Proceso la información poco a poco. Para no conocer apenas la historia, como dijo, Kolya está bastante al tanto de los detalles.

—¿Y después? ¿Cuándo comenzó todo?

—¿A qué te refieres?

—Su relación. ¿Cuándo dieron el siguiente paso?

El trolebús se detiene en una parada, las puertas se abren y media docena de personas intentan abrirse camino en un espacio donde ya no

cabe un alfiler. Kolya mira por encima de mi cabeza y da un paso a la derecha para protegerme de los empujones. Mis ojos quedan a la altura de su esternón; creo que nunca habíamos estado tan cerca fuera de la pista.

—No hubo siguiente paso, Suzanne —aclara en cuanto el conductor arranca de nuevo—. Nunca comenzó nada, ni creo que lo haga.

—Pero tú dijiste... Su historia...

—Su historia es la que te he contado. Pasha está enamorado de Zenya desde que eran unos críos; creo que para él sigue siendo la jovencita inalcanzable que encandilaba a todos desde el hielo. Pero jamás se ha declarado, y Zenya, aunque sospecho que conoce sus sentimientos, hace como si no lo supiera. Son amigos; quedan para ir juntos a la iglesia; salen a pasear y a tomar chocolate en invierno, o limonada en verano; ella incluso lo acompaña algunos fines de semana a visitar a sus padres. Pero nunca ha pasado de ahí, ni pasará.

—Es triste. E injusto.

—La vida es triste e injusta, Suzanne —puntualiza el esternón de Kolya. Aunque solo es cinco años mayor que yo, habla como un hombre en la cincuentena, alguien con exceso de pasado y un grave déficit de futuro—. A veces no basta con desearlo muy fuerte. A veces el oro simplemente no llega.

Al doblar la esquina de la calle Kuybysheva, el trolebús toma la curva demasiado cerrada y todo en el interior se traspone como una cadena de fichas de dominó. Una mujer mayor emite un grito desde el asiento de atrás, asusta a un niño que viaja en cochecito y este rompe a llorar. Un hombre se aparta para dejar paso a la madre, chupete en mano, y choca con el adolescente que se encuentra justo detrás de mí, quien, con los auriculares a pleno volumen, no se ha enterado de nada. Asustado, da un salto y me empuja sin querer. Mis dedos sueltan la barra y pierdo pie. Siento que mi centro de gravedad se desnivela; mis rodillas cimbreadas y, en el lapso de un nanosegundo, tengo la certeza absoluta de que me voy a estrellar contra el suelo. En el último momento, el brazo de Kolya se solidifica en torno a mi cintura y me aprieta contra él. La corriente electromagnética entre los dos cuerpos me hace dar un bote. Kolya me ha tocado decenas, cientos, miles de veces dentro de la pista; incluso en mis partes más íntimas, una intrusión a la que cualquier patinadora está

acostumbrada y que no significa nada.

Pero nunca antes he sentido un chispazo como ahora. Entre mi anorak y su chaqueta. En el vello de mi nuca. En las corvas. En todos mis ángulos convexos. En la punta del dedo corazón. En el ombligo.

Alzo la vista y rastreo en Kolya algún indicio que me demuestre que él ha experimentado lo mismo. Una pista que me ayude a interpretar lo que acaba de suceder.

No encuentro nada.

—Yo no te dejo caer a ti, y tú no me dejas caer a mí —afirma sonriente.

Nota para mi biógrafo: Sí. Esa fue la primera vez que me lo dijo.

CAPÍTULO XXIV

En 2019, mi padre pedirá por fin vacaciones en la farmacéutica, y mi madre y él visitarán el Gran Festival de las Fuentes de Peterhof. Para entonces, yo llevaré dos años ensalzándolo.

En 2022, el año de los Juegos de Invierno de Pekín, recibiré en el Gran Festival de las Fuentes de Peterhof la primera proposición de matrimonio de mi vida.

También será la última.

Diré que sí.

De 2028 en adelante, el Gran Festival de las Fuentes de Peterhof será una visita obligada para toda la familia. Mis hijos suplicarán ir año tras año a ver cómo el antiguo palacio cobra vida en un espectáculo magnífico de luces, música y agua que, durante la tercera semana de mayo, da la bienvenida de forma oficial a la primavera rusa.

Será su día favorito del año y tacharán los precedentes en el calendario, como me sucedía a mí de niña con el Carnaval de Invierno de Quebec.

En 2017, no obstante, yo no he oído hablar del Gran Festival de las Fuentes de Peterhof en toda mi vida, pero a juzgar por la expectación que despierta nuestra inminente participación en él, estoy deseando conocerlo.

Las semanas previas a la fiesta, hace acto de presencia en la vida de Kolya y en la mía una vieja amiga de la que ambos llevábamos una larga temporada sin tener noticias: la prensa.

Primero es un diario de pequeña tirada, de esos que reparten de manera gratuita por la calle, el que contacta con nosotros con intención de publicar una entrevista dentro de un reportaje sobre el festival. El resultado final habla poco de patinaje y mucho de las que yo considero las «ventajas de la vida en Rusia para una expatriada», pero nos pone de buen humor encontrarnos una foto de los dos a todo color a primera hora de la mañana, cuando un repartidor nos entrega un ejemplar de camino a Yubileyny.

Solo un día después, la radio llama a nuestra puerta. Concedemos una entrevista telefónica a una emisora local, y esos escasos minutos en horario

de máxima audiencia nos abren las puertas de dos revistas de patinaje a escala nacional y de uno de los periódicos generalistas más vendidos en el país. De ahí, damos el salto a los medios de comunicación internacionales: una reseña en World Figure Skating y una nueva entrevista en el portal Inside Skating. Y como no podía ser de otra forma, los medios canadienses, a los que conozco bien, pero que parecían haberse olvidado de mí, posan los ojos en nuestra pareja: con solo unas horas de diferencia, concedemos entrevistas vía Skype a IFS, a Figure Skating Fitness y a Sportsnet Magazine. Afronto todas ellas con una sonrisa en los labios y un nudo de ilusión en el estómago, pero mis ánimos se van disolviendo poco a poco en un charco de decepción. La mayoría de los periodistas parecen más interesados en exhumar el pasado que en mirar hacia el futuro.

—Suzanne, en su día se habló mucho de tu ruptura con Tom Girard. Sin embargo, parece que a los dos os ha sentado bien el cambio de pareja. Tú estás preparándote en Rusia, nada menos que al lado de Kolya Tsvetkov y Evgenya Ilyushina, y Tom acaba de finalizar su primera temporada en sénior junto a Marion Gosselin. ¿Qué te parece que tu excompañero y su nueva pareja hayan obtenido unas puntuaciones tan altas?

«Si buscan la fibra, enséñales el hueso», solía decir uno de mis preparadores de Montreal.

—Creo que evolucionar y plantearnos desafíos nuevos es necesario en cualquier deporte. Mudarme me ha permitido crecer como patinadora y como persona, y me siento agradecida por ello.

—Entiendo, pero... ¿y respecto a Girard?

—Me alegro por él —respondo escuetamente.

La reportera intenta sonsacarme en un par de ocasiones más, pero a la vista de mi nula colaboración, cuelga con una sonrisa forzada y una despedida fugaz. Apago el ordenador con un regusto agrisado en el paladar.

¿Qué te importan las puntuaciones de Tom y Marion?

—¿Vas a pasar al baño? —Kolya, que ha permanecido a mi lado, se pone en pie e inunda la habitación de cotidianidad inofensiva.

—No, ¿por qué?

Piensa en otra cosa, Suzette.

—Iba a ducharme.

En otra cosa.

—OK.

En otra cosa.

—¿Qué tal va la rehabilitación?

—Aburrida. Agotadora. Pero bien. El doctor dice que pronto podremos olvidarnos de los isquiotibiales y pasar a ejercicios de propiocepción.

—Genial.

—Sí. Estoy seguro de que no has escuchado nada de lo que acabo de decirte.

—Me alegro mucho, Kolya.

—Bueno, voy a la ducha.

—Ajá.

Al día siguiente, mis padres me llaman por Skype cuando estoy a punto de meterme en la cama. No solo me confirman que las entrevistas ya han salido publicadas («estás preciosa, cariño», «dile a Kolya de nuestra parte que nos sentimos muy orgullosos», «qué bien habéis hablado»), sino que Sheila se ha encargado de difundir el vídeo que yo misma le envié de nuestra exhibición en Safonovo, y todos nuestros conocidos los han llamado para felicitarlos y decirles que estoy guapísima y que voy a llegar muy lejos.

Chúpate esa, Tom Girard.

Por fin llega el Gran Festival de las Fuentes de Peterhof, y nos desplazamos hasta allí en autobús. Peterhof es un pequeño pueblo asomado al golfo de Finlandia. Tan pequeño que más de dos tercios de su superficie lo ocupan el antiguo palacio real y sus ostentosos jardines, salpicados de estatuas, fuentes, pérgolas, bosques, cenadores, cascadas y estanques. De septiembre a mayo, las fuentes permanecen apagadas para evitar que se congelen, así que el encendido inaugural supone todo un acontecimiento, que marca el final de los rigores invernales y se celebra con conciertos, exposiciones, performances, pícnicos y, cómo no, fuegos artificiales.

En Peterhof, en una carpa dispuesta en el jardín superior (nada nos libra hoy del teflón), Kolya y yo patinamos una versión descafeinada de nuestro programa corto, sin aparatosidad ni riesgos. Y yo vuelvo a sentirme arropada por la exaltación del público ruso, que vitorea y analiza y se sofoca y vive aquello que le gusta con una intensidad casi teatral.

Tan solo una semana después, repetimos experiencia en la gala por el 314 aniversario de la fundación de la ciudad, esta vez en el vetusto State Theatre. Misma premisa: actuación exenta de riesgos y muchos focos de colores, que siempre ayudan a disimular los defectos. Las tablas empiezan a notarse, y cada vez me siento más cómoda y segura patinando con Kolya frente a desconocidos. Me doy cuenta de que en cada nueva interpretación aprendo algo distinto acerca de él, acerca de mí, y acerca de los dos como pareja. Sondeo con curiosidad la limpieza de sus filos, descifro sin dificultad sus muecas, deletreo de memoria la trayectoria de sus botas, cotejo la fuerza que imprime a sus manos cuando sostienen mi cintura y me amoldo a ella.

Y cuando se apagan los focos y nos desatamos los cordones de los patines, volvemos a ser solo nosotros.

El último domingo de mayo, los focos se apagan definitivamente, al menos hasta que arranque la temporada a finales de verano, y toca volver a la realidad, que en mi caso se traduce en unos exámenes de ruso a la vuelta de la esquina. Como el cumpleaños de EX fue hace tres días y no pude felicitarlo en persona debido a los ensayos y los compromisos con la prensa (tampoco hubo fiesta sorpresa, para su desilusión), Asia, él y yo quedamos en encontrarnos en su piso para compensárselo y, de paso, estudiar juntos. Lo que Asia no sabe es que todo obedece a un plan bien orquestado por EX y por mí para arrastrarla fuera de casa de sus suegros y animarla un poco. Aunque ella no suelta prenda, tanto EX como yo sospechamos que Ivan ha paralizado la búsqueda de vivienda, y lleva todo el mes como un alma en pena.

Después de remolonear buena parte de la mañana, me visto con parsimonia, recojo mi pelo en una cola de caballo y meto mi cuaderno y el embrollo de apuntes manuscritos en el bolso. De camino al perchero, paso por el salón, donde Kolya lleva un rato tirado en el sofá con las gafas puestas y el mando a distancia sobre el muslo, viendo una teleserie sobre chefs moscovitas de la que todo el mundo habla estos días.

—Voy a salir.

Kolya ríe un chiste que yo no comprendo antes de girarse a mirarme.

—Está bien.

—He quedado con algunos compañeros para estudiar.

No tienes que darle explicaciones, ¿lo sabes, verdad?

—¿Irás tu amigo?

—¿Perdón?

—Tu amigo. El del nombre raro.

—¿EX? Sí, claro. Nos reuniremos en su casa.

En una secuencia de gestos bien encadenados, se quita las gafas, apaga el televisor, deja el mando sobre la mesita de centro, se levanta del sofá y camina hasta su habitación.

—No vuelvas tarde. Mañana entrenamos temprano y debemos estar concentrados —declara antes de recluirse en el dormitorio y cerrar la puerta.

No dedico ni un minuto de mi tiempo a sentirme mal. No es mi culpa que Kolya se haya levantado con el pie izquierdo.

La casa de EX es tal cual la imaginaba: un piso con techos altos pintarrajeados de humedades, pocos muebles y muchas fotos. Lo comparte con otros tres chicos; uno trabaja los fines de semana en una cafetería del centro, cerca de la catedral de San Isaac, y los otros dos aún duermen la fiebre del sábado noche, así que tenemos el salón para nosotros.

Cuando llego, Asia ya está allí. EX prende el samovar y nos da a probar un té del Himalaya que recolectó él mismo en uno de sus viajes. Después de volcar libros, rotuladores y fotocopias sobre el tablero con caballetes que hace de mesa de comedor, saco de mi bolso una última cosa. Bueno, dos.

—Feliz cumpleaños, EX. —Le tiendo un paquete envuelto en papel de regalo—. Lamento el retraso.

—¡Hey! No era necesario. Pero gracias. Tú sí eres una buena colega, no como los insulsos de mis compañeros. ¿Qué es?

—Ábrelo.

Rasga el papel y su sonrisa se ensancha.

—Una funda impermeable para la mochila. ¡Gracias! Es genial.

—El regalo perfecto para viajeros incansables —segundo con voz publicitaria.

Asia ríe.

—Ahora estarás protegido de la lluvia en tu peregrinaje por Carelia.

—¿Me he perdido algo? —pregunto.

—Antes de que llegaras, EX me estaba contando que le gustaría recorrer el istmo en bicicleta.

—¿En serio?

—Puede ser un buen plan. Siento que no estoy aprovechando mi estancia en Piter. Esta ciudad aburguesada te atrapa en las redes del conformismo y la comodidad.

—Chicos, no quiero parecer una empollona, pero ¿empezamos? —interviene Asia—. No puedo quedarme mucho tiempo; a mis suegros no les ha parecido correcto que me ausentara el día del Señor. Por cierto, Suzanne —agacha los ojos—, sé que no va a ocurrir, pero si alguna vez llegas a conocer a Ivan y sale el tema, oficialmente nos hemos reunido tú y yo solas en tu casa, ¿te importa?

Meneo la cabeza.

—Tranquila. —No juzgo; no pregunto. Sé lo suficiente acerca de la familia política de mi amiga como para suponer que no estarán de acuerdo con que pase la tarde en el piso de cuatro hombres solteros que no llegan a la treintena—. Pero espera un momento. También hay algo para ti de parte de los dos.

—¿Para mí? —Sus ojos negros se iluminan.

—Para que no sientas envidia de EX —bromeo.

Le cedo un segundo paquete; más pequeño y peor decorado que el primero. Me callo que lo envolví yo misma, a toda prisa, después de mandarle una docena de fotos a EX desde la tienda para que me ayudara a decidir. Tardamos veinticinco minutos en ponernos de acuerdo respecto al color.

—¡Es precioso! —Asia agita ante su nariz el llavero con la matrioshka confeccionada en fieltro. Al final ganó la naranja y verde—. ¡Muchas gracias!

—Para las llaves de tu futura casa.

Da un paso hacia delante y se abalanza sobre nosotros en silencio, estrechándonos en un abrazo a tres.

—Gracias. De verdad. Seréis mis primeros invitados —logra articular—. Pero ¿cuándo has comprado todo esto? ¡Si no has parado en toda la semana!

—Le pedí ayuda a Zenya en un descanso. Le encantan los bazares.

Agotadas las excusas, nos obligamos a abrir los libros, y el resto de la tarde transcurre navegando entre declinaciones, fichas de vocabulario y tablas de conjugación. Y té del Himalaya.



Primero es el ruido de la puerta, que me hace cruzar la frontera entre el sueño y la vigilia; después, el sonido de pasos, que disparan todas mis alarmas; por último, el colchón, que bascula hacia un lado.

Me incorporo y me arranco el antifaz. Estoy en mi habitación. Desorientada. Asustada. Es la última noche de mayo, y no sé el tiempo que ha pasado desde que me quedé dormida. Pueden haber sido cinco minutos o tal vez cinco días.

Y hay alguien aquí conmigo. Sentado en una esquina de la cama.

—Suzanne —dice Alguien.

—¿Kolya? ¿Qué haces aquí? ¿Qué hora es? ¿Me he dormido? ¿No ha sonado el despertador? ¿Ya tenemos que ir a entrenar?

—Relájate. Es medianoche.

—¿Qué? —El miedo de haberme quedado traspuesta da paso al enfado

—. ¿Y qué cojones quieres? ¿Para qué me despiertas a estas horas?

—Sal de la cama. Quiero enseñarte una cosa.

Convivo con un psicópata. Ya es oficial. Ha pospuesto la agonía durante cinco meses para que me confiara y ahora va a asesinarme de un modo sádico.

—No pienso moverme de aquí. Déjame dormir.

Kolya avanza hacia la ventana, absolutamente seguro de que voy a hacer lo que me pide.

Está loco.

—Vamos, Suzanne. O llegaremos tarde.

—Kolya, ¿de qué hablas? ¿Adónde vamos a llegar tarde? —La verdad se abre camino, cruda, ante mí—. Eres sonámbulo.

Mi compañero descorre la cortina. Fuera aún clarea, aunque una gruesa línea azafranada adelanta el anochecer.

—No soy sonámbulo. Venga, abrígate. Son las noches blancas. Vamos a salir.

—Ya sé que son las noches blancas. Lo sé desde hace días. He tenido

que comprarme un maldito antifaz para poder dormir en esta ciudad sin persianas.

—Tenemos que salir, Suzanne.

Respiro hondo y fijo la mirada en él. No está loco —o no del todo—. Solo es un niño. Tiene los puños apretados en torno a la tela de la cortina, las piernas muy juntas, y hay tanta anticipación en sus pupilas que acabo por decirle adiós a mi colcha de patchwork y encajarme encima del pijama la primera sudadera que encuentro.

La loca soy yo.

—¿Adónde dices que vamos?

—Enseguida lo sabrás.

—Prométeme que volveremos pronto. Mañana entrenamos temprano y debemos estar concentrados —parafraseo el discurso paternalista que él mismo pronunció hace unos días.

—Lo prometo.

Prometería cualquier cosa con tal de arrastrarme fuera del ático, presiento.

Me cede unos minutos a solas para que pueda cambiarme y adecentarme un poco. Tengo tanto sueño que no atino a abrocharme los zapatos hasta el tercer intento.

Ya en la calle, tira de mí por la avenida que baja hasta el río. Se niega rotundamente a decirme adónde vamos, no importa cuántas veces se lo pregunte.

Es cerca de la una de la madrugada; a pesar de ello, San Petersburgo rezuma movimiento. Hay peatones en todas las aceras, tráfico continuo, y muchos locales permanecen abiertos. Que el termómetro marque cifras positivas desde hace algunos días también ayuda.

Cuanto más nos aproximamos al Neva, con más personas nos cruzamos; a dos manzanas de distancia se puede percibir claramente el trajín de los barcos y la música de los bares flotantes anclados en el muelle del Palacio. Cruzamos el puente de la Trinidad rodeados de transeúntes que circulan en ambas direcciones. Y de chinos; hay muchísimos turistas chinos, aunque eso no es raro en San Petersburgo, no importa el día, la hora o el lugar. Nunca veré tantos juntos, ni cuando viaje a China.

El río, descongelado al fin, derrocha incluso más vida que las calles: los

yates y las embarcaciones privadas, decorados con farolillos de colores, surcan el agua arriba y abajo, abajo y arriba, de puente a puente, y vuelta a empezar, con la música a todo volumen y gente guapa riendo y quemando la noche en cubierta.

Kolya no se detiene. Continúa obcecado, hacia delante, hacia delante, hacia delante, hasta la otra orilla, y allí, hasta un recodo junto al Palacio de Invierno, un balcón sobre las aguas con murete de piedra y bancada a lo largo. Frena en seco.

—Es aquí —declara, y pasa las piernas por encima para sentarse a lo indio en lo alto de la baranda, de cara al río—. Ven, siéntate. Se ve mejor así.

—Kolya, si no me dices de una vez a qué hemos venido y qué es lo que se ve mejor, me largo.

Echa un vistazo exprés al reloj.

—Solo faltan diez minutos. Por favor.

Oh, sí, claro. Por descontado. Acabo sentada yo también. Sobre el murete. Con las piernas dobladas a lo indio. De cara al río. En silencio. Y así nos quedamos.

La noche va desplegándose poco a poco, pero no hace frío.

—Aprendí a patinar aquí, ¿sabías? —dice de repente. Mira al frente, al Neva, con una fascinación que no le he visto antes. Por nada. Por nadie.

Lo sé, Kolya.

—En invierno, mi padre me traía todos los domingos desde las afueras. Señalaba el Palacio de Invierno y decía: «Este país es así, hijo. Grande, muy grande. Y rico, muy rico. Y generoso. Y todo aquel que trabaje duro podrá ser grande y rico también. Yo sé que tú serás grande, Kolenka, y que tendrás una vida mejor que la que yo he podido ofrecerte». Eso me decía todos los domingos.

Y lo eres, Kolya.

—Bajábamos al río, congelado, por aquella escalera de allí, y me decía cómo debía mover los pies para ir adelante y atrás, para dibujar círculos, para hacer serpentinas.

Debió de ser un gran hombre tu padre.

—Luego murió. Y no supo si yo llegué a ser grande y rico como el país al que amaba. Murió viendo cómo los ideales en los que creía no servían

para nada.

—¿De qué murió?

Hace una pausa. Puedo sentir cómo mastica la respuesta buscando las palabras adecuadas.

—Infección respiratoria crónica —precisa finalmente con voz de forense.

Aguardo unos segundos, pero no añade nada más.

—Lo siento.

No contesta.

—¿Y en verano? —pregunto para romper el silencio.

—¿Qué?

—Has dicho que veníais en invierno, cuando el río está congelado. ¿Qué hacíais en verano?

Se permite una minúscula sonrisa.

Es la una y veinticinco. Una música festiva se desgrana por los altavoces instalados en las farolas. Flores, pirotecnia y megafonía. Las tres debilidades de los rusos.

—Ver esto —responde Kolya cuando yo ya he olvidado la pregunta. Señala hacia la lejanía, hacia el iluminado puente de la Trinidad, que empieza a desperezarse de forma lenta y coqueta.

Me froto los ojos. Juraría que he visto el puente moverse.

—¡Es levadizo!

Mi grito sobresalta a los turistas chinos que nos rodean, que empiezan a disparar flashes con frenesí.

—Solo de mayo a octubre —aclara Kolya divertido.

A nuestra izquierda, el puente del Palacio comienza a desentumecerse también, después de todo un invierno hibernando.

Despacio, muy despacio, se despliegan y se resquebrajan, recortados contra el ocaso tardío como capullos de rosas en primavera. Los puentes sobre el Neva son el auténtico jardín de San Petersburgo.

—Fíjate —apunta mi compañero—. Ellos también patinan. Es como una flying camel.

Inclino la cabeza para favorecer la perspectiva.

—O como un bracket.

—O un bucle.

—O un águila.

—O una pirueta atrapada.

—Resulta inspirador —comento al cabo de unos minutos, cuando el puente ya ha alcanzado la abertura máxima y nosotros hemos dejado de jugar a adivinar sus formas como si fuesen nubes.

—¿Tomando notas de la ingeniería para el libre, Suzanne? —se mofa.

Cierro los ojos y rebufo. Zenya nos dijo anteayer que ya era tiempo de empezar a pensar en el programa libre. Estamos prácticamente en junio y la temporada se nos echa encima.

—El libre...

—¿Tienes alguna idea?

Meneo la cabeza, agobiada. Kolya se percata al instante.

—Hagamos una cosa: empecemos por la música. ¿Has traído tu móvil? —Asiento y lo saco del bolsillo delantero de la sudadera. Él extrae el suyo del bolsillo trasero del pantalón, junto con unos auriculares. Dejamos ambos terminales frente a nosotros, y Kolya prosigue—: Oiremos juntos la última canción que el otro haya escuchado en Spotify.

—¡No! —Me apresuro a recuperar mi teléfono.

—¿Te da vergüenza?

—No, es... No sé, me parece algo muy íntimo. Se puede conocer a una persona gracias a la música que escucha.

Me mira fijamente.

—¿Y te da miedo que yo te conozca?

—A mí nada me da miedo. —No estaría aquí de ser así. Le tiendo el móvil y lanzo mi órdago—: Empecemos con el mío.

Con la meticulosidad que lo caracteriza, Kolya desenreda el cable de los auriculares, me cede uno de los cascos, se coloca el otro en la oreja izquierda, los conecta al teléfono, enciende este y busca la aplicación.

La última canción que escuché fue Smile.

Y mi compañero sopla.

—Cómo no —murmura.

—¿Qué quieres decir con eso?

—La cantas a todas horas —asegura, con tal aplomo que me cuesta rebatírselo.

—No es verdad.

—La tarareas sin parar. Cuando estás triste, cuando estás nerviosa, cuando estás en la ducha, cuando te aburres.

No es cierto.

—No es cierto.

—Sí lo es.

No, no lo es.

Pero si lo fuera...

—Dios mío, qué vergüenza. Te juro que no me doy cuenta.

—Te gusta mucho esa canción, ¿verdad?

—Es... —«Es toda mi vida antes de esto, antes de aquí, antes de ti»—.

Son solo recuerdos, nada más.

Kolya acaba de reabrir frente a mí heridas mucho más purulentas que las mías. Pero yo... No puedo.

Suspira. O me lo parece a mí. Supongo que será el efecto de las noches blancas.

—Oigámosla —propone.

Y la oímos. Juntos. Frente a un puente escindido. Un horizonte amoratado a las dos de la madrugada. Un río gélido que parece un hervidero. Y las fachadas de San Petersburgo, en llamas.

Oímos Smile en el momento más perfecto de toda mi existencia.

Cuando se apaga el último acorde, Kolya me observa en silencio, se desprende de su auricular y me devuelve el teléfono.

—Tu turno —reclamo.

—No tengo Spotify en el móvil —se excusa.

—Lo dices para escurrir el bulto.

—Lo digo en serio, Suzanne. No tengo Spotify en el móvil. Ni música descargada.

Abro la boca todo lo que da de sí.

—¡Câlice¹⁵! ¡Eres un tramposo! ¡Permitiste que yo te entregara el mío! Su carcajada vuelve a sobresaltar a los chinos.

—Me lo diste tú misma.

—Eres un trou de cul.

—¿Qué me has llamado?

—No quieres saberlo.

Él no replica; el mundo a nuestro alrededor se paraliza. Tengo el

pálpito de que la ciudad no volverá a ponerse en marcha hasta que los puentes bajen de nuevo.

Un mercante procedente del Báltico navega ante nosotros rumbo al Volga.

—¿Cuándo volverán a cerrarse? —indago.

—A las cinco de la madrugada.

—¿Qué?! —Esta vez oigo el eco de mi propia voz en las columnas blancas del palacio. Los chinos ya se han marchado—. ¿Y cómo vamos a cruzar al otro lado? ¿Cómo vamos a volver a casa?

—No podemos. Tenemos que esperar a que bajen los puentes.

—¡Me prometiste que regresaríamos temprano!

La sonrisa de Kolya es taimada.

—Ya lo sé.

—No volveré a hacerte caso —refunfuño.

Enfadada, me pongo los auriculares, desbloqueo el móvil y le doy al play. Si vamos a esperar aquí sentados casi tres horas, tendré que entretenerme de alguna manera. Mi dedo índice desfila por la lista de reproducción hasta dar con una de mis canciones favoritas. Subo el volumen al máximo y me olvido de que tengo compañía.

Kolya tira del auricular derecho solo por incordiar. Le saco la lengua y lo vuelvo a colocar en su sitio.

Repito la operación con el izquierdo. Me lo pongo de nuevo.

A la tercera, antes de que el auricular vuelva a mi oreja, dispara a bocajarro:

—¿Alguna vez te has liado con tus anteriores parejas de patinaje?

Parpadeo atónita.

—¿A qué viene eso? Mi única pareja fue Tom, y no, nunca tuve nada con él.

—¿No sentíais nada el uno por el otro?

—No en ese aspecto. Éramos como... hermanos. Y aunque hubiese sentido algo diferente, jamás me «habría liado con él» —imito su tono.

—¿Por qué?

Parece que le ha tomado gusto al tema y que no tiene intención de soltarlo tan pronto. Resignada, me quito el otro auricular y cierro Spotify.

—Porque me parece una pésima idea mezclar el amor, o el sexo, o lo

que sea, con el deporte. Si tu vida personal interfiere, te desconcentras, te desvías del objetivo. Además, el amor siempre se acaba antes que el patinaje.

—Estoy de acuerdo. Es una pésima idea. Menos mal que pensamos igual. —Tras una pausa, añade—: Además, soy un caballero y jamás le haría eso a tu novio.

Me atraganto con mi propia saliva.

—¿Disculpa?

—Sí. El del nombre raro. Yo jamás le quitaría a su chica.

Estoy tan cabreada por sus aires ufanos que ni me molesto en aclarar mi verdadera relación con EX.

—¿Eso quiere decir que si no pasa nada entre nosotros es porque el irresistible Kolya Tsvetkov no quiere? ¿Eso es? Tendré algo que opinar al respecto, ¿no?

—Por supuesto. ¿Me consideras irresistible?

—¡No! Lamento herir tu ego, pero no me pones nada.

—Menos mal. Lo contrario sería un problema.

—Totalmente.

—Tú tampoco me pones nada. Lo siento.

—Estoy segura de que sentiría lo mismo al besarte que si besara a mi primo Romain.

—Podemos hacer la prueba. Solo para que quede claro y no haya ningún tipo de duda. Prometo no decirle nada a tu novio.

—No tengo inconveniente. Ya te he dicho que no siento nada.

—Yo tampoco —dice frente a mis ojos, a cinco centímetros de mi boca, a un milímetro de mi alma.

Sus labios me rozan menos de un segundo.

El rayo. La llamarada. El seísmo. Fuego aquí, y aquí, y aquí. Y yo, consumida entera. En menos de un segundo.

—Como besar a mi primo Romain.

Sonríe con inocencia.

—Ha sido asqueroso.

—Absolutamente.

—Perfecto. Todo aclarado, ¿entonces?

—Por mi parte no había nada que aclarar, pero si tú te quedas más

tranquilo...

Los dos contemplamos el paisaje que el Neva y sus invitados nos regalan en esta última noche de mayo. La música de la megafonía hace ya rato que dejó de sonar. Una chica rubia grita desde la cubierta de un yate donde se celebra una fiesta privada; estampa una botella de vodka contra el casco y rompe a reír mientras los demás aclaman el bautismo improvisado del barco.

—¿Te apetece escuchar música? —propone Kolya. Yo alzo uno de los auriculares—. No, no así. Aún falta mucho para las cinco, y un amigo mío tiene un bar flotante cerca de aquí...

Me tenso. Los restos de la botella de vodka que acaba de ejercer de concha bautismal flotan en el río. Yo los miro fijamente, y sé que Kolya también.

—No creo que sea buena idea...

—No me voy a desmadrar, Suzanne —pronuncia, alto y nítido.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de ti?

Sus movimientos llegan antes que su respuesta: primero descruza las piernas, luego da un giro de ciento ochenta grados sobre el murete y se pone en pie del otro lado. Se palmea los muslos para limpiarse los pantalones y, en último lugar, estira una mano en mi dirección.

—Porque ahora tengo una razón para mover mi culo hasta Yubileyny todas las mañanas.

Vamos al bar de su amigo; un antiguo vapor decorado al estilo de los setenta, anclado en la misma orilla, pasado el Jinete de Bronce. Nos divertimos, y Kolya no se desmadra —ni siquiera prueba una gota de alcohol—, o al menos no en ese sentido, hasta que alguien nos reconoce y nos anima a «hacer alguna acrobacia de esas que hacéis vosotros», y entonces sí nos desmadramos los dos, pero de otra forma.

Nota para mi biógrafo: esa fue la noche en que practicamos nuestro lasso a ritmo de Disco Inferno.

CAPÍTULO XXV

Junio —aunque en San Petersburgo parezca más bien febrero— irrumpe en nuestra rutina repleto de proyectos, de propósitos y, esperamos, también de buenas noticias.

Siempre me ha gustado este mes: el final de las clases en el colegio y en el instituto, las primeras barbacoas en el jardín, el festival de Les FrancoFolies y el Gran Premio de Fórmula 1, las tardes al sol en la piscina de Sheila, el cumpleaños de Tom... Para cualquier patinador, junio significa una sola cosa: vacaciones. Excepto, este año, para Kolya y para mí. Si queremos alcanzar el nivel de nuestros rivales, no podemos levantar el pie del acelerador ni siquiera en verano. Ya nos resarciremos el año que viene.

—Vamos con retraso, muy retraso. —A Zenya no le ha sentado bien la entrada triunfal de junio en el calendario—. Si queremos programa libre listo, hay que montar ya —nos anuncia una noche, reunidos los tres en el ático después de los entrenamientos.

Le da una palmadita a Sashenka para que se quite de encima de su carpeta, que reposa en la mesa de centro. La gata obedece a regañadientes y, después de dirigirle una mirada de rencor eterno, se va. Zenya saca de la carpeta un listado, que nos muestra.

En primer lugar figuran tres palabras subrayadas con trazo grueso: Pas de deux.

—Estos días yo pienso mucho en programa libre vuestro. Ahí lista de músicas. Quiero que veáis. Opinión mía: Pas de deux favorita para dos vosotros.

—¿Tchaikovsky? —pregunta Kolya con ese acento tan escarpado, tan ininteligible. Tan eslavo.

Zenya asiente.

—Cascanueces.

—A mí me vale. —Deja la hoja sobre la mesa sin repasarla—. Es ruso —puntualiza mirándome.

Pongo los ojos en blanco. Al parecer, no ha olvidado la conversación

que mantuvimos durante mi estancia en Tallin.

—¿No es demasiado manido? —apunto mientras toqueteo mi colgante en forma de patín—. Se suponía que buscábamos ser originales...

—Y somos —señala Zenya—. Complemento perfecto. Nadie espera de dos vosotros Cascanueces después de Toss the feathers.

—Pero...

No quiero parecer quejica ni insolente, pero le tengo manía a Tchaikovsky. Es precioso, sí, pero demasiado clásico para mi gusto. Tal vez para la escuela rusa sea el summum de la elegancia, pero para la escuela de la que yo procedo Cascanueces es sinónimo de arcaico. Y está demasiado visto sobre hielo. Desde niños de cinco años en exhibiciones de fin de curso hasta Gordeeva y Grinkov, pasando por Sasha Cohen, Oksana Baiul, Savchenko y Szolkowy, Guignard y Fabbri, Misha Ge, Mao Asada, Pluschenko, Davis y White... Todo el maldito mundo del patinaje consensuado por una vez: no hay música para lucirse en la pista como la de Cascanueces.

—Si no te gusta, puedes decirlo. —Kolya sale en mi defensa—. Vamos a escuchar esa melodía hasta odiarla.

Me remuevo nerviosa en el sofá y doy un sorbo a mi Kvas.

—No es eso... Es que no quiero hacer un programa de gala de Navidad.

—Otros patinan música de Cascanueces. Nadie interpreta de verdad Cascanueces. Eso hacéis dos vosotros. —Zenya se niega a darse por vencida—. Para mí, Cascanueces no cuento infantil, no. Historia dura, triste. Llena de sombras. Dos vosotros, patinar Cascanueces que nadie patinó antes. Yo prometo a ti —me asegura muy seria.

—Está bien. Si los dos estáis de acuerdo, no hay más que hablar —accedo, y en el instante en que pronuncio esas palabras, un diminuto poso tóxico del que no soy consciente enraíza en lo más hondo de mí.

No lo sé todavía, pero germinará. Y crecerá como una enredadera venenosa.



El día de mi examen de ruso, y de forma excepcional, pido permiso a Zenya para ausentarme del entrenamiento un par de horas. He quedado con mis amigos para un último repaso en la biblioteca, así que, nerviosa,

como, o más bien engullo, un plato de ensalada Olivier y un filete de trucha desabrido en la cafetería de Yubileyny antes de salir pitando.

Mientras apuro los últimos trozos de la menestra que acompaña como guarnición, Kolya se sienta frente a mí con una botella de isotónica y un bol de fruta troceada. Troceada anteayer.

—Tranquila. Te va a salir bien.

—Eso no puedes saberlo —objeto con la boca llena de mal humor.

Odio los exámenes.

Odiaba los exámenes en el colegio, odiaba los exámenes en el instituto, odiaba los exámenes en la HEC Montreal, y solo Dios sabe el motivo por el que he acabado buscándome exámenes también en Rusia.

Odio la sensación de inseguridad extrema que me produce enfrentarme a una prueba sabiendo que no me he preparado lo suficiente, que no he entrenado lo suficiente. Porque yo jamás he preparado un examen como debía. Es, para mí, lo opuesto al patinaje. En primaria, en el mejor de los casos, hacía los deberes en el coche, de camino a la pista, y estudiaba en el área de descanso en los ratos en los que en el hielo ronroneaba la Zamboni. Y en secundaria, cuando empecé a competir a escala internacional y aparecía en el instituto día sí y día también con justificantes para el director, los exámenes dejaron de ser una prioridad.

—Sabes más de lo que crees. —Kolya me trae de vuelta a la realidad—. ¿Quieres que practiquemos? Puedo enseñarte expresiones útiles —se pavonea.

—Inténtalo.

Se reclina hacia atrás en su silla y muerde una frambuesa.

—Repíteme conmigo: «Predstavlyayushchikh Rossiyu... Syuzann Bukher i Nikolai Tsvetkov».

—Oh, Dios... Prestavliayuschij Rossiu, Suzanne Boucher i Nikolai Tsvetkov. ¿Qué acabo de decir?

—«Representando a Rusia, Suzanne Boucher y Nikolai Tsvetkov». No está mal. Sigamos: «Vremya progreva. Kon'kobezhitsy nachnut cherez shest' minut».

—¿Qué significa eso?

—«Tiempo de calentamiento. Los patinadores comenzarán en seis minutos».

Suspiro.

—Vremia progreba. Konkobestsi naknut kerez sest minut.

—Vas progresando. Vamos con la siguiente: «Otsenka korotkoy programmy...».

—¿Y eso qué quiere decir?

—«La puntuación del programa corto es...».

Rompo a reír.

—Ninguna de esas expresiones me va a ser útil en mi examen.

—Quizá. Pero sí en las competiciones.

Kolya se obceca en enseñarme frases típicas de patinaje durante todo el postre. Aún no he digerido la última cucharada de yogur y ya estoy en pie, con la bandeja sucia entre las manos.

—Agradezco tu ayuda, pero tengo que marcharme.

Mi compañero se apropia de la bandeja y hace un gesto con la cabeza en dirección a la puerta.

—Anda, ve. Yo me encargo de esto. Y tranquilízate, todo va a ir bien.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque en los últimos minutos has estado mezclando el inglés con el ruso y no te has dado ni cuenta.

La bolsa de los patines queda suspendida en el aire, a medio camino entre el respaldo de la silla y mi hombro.

—¿En serio?

Asiente con la cabeza.

—Te he dicho que sabes más de lo que crees. Solo debes confiar en ti. Yo confío.

Tiene razón. Voy a demostrarle a Connard de qué soy capaz. Lanzo un gritito optimista y, sorteando la bandeja, le doy un beso en la mejilla a mi compañero.

—Gracias.

—Ya sabes: yo no te deajo caer a ti, y tú no me dejas caer a mí.

Salgo corriendo de la cafetería, la cremallera de la bolsa a medio cerrar y los papeles asomando entre las gomas de mi carpeta.

Después de dos horas y media de examen, con los sentidos embotados y la muñeca dolorida, aguardo en un banco del pasillo a que Asia y EX entreguen los suyos; hemos pactado que nos esperaríamos a la salida para

tomar juntos un café. Ante una taza de latte macchiato —por llamarlo de alguna manera—, nos ponemos al día: EX ha encontrado un nuevo trabajo como bicitaxista que, según él, lo ayudará a ponerse en forma para esa ruta pendiente por Carelia y a ahorrar para su futura residencia (aún está indeciso entre Copenhague y Ámsterdam. Lo único que tiene claro es que en ninguna de las dos ciudades la calefacción será tan barata como aquí). Asia parece contenta por primera vez en semanas: han ascendido a Ivan en el trabajo y para finales de verano, cuando se haya asentado en el nuevo puesto, podrán mudarse a una casa aún más amplia de lo previsto. Yo les cuento que mis padres planean visitarme en agosto —me avisaron ayer por Skype— y, por supuesto, los tres intercambiamos nuestras impresiones acerca del examen. La mía, nada rara en mí, es que soy merecedora de cualquier nota entre un cero y un diez.

Será un cinco. Raspado. Pero me sabrá a matrícula de honor.



A mediados de junio, entre los fuegos artificiales por el día de Rusia y los fuegos artificiales por la fiesta de las Velas Rojas, que conmemora el final del curso escolar, mi equipo y yo nos llevamos una sorpresa de buena mañana al llegar a Yubileyny. Alexandra y Mihail charlan con Natalia frente a la puerta del pabellón, aprovechando los rayos de sol que nos regala San Petersburgo en estos días, y ambos lucen una sonrisa de oreja a oreja. Esa ya es una sorpresa en sí misma, pero aún hay más.

—La ISU ha hecho públicas las asignaciones para el Grand Prix —anuncia Alexandra con retintín.

La ISU es la Unión Internacional de Patinaje, y el Grand Prix, el primer gran evento internacional de la temporada: una serie de seis torneos de carácter eliminatorio, donde solo los mejores clasificados libran la batalla final, en el mes de diciembre. Cada patinador compite en dos de las seis citas, a elección de los peces gordos, y solo quienes hayan acreditado unas notas mínimas o hayan sido invitados por alguna federación nacional pueden participar en él. Kolya y yo ni siquiera éramos pareja el año pasado, por lo que partimos de cero en cuanto a las notas, así que tendremos que dar lo mejor de nosotros mismos en la Copa de San Petersburgo, en agosto, y en el Trofeo de Lombardía, en septiembre, para

obtener la puntuación mínima, y después, cruzar los dedos para que alguna pareja se retire, por lesión o por otros motivos, y la ISU tenga a bien hacernos hueco.

No es así para Zhigunova y Siankovsky, claro. Ellos ya participaron el año pasado, y eso les garantiza un pasaje de primera clase, sin escalas ni transbordo.

—Estaremos en la Copa Rostelecom y en la Copa de China —nos comunica Alexandra, deseosa de informar a cualquiera que la quiera escuchar (o no). Supongo que es su revancha personal por la pataleta de hace unas semanas, cuando la federación nos tendió un cable que ellos no necesitan—. Ojalá tengáis suerte y podamos encontrarnos en alguna de ellas.

Le doy una enhorabuena tan genuina como su deseo y la dejo restregando su buena fortuna por las narices de Kolya.

Natalia y Zenya, en un aparte, cuchichean en torno a las listas, que salieron ayer a última hora de la tarde y que Natalia ha traído impresas. Zenya cuestiona las decisiones de la ISU con la vehemencia que la caracteriza.

—¡Ñet, ñet, ñet! Gente esta no sabe hacer nada a derechas. Nada. ¡Mira aquí! Ahora Skate America último lugar. Primero Europa, luego Canadá, luego Asia, luego Europa otra vez y vuelta América... ¡Gente esta no tiene respeto por salud! ¡Solo interesa audiencia de televisión! ¡Publicidad! ¡Rublos! Gente esta va hundir patinaje, yo digo a ti.

Echo un vistazo sobre su hombro y leo por encima los nombres de los convocados para la Copa Rostelecom y la Copa de China. Zhigunova y Siankovsky no tendrán apenas competencia en ninguna de las dos, lo que les permitirá arañar más puntos para colarse en la final. Alexandra cumplió su amenaza: papá Zhigunov ha debido de mover los hilos para que a su nenita vayan esponjándole el trono. Con cheques todo funciona mejor: incluso se habla de patinadores que han comprado plazas para el Grand Prix, aunque de puertas para afuera la organización presuma de transparencia.

Malhumorada, me alejo sin una palabra gentil y me refugio en el vestuario. Suelto sudadera y bolsa como si estuvieran infectadas y me dejo caer sobre uno de los bancos, ofuscada. Alexandra entra poco después para

cambiarse, pero tranco la puerta de mi cubículo y la evito.

Sospecho que la acidez va a persistir toda la mañana.

Cuando salgo, Kolya ya ha comenzado a calentar en una de las salitas.

—¿Estás bien?

Yo respondo con una mezcla de bufido y asentimiento.

A primera hora tenemos sesión con Grisha, lo cual me viene bien para descargar en la comba parte de mi irritación. A continuación, toca técnica en seco; no atino ni con los aterrizajes de los saltos ni con las piruetas, y me veo en la obligación de pedir disculpas a mi compañero en más de una ocasión. Zenya, preocupada, supervisa cada movimiento.

Solo es un mal día, me digo. Todos tenemos días así. Días en los que lo mandaría todo a la estratosfera, en los que por más que busco razones para continuar en la brecha, no encuentro ni una. El problema, cuando vas sobre patines, es que en días así puedes terminar abriéndote el cráneo contra el hielo.

A la hora de saltar a la pista, sigo sin notarme cómoda, y eso nos hace perder un tiempo precioso. Viktor ha venido para rematar lagunas en la coreografía del programa libre, que está casi lista. Reconozco que, al menos, Zenya llevaba razón y es diferente a todos los Cascanueces que se han representado hasta ahora. Aunque musicalmente mantiene la pureza original de Tchaikovsky y Petipa, para la trama Viktor y ella se han inspirado en la variación que realizó Gorsky en 1919, mucho menos infantil, en la que el Pas de deux no lo bailan a mitad de la obra el Príncipe Koklyush y el Hada del Azúcar, sino el propio Cascanueces y la protagonista, Clara, al final del segundo acto, durante el clímax dramático: la despedida de Clara del reino de los muñecos.

Dedicamos una hora entera a afianzar los componentes coreográficos y a trabajar la interpretación gestual con la ayuda de Viktor.

Y durante una hora entera, no dejo de oír a Zenya rezongar, gruñir y soplar tras de mí.

—¡Ñet, Suzanne! ¡Ñet!

Solo es un mal día, me digo.

Al terminar la sesión, corro hacia la portilla. Al salir me cruzo con Viktor, que me habla en voz baja mientras seco a fondo las cuchillas y las enfundo en los protectores.

—Tchaikovsky compuso esta obra por encargo en los últimos años de su vida. Él tampoco quería hacerla, y de hecho nunca llegó a quedar del todo conforme con el resultado. Y sin embargo, es una de sus obras maestras. Tú también acabarás reconciliándote con este programa, estoy seguro; date tiempo.

Al parecer, es el único en este pabellón que me comprende. Le dedico una mirada agradecida justo antes de que Zenya y Kolya, que discutían al otro lado de la pista sobre uno de los pasos de la segunda mitad del programa, se pongan a nuestra altura.

—¿Y bien? —pregunta Zenya. Luego me mira a mí—. ¿Qué pasa hoy? Solo es un mal día, me digo.

Viktor acude en mi rescate por segunda vez.

—Le comentaba a Suzanne que es un programa muy complejo. Los dos necesitarán horas de práctica para sentirse seguros y sacarle el máximo partido.

Mi entrenadora asiente y me regala una sonrisa tranquilizadora; la más aliviada parece ella.

—Todo va ir bien. Nosotros ayudamos a ti en lo que necesitas tú, ¿sí?

Kolya da un trago largo a la botella de agua antes de intervenir:

—Discúlpala, Viktor —apunta con tono jocosos, mirándome a mí—. Desde que tiene novio, no se puede trabajar con ella.

Sé que lo ha dicho en broma, pero en mi interior bulle la rabia.

Rabia y otra cosa.

Ese beso. Ese estúpido beso que, como la mueca vanidosa de Alexandra esta mañana, no me puedo quitar de la cabeza.

—Mêle-toi de tes bébelles¹⁶, Tsvetkov.

Agarro mi cantimplora y simplemente desaparezco de allí.

CAPÍTULO XXVI

Solo fue un mal día, les repito a mi compañero y a mi entrenadora una y otra vez. Sin embargo, desde aquello, a Zenya nadie le saca de la cabeza que los meses de estrés y de cansancio acumulado nos están pasando factura, y que es imperante respirar aires nuevos lejos de la atmósfera viciada de Yubileyny.

—No tenemos tiempo para vacaciones, Zenya —manifiesta Kolya.

—Nadie dice vacaciones.

Resulta que, como ya están a punto de cumplirse tres meses desde la última vez que renové mi visado y pronto tendré que salir de nuevo del país, a Zenya se le ha ocurrido mandarnos a los dos al extranjero: al campamento de alto rendimiento que todos los veranos organiza en los Alpes franceses el célebre entrenador Alexander Shishkin. El de este año está a punto de comenzar. De esa forma, según ella, «matamos tres pájaros con una escopeta»: nos evadimos de San Petersburgo al mismo tiempo que perfeccionamos nuestra técnica con uno de los mejores maestros.

—¿Y el tercer pájaro?

Zenya sonríe como si no hubiera rasguñado un patín en toda su vida.

—Yo descanso de dos vosotros.

—¿Y cómo vamos a pagarlo? Es carísimo.

Y tanto que lo es: mil quinientos euros por cabeza, sin contar el viaje, el alojamiento ni la manutención.

—Yo hablo de números con Pasha. —Y todo parece indicar que ahora también va a hablar de números con nosotros—. Convencemos patrocinadores de aportar más para causa. Poquito dinero, pero... A cambio, dos vosotros aumentáis promoción: VK, Instagram... Federación también destina partida anual a formación de patinadores suyos. Poquito dinero, pero... Y como yo no trabajo dos semanas, honorarios míos para pagar resto de coste campamento.

—Pero, Zenya... —interrumpe Kolya.

Ella alza la mano y chista para que se calle.

—Estancia, viaje... —prosigue—. Todo eso debe ir cuenta vuestra.

—Tengo que hablarlo con mis padres —digo yo.

—Yo estoy pelado, Zenya. El alquiler que me paga Suzanne es un desahogo, pero no tanto como para ahorrar. Intentaré pedirle un préstamo a mi hermana y devolvérselo poco a poco.

—Yo no meto presión a dos vosotros. Sé que mucho dinero, pero inscripciones terminan mañana.

—Hablaré con mis padres esta noche.

—Mañana te damos una respuesta.

Y se la damos. Positiva. Una de las hermanas de Kolya, la que vive en Minsk, ha accedido a sufragar los gastos del viaje a cambio de que «el señor patinador famoso sin un kópek en el bolsillo visite de vez en cuando a sus sobrinos». Y respecto a mis padres, sé que este nuevo desembolso es tirar demasiado de la cuerda, pero aun así se muestran encantados con la idea y dispuestos a arrimar el hombro un poco más.

Aunque eso suponga volver a quedarse sin vacaciones, como averiguaré más adelante.

Entre Zenya y Pasha arreglan el papeleo. Durante tres días, tratamos de compatibilizar nuestro ritmo habitual de entrenamientos con los preparativos para el viaje, pero es casi imposible: buscar hotel, comprar billetes, preparar maletas, afilar cuchillas..., sumado a los nervios por nuestra partida, nos deja fuera de juego en la pista y en casa. Por momentos, tengo la sensación de haber retrocedido en el tiempo: es enero y estoy en Montreal, hecha un manojito de ilusiones y de miedo, a punto de subirme al avión que lo trastocará todo. Solo que esta vez no viajo sola. Me aferro a Kolya, y Kolya se aferra a mí. Y eso, por alguna razón, me tranquiliza.

Antes de que nos demos cuenta, los dos nos desplomamos en los asientos del avión que nos llevará a París. Desde ahí, y tras una visita acelerada a la embajada para tramitar nuevamente mi visado, que me enviarán al hotel cuando esté listo, volaremos a Lyon, y de Lyon iremos en autobús hasta la estación de esquí de Courchevel, cerca de la frontera con Suiza.

Kolya, que ha pedido ventanilla, se coloca el cojín cervical y se pone unos tapones en los oídos. Aún puede distinguirse la torre de control de Púlkovo en la distancia y ya está dormido. Yo aprovecho para ver en el

móvil una serie de dibujos animados rusa con subtítulos en inglés, los deberes de Connard para no oxidarme en vacaciones.

En la pantalla de mi smartphone, los protagonistas de Katerok le cantan al verano y a la libertad acompañados de una jirafa y un guacamayo.

—¡Chunga changa!

Kolya se ha despertado y canturrea en voz baja sin apartar la mirada de mi teléfono, su cara justo encima de mi hombro.

—Me encantaban esos dibujos cuando era pequeño —explica—. Los veía con mis hermanas mientras nuestra babushka nos daba la merienda, antes de... Ya sabes.

Sí. Ya sé. Antes de la muerte de su padre. En pantalla, cuatro delfines neuróticos bailan durante el puente instrumental de la canción.

—No sabía que te gustaban los dibujos —dice Kolya.

—No me gustan. Prefiero el cine antiguo; esto tiene demasiados colorines para mí. Solo trato de mejorar mi ruso.

—Ya te he dicho que puedes practicar conmigo.

Una azafata pasa por la cabina repartiendo zumo de frutas y café. Después de eso, Kolya cierra de nuevo los ojos; se despierta y vuelve a dormir de forma intermitente. La cabeza, a pesar de la sujeción del cojín, bascula en más de una ocasión sobre mi hombro. Huele a jabón para la ropa y a Myoflex; el aroma de mi vida. Sonrío.

El episodio de Katerok da paso a un capítulo aleatorio de Antoshka, y este, a otro de la versión soviética de Winnie the Pooh. Acabo rindiéndome al sopor yo también, mi cabeza sobre la suya.

Cuando despierto, el comandante ya ha encendido la señal del cinturón de seguridad y anuncia nuestro inminente aterrizaje en el aeropuerto Charles de Gaulle. Zarandeo a Kolya, que se despereza aparatosamente. Me escudriña entre legañas.

—¿Dónde estamos?

—Llegando a París.

Se remueve en el asiento. Anuda los cordones de sus zapatos; guarda en la mochila los tapones, la botella de agua espachurrada por la presión, la bolsa de caramelos cítricos y el libro de Vladimir Sorokin que dejó en la cesta delantera al subir y que no ha tocado en todo el vuelo. Pliega la

mesilla, abre la persiana, baja el reposabrazos. Comprueba un par de veces que lleva el cinturón bien abrochado y desinfla el cojín cervical hasta reducirlo a su mínima expresión.

Yo contemplo todo el ritual embobada. Creo que nunca había conocido a nadie tan concienzudo.

Cuando considera que ya ha terminado de prepararse para el aterrizaje, Kolya se reclina en el asiento y mira por la ventanilla.

De repente, pregunta:

—¿No le molesta a tu novio que vayas a pasar dos semanas rodeada de atletas guapos?

—EX no es mi novio.

—Entiendo. Al hippie no le gustan las etiquetas.

Meneo la cabeza.

—EX y yo solo somos amigos. No hay más.

Kolya me observa en silencio, sopesando mi sinceridad. Se echa hacia delante, en busca de un encuadre diferente.

—Fuisteis juntos a Tallin.

—No fuimos juntos a Tallin. Yo fui a Tallin. Él solo estaba interesado en conocer la ciudad y me buscó al llegar. No es mi novio, Kolya. —Clavo la vista en él, como si mi credibilidad dependiera de la intensidad de mi mirada.

Asiente lentamente. Después, se reacomoda en su sitio, estira el cuello y ojea el asfalto de la pista de aterrizaje, tan próximo que parece a punto de estrellarse contra nosotros. O nosotros contra él.

Kolya se gira de improviso. La punta de su nariz, tibia, queda a escasos centímetros de la punta de mi nariz, candente.

—Entonces deberías tener aún más cuidado con los atletas guapos —susurra.

La mujer que ocupa el asiento contiguo al mío me da un codazo sin querer, y gracias a ella descubro que ya hemos aterrizado, que hay viajeros de pie en el pasillo, que la mitad de los compartimentos para el equipaje ya se han abierto.

Métetelo en la cabeza, Suzette: es una pésima idea.



Llegamos a Courchevel pasadas las once de la noche, con el estómago bajo mínimos por culpa de las curvas de la carretera y al límite de nuestras fuerzas. Hemos pasado de estar al nivel del mar a ascender 1.850 metros. Hemos pasado de una ciudad con cinco millones de habitantes a un pueblecito, ya de por sí minúsculo, que en pleno mes de junio acusa la falta de nieve con hoteles vacíos y calles despobladas. Hemos pasado de Rusia a Francia. Y aunque nunca antes he puesto un pie en Courchevel, me siento como en casa.

Localizamos nuestro hotel en la plaza principal, frente al pabellón de hielo. Es de noche y la visibilidad, reducida, pero puedo adivinar en los contornos de la fachada la típica estructura de los chalets de alta montaña, con su tejado a dos aguas, sus balcones de madera y su porche. Dentro, el vestíbulo resulta igual de acogedor: sofás de piel blanca, alfombras sobre un suelo de tarima y, al fondo, en la sala de estar, una chimenea que hará las delicias de los esquiadores en temporada alta, pero que hoy está apagada. Y menos mal: la brisa que llega de las montañas es calurosa y reseca.

Kolya y yo nos arrastramos, literalmente, hasta el mostrador de recepción. Un joven en manga corta y chaleco me da la bienvenida en un francés que me suena a campanillas celestiales. Nos presento, le muestro nuestra documentación y charlo con él mientras rebusca las llaves de las dos habitaciones que hemos reservado. Podría quedarme escuchando la voz del recepcionista toda la noche, pero Kolya tira de mí en dirección a las escaleras; es hora de reponer fuerzas. Ante nosotros aguardan dos semanas intensas: entrenamientos en el hielo, en el gimnasio y al aire libre; seminarios, clases de técnica de saltos, lecciones coreográficas y preparación psicológica, con solo un día y una tarde libres por semana. Únicamente de pensarlo, me quedo KO sobre el colchón, sin llegar a apartar las mantas.

A la hora en que comienza el servicio de desayuno, golpeo con los nudillos la puerta del dormitorio de Kolya, justo al lado del mío. Aparece al cabo de un momento con un par de ojeras del brazo, y juntos bajamos las escaleras hasta el comedor, que tiene vistas a un bosque de abetos y a un cielo cristalino. Nada más atravesar el umbral, una bofetada con aroma a nostalgia me frena. Por toda la estancia flota el olor a tostadas, a café

recién hecho —café de verdad—, a croissants esponjosos y a panecillos de mantequilla.

Kolya y yo desayunamos prácticamente en silencio, a excepción de algún «voy a por más croissants» y «tienes que probar este zumo de melocotón» esporádicos. Cuando terminamos, subimos a lavarnos los dientes y a recoger nuestros patines; la entrega de acreditaciones para el campamento comienza a las diez. Bajo al vestíbulo del hotel antes que mi compañero y lo espero allí. Mientras hago tiempo, ojeo un par de folletos expuestos en el mostrador y compruebo la previsión meteorológica en una pantalla de plasma.

—¡Suzanne!

Me doy la vuelta de inmediato.

—¡Irina!

Nos fundimos en un abrazo antes de que yo termine de pronunciar la última sílaba.

Irina Neroda es una patinadora con la que coincidí en varios campeonatos júnior. Hace unos años formó pareja con Paolo Mattioli; ambos forman una de esas parejas interculturales tan de moda últimamente en el circuito: ella nació en Bielorrusia; él, en Italia; ambos entrenan en Francia a las órdenes de Shishkin, que a su vez es ruso, y compiten en representación de Ucrania, de donde es oriundo el padre de ella.

Más allá de los trapicheos entre federaciones, Irina es una de las mejores personas que he conocido gracias al deporte, y me alegra reencontrarme con ella después de casi un año alejada de los círculos del patinaje.

Paolo se acerca a nosotras y me planta tres besos cargados de afecto. Un recuerdo fugaz sacude mi mente: Irina, Paolo, Tom y yo rematando el mundial del año pasado en un garito de Hungría de nombre desconocido.

—¡Cuánto tiempo sin verte! —Irina me dirige una sonrisa espléndida—. Se te ha echado de menos. ¡No sabía que vendrías a Courchevel!

—Fue una decisión de última hora.

—¿Qué tal estás? He oído que entrenas en Rusia ahora, después de... —Cambia el peso de un pie al otro, incómoda. Visiblemente.

—De que Tom rompiera conmigo. —No me acompleja decirlo. No fui

yo quien actuó mal. Fue él—. Sí.

—¡Y nada menos que con Kolya Tsvetkov! Cuando salió en la prensa, se lo dije a Paolo: «Si alguien en este mundo puede hacer a Kolya Tsvetkov cambiar de modalidad, esa es Suzanne».

Me río.

—¿Y a vosotros cómo os va? ¿Qué tal la temporada? No estoy muy al día de lo ocurrido este año, lo siento.

—Oh, no ha ido mal. Título nacional, undécimos en el europeo y decimoquintos en el mundial. Para ser nuestro primer año en sénior, creo que no nos podemos quejar.

Lanzo un silbido.

—¡Imparables!

Paolo gruñe.

—Eso díselo a Shishkin. No parará hasta vernos en el pódium el año que viene. Ni siquiera nos ha dejado descansar de él estas dos semanas y nos ha arrastrado hasta aquí contra nuestra voluntad.

—Me alegra muchísimo verte y compartir campamento contigo — interrumpe Irina—. Quise mandarte un mensaje cuando ocurrió todo, pero temía que mis palabras te hicieran sentir peor. No sabes... No sabes lo mal que me sentí cuando Tom...

—Es pasado. Dolió. —Duele todavía—. Pero es pasado.

Aunque, al parecer, lo es solo para mí. Para el resto del mundo, mi ruptura con Tom sigue de rabiosa actualidad, a juzgar por los cuchicheos que se extienden cuando Kolya y yo entramos en el pabellón.

Sentados en círculo en el gimnasio, en chándal y descalzos, una treintena de patinadores de entre doce y treinta años, procedentes de al menos nueve países, asistimos al solemne acto de inauguración del Campamento de Verano de Courchevel 2017. Ante nosotros desfila no solo Alexander Shishkin, ese hombre bajito, regordete y con los ojos más azules que he visto nunca, sino también su equipo de confianza: dos entrenadores, una fisioterapeuta, un coach y dos coreógrafos; uno de ellos, recién llegado desde Estados Unidos.

Después de desglosar el programa y de aclarar algunas normas básicas, nos conceden quince minutos para tomar un tentempié y alistarnos antes de la primera práctica en seco.

—Ahora empieza lo duro —bromea Shishkin mientras nos agolpamos frente a la máquina de café.

Y vaya si lo es. Al término de la primera semana, para cuando acepto que las agujetas formarán parte de mi cuerpo el resto de mi vida, he hecho jogging por los alrededores de la pista cada amanecer; he practicado saltos al aire libre triplicando la cantidad de glóbulos rojos en sangre; he asistido a varias ponencias sobre tolerancia a la frustración y matrices DAFO; he participado en talleres sobre musicalidad y transiciones coreográficas; me he machacado en el gimnasio con arneses y pértigas; he visionado las grabaciones stromotion de mis saltos con el fin de enderezar el eje, mejorar el ángulo y favorecer la aerodinámica de mi vuelo; he aprendido nuevos ejercicios de estiramiento para un adecuado mantenimiento de mis músculos; he vencido al cronómetro en la piscina; he aplaudido los programas de los patinadores más inexpertos y he ayudado a los niños con su Axel; he paseado con Irina por las calles de Courchevel en nuestra tarde libre; he comprado souvenirs para mis padres, para Zenya y para Pasha. Incluso he visto algo insólito: a Shishkin ataviado con un delantal y preparando una barbacoa para todos sus pupilos el fin de semana.

La noche del domingo, después de cenar en el restaurante del hotel con varios de los atletas, me doy una ducha tibia y dilatada. Envuelta en la toalla, contemplo mi rostro en el espejo: el sol de los Alpes ha estado proveyendo de vitamina D a mi piel, y esta luce bronceada y saludable. Con el pelo aún húmedo, un capricho que de ninguna forma podré permitirme en San Petersburgo ni en pleno verano, me pongo el pijama y salgo al balcón de mi dormitorio.

El sol que ha apretado durante toda la jornada ha dado paso a una guirnalda de estrellas nítidas. Hasta el segundo piso llegan el canto de los grillos y el silbido tenue de las copas de los árboles mecidas por la brisa; los sonidos de la planta baja, donde todavía quedan unos cuantos comensales en el restaurante, se cuelan por las ventanas abiertas.

—¿Te sientes bien?

Kolya está asomado a su propio balcón, apoyado en la barandilla con la mirada perdida en el infinito. Él también está en pijama, si es que puede llamarse así a la camiseta desvaída con el logotipo del mundial de Ontario 2013 y los pantalones de cinturilla deshilachada que se ha traído en la

maleta. Solo nos separa una mampara traslúcida. Y mi voluntad férrea.

—Muy bien. Me siento una privilegiada por estar aquí.

Él se aparta de la barandilla y agacha la cabeza.

—Yo también.

—¿Aunque los demás te miren como a un bicho raro?

—No soy un bicho raro. Solo soy un excampeón de Europa en un campamento de verano. —Me río; él también—. Aunque creo que se sienten decepcionados. Esperaban a Tom Girard y han tenido que conformarse conmigo.

Una mueca deforma la comisura de mis labios.

—Este deporte no sería lo mismo sin los chismorreos. Lo siento.

—No es culpa tuya.

—¿Cómo va tu rodilla?

—Cada día más fuerte.

—Fantástico.

Antes de venir a Courchevel, tuvimos que avisar a los organizadores de que Kolya estaba atravesando un período de rehabilitación (no compartimos más información) y que necesitaría cuidados especiales y un programa de prácticas adaptado. No hubo problema. El campamento también está dirigido a patinadores que buscan ponerse en forma tras una lesión.

Permanecemos en silencio unos minutos. Me apoyo de espaldas a la baranda y sacudo la cabeza a un lado y al otro, dejando que la noche de finales de junio seque mi pelo.

—Cuéntame algo —pide Kolya de repente.

—¿Algo como qué?

—No sé. Me gusta escucharte. ¿Tienes mascota en Montreal? ¿Cómo se conocieron tus padres? ¿Cómo has acabado aquí, conmigo?

Organizo mis ideas un instante.

—No tengo mascota. Mi madre es alérgica al pelo de los animales, así que solo he tenido peces, pero se me morían pronto.

Esboza una sonrisa ladeada.

—No me extraña.

—Eres cruel.

—Sigue... Por favor.

—Mis padres se conocieron en el hospital. —Río ante su mirada pasmada—. No es lo que piensas. Mi madre es enfermera y mi padre... Bueno, ya no, pero antes de que yo naciera trabajaba como visitador médico. Se conocieron cuando él fue a promocionar un medicamento y ella lo echó de su planta con cajas destempladas.

—Qué romántico.

—En realidad, sí lo fue. Mi padre regresó al día siguiente, y al otro, y al otro. Cuando mi madre accedió a que se reuniera con el doctor para el que trabajaba, mi padre le confesó que ya había hablado con él por teléfono. Que había seguido yendo al hospital solo por ella. Se casaron un año después.

—Y fueron felices para siempre.

—En absoluto. Mi madre sufrió dos abortos consecutivos; pasaron años intentando tener hijos, sin éxito, y su relación estuvo a punto de irse al garete por ello. Yo fui su pequeño milagro.

—Pequeño milagro —repite en voz muy baja, casi un murmullo. Tras una pausa, añade—: Aún falta una pregunta.

¿Cómo has acabado aquí, conmigo?

—Eso ya lo sabes. Me quedé sin pareja. Busqué otra. Y al final del camino, estabas tú.

—Admirable tu capacidad de síntesis.

—¿Qué te dijo Zenya para convencerte? Nunca te lo he preguntado.

—¿A qué te refieres?

—El día que llegué. Os encerrasteis en tu habitación y os pusisteis a discutir a gritos. Después, cuando salisteis, tú habías cambiado de opinión y aceptaste hacer una prueba conmigo.

—Oh. Ese día.

—Sí. Ese día.

—Me dio un ultimátum. Si no accedía, ella también se apartaría del barco. Me quedaría solo y mi carrera terminaría. Cuando le pregunté por qué me había ocultado lo tuyo, se limitó a decir: «¿Habrías aceptado si te lo hubiese contado?». —Se calla.

—Mi amor propio agradece que te guardes la respuesta.

—Creo que ambos la sabemos.

—Sí, creo que sí —suspiro.

Ninguno de los dos dice nada más durante un buen rato. Me muevo cómoda a través de un silencio que únicamente parece horrorizar a los grillos.

—Me alegra —sentencia Kolya de repente.

—¿El qué?

—Que te quedaras sin pareja. Que buscaras otra. Y que al final del camino, estuviese yo.

—...

—...

—Yo también me alegro. Bueno, no de quedarme sin pareja. Pero sí de lo demás.

—Me hago una idea.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por aceptar hacer esa prueba conmigo.

—Somos un equipo, Suzanne. Yo no te dejo caer a ti, y tú no me dejas caer a mí.

Sacudo la cabeza.

—Estoy muy cansada. Será mejor que me vaya a dormir. Mañana he quedado con Irina para salir a correr antes del desayuno.

Kolya asiente.

—Que descanses.

—Tú también.

Entro en el dormitorio y cierro las puertas de doble acristalamiento. Bajo la persiana. Corro las cortinas. Atranco el picaporte con el respaldo de una silla. Coloco la maleta a medio abrir/a medio cerrar justo delante. Tengo la certeza de que si no lleno la habitación de obstáculos, acabaré ahí fuera de nuevo, cometiendo cualquier insensatez.

Es una pésima idea, Suzanne. Una pésima idea.

CAPÍTULO XXVII

A las seis de la mañana de mi segundo lunes en Courchevel, se despierta la alarma de mi móvil, y con ella, mis instintos asesinos.

Irina y yo, en mallas, damos varias vueltas alrededor del pabellón antes de que salga, por enésima vez, el tema de Tom.

—La verdad —dice Irina—, opino que formaba mejor pareja contigo que con Marion.

Giramos en la esquina que da a la Rue de La Croisette.

—¿Por qué lo dices? Les ha ido bien, ¿no?

Torcemos a la derecha en la Place du Forum.

—Sí, les ha ido bien. Pero no sé, es una percepción mía. Supongo que aún les falta recorrido juntos para conseguir la compenetración que tenía contigo.

Avanzamos por la Rue de Plantret.

—Eso ya no importa. Él quiere patinar con ella.

Nos adentramos en un sendero de tierra, la única vía transitable en el prado que bordea la parte posterior del pabellón.

—En cualquier caso, van a tener que trabajar muy duro si quieren llegar a tiempo a la temporada.

Pasamos junto a la estación del telesilla. Irina hace ya rato que comenzó a resoplar.

—¿Por qué?

Frente a una tienda de útiles de esquí y snowboard cerrada por vacaciones, Irina se detiene y apoya las manos en las rodillas.

—¿No te has enterado? —Levanta la vista y me mira sorprendida detrás de una gruesa capa de sudor—. Marion está de reposo. Poco después de regresar de Helsinki, pasó unas semanas en el hospital por una indisposición. Dicen que ya se encuentra bien y que estará en forma para el otoño, pero, hasta donde yo sé, aún no han empezado a entrenar.

No sé cómo sentirme respecto a esa noticia. No le deseo ningún mal a nadie, ni siquiera a chicas que destrozan equipos y bailan tangos con vestidos diseñados para otras. Sin embargo, en lo más hondo, allí donde se

oculta mi cara más competitiva, no puedo evitar un ramalazo de satisfacción. Para Marion, todo fue fácil desde el principio. Le pusieron una alfombra roja y le dieron la mitad del trabajo ya hecho, maillot incluido. No se morirá por sufrir un poco.

Nos bebemos el lunes y el martes de entrenamiento en entrenamiento. El miércoles, en la primera práctica sobre hielo, Paolo sufre una caída especialmente violenta, con apoyo de la muñeca izquierda, y su expresión de dolor nos alarma a todos. Shishkin lo acompaña a la enfermería. El semblante de Irina muta de una ligera inquietud a la angustia más pura mientras espera el diagnóstico. Cuando lo derivan al hospital más cercano, nos tememos lo peor. Irina y Shishkin se suben a un taxi junto a Paolo, que tiene el antebrazo hinchado y amoratado, y los tres desaparecen rumbo a Moûtiers entre gritos de ánimo y buenos deseos de quienes nos quedamos en la pista.

Kolya no dice nada en todo ese tiempo. Desde el grito de Paolo, se mantiene en silencio y alejado del grupo. Lo miro a la cara. Ni siquiera está ahí, dentro de su cuerpo. Durante el resto del día, se limita a practicar saltos a un ritmo frenético bajo la vigilancia severa de Kostya Tarasov, la mano derecha de Shishkin, que lo corrige una y otra vez. A Kolya no parece importarle, sino todo lo contrario: se aplica en cada repetición con el doble de afán, como si hubiese un demonio en su interior y solo lograra exorcizarlo a golpe de Lutz.

Yo me aparto y lo dejo hacer; sé que es la mejor ayuda que puedo ofrecerle. Sin embargo, esa misma noche, empiezo a preocuparme cuando no baja a cenar con los demás, que no hablan de otra cosa que no sea la muñeca de Paolo. Se la ha fracturado y tiene para varios meses; hablé con Irina por teléfono hace un par de horas y está hundida. Lo peor es que los médicos no dejan de repetir que, a pesar de todo, ha tenido suerte: la fractura ha sido limpia, así que no acarreará secuelas a largo plazo. No son conscientes de que el plazo más largo que tanto Irina como Paolo se pueden permitir es el tiempo que los separa del inicio de la temporada.

Picoteo a desgana mi ratatouille y me disculpo con los demás antes de llegar a los postres. Subo rápido al segundo piso; sigo de largo frente a mi puerta y voy directa a la de Kolya. No está. O no quiere abrir. Las dos alternativas me resultan igual de turbadoras.

Bajo al vestíbulo y me reúno con la noche sin pensar demasiado hacia dónde se dirigen mis pies. A mis veinte años he aprendido que todos mis caminos, todos mis pasos, confluyen siempre en un único lugar.

La puerta de acceso al hielo está sospechosamente entornada. Creo que esa información es todo cuanto necesito. La empujo en silencio y me adentro en una penumbra que huele a nevera. A morgue. Me froto los brazos, erizados. No me he abrigado antes de salir y, aunque fuera la temperatura es agradable, acabo de penetrar en los dominios de la Reina de las Nieves, donde siempre es invierno.

Ya desde la entrada puedo oír los cuchillazos. A mi memoria acuden, como retales sin hilván, recuerdos de una noche similar en Yubileyny. Su frío. Mi frío.

Me asomo por el pasillo que conduce a las gradas. Kolya está solo en la pista. No. Solo no. Con él patinan las toneladas de miedo, de dolor, de desengaño de las que no ha logrado desprenderse durante el día.

Identifico un doble Axel. Un flip. Un triple Salchow seguido de un doble toe.

—¿Hoy también vas a quedarte ahí sin decir nada? —La voz de mi compañero reverbera en un millar de asientos de plástico vacíos.

Mi espalda se encoge y me empequeñece.

—Yo no... Creí que tú no...

—¿Que no sabía que estabas ahí?

—...

—Lo he sabido desde que entraste. Lo supe la otra vez, en Yubileyny.

Mastico mi vergüenza y la trago para mí.

—No quería molestarte. Solo estaba preocupada.

A oscuras, me doy la vuelta para regresar al hotel. Ya me he cerciorado de que Kolya está bien, solo un poco aturdido por los acontecimientos de la jornada, y yo no pinto nada aquí.

—No te vayas. Por favor.

—¿Cómo has sabido que iba a marcharme?

No responde. Nuestra conversación tonta e inútil cae en un limbo del que ya no saldrá.

El sonido de las cuchillas me anuncia que Kolya se aproxima a la barandilla. Yo permanezco inmóvil, al amparo del túnel que conduce a los

vestuarios.

—Disculpa. Ha sido un día difícil —dice, como si fuera una novedad—. Lo de Paolo me ha removido... cosas.

—Lo sé.

No volvemos a articular palabra en un rato.

—¿Alguna vez has vuelto a pensar en aquel beso?

Silencio.

—No.

—Yo tampoco. —Se ríe—. Fue asqueroso. ¿Te imaginas que nos acostáramos? Sería repugnante.

—Repulsivo.

—Podemos hacer la prueba. Solo para comprobarlo.

—No creo que sea buena idea, Kolya.

—¿Por qué no? —Busco en el alicatado un argumento convincente. No hallo ninguno, y él prosigue—: Así nos aseguraríamos de que no hay nada turbio entre nosotros. Y podríamos concentrarnos en el equipo. ¿No crees?

—Está bien.

—Perfecto. ¿Cuándo lo hacemos? ¿Ahora?

—Psé.

—¿Mi habitación? ¿Tu habitación? ¿Aquí?

—Aquí mismo está bien.

—¿Cerraste la puerta al entrar?

—Sí.

—...

—...

—Tendremos que desnudarnos, ¿no?

—Vale.

—Tú primero.

—De eso nada, los dos a la vez.

Sonríe. Incluso a ciegas puedo sentir su sonrisa en mis bragas.

—Veo que has aprendido la lección —señala, y comienza a desatarse los patines para dar a entender que acepta el trato.

Me quito la ropa de manera mecánica, como si estuviese sola, en el vestuario, después de entrenar. La doblo pulcramente y la dejo sobre uno de los asientos, junto a mis sandalias y la llave de la habitación.

En ropa interior, aguardo instrucciones junto a la pista. Rehúso mirar a Kolya; el zip de una cremallera y el frufú de la tela hablan por él.

—Ahí no —dice desde el otro lado de la barandilla—. Aquí.

—¿Ahí? Estoy descalza. —Omito especificar que también casi desnuda.

—¿Cuándo le has tenido miedo al hielo?

Tiene razón. Pongo un pie sobre la superficie y ahogo un grito cuando el frío me quema las plantas. Doy un par de pasos aferrada al borde, con cuidado de no resbalar. Sin patines, soy como una niña torpe en su primera lección. O como un par de neumáticos lisos en pleno diluvio.

Kolya se halla a un metro de mí. La luz de las farolas que entra por las claraboyas delinea su tórax.

—Supongo que tendremos que besarnos.

—Puag —afirmo con el pulso desbocado.

—Sí. Puag.

Follamos. Como dos salvajes sin sentido, como dos malditos desahuciados, atrayendo y repeliendo el orgasmo una y otra vez, prolongando nuestras respectivas agonías sobre el hielo, contra el hielo, haciendo realidad una fantasía que ni siquiera sabía que tenía. No nos dejamos nada dentro, igual que aquella mañana de abril en la que jugamos como dos críos. Solo que ahora somos adultos, placenteramente, deliciosamente adultos, y nos sacamos el uno al otro las ganas de mordernos, de abrasarnos, de despedazarnos.

Cuando estamos empapados y ateridos, terminamos lo que empezamos contra la pared del vestuario, bajo el chorro de agua caliente. O todavía no lo terminamos. Todavía nos queda mucho por jadear.

Kolya me empuja hacia el abismo y, en el último instante, me impide precipitarme por él. Una y otra vez. Una y otra vez.

—Yo no te dejo caer a ti, y tú no me dejas caer a mí. —Su voz distorsionada por los gemidos se cuela en mi oído. Ya solo me queda eso. Solo soy sexo, agua de ducha y las palabras de Kolya.

—Déjame caer, por favor. Déjame caer.

Y lo hace.

Y me deshace.

CAPÍTULO XXVIII

—El brazo extendido en un salto ‘Tano modifica la curvatura del cuerpo, que describe una parábola desde el centro de gravedad. Por eso es indispensable rectificar la postura antes del aterrizaje.

Shishkin, con su vocecilla pausada, como de guiñol, nos explica algunos trucos para optimizar nuestra técnica, enriquecer nuestros movimientos y conseguir puntuaciones más altas.

Todos los patinadores asistimos a uno de los últimos seminarios teóricos previstos en el programa del campamento. La práctica individual comienza en veinte minutos, y todos los entrenadores estarán presentes para evaluar nuestros progresos. Además, también contamos con la presencia de Alain, el camarógrafo, por lo que dedicaremos buena parte de la mañana a visionar saltos en stromotion.

Yo atiendo como en trance a la exposición de Shishkin, que habla y habla sobre el hielo.

Sobre ese hielo en el que no ocurrió nada. Nada de nada.

—Debéis tener en cuenta que en el GOE no solo se reflejan las variaciones en la fase de vuelo; también la complejidad durante la preparación. Y recordad que el control postural es crucial en ambas.

Nos despide con una palmada enérgica y nos cita dentro de diez minutos. En tropel, aprovechamos el descanso para visitar el cuarto de baño y la máquina de bebidas, por ese orden.

Con una botella de agua fresca en la mano, charlo con Peggy, una de las patinadoras veteranas. Por el rabillo del ojo, veo que Kolya regresa del baño y me ladeo con disimulo, dándole la espalda. Él mete unas cuantas monedas en la máquina y saluda a un par de compañeros. No hemos intercambiado una sola palabra desde ayer por la noche.

Ayer por la noche no ocurrió nada. Nada de nada.

Sin embargo, y a pesar de mis vigorosos esfuerzos por aparentar indiferencia, la presencia de Kolya, cada mínimo gesto suyo, se filtra en mi interior, se amplifica y rebota contra las fronteras de mi propio cuerpo, como un umbral sonoro que solo yo percibo. El insidioso zumbido con el

que uno debe aprender a convivir tras una detonación. Incómodo. Perturbador. Tóxico.

Antes de que termine la pausa para el café, aparecen en el área de descanso Irina y Paolo, cuya escayola se extiende desde los nudillos hasta el codo. Vienen a despedirse de nosotros; Paolo debe reposar, y ella, seguir trabajando por los dos para no perder la forma y avanzar todo lo posible hasta que él se recupere, sea cuando sea. Aunque Paolo bromea y nos incita a plasmar nuestra creatividad en su brazo, los dos parecen aún aturridos por la situación.

—Ha sido fantástico volver a verte. —Irina me abraza antes de marcharse. Sus ojos vidriosos hacen que me sienta fatal, por ella y por mí. Porque, a pesar de que me duele lo que les ha ocurrido a ellos, no puedo dejar de dar las gracias porque no nos ha sucedido a nosotros—. Prométeme que seguiremos en contacto. Mucha suerte, Suzanne; Kolya y tú vais a llegar, estoy segura.

A la hora pactada, regresamos a la pista en corrillos y nos organizamos por parcelas para comenzar la práctica de salto con variación. En el que me asignan a mí se encuentran otras dos patinadoras sénior y una niña de catorce años que tiene todas las herramientas para convertirse en un portento. (Lo será. Elena Tremblay, de padre canadiense y madre rusa. La niña prodigio que ganará la medalla de oro en absolutamente todas las competiciones durante su primera temporada como sénior). Como monitora, nos acompaña Daria Moisescu.

Me obligo a concentrarme en la tarea que tengo por delante.

Me obligo a concentrarme.

Me obligo a concentrarme con todas mis fuerzas.

Doble ‘Tano toe.

Bucle sencillo con rippon.

Walley Lutz.

Y doble ‘Tano toe.

Y bucle sencillo con rippon...

Cargo, impulso, giro y desciendo. Cargo, impulso, giro y desciendo. Durante sesenta minutos consecutivos, cargo, impulso, giro y desciendo. Sin parar. Hasta que el remolino que yo misma he generado me absorbe y mis neuronas se apaciguan.

Shishkin se acerca a mí y me felicita por mi disciplina y mi exigencia.

—Algunos de mis pupilos han incorporado variaciones de brazos en el twist y el resultado es espectacular. Kolya y tú podríais aprovechar los últimos minutos para practicarlo.

Va en busca de mi compañero, que aparece poco después. Hombros encogidos, mandíbula gacha, aire taciturno. No me mira. La actitud idónea para abordar un twist con arrojo y soltura, sin miedo a romperme la crisma en el intento.

Nos posicionamos con torpeza para empezar. Tardamos más de lo habitual, mucho más, en coordinar nuestras marcas. Cuando me toca, los dos nos tensamos de inmediato.

¿Qué hiciste anoche, Suzanne? ¿Qué hiciste?



La del viernes es nuestra última tarde libre en el campamento de Courchevel. Sin Irina, y con la palpable tirantez entre Kolya y yo, paso la mayor parte del tiempo a solas en mi dormitorio, tumbada en la cama y alternando canales de televisión en los que, por primera vez en meses, los locutores hablan mi idioma. Conectada a la wifi del hotel, chateo un rato con mis padres y con mis amigas. Me doy un baño que parece no tener fin y, al caer la tarde, aburrida de aburrirme, empiezo a preparar el equipaje. Mañana pasaremos todo el día fuera del hotel, entre los entrenamientos y la fiesta de despedida, y el domingo partiremos al amanecer.

Empujo en el interior de mi bolsa de deporte la ropa desperdigada por la habitación. Solo dejo fuera el pijama, el neceser de aseo y las prendas que usaré mañana. Los patines, como siempre, irán facturados aparte.

Mientras cierro la cremallera, pienso con una sonrisa que, a pesar de todo, la Suzanne que el domingo se irá de Courchevel es mucho mejor patinadora que la que llegó hace casi dos semanas. Respecto a si también es mejor persona, me temo que aún está por ver.

A la hora de la cena, bajo al comedor con el resto del grupo. Kolya

también está allí. Nos limitamos a saludarnos alzando al unísono nuestras barbillas, en una demostración tácita de que ambos reconocemos la presencia del otro. Nos sentamos a la misma mesa, una grande, con varios compañeros, lo más alejados posible. Durante la cena, que incluye una selección de exquisiteces de la gastronomía alpina que apenas pruebo, asisto al debate entre los seguidores acérrimos del anime japonés Yuri!!! on Ice y los defensores a ultranza de la saga de películas americana The Cutting Edge. La conclusión de la mayoría es que ninguna película, serie ni libro ha logrado, hasta la fecha, captar la verdadera esencia de este deporte. Yo asiento con una sonrisa boba sin llegar a pronunciarme; en realidad, no me he enterado de la mitad de lo que han dicho.

Tras los postres, me disculpo con aquellos que desean prolongar la sobremesa y regreso a mi habitación. A mi búnker. Me pongo el pijama y me recuesto sobre los almohadones, mando a distancia en mano. Enciendo el televisor y dejo puesto un telefilme con un doblaje pésimo. Me dejo adormecer con el ruido de la tele de fondo.

El tamborileo de unos dedos en la puerta me espabila de golpe. Podría apostar que se trata de unos dedos largos y finos. Podría aventurar, incluso, el nombre de su dueño.

Me envuelvo en el albornoz del hotel y me acerco a abrir. En cuanto veo a Kolya al otro lado, me envaró sin remedio, agarrada a la hoja de madera.

—Hola.

—Hola.

—¿Puedo pasar? —Titubeo; él lo nota y se apresura a puntualizar—: Creo que deberíamos hablar.

Asiento y me hago a un lado para que pueda entrar. No logro averiguar en qué momento la presencia de Kolya en mi dormitorio se convirtió en algo obscuro. Peligroso. Tentador.

Sí que lo sé. El miércoles por la noche. O quizá antes, mucho antes. Quizá desde que puse un pie en su casa por primera vez la bestia ha estado agazapada, latente.

Él se queda de pie en el centro de la estancia, a escasos dos pasos de todo: de la puerta del baño, del escritorio, del armario ya vacío, del balcón y de la cama. Sobre todo de la cama.

Algo vibra en el interior del cuarto. Tal vez sea un móvil. Tal vez sea el aire condensado en torno a nosotros. O tal vez solo sea yo.

—Como yo lo veo —comienza Kolya—, tenemos dos opciones: podemos hablar de lo ocurrido, aclarar las cosas para que no siga interfiriendo en nuestro rendimiento, y después volver a acostarnos hasta olvidar cada palabra que hemos dicho. O podemos acostarnos primero hasta sacudirnos todo esto que sentimos y después hablar tranquilamente. En cualquiera de los casos, creo que ambos deberíamos tener claro que, independientemente del orden en el que pasen, van a pasar las dos.

Elijo/elige/elegimos la segunda opción, claro. No había otra posibilidad. Hay demasiada electricidad aquí, en este dormitorio, entre nosotros. Hay demasiado miércoles por la noche nublándonos el cerebro, y por eso no nos queda más alternativa que arrancarnos la ropa, arrugar las sábanas, arañarnos la piel.

No se me ocurre forma mejor de describir el sexo con Kolya que compararlo con un salto perfecto.

Doble ‘Tano toe.

Bucle sencillo con rippon.

Walley Lutz.

Y vuelta a empezar.

Igual de excitante. Igual de vertiginoso. Igual de adictivo. Me di cuenta de ello el miércoles por la noche, pero he callado hasta el viernes, del mismo modo que he tratado de silenciar las ganas de volver a hacérselo/hacérmelo/hacérnoslo hasta falsar un puñado de leyes físicas.

—¿Crees que con esto habrá sido suficiente? —pregunto, a pesar de saber la respuesta, después de un rato; mi cuerpo reducido a huellas de sus manos y añicos de orgasmos. La luna está alta y el telefilme ha terminado.

—De ninguna manera. Empiezo a pensar que cien no serán suficientes. Hay algo aquí —se frota la cabeza— que... no funciona como debería cuando te ve. Cuando te siente. Cuando piensa en cómo sería follar contigo otra vez.

—Es demasiado bueno —asumo.

—Es increíble. Así que, por favor, que no sea la última vez.

Nadie en su sano juicio se conformaría con dos días de verano después del invierno más crudo.

—¿Qué va a pasar? Esto puede estropearlo todo.

—Lo sé, Suzanne.

—¿Cómo vamos a hacerlo?

—Encontraremos la manera. Somos adultos; no puede ser tan difícil. Si fuimos capaces de patinar juntos sin matarnos el uno al otro, encontraremos la forma de practicar sexo sin matar el patinaje.

—No es el sexo lo que me preocupa.

Kolya se queda callado. Su cuerpo pesa sobre el mío, desnudos los dos, calientes los dos; su cabeza se mece al ritmo de mi respiración. Todo el aplomo de hace unos segundos deja paso a un temor opaco cuando sus ojos me miran.

—A mí tampoco.

CUARTA PARTE

VUELO

CAPÍTULO XXIX

El viaje de regreso a San Petersburgo guarda varias similitudes asombrosas y una diferencia sustancial con el viaje de ida a Courchevel: Kolya duerme intermitentemente, pertrechado con su cojín cervical; yo escucho música en mi móvil. Pero ninguno de los dos puede mantener las manos apartadas del otro.

Al aterrizar en Púlkovo, Zenya nos espera. Es domingo, y Pasha también ha venido. Ella, que ha aprovechado para tomarse unas merecidas vacaciones en la dacha familiar, nos recibe como a un par de hijos pródigos a los que no ha visto en una década. Los cuatro subimos a un taxi. No homologado, por supuesto. Pasha se sienta en el asiento junto al piloto, con quien comenta las últimas novedades del gobierno. Mencionan en varias ocasiones a Vladimir Vladimirovich y a Dmitri Anatolievich, y también capto algunas referencias al Kremlin y a la postura del líder comunista frente a la cuestión de Crimea y del Donbass. Miro por la ventanilla; pasan de las once y el sol de verano se marchita contra los andamios del rascacielos Lakhta. Mi memoria evoca mi primer trayecto en taxi entre el aeropuerto y Divenskaya, sola, bajo una ola de frío polar, con los tímpanos bloqueados. Cómo han cambiado las cosas.

Zenya viaja con nosotros en la parte trasera, en medio de los dos, agarrada a nuestras rodillas. No deja de mirarnos en silencio, como a un par de cachorros rescatados de la perrera municipal, con una sonrisa bailando de labio a labio que me hace sentir violenta. Se la devuelvo aparentando normalidad. Es imposible que sospeche. Porque lo es, ¿verdad? De vez en cuando deja caer alguna pregunta acerca del campamento; asiente y vuelve a sonreír. No deja de hacerlo hasta que nos despedimos, de ella y de Pasha, frente a la puerta de su apartamento, después de que nos devuelva a Sashenka, a quien ha sentado bien el aire del campo. Ya es tarde, el viaje desde los Alpes ha sido largo, y necesitamos descansar.

Entrar en el ático junto a Kolya después de lo vivido en Courchevel es, quizá, el movimiento más extraño que hemos patinado alguna vez. De

forma tácita, los dos nos dejamos abducir por maletas y mochilas, por coladas, por duchas. Hay que mudar sábanas; hay que cambiarle el agua a la gata. Mi habitación/su habitación. El sonido de la televisión encendida suple la ausencia de conversación entre los dos.

Cuando me quedo sin excusas, aprovecho la diferencia horaria para llamar a mis padres por Skype y avisarlos de que el campamento ha ido bien, que el viaje en autobús ha ido bien, que los vuelos han ido bien y que ya estoy de regreso en Rusia. Ellos lamentan que finalmente no vendrán a visitarme en agosto, como esperaban ambos, como ansiaba yo. Alegan que ha surgido un imprevisto en el hospital donde trabaja mi madre: una de las enfermeras de su planta ha solicitado la baja por enfermedad y le corresponde a ella cubrir sus turnos. Les ahorro el mal trago de tener que confesar que el dinero para sus pasajes de avión ya está invertido en el campamento de Courchevel.

Lo último que se me pasa por la cabeza en este momento es decirles que me estoy acostando con mi compañero de equipo. No creo que exista un momento adecuado para algo así.

Con el pretexto de que mañana debo madrugar más de lo normal para una nueva visita a la oficina de inmigración, cuelgo la llamada.

Otro mes más sin ver a papa et maman.

Otro mes más lejos de casa.

Intento distraerme trasteando en las redes sociales. Nada más abrir la página de Facebook, me encuentro un amplio surtido de fotografías tomadas en barbacoas, fiestas de jardín y del desfile de la avenida Westminster. Miro rápidamente el calendario: es 1 de julio, el día de Canadá, y todos mis compatriotas están celebrándolo a lo grande a seis mil kilómetros de aquí.

Y a mí se me había olvidado.

Mis padres no me han dicho nada; doy por sentado que la tradición de pasar el día con Gilles y Lisa en su invernadero se ha cancelado.

Repaso, con una nostalgia que duele en la piel, el álbum de fotos que Sheila acaba de compartir: todos mis amigos se han reunido en su piscina y celebran el festivo con barriles de Moosehead y tartas de frambuesa. Sheila, la reina de los selfies, sostiene un ramo de flores de plástico en el que se intercalan banderitas de Canadá y hojas de arce recubiertas de

purpurina. La luminosidad que desprenden las imágenes contrasta con las líneas tenebrosas de mi habitación allí donde no llega la luz del flexo. Sus sonrisas frescas ante el objetivo desentonan con mi gesto sombrío.

Rastreo en la galería de fotos de mi móvil hasta encontrar la que busco: una que me tomaron en 2014, cuando Tom y yo ganamos los nacionales. En ella, aparezco en el pódium, radiante y envuelta en una bandera rojiblanca. En un impulso, la comparto en Instagram acompañada de un escueto mensaje de felicitación.

Permanezco con la vista clavada en el flexo y la mente en blanco. Solo me saca del trance el repiqueteo de los dedos de Kolya en la puerta.

—¿Estás despierta? Acabo de ver tu foto. ¿Estás bien?

No contesto, ni siquiera respiro. Evito realizar cualquier movimiento que delate que, efectivamente, lo estoy, hasta que el silencio disuade a Kolya de entrar y acaba por marcharse. El peso de la realidad se me ha venido encima, y esta noche no estoy preparada. Ni para hablar ni para nada más. Con cuidado de no traicionarme, me refugio en el pijama, apago la luz y me arropo con la colcha de patchwork.

Será una de las pocas noches que pase en mi cama en meses.



Julio de 2017 es un mes atípicamente húmedo en San Petersburgo. Algunos días, los menos, las mañanas de calor tupido y viscoso dan paso a tardes de chubascos veraniegos. Sin embargo, la mayoría nacen encapotados y mueren ahogados en sus propios charcos. La tercera semana de mes nos sorprende con una granizada casi invernal que deja tras de sí cinco millones doscientos mil habitantes con cara de pasmo. Acostumbrada a los veranos acartonados de Montreal, olvido el paraguas en casa seis de cada siete veces, por lo que, después de todo, es una suerte para mí que pase la mayor parte del tiempo a techo: entrenando en Yubileyny o retozando en la cama de Kolya.

En contra de lo que cualquiera podría pensar —en contra de lo que yo siempre pensé—, el sexo no entorpece nuestra relación deportiva, sino que la simplifica. Me asombra el grado de entendimiento que somos capaces de alcanzar desde que saltamos al unísono del colchón al ritmo de Bills y hasta que volvemos a caer sobre él. Detrás de nosotros quedan más de doce

horas compartiendo entrenamientos, sexo, tareas domésticas y oxígeno. La simbiosis es tan fuerte que ya no distingo cuándo hacemos qué.

—Estira la pierna, quiero probar una cosa —me pide Kolya un día mientras preparamos la cena.

Obedezco de forma refleja, sin preguntar para qué y sin dejar de remover la menestra de verduras que se cuece en la sartén. Él aparta del fuego la salsa picante antes de situarse a mi espalda y acariciar mi pierna desde el inicio de la cadera hasta el hueso del tobillo. Noto el calor de sus dedos en mi empeine y, a continuación, un leve tirón que compenso inclinando el torso hacia delante. Mi otro pie se desplaza también por puro instinto.

—¿Te gusta así? —susurra.

Atrapo mi labio inferior con los dientes para reprimir una sonrisa.

—Prefiero de lado.

—¿Estamos hablando de lo mismo?

—¿De la entrada a la espiral de la muerte?

—Sí.

—Entonces sí.

—Con un camel hacia atrás resulta más teatral.

—Con un desplazamiento lateral se ve más limpia.

Apagamos todos los hornillos y hacemos el amor sobre la barra americana.

El día en que se cumple un año de aquella rueda de prensa de Tom y Marion que disparató mi vida, perder la conciencia a manos de Kolya, en el sofá, frente a un televisor silenciado, es lo único capaz de sacudirme las tinieblas. Paso toda la jornada irritable y malhumorada, con la mente a trescientos sesenta y cinco días de aquí. Zenya me echa la bronca por un error en el programa libre; me corto con la cuchilla del patín al secarla con la gamuza; entro en casa empapada de lluvia, y Sashenka, que hasta ahora no parecía considerarme una rival a su altura, pero que tras nuestro regreso de Courchevel ve peligrar su trono de zarina y me ataca a la mínima ocasión, me araña bajo el mentón cuando me agacho a recoger uno de los juguetes que va diseminando por toda la casa como trampas mortales. Estoy a punto de dar por perdido el día cuando Kolya pulsa el botón de mute en el mando a distancia y se gira para mirarme.

—Me alegra que estés aquí —articula con calma—. En Rusia. En mi casa.

Me alejo de mi propia espesura para acercarme a su boca, que espera por mí sin pedir explicaciones, y la bruma se disipa por fin.

Los únicos ratos libres que no paso con Kolya los disfruto en compañía de Asia. EX se ha buscado un par de compañeros de viaje en un foro de internet y está recorriendo Carelia en bicicleta con ellos, así que Asia y yo aprovechamos para hacer cosas «de chicas» en su ausencia. Durante mi estancia en Courchevel, tuvo una discusión de las gordas con su suegra, y ahora ni esta ni el padre de Ivan le dirigen la palabra, por lo que intenta pasar fuera de casa el máximo tiempo posible mientras su marido está en el trabajo. La excusa de ir de compras la agotamos en una tarde, así que, como dos buenas turistas extranjeras, acabamos haciendo planes inimaginables para matar su aburrimiento, como pretender que entendemos de arte en el Ermitage, pasear arriba y abajo por la avenida Zodchego Rossi espiando a las parejas que van a hacerse el reportaje de boda, o esperar la cola detrás de un grupo de chinos para sacarnos una foto con una mujer disfrazada de Catalina la Grande en los alrededores del teatro Alexandrinsky. Cuando no llueve, claro.

Ni a Asia ni a mis padres me atrevo a revelarles las novedades en mi relación con Kolya, y de Zenya ni hablemos. Kolya y yo nos esmeramos en ser discretos para que no lo descubra, aunque se torna cada vez más difícil, sobre todo porque en la pista es donde más y mejor se proyecta nuestra creciente complicidad. La dimensiono en mi cabeza y me asusto. Hasta dónde puede llegar. Qué será lo próximo. Si la estela que dibujan los patines de Kolya se ha convertido en mi única guía. Si el hielo palpita bajo mis cuchillas al compás de sus latidos. Si mis sentidos ya no son míos. Si cuando me muevo por la pista lo respiro, lo huelo, lo toco, lo veo y lo oigo solo a él. Siempre a él.

Un domingo, antes de ir con Pasha a contemplar no sé qué desfile de barcos para festejar el día de la Marina de Guerra, Zenya llama a nuestra puerta. Kolya es el encargado de abrir. Desde el cuarto de baño, donde me he escondido a toda prisa para subirme los pantalones y recolocarme el sujetador, la oigo decir, muy seria, que quiere hablar con ambos.

—Tú dices a Suzanne que ella puede salir de baño. Yo no escandalizo a

edad mía ante mujer desnuda.

Muerta de la vergüenza, me reúno con ellos en el salón.

—Yo esperé muchos días y ya cansé —comienza Zenya—. Como dos vosotros no vais hablar, entonces hablo yo: a mí no importa qué hacéis dos vosotros de noche. Mientras patinéis como ahora, espero que hagáis eso mucho tiempo más. Pero si no patináis más así, entonces acaba, ¿es claro?

—¿Desde cuándo lo sabes? —indaga Kolya.

—Desde antes que dos vosotros —sentencia, y se marcha por donde ha venido, reemplazada por un rastro de perfume de imitación que aún tarda un buen rato en diluirse.

Nota para mi biógrafo: julio de 2017 fue el mes en el que Kolya y yo patinamos e hicimos el amor como si fuéramos a morir en agosto.

CAPÍTULO XXX

El viaje a Courchevel no solo abre un nuevo horizonte en mi relación con Kolya, sino que también nos concede un respiro en el montaje del programa libre. Sin embargo, aunque en lo personal la luna de miel aún dura un poco más, en lo profesional la tregua termina pronto, demasiado pronto, y con su final emergen los mismos problemas que quedaron en pausa tras nuestra partida.

La estancia en la tierra de los muñecos toca a su fin.

La coreografía ya está montada, y todos nos rendimos a la evidencia de que Viktor ha llevado a cabo un trabajo sublime: intercala elementos clásicos con otros más arriesgados e innovadores, como la espiral vertical en la que Kolya me agarra por el tobillo, que le confiere un aire sexy a la inocencia del argumento, o la secuencia de pasos descoordinados para dar énfasis al dilema de los protagonistas. La música está en manos de un arreglista de confianza que se entusiasma en cuanto le exponemos nuestra idea de aportar un toque oscuro a la partitura de Tchaikovsky; los maillots, encargados a la modista de cabecera de Zenya, quien me asegura que voy a parecer una auténtica princesa rusa. Además de Viktor, nuestra profesora de ballet también nos echa una mano para reforzar la expresividad y la interpretación. Todos y cada uno de los miembros de este equipo a la fuerza parecen dispuestos a dejarse el pellejo en un programa que ya consideran una obra maestra.

Todos, salvo yo, que asisto al proceso desde fuera, asintiendo ante aquello y lo de más allá, sonriendo como si no fuese conmigo. Porque, en realidad, no va conmigo. Quizá Viktor sea el mejor coreógrafo a este lado de la frontera, quizá el productor musical y la modista sean unos profesionales incuestionables, pero ninguna de sus propuestas logra calarme hondo, por la sencilla razón de que no las he elegido yo. De que sus sugerencias se hallan en las antípodas de lo que la promesa dorada de Montreal hubiese preferido. Y tal vez pueda saltar con una técnica intachable, girar, combinar un triple con un doble, enlazar limpiamente un crossover con un cross roll, pero no puedo obligarme a sentir. No

puedo hacer que a mi corazón le guste lo que antes habría criticado. Por mucho que los demás se empeñen, no puedo encajar en un molde para el que no he sido creada.

—Ñet, ñet, ñet. —Zenya gesticula aparatosamente desde la barandilla con medio cuerpo asomado a la pista, donde Kolya y yo hemos repetido una decena de veces la misma secuencia sin parar. Suplico una pausa y me abalanzo sobre la cantimplora antes de deshidratarme sobre el hielo. Zenya corre hasta mí y continúa machacándome; se aprovecha de que tengo la boca llena de agua y no puedo defenderme—. Así ñet, Suzanne. Clara crece, madura. Tú creces. Clara vuelve casa y marcha para siempre, deja infancia y amor ahí, en tierra de muñecos. Gran despedida. Gran tragedia rusa. Clara no sonrío. Tú no sonrías.

«Hagas lo que hagas, sonrío». Las palabras de Caroline, mi primera mentora, resuenan en mi cerebro al borde del cortocircuito. «Nadie quiere ser infeliz mientras contempla la belleza del patinaje».

—Zenya...

—Tú no sonrías, Suzanne.

—De acuerdo.

Al día siguiente, sin embargo, las cosas no marchan mejor.

—¡Ñet!

Ni al otro.

—¡Ñet, Suzanne!

Ni tampoco al otro.

—¡Ñet, ñet, ñet!

Para cuando entramos en agosto, empiezo a pensar que esto ya no tiene remedio. Hago mis más visibles esfuerzos, pero cada vez que terminamos de ensayar el programa me tropiezo con la cara larga de Zenya al otro lado de la portilla.

—¿Qué pasó, Suzanne? —Empiezo a odiar esa frase. La repite constantemente, y nunca sé qué contestar—. ¿Por qué tú así?

«Así, ¿cómo? Si he patinado lo mejor que sé. Si creía que esta vez iba bien. Si ya no se me ocurre de qué otro modo puedo hacerlo».

—No lo sé.

De todos los miembros del equipo, Zenya es, con mucho, la más ilusionada con este montaje. Después de todo lo que ha hecho por mí a lo

largo de los últimos meses, después de haberme acogido en su casa, en su trabajo y en su vida, y de haberse volcado conmigo como si fuera parte de su familia, me niego a decepcionarla. No pienso mostrarme ante ella como una niña consentida a la que no le gusta el regalo carísimo y exclusivo que Santa Claus ha dejado bajo el árbol.

Está preocupada, cualquiera se daría cuenta, aun así, amaga una sonrisa y frota mi espalda. Sé que lo hace para reconfortarme, pero su mano pesa como una losa sobre mis hombros.

—Tranquila —me dice—. Próxima vez mejor, ¿sí?

—Sí, Zenya. Próxima vez mejor.

Pero luego nunca va mejor.

Cuando salimos de entrenar, Kolya trata de quitar hierro al asunto, aunque sin mojarse demasiado. Diría que teme verse salpicado si se posiciona claramente en un bando u otro. Ellos ya formaban equipo antes de que yo apareciera, y seguirán siéndolo incluso si me esfumo. Son más que un equipo: son una madre y su hijo postizo. Al igual que me ocurrió con Tom y Gilles, yo tengo las de perder: en el caso de que, algún día, el precario equilibrio en el que ahora oscilamos llegara a quebrarse, la balanza de Zenya se inclinaría sin la más mínima vacilación del lado de Kolya. Y a pesar de los besos, de las caricias, de los planes que Kolya y yo hemos empezado a esbozar mirando al techo de madrugada, la de él también terminaría por caer lejos de mí.

El equilibrio se rompe incluso antes de lo previsto. De una forma tan anodina que no lo vemos venir. Que podría haberle sucedido a cualquiera. Que podría no haber siquiera sucedido, de no ser porque, a partir de ese momento, ya nada será igual. Creeremos que sí, seguiremos como si así fuera, apostaremos por ello. Pero no. Ya nada será igual.

El día menos pensado, a la hora menos pensada, en el entrenamiento menos pensado, yo cometo el error menos pensado. Mi falta de concentración, sumada a la desgana que me acompaña cada vez que oigo los violines del Pas de deux, pone en marcha un engranaje de desafortunados descuidos que desembocan en una salida increíblemente sucia del twist, una rotación aún más negligente y una recogida de Kolya casi suicida, que se juega su propia integridad con tal de no dejarme caer.

Solo que, esta vez, es su rodilla quien acusa mi golpe.

No soy consciente de lo que ha pasado hasta que no nos veo a los dos en el suelo, despatarrados uno sobre otro. Yo me pongo en pie casi de inmediato. Él no.

—¡Kolya! —Por primera vez desde que la conozco, Zenya rompe su voto de no pisar el hielo. En mocasines, salta a la pista y se acerca a nosotros derrapando—. ¡Kolya!

Él le dedica una mirada apaciguadora, pero, al tratar de levantarse, hace una mueca de dolor y menea la cabeza. Tiene la vista clavada en su rodilla. Yo también. Zenya también. Incluso la mirada de Natalia Azova, que acaba de llegar acompañada por Alexandra y Mihail, permanece fija en el mismo punto, más allá de la pernera del pantalón térmico de Kolya, más allá de la rodillera rígida que se esconde detrás, más allá del kinesiotape que se oculta aún más abajo.

—Misha, por favor. Ve a enfermería y dile a Slavka que venga rápido —dice Natalia en ruso, y es la primera vez que entiendo con absoluta nitidez sílaba tras sílaba, palabra por palabra.

Mihail echa a correr sin quejarse, y quizá eso es lo más preocupante de todo. Me quedo paralizada.

—¿Estás bien? —pregunto con un hilo de voz, pero no me muevo de mi sitio. Zenya está inclinada sobre Kolya como una versión rocambolesca de La Piedad, y Natalia también se ha acercado a ver en qué puede ayudar. Yo, sin embargo, me mantengo de pie, distante, con los brazos colgando. Algunas esquirlas de hielo penden aún de mi ropa; no las sacudo.

Kolya alza la mirada hacia mí.

—Estoy bien. Tranquila. —Sus labios dibujan una sonrisa serena—. Ven. —Extiende la mano.

Alargo mi brazo todo lo que puedo hasta rozar las puntas de sus dedos, pero mis pies no se despegan del suelo. Parezco un espantapájaros. Un espantapájaros muerto de miedo.

Zenya se da la vuelta. El granate de sus mejillas me deja aún más helada.

—¿Qué piensas tú, Suzanne? Mira qué has hecho tú. ¡No puedes patinar así! ¡Desconcentrada! ¡Sin pensar en compañero! Tú no más en júnior; no vale ponerse vestido bonito y sonreír a jueces. ¡Tú espabilas YA!

Slavka, el enfermero, llega con Mihail, y su sombra y la de su botiquín

se ciernen sobre Kolya; nuestras manos se sueltan y no logro enterarme bien de lo que ocurre. Toquetea aquí y allá, formula algunas preguntas y, por último, lo ayuda a ponerse en pie, asistido por Zenya. Entre los dos lo trasladan a la enfermería. Kolya cojea, pero al menos puede caminar.

—No es grave, pero será mejor que guarde reposo un par de días para compensar el sobreesfuerzo de las fibras. Quizá notes algo de hinchazón o calor en las próximas horas, pero es normal. En cuanto se le pase el susto, tu rodilla volverá a estar como nueva. —Slavka sonrío.

Las manecillas del reloj vuelven a correr. Me permito respirar. Entre los tres, ayudamos a Kolya a subir al asiento delantero de un taxi y reclinamos el respaldo con el fin de dejarle más espacio a su pierna y que viaje más cómodo. Zenya y yo nos apretujamos en la parte trasera. Antes de que el conductor arranque, ella aprieta mi mano y me pide perdón por haberme hablado con tanta dureza. Asiento levemente para que no le dé más vueltas y me enfoco en el perfil parcheado de Petrogradsky que me enseña la ventanilla, las manos en torno al colgante en forma de patín.

El mundo no es menos hostil.

Mi mente golpea y golpea y golpea y golpea.

«Es una cuestión de confianza, Suzette: yo no te dejo caer a ti, y tú no me dejas caer a mí».



Me tomo muy en serio las labores de enfermera. Durante cuarenta y ocho horas, me ocupo del bienestar de Kolya y de que no le falte de nada: voy de un lado a otro mullendo almohadones, llevando bandejas llenas y trayéndolas vacías, escogiendo antiinflamatorios como si fueran lentejas, con el empeño vano de expiar el sentimiento de culpa que nació en el momento en que vi a Kolya tirado en el hielo, y que creció de forma exponencial gracias al abono de Zenya.

—No se lo tengas en cuenta —me dice Kolya esa misma tarde, recostado contra los cojines de la cama con las piernas en alto, supervisando atento mi ir y venir. Ante mi mueca de incomprensión, aclara—: A Zenya. No hagas caso de lo que te dijo. Solo respiraba por la herida.

Tal vez. Pero dolió. Mucho. Y me humilló. Mucho más.

—Sé por qué lo dijo. Lo entiendo. Pero eso no lo hace menos injusto.

—No pensarás que Zenya cree realmente lo que dijo.

—¿Acaso tú no lo has pensado?

—¿Que eres una niña mimada que ha tenido las cosas fáciles? —Me sorprende su crudeza.

—Gracias por ser tan explícito.

Se encoge de hombros.

—¿Por qué no habría de serlo? No significa que lo piense.

—Al parecer, Zenya sí piensa así de mí.

—Zenya estaba bloqueada, enfadada, y puede que un poco cagada de miedo también. La tomó contigo como podría haberlo hecho con cualquiera que se cruzase en su camino.

Trago saliva. Mis dedos, de forma compulsiva, extraen y vuelven a guardar el prospecto del ibuprofeno en su caja.

—No es cierto, ¿sabes? Quizá no haya tenido que limpiar retretes para financiar mi carrera; quizá mis padres me hayan apoyado siempre; quizá la suerte me sonrió en ocasiones y mi vida no haya sido una tragedia rusa, pero eso no significa que no haya tenido que trabajar duro para llegar donde estoy.

Kolya se agarrota. He tocado nervio.

—¿Quién ha dicho lo contrario? Te estás poniendo paranoica, Suzanne. Anda, ven, siéntate aquí. —Palmea una parcela de edredón adosada a su cuerpo—. Cambiemos de tema.

Cambiar de tema cuando el tema en cuestión no sea de su agrado se convertirá en uno de los hábitos más arraigados en Kolya a lo largo de los próximos meses. No sabe que los temas, aunque uno los cambie, se enconan.

Por esta vez, claudico. Me descalzo y me acomodo junto a él, frente a él, mis tobillos a la altura de sus muslos. Una de mis manos se pasea con la consistencia de una pluma sobre su rodilla convaleciente.

—¿Te duele?

Entrelaza sus dedos con los míos a la vez que niega con la cabeza.

—Estoy bien. D-e v-e-r-d-a-d. Ya oíste a Slavka. Solo necesito algo con lo que combatir el aburrimiento.

—¿Por qué tengo la sensación de que esperas que yo te lo proporcione?

—Sonríó por primera vez en lo que va de jueves.

—Eres mi enfermera, ¿sí o no?

—¿Y qué desea mi paciente?

—Dado que debo guardar reposo estricto por prescripción médica —cuela una mano bajo el dobladillo de mis pantalones cortos—, me conformaré con un poco de conversación.

—¿Y qué recibiré yo a cambio?

—Más conversación, por supuesto. «Quid pro quo, Clarice».

—Me parece razonable. ¿De qué quieres hablar?

—De esto. Nunca te he preguntado por ello. —La mano de Kolya, que hace solo unos segundos se inmiscuía en mi intimidad, vuela hasta el empeine de mi pie izquierdo y lo acaricia con la misma delicadeza con que yo obsequié a su rodilla, resiguiendo las líneas de tinta cinceladas por la aguja.

—¿Qué quieres saber? ¿Qué representa? —bromeo.

—Cuándo te lo hiciste. Por qué. Y sobre todo, por qué solo en un pie.

Miro el tatuaje durante unos segundos. Los cordones del patín dibujados en mi piel, dentro de ella, siguen ahí. Tumbada descalza sobre la cama de Kolya en esta insólita tarde de verano, con las ventanas abiertas y en shorts, redescubro esa parte de mi anatomía que ha estado ahí siempre. En lo bueno y en lo malo. Incluso durante mis noches más oscuras en Montreal.

—Después de ganar mi primer oro en júnior —explico—. En un local sin licencia y a escondidas de mis padres, claro.

—Falta una respuesta.

—¿Cuál?

—Por qué solo un patín.

—Ah... —Mis pulmones se hinchan y, justo después, dejan escapar suavemente todo el aire—. Prometí que no me tatuaría el otro hasta conseguir un oro en sénior.

Kolya me mira con intensidad.

—No cabe opción a no conseguirlo. —No pregunta. Afirma.

—No. Patinar no es algo que hagas, es algo que eres.

Durante un rato, largo, no dice nada. Luego suspira.

—Eres... Me es muy difícil poner en palabras cómo eres. Pero sí sé

cómo no eres.

—¿Y cómo no soy?

—Como cualquier persona que haya conocido antes.

Una llamada se presenta de improviso en mis mejillas.

—¿Ruborizada?

—¿No te parece que ya llevas demasiadas preguntas? Quid pro quo, Tsvetkov.

—Tienes razón. ¿Qué quieres saber?

Sopeso durante unos segundos el calibre de mi primera bala.

—Tu primer amor. —Empiezo por la más inocua.

—Elizaveta Kuzmina. —Una sonrisa frágil se abre paso en sus labios—.

¿El tuyo?

—Loïc Garreau. ¿Debo sentirme celosa de Elizaveta? —indago, aunque ser celosa nunca ha formado parte de mi naturaleza. Soy demasiado práctica y demasiado ambiciosa como para que el recuerdo de una chica con nombre de gran duquesa me haga trastabillar.

—En absoluto. Hace cinco años que no sé nada de ella. Nos enamoramos de niños, nos reencontramos a los dieciocho y nos fuimos a vivir juntos. Vivimos nuestro amor apasionadamente, pero se rompió cuando no pudo soportar más que pasara el día patinando y rodeado de mujeres que coreaban mi nombre. Eran otros tiempos —aduce, como si en lugar de veinticinco estuviese a punto de cumplir los sesenta.

—Vaya. Parece el argumento de una película. O de una obra de Tolstoi. Los rusos nunca hacéis nada a medias, ¿verdad?

Sonríe.

—¿Debo sentirme celoso de Loïc?

—Para nada. Aún hablamos de vez en cuando, pero lo nuestro fue algo pasajero. Nada que ver con el romance épico de Nikolai y Elizaveta. Ya sabes: unas cuantas salidas a los bolos o al cine; unos cuantos besos cuando venía a verme entrenar; unas cuantas veces en el asiento de atrás del coche de su madre, con el motor apagado y sin salir del garaje.

—¿Por qué se acabó?

—Bueno, en mi caso no había hombres coreando mi nombre, pero tampoco pudo soportar que el patinaje fuese siempre mi prioridad. No ver a tu chica en todo un fin de semana es mucho pedir para un ego de quince

años.

—¿Hablabas en francés con él? —Es su pregunta favorita de los últimos dos meses, desde que le expliqué que en Montreal se hablan dos lenguas y que la mayoría de la gente utiliza el francés para comunicarse con sus allegados. Le resulta de lo más exótico.

—Claro. Loïc también es francoparlante.

—¿A él también lo insultabas en joul?

—No, eso solo lo hago contigo.

Se ríe estrepitosamente. Deliciosamente.

—Has dicho que Elizaveta y tú os enamorasteis de niños. —No es ella la que me interesa en realidad, pero supone un anzuelo irrechazable.

—Sí. Vivimos en la misma casa hasta los doce años. Luego mi familia se mudó y...

—¿Vivías en una casa comunal? —Kolya nació justo después de la disolución de la Unión Soviética, así que hasta ahora yo no había contemplado esa posibilidad.

—Era lo normal. Poco espacio, pocos recursos, mucha gente... El gobierno asignaba una vivienda gratuita a cada familia y a los pobres les tocaba compartir. Ya sabes.

Me abstengo de comentar que Rusia es, con mucho, el país más grande del mundo y, probablemente, también uno de los más prolíficos. Atuso los cojines sobre los que reposa mi espalda; me interesa el tema. Me interesa mucho. No permitiré que lo esquive así como así.

—Cuéntame más cosas.

—¿Te puede tu curiosidad de clase media norteamericana? —se burla.

Recargo el depósito y quito el seguro.

—Por favor, Kolenka.

Me mira en silencio.

—Mi padre me llamaba así.

—Lo sé.

Permanece tanto tiempo sin hablar que temo que ya no lo haga más. El silencio en la habitación es tan palpable que todo cuanto suena en San Petersburgo se filtra por la ventana abierta para hacerlo aún más evidente: el retumbar del equipo de música del vecino del tercer piso; unos cuantos gritos en la escalera; la sintonía de los dibujos animados de las niñas del

primero; el arrastre de cubos de basura por el patio; el crujido estridente del tendido eléctrico del tranvía.

—Éramos cinco familias en una vivienda de cien metros cuadrados. Elizaveta vivía con sus padres; con su melliza, Nastya, y con una tía soltera.

—¿Y tú?

—Con mis padres, mis hermanas y la babushka de mi padre, que murió cuando yo tenía ocho años; vivíamos todos juntos en la misma habitación. Sé que suena fatal, pero fue un alivio para todos cuando babushka murió. No lo reconocerán jamás, pero sé que los mayores se rifaron la butaca que siempre ocupaba en la sala de estar —confiesa con una sonrisa triste.

—¿Por qué os marchasteis?

—Poco antes de que mi padre muriera, tuvimos que buscar otro sitio donde vivir. Ya no... ya no era posible que nos quedáramos allí —dice y calla al mismo tiempo.

Acaricio con suavidad el gatillo.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros, pero el movimiento no luce despreocupado, como pretende, sino que se asemeja más a un espasmo.

—Mi padre estaba enfermo. Aquel lugar no era bueno para él.

Está contra las cuerdas, los dos lo sabemos. Presiono el disparador.

—¿Cómo enfermó tu padre?

Baja los párpados. Su mandíbula acaba de convertirse en piedra ante mis ojos. La bocina desafinada de un coche brama desde la calle.

—¿Puedes traerme una bolsa de hielo? —me pide—. Creo que ya se me está pasando el efecto del antiinflamatorio.

Me desinflo justo antes de vaciar el cargador contra mí misma.

—Por supuesto.

Recupero mis zapatillas, voy a la cocina en busca de hielo, le acerco una jarra con agua, ahueco sus almohadones, coloco un cojín viscoelástico bajo la rodilla lesionada, cierro la ventana y le preparo un sándwich.

—Te dejo descansar. Estaré en el salón. Si necesitas algo, llámame. — Me despido con un beso.

—Gracias.

Antes de salir, oigo mi nombre. Me giro ya en el umbral y me apoyo

contra el marco de la puerta.

—¿Sí?

—Mi ego de quince años no te hubiese dejado escapar.

Rompo a reír.

—A mí tampoco me molesta que levantes pasiones. Ni que fueras Matteo Guarise...

—Eso ha dolido.

—Cuídate esa rodilla.

—Sí.

Me doy la vuelta de nuevo, pero esta vez tampoco es la definitiva.

—Suzanne.

—Sí, Kolya, eres más guapo que Matteo Guarise.

—No era por eso, pero gracias.

—¿Necesitas algo más?

—No. —Toma aire. Parece empequeñecerse en el centro de la cama, como un animalito aturdido en un claro del bosque—. Mi padre pasó dos años en el calabozo. La secreta lo detuvo por chivatazo y lo torturó antes de encarcelarlo. Sin higiene, sin apenas comida y sin calefacción, encadenó una bronquitis tras otra. Sus pulmones se dañaron de forma irreversible. Cuando salió, hecho un despojo, ya no podía quedarse en la casa comunal, porque tenía antecedentes, así que buscamos otro sitio donde vivir. Pasó casi dos años más en cama, tosiendo sangre, hasta que no resistió más —lo escupe del tirón, como quien arranca de cuajo un pedazo de esparadrapo que ya no sirve para nada—. ¿Podemos... podemos no volver a hablar de ello nunca más, por favor?

Me quedo estática bajo el dintel. Un maniquí recortado contra la luz del salón. Ahora tengo más preguntas que antes, pero también más certezas que antes. Mi cerebro de clase media norteamericana es incapaz de asimilar el alcance de lo que acaba de escuchar, pero mi corazón sí comprenderá todo el dolor que engloba. Porque a él también le duele.

Cumpliré mi promesa. Hoy, y el resto de nuestra vida.

—Claro. —Trago saliva—. Espero... Espero que descanses, Kolya.

CAPÍTULO XXXI

El domingo en el que EX al fin regresa de su aventura por Carelia, encuentra en la estación de trenes de Ladozhsky un comité de bienvenida excepcional: Asia y yo con una pancarta improvisada sobre las hojas arrancadas de su moleskine.

—Dos chicas guapas en el andén solo para mí. Así da gusto llegar de una travesía por el páramo —sentencia, y nos estampa un beso a cada una. Su barba de semanas y su piel, curtida por el sol del norte, me raspan la mejilla, pero volver a tenerlo aquí lo compensa con creces. Lo hemos echado mucho de menos.

Buscamos un café tranquilo sin salir de Ladozhsky para que nos ponga al día. No resulta fácil: a estas horas, incluso en agosto, incluso en domingo, el hall diáfano de la estación es un ir y venir de pasajeros, de advertencias por megafonía, de ruedas de maleta. Ocupamos los tres únicos taburetes libres de un pequeño bar junto a la salida del metro. Durante cuarenta minutos, EX parlotea entusiasmado acerca de su viaje, entretejiendo anécdotas y recuerdos. Asia y yo lo escuchamos ensimismadas con los codos apoyados sobre la mesa.

—Debió de ser genial —resume Asia cuando EX concluye su relato—, pero, egoístamente, tengo que decir que me alegro de que hayas vuelto.

—Piter no es lo mismo sin ti —suscribo.

EX estira la espalda y hace una ligerísima mueca.

—Yo también estaba deseando veros, chicas, pero me temo que me queda poco aquí. Ha llegado el momento de partir. —Sus ojos chispean—. Uno de los compañeros a los que conocí en el viaje tiene un estudio en Ámsterdam y va a pasar allí el resto del año. Me marchó con él. Voy a recoger plásticos en el fondo de los canales.

—¿Cuándo? —pregunta Asia/pensamos las dos.

—Antes de que termine el mes.

No puedo decir que me sorprenda su decisión, al fin y al cabo, contaba con ella, pero no por eso duele menos. Me alegro por EX, por supuesto, y se lo hago saber, aunque...

Miro mi taza; está vacía.

El círculo se estrecha.

—Piter no será lo mismo sin ti —me parafraseo a mí misma, con la boca pequeña y sin ganas de nada para lo que queda de día.

Charlamos de trivialidades un rato más antes de separar nuestros caminos. Quedamos en organizar una despedida a lo grande. Regreso a casa en metro, con el que progresivamente me he ido reconciliando; en el interior del vagón sí se nota que es agosto.

Cuando llego a casa, Kolya ha salido. Atrás quedaron ya los días de reposo absoluto. Aprovecho para actualizar mis redes sociales con una de las fotos que tomé en Courchevel y para chatear un rato con Alexia y Sheila. Como están juntas, sobrellevando otra deprimente tarde de domingo en casa de la primera, acaban por llamarme vía wifi y activan el manos libres. Me sientan bien sus bromas y su charla intrascendente, aunque venga desde el otro lado del mundo. Alexia y Sheila tampoco saben nada de lo mío con Kolya; me muero de ganas de contárselo, pero la perspectiva de que se enteren antes que mis padres me hace sentir muy culpable, así que me he acostumbrado a rumiarlo en soledad, como tantas otras cosas.

Cerca de las ocho, Kolya, sudoroso y vestido con ropa de deporte, abre la puerta y suelta las llaves en el recibidor. Últimamente a él también le ha dado por salir a correr siempre que puede. Ya ha terminado la rehabilitación, y ahora solo tiene que hacerse algunos controles periódicos. Oigo cómo avanza por el pasillo hasta la cocina, donde he metido una lasaña refrigerada en el horno. No tengo ganas de cocinar. Al llegar a mí, me mira, me besa, me mira de nuevo. Creo que va a decirme algo y, efectivamente, lo hace: me pregunta qué tal he pasado la tarde. Acto seguido, se da la vuelta para llenar el comedero de Sashenka. Propone que veamos una película para cerrar el fin de semana; yo alego que estoy cansada y que prefiero dormir. Apagamos la luz y me esfuerzo por no pensar más.

Hoy ha sido uno de esos días. En los que me siento sola. En los que me pregunto hasta cuándo. En los que me pregunto para qué.

Durante la semana, repito una y otra vez el Pas de deux bajo el agudo escrutinio de Zenya. Ella no está dispuesta a pasar ni una más; yo no estoy

dispuesta a volver a fallar. Y no lo hago; aun así, cada día, me levanto con la sensación de que estoy a punto de enfrentarme al test más duro de mi carrera, y cada noche me acuesto como si lo hubiese pasado con un aprobado raspado. Vivo hoy para morir mañana.

Me pregunto en qué momento Zenya se convirtió en mi enemiga.

Para cuando llega de nuevo el fin de semana, la bolsa de aire que ha germinado entre mis pulmones se ha expandido hasta impedirme respirar. Al salir de Yubileyny, boqueo como un pez fuera del agua.

—¿Qué pasa a ti, Suzanne? —Zenya me intercepta a la salida.

«Todo», pienso.

—Nada —respondo.

—¿Cuál problema tuyo con Clara?

—No lo sé. Yo... —«Hay tantas cosas que me gustaría explicarte, Zenya, que no se ni por dónde empezar. No quiero ser Clara. Algún día, dentro de un tiempo, aprenderé que darle vida a Clara implica vérmelas cara a cara con mi propio demonio, la parte de mí misma a la que no quiero dejar salir. Inmadura. Cobarde. Egoísta. Que Clara es mi espejo más atroz. Pero además siento que me está arrancando a tiras lo poco que aún conservo de mí, de la Suzette que fui. Que por su culpa, la promesa dorada de Montreal se está borrando para siempre, y yo no quiero que se borre. Me gusta ser Suzanne, claro que sí, pero no quiero que desaparezca Suzette. Duele. Y lo pago contigo porque inconscientemente siento que tú y tu estúpido programa de Cascanueces sois los responsables. Algún día, Zenya, dentro de un tiempo, podré explicarte con palabras todo esto. Pero ahora solo tengo veinte años, y no entiendo nada de lo que me pasa»—. No lo sé, Zenya. Escucha, no puedo entretenerme. He quedado con Asia.

Ella baja la vista y se toma su tiempo para volver a hablar. Creo que está tan perdida como yo en esta jungla.

Me pregunto en qué momento la comunicación entre ambas se puso cuesta arriba.

—Tú haces bien. Trabajas duro. Todo va ir bien —asegura con tono monocorde mientras me da una palmadita.

Me pregunto en qué momento dejé de creerla.

Me alejo a toda prisa. Al menos no he mentado en una cosa: realmente he quedado con Asia para comprar el regalo de despedida de EX.

Malgastamos media tarde en vagar por los pasillos de los almacenes Okhta sin un objetivo concreto. Después de dar vueltas en torno a todo tipo de artículos para aventureros, postales de buenos deseos y obsequios a cual más estrambótico, nos decantamos por la opción más común, pero probablemente también la más efectiva: un cuaderno de viaje con tapas de arena prensada y hojas de papel reciclado cosidas con un cordel de rafia. Hacemos el payaso en un fotomatón y pegamos una ristra completa de fotografías en la primera página, bajo una dedicatoria sentimental que no refleja, ni de lejos, lo que la marcha de EX despierta en ambas.

Después de nuestra agitada tarde de compras, buscamos un par de sillas libres en la primera cafetería que se nos pone a tiro, y que resulta ser otro Starbucks. Asia y yo parecemos condenadas al latte macchiato con virutas de caramelo.

—¿Sabes qué creo? —explota de pronto—. Que deberíamos salir a emborracharnos. Tú y yo. Es más, deberíamos buscar alguno de esos locales clandestinos para lesbianas y recluirmos allí. Nada de hombres. Los hombres no traen más que decepciones.

—¿Quieres hablar de ello? —indago, aunque puedo hacerme una idea de la situación: estamos en agosto y aún no hay casa, y a este paso, mucho me temo que pronto tampoco habrá Ivan.

Asia niega con la cabeza, haciéndose la fuerte, al mismo tiempo que un caudal de lágrimas desborda sus párpados.

—Lo siento. Soy una tonta. Hemos quedado para pasárnoslo bien y yo lo estropeo todo... —se disculpa entre hipidos.

—No eres ninguna tonta, no te martirices. Espera un momento.

Me acerco al mostrador y pido un vaso de agua con mi mejor pronunciación. La última vez que lo hice me pusieron vodka sin hielo, así que me esmero todavía más. Sonrío angelicalmente a la camarera para que no me confunda con una borrachina y pongo el vaso de agua del grifo — ¡bien!— sobre una bandeja cuando me lo entrega.

Regreso a la mesa y Asia bebe el contenido con desesperación. Tal vez habría sido mejor el vodka, después de todo.

—Gracias.

Asiento en silencio. No quiero que se sienta obligada a hablar, pero espero que entienda que estaré aquí para escucharla si decide hacerlo.

—¿Sabes qué haría si pudiera?

—Qué.

—Volvería a casa —suspira, y me resquebraja la tristeza que desprenden esas tres palabras—. A Reunión, quiero decir, no a la casa de mis suegros. En realidad, creo que me iría a cualquier lugar lejos de aquí.

—¿Y... tu marido? —pregunto casi con miedo.

La mirada de Asia se pierde en algún punto más allá del escaparate.

—A estas alturas, creo que ya me da igual.

Termino mi café sin decir nada. El dulzor del tofe me resquebraja en el paladar y se me atraganta en el esófago.

—Tú tienes suerte —continúa sin desviar la vista—. Dentro de unos años, cuando tu carrera haya terminado, volverás a Montreal, con tu familia, con tu gente, a tus calles. —Se sacude—. No me malinterpretes, no quiero que tu carrera acabe pronto ni mucho menos. Pero tu estancia aquí es temporal. Viniste obligada por las circunstancias y, cuando estas ya no estén, te marcharás. Yo tendré que vivir el resto de mis días sabiendo que vine por mi propia voluntad y que no podré salir más.

Cada rizo de su frondosa mata oscura emana desolación. Creo que el entusiasmo de EX por ir a recoger plásticos a Ámsterdam ha desatado más tempestades de las que él podría haber imaginado.

—Asia, no quiero entrometerme en tu vida, pero eres mi amiga. Quizá este no sea el país más liberal del planeta —valiente eufemismo—, pero siempre, siempre podrás... escapar de él. Y siempre, siempre podrás contar conmigo, ¿de acuerdo?

Las lágrimas vuelven a brotar de sus enormes ojos color chocolate.

—Soy una amiga horrible: estás tratando de ayudarme y yo no puedo evitar sentir envidia de ti. Envidia de que no haya nada que te ate a Rusia.

Un segundo.

Dos.

Tres.

—Estoy liada con Kolya.

Y así, frente a un vaso de papel, escupo en voz alta por primera vez que Kolya y yo mantenemos una relación extradeportiva. No sé de qué tipo, pero relación, al fin y al cabo. A juzgar por su rostro, Asia transita por todas las emociones posibles ante mi revelación: sorpresa, preocupación,

curiosidad, compasión, un ápice de alegría y puede que unas cuantas más. Lo bueno es que se le ha cortado el llanto de golpe. Yo solo experimento dos: alivio por haberlo soltado al fin y miedo, un miedo feroz porque, de pronto, soy consciente de que, se llame como se llame, quizá sí. Hay algo que me ata a Rusia.

Pasado el asombro inicial, Asia me felicita.

—Te mereces ser feliz. El amor siempre debería ser una buena noticia.
—No paso por alto la leve penumbra que aún enturbia su mirada.

—La verdad, no creo que sea de amor de lo que estamos hablando.

¿No lo es, Suzette? ¿Pondrías la mano en el fuego por ello?

—En ese caso, te mereces un poco de diversión —sentencia, y da un golpe en la mesa con el servilletero—. Entre cero y una, ¿cuántas veces has salido a divertirte desde que te conozco? Tienes veinte años y haces vida de ermitaña.

O de patinadora de alta competición, que es casi lo mismo.

—¿Es necesario que responda?

—¿Lo ves? Mi plan de salir a emborracharnos no era tan descabellado.

Las dos reímos, y creo que me reconforta más su risa que la mía.

—Lo anotaré en mi apretada agenda de ermitaña.



Como ya es habitual cuando se trata de Asia y de mí, el reloj se nos echa encima, y nos montamos en el autobús de vuelta pasadas las ocho. Para cuando llego al ático, retumba en el descansillo del quinto la sintonía de cabecera del show de Petrosyan. Frente al televisor, me recibe Kolya con los dedos crispados sobre el mando a distancia. Kolya con los ojos en llamas detrás de las gafas. Kolya en el epicentro de un amasijo de cojines color calabaza.

—¿Ocurre algo? ¿Estás bien? —Mi mirada vuela a su rodilla.

—Perfectamente. Y supongo que tú también.

—¿Disculpa?

Apaga la tele y suelta el mando, todo de un solo movimiento. Me pongo en guardia y su ira rebota contra mis púas.

—Podrías haber avisado de que ibas a llegar tarde. Estaba esperándote preocupado. Pero ya veo que no te ha sucedido nada.

—Te avisé de que había quedado, no entiendo por qué estás tan enfadado. Además, tampoco es tan tarde. —El volumen de mi voz sube progresiva, peligrosa, involuntariamente.

—Había hecho planes para los dos. Quería darte las gracias por estar pendiente de mí estos días. —Señala una carátula sobre la mesa de centro. Luces de la ciudad—. Sé cuánto te gusta.

Mis púas se vuelven algodón.

—Oye, Kolya, lo siento, y siento que te hayas preocupado en balde, pero yo no podía saber que habías hecho planes sin contar conmigo. Podemos ver la película ahora si todavía quieres.

Araño mis últimos vestigios de paciencia para tender un puente entre su mueca ofendida y yo.

—Es muy tarde y estoy cansado, mejor otro día. —Intenta venderme una indiferencia que ni su cuerpo es capaz de comprar—. Pensé que volverías pronto; ya da igual.

—Yo también creí que sería así, pero nos llevó más tiempo del previsto encontrar un regalo para EX.

—Entiendo. No hay hora límite cuando se trata de EX.

El algodón se electrifica.

—No, eso no, Kolya. No pienso participar en tu drama ruso de pasión y celos. No te pega nada.

La conversación con Asia aún resuena fresca en mis tímpanos.

No eres mi novio.

Quiero decirle.

No estoy atada a ti. No voy a estarlo jamás.

Estoy a punto de hacerlo.

—Es curioso que seas precisamente tú quien habla de dramas.

Todas mis esperanzas de dejar la discusión en punto muerto ruedan igual que canicas por el parqué. Resulta inevitable pensar que ya he vivido antes esta situación.

Quiero bajar; en cambio, subo. Quiero frenar y acelero.

—¿Por qué tú también estás contra mí? Me estás agobiando.

—Disparas al enemigo equivocado, Suzanne. Yo no estoy contra ti.

—Pues lo parece. Primero Zenya, ahora tú.

—Aunque no lo creas, Zenya tampoco está contra ti.

—Ja. Todo este maldito país está en mi contra desde que puse un pie en él. Desde antes incluso. Todo el maldito universo conspira contra mí.

De repente el mundo se torna borroso, como si alguien hubiese cerrado una ventana esmerilada frente a mis córneas, y me doy cuenta de que he empezado a llorar. ¿En qué momento una discusión estúpida dio paso a esto?

Kolya ladea la cabeza, como si lo hubiera golpeado. Literalmente.

—¿De verdad crees eso? ¿De Rusia, del universo? ¿De mí?

—¿Y por qué no? Desde el maldito día en que Tom me dio la patada todo ha ido mal. No sabes todo lo que he tenido que soportar, toda la mierda que he tenido que tragar. No te haces una idea de lo sola que me siento.

Busco comprensión en su mirada, pero solo encuentro desconcierto.

—Lo que has tenido que soportar... —repite—. Por el amor de Dios, Suzanne. No eres Elena Berezhnaya ni Nancy Kerrigan; ningún compañero te abrió el cráneo con la cuchilla ni tu rival ha intentado romperte las piernas por una vendetta personal. Tan solo has tenido que buscar una pareja nueva y empezar de cero, como tantos otros. Este deporte es así, asúmelo. No lo has pasado peor ni mejor que nadie. Solo has jugado las cartas que te han tocado, como hemos hech...

Me niego a oír el resto. Me tapo las orejas con las manos como una criatura y agito la cabeza con energía.

—Basta. ¡Basta! Me haces daño. Tregua, por favor —suplico.

Kolya se inclina para tomar mi mano y tira de ella hasta que mi cara se da de bruces con su torso.

—Tienes razón —suspira contra mi coronilla—. Tenemos demasiado estrés acumulado, pero no es el momento de enfrentarnos entre nosotros: no con la Copa de San Petersburgo soplándonos en la nuca. Discúlpame; no debí enfadarme ni decirte todo eso. Olvídalo, ¿quieres?

En los segundos que siguen, hago muchas cosas, como aspirar el aroma a suavizante que desprende su camiseta. Dejar de llorar y obligarme a comportarme de forma racional por el bien del equipo. Apretar su espalda con los dedos y tratar de dejar la mente en blanco por el bien de mi corazón.

Pero no olvido lo que ha pasado, todo lo que Kolya ha dicho. No puedo

hacerlo.

CAPÍTULO XXXII

Tanto Kolya como yo nos tomamos nuestro alto el fuego muy en serio, tan en serio que en los días previos a la celebración de la Copa de San Petersburgo, no tocamos ningún tema delicado, ni en casa ni en la pista, y nos comportamos como si actuásemos en un edulcorado spot publicitario. Mi contención se hace extensible a Zenya, y también ante ella intento ofrecer mi mejor cara y seguir al pie de la letra sus instrucciones. Los tres estamos plenamente comprometidos con nuestra primera prueba puntuable, de la que depende el resto de la temporada; hay demasiado en juego.

El último viernes antes de la competición, ensayamos el programa libre hasta que cae el sol al otro lado de los ventanales de Yubileyny. El sábado por la mañana remoloneo entre las sábanas; Kolya, al contrario que yo, se despierta temprano; se viste en silencio y me da un beso antes de salir hacia la tienda de Vova, con quien tiene que arreglar no sé qué asunto de los cordones de sus botas. Cuando me levanto, las agujas del reloj están más próximas a la hora del almuerzo que a la del desayuno. A pesar de ello, no me doy prisa: despatarrada en la cama, reviso el móvil y respondo a los mensajes que escribieron mis padres y mis amigas en plena madrugada rusa. Cojo una muda limpia y salgo del dormitorio con intención de darme una ducha.

Nada más abrir la puerta, me sorprende encontrar a Kolya tumbado en el sofá del salón, jugueteando con Sashenka, a la que provoca una y otra vez con un vaso en el que quedan restos de refresco, y que siempre retira antes de que ella lo enganche con sus zarpas.

—No sabía que habías vuelto ya. ¿Por qué no me has despertado? —Un detalle me sorprende aún más que su presencia: tiene una bolsa de hielo sobre el empeine del pie derecho—. ¡¿Qué ha pasado?!

—Nada malo. No te asustes.

—¿Cómo no voy a...? ¡OH!

Kolya ladea la bolsa y deja al descubierto una parcela de piel inflamada en la que destacan trazos de tinta, todavía fresca, con forma de cordones de

patín.

—¿Pero qué...?

Se hace el interesante.

—¿Cómo decías? «Patinar no es algo que hagas, es algo que eres». —Le propino un puñetazo amistoso—. No he dejado de pensar que si realmente somos un equipo, no deberíamos dejar que cojee. —Esboza una mueca—. Al menos cuando se me pase el dolor.

—Pero... pero...

No es lo que ha hecho lo que me deja sin palabras: es el brillo escandaloso de sus ojos negros.

—Tú tienes el patín izquierdo. Yo, el derecho. Y cuando ganemos nuestro primer oro, iremos juntos a completar el par.

En pijama, despeinada, como un pasmarote en el centro de la sala de estar, rompo a reír. Un instante después, me abalanzo sobre él y lo rodeo con los brazos.

—Si me hubieses dicho cuánto dolía, no me habría atrevido jamás — bromea.

—Estás loco... —Río, mi frente contra la suya, mi nariz junto a la de él—. ¡El miércoles patinamos el programa corto y tú tienes el pie como un globo!

—En el estudio me han asegurado que mañana estaré como nuevo. Quería darte una sorpresa.

Durante un rato, los nubarrones se despejan, y yo olvido por completo que hace tan solo unos días mi cielo amenazaba tormenta. Hoy se ve límpido, imposible de opacar otra vez.

Pero se opacará. Así será nuestra relación en 2017, como una atracción de feria sin cinturón de seguridad. Regresará el invierno. Y después, de nuevo, el verano, y habrá otoño y también primavera, y cuando el ciclo termine, volverá a empezar.

—Pues lo has logrado, Tsvetkov. Esto no me lo esperaba.

Kolya me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Permanecemos en silencio unos segundos, que se convierten en minutos, que se convierten en la eternidad.

—¿Sabes ese momento en el que estás preparándote para un salto, a punto de despegar, y es como si entraras en un túnel? No oyes nada, no

sientes nada, solo clavabas la mirada en un punto fijo y el resto se desvanece. —Asiento, y él continúa sin apartar su mirada de la mía—: Antes de que aparecieras, en ese instante yo solo veía el hielo. Ahora veo tu coleta. Y sé que tengo que hacerlo bien, muy bien. Porque ya no solo está en juego mi rodilla.



El martes 21 de agosto, a la una en punto de la tarde, Kolya y yo, con la equipación reglamentaria y rodeados del resto de participantes, comparecemos frente al busto de bronce del insigne Nikolai Panin-Kolomenkin, en el vestíbulo de la Academia de Patinaje del distrito Primorsky, para el tradicional pistoletazo de salida de la Copa de San Petersburgo, cuya competición arranca oficialmente mañana. Como es habitual en todos los torneos, la agenda ha quedado establecida de la siguiente manera: el primer día patinaremos nuestro programa corto; el segundo día, el programa libre, y de la suma de las notas obtenidas en ambos dependerá la clasificación final. El tercer y último día, ya sin jugarnos nada, participaremos en la clásica gala de exhibición con la que suele agasajarse a los espectadores más fieles, a modo de propina.

Manoseo nerviosa los puños de mi sudadera con los colores de la bandera rusa. Vamos a someternos al veredicto de una cuadrilla de jueces, y todo lo que hemos trabajado no servirá de nada si en los marcadores electrónicos no veo un lustroso veinticinco de nota técnica tras el programa corto y un cuarenta y tres en el libre, las mínimas exigibles para participar en torneos de mayor rango.

Oigo sin escuchar el discurso inaugural de Oleg Yavkolev; a su lado, Pasha me brinda un gesto de ánimo.

Si los acontecimientos transcurren según lo esperado, volveremos a verlos durante la entrega de medallas, y para entonces tendremos un pie dentro del circuito.

Si no es así, Kolya, Zenya y yo estaremos en problemas. Pero esa es una posibilidad en la que no puedo/debo/quiero pensar.

El miércoles 22 de agosto, a las cuatro y media de la tarde, puntualidad inglesa, arranca la competición del programa corto a puerta cerrada, sin público ni prensa. Esa intimidad no me consuela demasiado; hace

exactamente un año, cinco meses y cuatro días que no compito, y no he pegado ojo en toda la noche.

Está previsto que Kolya y yo saltemos a la pista en decimotercer lugar, en torno a las 17:45, tras el arreglo del hielo. El número 13 no me inquieta, pero patinar sobre una superficie pulida, sí. Mi trasero sufre solo con pensarlo.

Media hora antes de que nos llamen a pista, estoy maquillada, peinada, en zapatillas deportivas y con la pedrería del maillot a resguardo bajo una chaqueta térmica. Y también estoy convulsa. Sobre todo, convulsa. En el área de calentamiento, Kolya y yo repasamos de forma obsesiva cada elemento, como si existiese la más mínima posibilidad de que nuestro cerebro, trepanado por la cola de la cuchilla durante horas de entrenamiento, fuese a olvidar alguno. A nuestro alrededor, giran y vuelan y estiran y flexionan y empujan las doce parejas que saldrán después de nosotros. Algunas de ellas se han acercado a Kolya para saludarlo; son viejos conocidos de los círculos locales.

No permito que su aleteo me distraiga. Cuando sales a competir por primera vez te das cuenta de la cantidad de patinadores que se han preparado tanto o más que tú, pero mi misión consiste en hacerlo lo mejor posible en cuanto me calce los patines; lo que hagan ellos no depende de mí.

Respira.

Respira.

Respira.

Fuera auriculares. Zenya nos guía a través del túnel que lleva a pista. Últimos consejos, último abrazo. Kolya se santigua. Cuando al fin salimos al hielo, un pie delante del otro, todo es silencio que intimida y sobrecoge. Nos encargamos de despedazarlo con el quejido de las cuchillas. Saludamos a los jueces deshechos en sonrisas y, solo un segundo después, nuestras mandíbulas se petrifican. El corazón desbocado. Seis grados bajo cero. Nariz roja. Vapor en la sangre. Y se abre el telón.

Dos minutos y cincuenta segundos de música irlandesa después, vuelvo a parpadear. Sin aliento, y con la nariz más colorada todavía, miro a Kolya. Cuando compruebo que sonrío, me atrevo yo también. Entre reverencia y

reverencia, realizo mis propios cálculos:

- ✓Desequilibrio en la espiral de la muerte. GOE negativo.
- ✓No hemos completado las tres rotaciones tras el cambio de pie de la pirueta combinada. Nivel degradado.
- ✓Elevación mano-cadera, perfecta. Valor base alto y GOE positivo.
- ✓Clavado el triple lanzado. GOE positivo.
- ✓En el salto en paralelo, la pierna libre de Kolya ha tocado el hielo y yo me he sobregirado. Necesito ver el vídeo.
- ✓Hemos sobrepasado el tiempo máximo. Nos van a penalizar.

Salimos de la pista. Del otro lado nos aguarda Zenya con una caja de clínex, un par de bidones con agua y expresión indescifrable. Vuelve a abrazarnos, primero a Kolya y luego a mí.

—Bien, bien, bien —dice junto a mi oreja.

Aguardamos las notas en silencio. Mi cabeza sigue elucubrando complicadas combinaciones matemáticas. En eso consiste el patinaje artístico: dos minutos y cincuenta segundos de orgasmo, de actuar sin pensar, de sentir sin razonar, y toda una vida haciendo números y tratando de asumir las consecuencias.

«Solo utiliza las matemáticas para lo que le interesa», dijo en una ocasión mi profesor de séptimo grado durante una reunión con mis padres.

La megafonía del pabellón se superpone a la voz que resuena en mis recuerdos.

A continuación, las notas para el programa corto de Suzanne Boucher y Nikolai Tsvetkov. Silencio, por favor.

Transcurren dos, tres segundos que se me hacen insoportables. Son los dos, tres segundos que más detesto de mi vida como patinadora.

Una tras otra, las puntuaciones van emergiendo en el marcador electrónico. A mi lado, Kolya, que no lleva puestas las gafas, se inclina hacia delante para enfocar mejor.

Nota técnica 25.05
Nota de componentes 18.04
Deducciones 1.00
Total 42.09

Respiro por un lado y me marchito por otro.

Mi cabeza celebra que hemos superado la primera meta volante de la temporada: tenemos la nota técnica del programa corto. Kolya y Zenya aplauden, más que satisfechos, junto a mí.

Yo esbozo una sonrisa de labios cerrados. Debería estar tan contenta como ellos, pero mi alma se desinfla al ver que apenas hemos superado la mínima en cinco centésimas.

El patinaje es lo único en mi vida en lo que jamás me conformaré con un aprobado raspado.

Boucher, Suzanne. Calificación: SUFICIENTE.



El jueves 23 de agosto, estamos convocados a las 13:45 para el programa libre, pero nuestro equipo de tres se planta en la Academia de Patinaje mucho antes. No aguanto ni un minuto más enjaulada entre las paredes del ático, consumida por la incertidumbre que me produce la puesta de largo de nuestro Cascanueces.

Puertas adentro, la situación se repite: mismos vestuarios, misma área de calentamiento, mismos competidores. Lo único que ha variado respecto a ayer es el maillot: este es rosa, con escote en forma de corazón y pliegues y más pliegues de tutú almidonado. Pica, y no solo el tul.

Justo antes de que reclamen nuestra presencia en la pista, en el pasillo que conduce a las gradas Kolya me abraza por la cintura frente a la pared de espejo.

El cristal nos devuelve una imagen de cuento de hadas. Yo, disfrazada de figura de porcelana, con mi moño alto, mis labios pintados de fresa y mi tez empolvada. Él, perfecto en su atavío de príncipe de los juguetes, con los hombros de la levita galoneados y la pechera bordada al modo del antiguo ejército ruso.

Aprieta mi cintura, y gracias a ese gesto soy capaz de reconocernos a ambos, a los auténticos Kolya y Suzanne, bajo tanta parafernalia.

—Somos los muñequitos de la caja de música —ríe Kolya.

(Sí. Lo éramos. Lo seguiremos siendo).

—Todo va a ir bien, ya lo verás —asegura, pleno de una confianza que

admiro y envidio a partes iguales—. ¿Qué te parece si nos comemos el mundo? Empezando por ese trozo de hielo de ahí fuera.

No son sus palabras ni es su sonrisa. Es él. Él me da la fuerza que necesito para conquistar la galaxia. Y, entonces, nuestros nombres resuenan por los altavoces.

El programa libre arranca conmigo (Clara) en el hielo (reino de los muñecos) dibujando un círculo con las piernas (echando de menos su hogar, al que desea regresar pero no sabe cómo). Kolya (Cascanueces) me (la) invita a patinar (bailar) para tratar de convencerme (de convencerla) de que reine junto a él y así romper el hechizo que lo convirtió en juguete, pero yo (Clara), después de dejarme (se) obnubilar por la fantasía eterna que me ofrece (que le ofrece a ella) y por él mismo, me aparto (se aleja) para elegir vivir en el mundo real, lo que condena a Cascanueces a un letargo permanente.

El programa termina con Clara (conmigo) sola y desprovista de toda emoción.

A continuación, las notas para el programa libre de Suzanne Boucher y Nikolai Tsvetkov.

Hueca.

Silencio, por favor.

Hundida.

Nota técnica...

No leo más allá del primer renglón.

... 42.67

—No pasa nada —se apresura a animarnos Zenya—. Ya conseguimos mínima corto. Ahora dos vosotros y yo trabajar muy muy para mejorar y conseguir mínima libre en Italia, ¿sí?

Palmea mi rodilla. Me mira. La miro. Sé que habla con sinceridad. Pero yo no quiero escucharla.

42.67

—Qué mierda. —Kolya suda como un pollo al horno envuelto en la sudadera con los logotipos de la correduría de seguros y el supermercado de barrio. Se levanta y extiende su mano hacia mí—. No te preocupes, vamos a arreglarlo.

Renqueante, lo sigo hacia las entrañas del pabellón. Cuando termina la

competición, Zenya viene corriendo a buscarme al vestuario, de donde no he querido salir, y me anuncia que hemos quedado segundos en la general, por detrás de una pareja del club Primorsky. Es un resultado estupendo, pero para mí no basta.

Nos reunimos de nuevo frente al busto de Panin-Kolomenkin para cumplir con el protocolo. Allí están Oleg, Pasha y todos los peces gordos de la federación y del Comité de Cultura Física y Deportes de San Petersburgo.

Los labios de la promesa dorada de Montreal se curvan por inercia cuando me cuelgan una medalla de latón revestida de pintura plateada. Pero no sonríen.

Boucher, Suzanne. Calificación: INSUFICIENTE.

CAPÍTULO XXXIII

Esa misma tarde, nos blindamos los tres (los cuatro, si contamos a Sashenka) en el sofá del ático y reproducimos una y otra vez el vídeo de nuestra actuación, a la caza y captura de los errores que nos han hecho perder casi cuatro décimas cruciales. Zenya y Kolya aún no parecen repuestos por completo de la sorpresa que les ha causado nuestro revés. Mi caso es diferente: me duele, sí. Me jode. Muchísimo. Pero no me sorprende. Lo único que espero es que el jarro de agua fría sirva para que, ahora que aún estamos a tiempo, se decidan a darle un nuevo aire al programa.

No es así en absoluto.

Ni Kolya ni Zenya ni Viktor, con el que hablamos un par de minutos por teléfono, están dispuestos a alterar la «esencia majestuosa del programa», como la definen ellos. El tufo a naftalina, lo expresaría yo. No importa el número de veces que pongan el vídeo, con Tchaikovsky a todo volumen; ambos llegan siempre a la misma conclusión: los jueces estaban comprados, pero en Italia será diferente. A mí no me tranquiliza, más bien al contrario. Si en una competición local hemos logrado una miserable plata y nos hemos quedado a cuatro décimas de la mínima técnica, en Italia directamente haremos el ridículo.

Es cierto que los aspectos técnicos podrían mejorar (Zenya promete incrementar a corto plazo la dificultad de ciertos elementos para arañar algunas centésimas), pero para ellos la presentación artística es intocable. A los dos les entusiasma tanto ver a Clara y a Cascanueces en pantalla que no prestan atención a mis sugerencias.

Cuando Zenya se despide de nosotros para bajar a recalentarse los vareniki de la cena, corro por las escaleras detrás de ella. La alcanzo antes de que cierre la puerta de su apartamento en mis narices.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Ella sonrío pegada a la hoja.

—Claro, claro. Tú pasas. ¿Tú quieres vareniki? Por viejos tiempos — propone con los ojos brillantes, y no me atrevo a rechazar su oferta. Quizá

este sea el acercamiento que las dos necesitamos, y ante un plato de comida caliente siempre resulta más fácil negociar.

Animosa, la ayudo a sacar todo lo necesario de la nevera, a cacharrear en la cocina, a poner la mesa. Por un instante, me siento como si aún durmiera en su sofá y mi neceser de aseo compartiera espacio con su maquillaje chillón en el cuarto de baño.

Hablamos de cosas insustanciales hasta que, ya sentadas a la mesa, ella comienza a disparar:

—Bueno. ¿Qué quieres hablar tú?

—Es sobre el programa libre.

—Da. Yo entiendo que tú preocupada. Pero preocupación no ayuda: preocupación paraliza. Vamos trabajar muy muy mañana, y resto de días después de mañana. Kolya y tú participáis en Grand Prix este año, segura.

Doy un mordisco a uno de mis vareniki: está relleno de col, patata y queso.

—No, Zenya, no estoy preocupada por las notas. Bueno, sí, también, pero mi principal preocupación no es esa.

—Yo escucho a ti.

—Se trata del programa en sí... —empiezo, pero no me deja seguir.

—Ya hablo de eso antes. Yo sé que tú tienes dificultades con Clara, que tú no comprendes bien personaje. También sé que tú y yo no muy unidas últimamente. Pero mejor ahora, ¿sí? Tú —me apunta con un dedo embadurnado en mantequilla de freír— mejor hoy. Fría aún. Pero cada vez mejor.

—Gracias —digo con la boca pequeña. No es por ahí por donde quiero que vaya la conversación, pero siento que se lo debo. Está haciendo un esfuerzo por facilitar la comunicación entre nosotras—. Pero ¿no crees que el programa podría mejorar? Se me han ocurrido algunas ideas...

—¡Claro puede mejorar! He pensado combinación de saltos, ¿sabes? Quizá 3S+2Lo. Y elevación mano con mano en segunda mitad... Mañana hablamos, ¿sí? Tú no preocupas más.

—No me refiero a los saltos, Zenya, ni a las elevaciones. Todo eso está genial, pero yo hablo de darle un aire diferente al programa.

—¿Aire... diferente?

Bebo un sorbo de mi vaso de agua. No quiero titubear.

—Sí, algo más contemporáneo, más atractivo... Empezando por los maillots. Verás, se me ha ocurrido que podemos contar una historia diferente: buscar una versión radical de la música original, algo tipo Nightwish, y recrear un escenario más moderno... Cuando estaba en Canadá trabajé mucho con...

Me interrumpe de forma cortante, su rostro serio por primera vez.

—Tú ya no en Canadá, Suzanne. Nosotros ya aceptamos ideas... contemporáneas tuyas para programa corto. Hicimos programa corto que tú quisiste.

—Pensé que había sido una decisión conjunta.

—Da. Decisión por bien de equipo. Tú acababas de llegar y dos nosotros pensamos que tú podías adaptar mejor a esto, a dos nosotros. Pero tiempo pasa y tú tienes que aceptar patinaje de aquí.

—¿Kolya lo sabía? —indago ultrajada—. ¿Por eso aceptó patinar con música irlandesa?

—Dos nosotros hablamos antes de que él llamara a ti a Tallin. —No necesito más detalles.

—Creo que os he demostrado que no es malo renovarse. Fíjate en las notas del programa corto; incluso Kolya se sorprendió de la puntuación artística.

—Da. Mucho bien programa corto, mucho bien. Pero programa tuyo, Suzanne. No programa de Kolya, ni mío. Cuando gente ve pareja rusa, en pista o televisión, quiere patinaje ruso. Eso hace grande en mundo entero. Patinaje ruso perfección, belleza, elegancia. No... contemporáneo — desdeña.

—¿Entonces? —resoplo, a sabiendas de que no hay más que hablar.

—Programa libre es patinaje ruso. Programa libre es programa de Kolya, igual que programa corto es programa de Suzanne. Y tú debes eso a él.

Efectivamente, no hay más que hablar.

O tal vez sí.

Pensaba que éramos un verdadero equipo. Pensaba que ser diferentes nos enriquecía, y que cada uno podía aportar algo positivo. Pensaba que las decisiones se tomaban entre todos, no que esto fuese un contrato en el que alguien tiene que ceder para que otros ganen.

Pero eso no lo digo en voz alta.

Me levanto cuando aún me queda un vareniki sin tocar en el plato y me despido de Zenya argumentando que me duele la cabeza. El molde en el que me fuerzan a encajar me constriñe hoy más que nunca.

Mi entrenadora me evita el bochorno de tratar de retenerme. Subo los escalones hasta el quinto de dos en dos y abro la puerta del ático de un empujón.

—¿Zenya te pidió que aceptaras mis propuestas para el programa corto por caridad? —grito desde la entrada, sin saber dónde, cómo ni en qué condiciones está Kolya. Ni siquiera si me escucha o no.

—¿Eso te ha contado? —Asoma la cabeza al final del pasillo, con una lata de comida para gatos a medio abrir en las manos.

—¿Acaso es mentira?

—Acordamos que sería bueno hacerte sentir cómoda. De ese modo, podrías adaptarte más rápido al estilo de trabajo —razona con tanta naturalidad que me incendia.

Debo de ser aún más masoquista de lo que pensaba, puesto que no puedo dejar de hurgar entre la basura.

—¿Para hacerme sentir más cómoda o para chantajearme con el libre después?

Kolya frunce el ceño.

—Dudo que Zenya te haya dicho algo así.

—Tabarnac —rumio entre dientes—. No ha sido necesario. No soy tan estúpida, ¿sabes?

—¿Y quién ha dicho que lo seas? ¿Vas a empezar otra vez? Te juro que no te entiendo... —Sube de forma progresiva el volumen de su voz.

Aunque es lo último que deseo, instintivamente yo también lo alzo, y acabamos enzarzados en la enésima discusión del mes de agosto. Dos bestias salvajes entrechocando sus cornamentas. Un duelo al amanecer: dos armas, diez pasos, la primera gota de sangre.

Nos gritamos durante un rato, arrojándonos, uno tras otro, todos nuestros defectos a la cara, sin que ninguno escuche más que sus propios gritos, buscando contraatacar una ofensa que ni nos hemos parado a oír. Nos exigimos una tregua cuando nuestras gargantas no dan para más.

Esa noche, entre las sábanas, follamos como las primeras veces: como

dos animales. Para sacudirnos la frustración, para castigar al otro, para imponer nuestra voluntad aunque sea a guantazos de placer. Un duelo al anochecer: dos armas, diez pasos. A muerte.



Al día siguiente, no sé si en pos de la paz mundial o porque simplemente somos unos cobardes, los tres nos comportamos como si nada hubiera pasado. Calentamos. Entrenamos. Establecemos nuevos objetivos con vistas al viaje a Italia. Practicamos. Estiramos. Nos alimentamos. Seguimos entrenando. Kolya sale a correr. Yo me conecto a Skype para hablar con mis padres.

Tal vez ni siquiera seamos unos cobardes. Tal vez sea la maldita ley de «todo por el oro», que siempre acaba prevaleciendo.

Mis padres, acostumbrados a seguirme a todas partes, a verme en todas las competiciones, ya sea en directo, en streaming o en diferido, están ávidos de detalles acerca de la Copa de San Petersburgo. Con lo que les costó habituarse a YouTube, a los foros sobre patinaje, a Olympic Channel y a los directos vía Facebook de la página de la ISU... Hasta que se toparon con Rusia y su hermetismo digital, y ahora nada de eso les sirve para enterarse de cómo diablos le fue a su nenita en la estúpida Copa de San Petersburgo.

No les digo que tengo en mi poder el vídeo de la competición; no quiero compartir con ellos mi/nuestro fracaso.

—Estoy segura de que no fue tan mal como lo pintas —relativiza maman tras procesar mi crónica de los hechos—. Cuatro décimas no es nada; en cuanto fijéis un par de elementos, tendréis la nota.

André se muestra igual de optimista.

—¿Y Kolya? —pregunta Sarah. Tras ella, la luz temprana se filtra a través de los visillos de la cocina (de mi cocina) y le confiere un halo casi místico—. ¿Cómo se lo ha tomado él?

Mi lengua se engancha un par de veces.

—Bien. No muy mal. Supongo.

Qué elocuencia, Suzette.

—Cariño..., ¿hay algo que quieras contarnos respecto a él?

—¿De Kolya? No. ¿Por qué iba a...? No. Claro que no. De Kolya, no —

balbuceo como una criatura.

—Cariño, sabemos que tienes algo con él —zanja papa.

Me pongo amarilla. De ahí paso al naranja. Luego, al rojo. Y por último, al granate.

—¿Quién... quién os lo ha dicho? ¿Cómo os habéis enterado?

—No ha hecho falta que nadie diga nada. Se te nota, Suzette.

Abro la boca para defenderme, pero si hasta ellos, a seis mil kilómetros de aquí, lo han detectado, no hay defensa posible.

—¿Puedo preguntar cómo os habéis dado cuenta?

—Porque no lo mencionas jamás —explica papa tan sonriente como de costumbre—. Cuando patinabas con Tom, hablabas de él por los codos. «Tom esto... Tom lo otro... Tom por aquí y por allá» —se mofa—. Cuando te marchaste a Rusia, al principio también nos contabas cosas de Kolya, aunque no tanto.

—Pero desde hace unos meses, ni siquiera pronuncias su nombre frente a nosotros —completa mi madre.

—Escucha, cariño —mi padre no me da opción a ocultar mi vergüenza bajo dos metros de patchwork—, no vamos a reprocharte nada, eres mayor de edad. Solo... ten cuidado, ¿vale? —Se rasca la barba con una mano—. No lo decimos por ti; confiamos en que sabes cuidarte. Pero no es una relación cualquiera, hay mucho en juego. Así que solo ten cuidado, ¿vale?

—Lo sé, papa.

Lo sé demasiado bien.

El fin de semana, Asia y yo vamos en un taxi clandestino hasta el aeropuerto de Púlkovo para despedir a EX. Con él, abandonan San Petersburgo una maleta de ochenta por cincuenta, su sempiterna mochila con el pañuelo palestino atado al asa, y uno de mis pocos pilares en la ciudad.

Asia fija la vista en las pantallas averiguando información sobre la salida del vuelo, impecable en el papel de mamá gallina que le asigna el hecho de tener más años que nosotros. Yo me miro las puntas de las zapatillas de deporte. EX sonrío mucho, quizá demasiado, y no deja de repetir que esto es solo un «hasta pronto». Que Ámsterdam está a la vuelta de la esquina; que al menos los tres seguiremos en el mismo continente, y que nos guiará por los mejores coffee shops cuando vayamos a verlo.

Nos tomamos un último refresco juntos en el bar del aeropuerto.

—Que lo que Connard ha unido no lo separen las tasas de embarque.

—EX propone un brindis con su zumo de arándanos en alto.

Si no miro su maleta, incluso podría llegar a pensar que se trata de una tarde cualquiera a la salida del Instituto Derzhavin, y que pasado mañana volveremos a estar los tres juntos, luchando por mantener los párpados abiertos mientras nuestro profesor diserta sobre las ramificaciones de las lenguas eslavas.

—Nos acordaremos de ti cada vez que hable de «signos durrros» —secundo yo.

—Comparado con esta lengua del demonio, el holandés va a ser pan comido —augura Asia.

Hacemos entrechocar nuestros respectivos vasos y los mantenemos así, juntos y muy quietos, como si del ángulo que forman los cristales manase una energía extraordinaria que nos hará permanecer unidos a pesar de todo. Una creencia absurda; el tiempo terminará por alejarnos irremediabilmente. Para cuando yo viaje por primera vez a Holanda, EX ya se habrá marchado de allí, y nos perderemos definitivamente la pista poco después. Pero ahora, en el hall de la terminal de pasajeros de Púlkovo, vinculados por tres vasos con rayones de lavavajillas, eso nos parece tan imposible como que el Neva se seque, y esa seguridad me da la fuerza necesaria para afrontar con entereza el último abrazo.

—Este planeta todavía no sabe todo lo que se está perdiendo por no conocer a Suzanne Boucher. Pero algo me dice que muy pronto se va a enterar —formula EX en mi oído. Sofoco a duras penas las lágrimas y me aferro con más fuerza si cabe a su aroma a avena.

—Cuídate, por favor. Y no te olvides de mí.

—Nos veremos de nuevo. No sé si en Ámsterdam, en Canadá, en Estados Unidos, en Piter o en Tallin, pero nos veremos.

Asia y yo, apoyadas la una en la otra frente a la catenaria del control de equipajes, le decimos adiós con la mano. No, adiós no. «Hasta pronto».

De regreso a casa en otro taxi, también clandestino, ni Asia ni yo hablamos demasiado. Por los altavoces del coche amartilla el estribillo de una canción de Sergey Lazarev que no ha parado de sonar en todo el verano. De vez en cuando, corroboro por el rabillo del ojo que al menos

Asia sigue aquí, conmigo. Me da pánico pensar que algún día pueda faltarme ella también. Durante el trayecto de ida, me puso al corriente de la situación con su marido: ha decidido separarse si no se mudan a una casa propia antes de que finalice el año, pero no encuentra el momento de comunicárselo a Ivan. Ahora, toquetea con dejadez las cuentas de madera de su collar, tan perdida como yo en el extrarradio que desfila más allá de las ventanillas. Siento que las dos acabamos de quedarnos huérfanas.

En casa, Kolya prepara palomitas sin grasa y las reparte en dos boles de tamaño XXL. Me cede uno y me indica que me ponga cómoda en el sofá; su ordenador portátil reposa sobre la mesa de centro. Se le ha ocurrido la idea de pasar el resto de la tarde viendo vídeos antiguos de patinaje que nos motiven para la próxima competición. No sé si es una estrategia para distraerme y hacerme sentir mejor o si simplemente se aburre. O quizá tiene tanto miedo como yo a derrapar nada más cruzar la línea de salida.

—Empieza tú. —Se mete una palomita en la boca y la mastica antes de continuar—: Dime el primero que se te pase por la cabeza.

—¿Cualquier disciplina? ¿También individual, o danza?

—Cualquier disciplina.

Hago como que lo pienso, pero lo tengo clarísimo.

—Danse mon Esmeralda. Anissina/Peizerat. Programa de exhibición de 1999.

—Buena elección. Aunque, para mí, su mejor programa fue Beethoven's last night.

—Muy tú —convengo.

Teclea en el buscador de YouTube; abre el primero y añade el segundo a la lista de reproducción.

—Mira eso. —Me inclino hacia delante en el sofá y señalo con vehemencia a la mujer pelirroja que danza sobre el hielo vestida de cíngara—. ¿Cómo puede patinar con tanta pasión y hacerse tan bien la muerta al mismo tiempo?

Kolya se ríe de mi efervescencia. Después de la «última noche de Beethoven», escoge unos cuantos vídeos más y los va añadiendo a la lista. Ilinykh y Katsalapov glorificando El lago de los cisnes en Sochi; el prodigioso cuádruple lanzado de Vise y Trent; Gordeeva y Grinkov en Lillehammer, desafiando todas las leyes de la física conocidas, y puede que

alguna desconocida también. Enlazamos uno detrás de otro; yo comparo sus gustos con los míos; él comparte conmigo sus placeres inconfesables. Trato de anticipar sus elecciones; trata de adivinar las mías. Brillamos de entusiasmo los dos y nos embobamos de belleza como si fuera una droga, hasta que nos olvidamos de las palomitas, de las notas mínimas, de las discusiones, de los nervios, del día que languidece en el calendario y del mes de agosto que expira con él.



En mi sueño, todo sucede igual que una mezcla de los vídeos que vimos ayer. Kolya aparece caracterizado como Quasimodo; yo miro hacia abajo y descubro mis ropas de cingara. En las barandillas de la pista puede leerse el rótulo de Sochi 2014. Por la megafonía restalla la transmisión de un comentarista japonés. Solo hay una diferencia: en las gradas se apelotonan todos mis familiares, todos mis amigos, todos mis seguidores, toda la gente a la que he conocido en mi vida.

Patino con todo lo que tengo: el alma desbordando los filos, el corazón sangrando por Kolya. Patino como no he patinado nunca, y como creo que no volveré a patinar jamás. La música termina y mi mundo deja de girar. Lloro de felicidad mientras llueven rosas y peluches a mi alrededor. Me postro ante mis súbditos, todos en pie por mí, con la mano en el pecho y el espíritu burbujeando. Los aplausos me ensordecen. Papa et maman se erizan de orgullo.

Floto sobre el hielo mientras Kolya, risueño, tira de mí hacia la salida. Zenya nos espera allí, con la cantimplora en la mano y las lágrimas en las pestañas. Aplaude también. «Parfait», dice en impecable francés (todo el mundo habla francés en mis sueños, excepto los comentaristas deportivos). «Parfait, parfait, vous avez été parfaits».

Agradezco los ramos de flores y me los coloco en el regazo, sentada en mi trono del kiss and cry. Kolya toma asiento junto a mí y me abraza por los hombros: me mira deslumbrado, como no me ha mirado nunca, como creo que no volverá a mirarme jamás. No habla, pero oigo la voz de sus ojos, y en ella hay devoción, gratitud, ilusión.

Lanzo un beso a la cámara más cercana y saludo por encima de mi coronilla, allí donde el clamor del público no cesa. Las gradas aún palpitan,

y todo lo hemos conseguido nosotros.

Cuando aparecen sobreimpresas las primeras notas, estas siguen el sistema antiguo de puntuación. Respiro hondo a la espera de que florezcan los seis.

RUS Suzanne BOUCHER/Nikolai
TSVETKOV

USA ITA GBR EST FRA RUS BUL CAN JPN
0.0 0.0 0.0 0.0 0.0 0.0 0.0 0.0 0.0

La grada se silencia de golpe. Incluso desde mi posición, puedo ver cómo los rostros de papa et maman se vuelven granito; las sonrisas se esfuman. Mis amigos se levantan despacio y se alejan por las escaleras. La mayoría de los espectadores miran hacia otro lado, o se ponen a charlar con el vecino; ni siquiera abuchean. Ya se han olvidado de mí, de nosotros. Noto que me falta el aire.

«Terrible», dice Zenya. «Terrible, terrible, vous avez été terribles». Los ramos de flores se marchitan ante mis ojos, igual que en un vídeo grabado a cámara rápida.

Kolya no se pronuncia, aunque sus manos ya no reposan sobre mis hombros, sino sobre sus rodillas. Él es lo único que me queda, así que giro la cabeza buscando cobijo, pero tan solo encuentro una mirada gélida y unos labios desencantados. Me mira como no me ha mirado nunca; como ruego que no me mire jamás.

Qué decepción, Suzanne.

Mi grito nos despierta a ambos.

—¿Qué pasa? —Kolya se incorpora soñoliento.

La luz de las farolas dribla las rendijas de las cortinas; aún no ha amanecido, aunque no debe de faltar mucho.

—No me mires así. Nunca me mires así, por favor. —Mi mente serpentea para escapar del limbo, sin saber muy bien todavía si estoy dentro o fuera de él.

—Solo era una pesadilla, Suzanne. Duerme —susurra, más dormido que despierto. Me envuelve con un brazo que cae a plomo sobre mi cadera.

Me obligo a cerrar los ojos. Mis extremidades pesan, mis dedos hormiguean y me cuesta respirar. Una punzada redobla en mi brazo izquierdo. El sueño ha sido tan vívido que aún percibo el tacto de las flores contra mis muslos, el gesto defraudado de mis padres, las cenizas sobre mi nombre. El cuerpo entero infestado de fracaso.

CAPÍTULO XXXIV

El 13 de septiembre, Zenya, Kolya y yo tomamos un vuelo que nos aleja de San Petersburgo, donde no ha parado de llover desde hace dos semanas, y nos acerca al aeropuerto de Milán-Bérgamo, en el que aterrizamos nueve horas y una escala en Múnich después.

Aquí no llueve, sino todo lo contrario: en el ambiente flota el aroma a calor apelmazado de finales de verano, mezclado con albahaca. La gente con la que nos cruzamos nada más salir del aeropuerto camina a paso lento, con la misma cachaza con que se guisa el stufato, lo que saca de quicio a Kolya, y el agua se sirve con gas, lo que encandila a Zenya. Yo observo el entorno con ojos de caribú. El choque cultural que supone para los tres encontrarnos aquí, aunque no hayamos venido a hacer turismo ni a disfrutar del dulce far niente, funciona como una tregua en nuestra cada vez más corrompida rutina. Igual que cuando pestañas tras posar para una fotografía, o cuando te atreves a moverte después de que la avispa se haya marchado.

Nos hospedamos en un modesto albergue en la periferia de la ciudad, junto a la autopista que va a Monza, y durante los días que dura el Trofeo de Lombardía, solo salimos para dirigirnos al IceLab Arena, a dos calles de distancia. La concentración es lo primero, y los tres nos lo tomamos muy en serio. Esto ya no es la Copa de San Petersburgo; nuestros rivales ya no son equipitos mejor o peor avenidos del circuito local, sino que por Bérgamo se pasean algunas de las figuras de la élite internacional, bien para testar sus nuevos programas, bien como precalentamiento para la temporada. Después de tantos años contemplando las estrellas desde abajo, en mi asteroide insignificante, impone leer mi nombre al lado de los suyos en las actas oficiales, pero más aún verlos pulular a mi alrededor por la pista durante los seis minutos de preparación. La adrenalina es lo que me mantiene en pie.

Salimos al hielo en cuarto lugar, después de una de las parejas italianas, que juega en casa, y antes de los estadounidenses, que parten como favoritos. Es decir, que lo tenemos todo en contra: la nuestra está destinada

a ser una de esas actuaciones que los espectadores aprovechan para ir al aseo, poner al día las notificaciones del móvil o meter el almuerzo en el microondas. A pesar de ello, no pienso darme por vencida. Vestido verde, sonrisa deslumbrante, acordes de violín. Cuando suena la última nota de Toss the feathers, el público arranca a aplaudir, y yo les brindo la reverencia que merecen. Protectores de cuchillas, kiss and cry, besos a la grada. Damos una palmada cuando vemos que hemos mejorado en cero quince nuestra marca de la Copa de San Petersburgo, a pesar de que yo he sufrido una caída en el Axel. Firmamos autógrafos, saludamos a los demás patinadores y regresamos al albergue con el corazón abullonado y alas en los pies.

Viernes. Me aseo, me visto y desayuno —hasta la vista, achicoria; bienvenido, cappuccino— en un silencio propio de un cortejo fúnebre.

—Empiezo a preocuparme —manifiesta Kolya en el comedor, después de su enésima tentativa para entablar conversación y mi enésimo rechazo—. ¿Seguro que estás bien?

Asiento cuando en realidad quiero decir que no. La cabeza me da vueltas y las sienas me palpitan, pero no puedo tomarme un analgésico por culpa de los controles antidopaje.

No quiero que este día termine nunca/lo único que quiero es que pase ya.

Estoy deseando lanzarme a la pista a disfrutar/por favor, que haya un terremoto y se cancele el evento.

No creo que sirva para esto/no hay nada en el mundo que sepa hacer mejor.

Antes de la final de parejas se desarrolla el programa corto de danza sobre hielo. Lo ojeo desde la sala de espera, dando pequeños saltos para atemperar mis músculos, con los auriculares puestos y la capucha sobre la cabeza para aislarme todavía más. Reviso que los cordones de mis patines están bien atados un número inconfesable de veces.

Justo antes de salir a batirnos el cobre en la pista, Zenya se reúne con nosotros y nos mira fijamente a los ojos, primero a uno y luego al otro.

—Yo no vengo aquí si yo no confío en dos vosotros. Sé que podéis hacer, ¿sí? Podéis conseguir todo que proponéis. No pensar en derrota; ella llega sola aunque no pensar en ella. Si dos vosotros pensáis en fallos, vais

fallar. Pensar en triunfo. Lleva nombre nuestro escrito.

Termina su discurso con bruma en los ojos, y yo también. Hacemos un tándem de abrazos, resoplamos, sacudimos las piernas por última vez y corremos hacia un éxito que tanto Kolya como yo ya consideramos de nuestra propiedad.

Da inicio el programa libre.

La vida es hermosa cuando los focos de todo un pabellón te iluminan solo a ti. Me siento especial aquí abajo: el alma desnuda, el cuerpo cubierto de gasa y pedrería; diminuta carbonilla sobre una inmensa hoja en blanco de sesenta por treinta metros; tocada por un don que solo unos pocos poseen. El público espía mis movimientos desde las gradas. Vais a comprobar hasta dónde se extiende mi poder, grito con cada gesto. Me he propuesto robaros el aliento, infiltrarme en vuestra memoria, hacerme un nido entre vuestros recuerdos más hermosos. Convertirme en poema para vuestros sentidos. Arrebatáros la voluntad. Solo así conoceréis lo maravilloso que es volar. Vamos, volad conmigo.

Reventamos el recinto con los aplausos y los paneles electrónicos con nuestras notas. Expulso el poco aire que me queda dentro en un berrido de euforia cuando veo que la puntuación técnica para nuestro programa libre pasa de cuarenta y tres. Zenya se muestra pletórica; Kolya ríe y aprieta los puños y me estrecha contra él y nada es como en mi sueño.

Al finalizar la competición, asistimos desde la grada a la ceremonia de entrega de medallas. Poco importa nuestra posición final en el ranking (sextos de un total de nueve, por detrás de Gioia Simone y Marco Parisi, y por delante de la pareja noruega, lo cual tampoco está nada mal). Estaremos en el circuito esta temporada, y eso es lo único relevante. Mientras dos estadounidenses y cuatro italianos saludan al auparse al pódium, yo me conecto a la wifi del pabellón y tecleo desafortunadamente en el móvil para dar la buena noticia. Aunque aún está amaneciendo en Montreal, mis padres se muestran locos de contento, y mis amigas me transmiten sus felicitaciones con un mensaje de voz tras otro. Grabo un vídeo haciendo una V con los dedos y lo subo a Instagram.

Las dudas se despejan.

No quiero que este día termine nunca/~~lo único que quiero es que pase ya.~~

~~No creo que sirva para esto/~~no hay nada en el mundo que sepa hacer mejor.

Pasha nos llama por la noche con las asignaciones para las pruebas del Grand Prix; la ISU no pierde el tiempo. No hay sorpresas: tan solo faltaban por cubrir plazas en la Copa Rostelecom de Rusia, en el Skate Canada y en el Trofeo NHK de Japón, y a nosotros, como era de esperarse, nos envían a los dos primeros. De un modo u otro, en ambos jugaremos en casa.

Casa.

Al Skate Canada también han sido convocados Tom y Marion, y estoy segura de que el morbo de ver a las dos parejas frente a frente ha pesado en los intereses de la organización. Se venderán más entradas, los medios de comunicación estarán al pendiente y se medirán todas nuestras reacciones. El espectáculo está servido. Yo lo sé, y la ISU lo sabe.

Voy a volver.

A pesar de todo, me siento inusualmente tranquila. Más adelante tendré ocasión de agobiarme —me agobiaré, vaya que sí—, pero, por el momento, he alcanzado mi objetivo de formar parte de la aristocracia del patinaje. Zenya es la única que parece preocupada. Trastornada, se diría. Estamos a cinco semanas de la cita de Moscú, y eso para ella está a la altura de los dramas de Pushkin.

—¡Tanta cosa y tan poco tiempo para hacer! —se lamenta en la habitación del albergue que compartimos los tres para ahorrar gastos. Todavía agita entre sus manos el móvil de Kolya, que ha utilizado para comunicarse con Pasha—. En cuanto lleguemos casa, dos vosotros vais trabajar duro. Hasta ahora, entrenamientos como paseo. Pero mañana, ¡más duro!

No me importa.

Voy a volver a casa.



El sábado 16 de septiembre hay algo más importante que celebrar que haber obtenido la nota mínima; más importante que haber cosechado éxito entre los jueces y el público; más incluso que mi próximo retorno a Canadá. Es el cumpleaños de Kolya, así que me levanto antes que los demás y bajo al primer piso para hacerle una consulta a la mujer con

aspecto de monja benedictina que custodia la recepción, y que me atiende con amabilidad pero también con una pizca de extrañeza.

Dos horas después, Kolya y yo, a solas, nos encaramamos a las almenas de un castillo medio en ruinas que se erige en lo alto de una montaña, y desde el que se dominan los tejados de Bérgamo. El vuelo de regreso a Rusia no sale hasta el anochecer, así que me pareció una buena idea aprovechar el tiempo que nos queda en Italia para disfrutar un poco, apartados del hielo, de los focos, de los tejemanejes de la ISU. La empleada de recepción considera que este es el lugar más bonito de la ciudad, y aunque está en la otra punta y hemos tenido que hacer transbordo de autobús y caminar casi un kilómetro para llegar, debo darle la razón.

—¿Y bien? —Kolya menea las piernas, que cuelgan por el lado exterior del muro, como un péndulo—. ¿Vas a contarme de una vez por qué nos hemos perdido el desayuno para venir aquí?

—Quería darte tu regalo de cumpleaños en un entorno especial. —Abro la bandolera y extraigo un paquete rectangular encopetado de celofán. Lo dejo sobre la piedra, viscosa de musgo y de raigambre, entre los dos.

Abre más los ojos.

—Debí suponer que Zenya se chivaría.

—Tiene un calendario en la puerta de la nevera y lleva tachando los días desde que empezó septiembre. La semana pasada, cuando bajé a ayudarla con las bolsas de la compra, le pregunté qué ocurría el día dieciséis y cantó como un pajarito. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—No surgió.

—Es curioso, ¿no? Que nunca haya surgido algo tan banal en ninguna conversación. Hemos hablado de todo. Hemos... hecho de todo.

Se encoge de hombros. Bajo nosotros, una neblina ligera extiende sus tentáculos entre chimeneas. El cielo despejado de días anteriores ha sido usurpado por la llovizna y unas nubes de tonos cenicientos. El clima otoñal nos ha perseguido hasta darnos alcance en el extremo opuesto del continente.

—Es una fecha como cualquier otra. Hace años que no lo celebro. Tampoco sé cuándo es tu cumpleaños.

—En marzo.

Me observa como si hubiese descubierto que tengo un dedo de más o que en realidad me llamo Sylvester.

—Pero en marzo tú ya vivías en casa, conmigo...

—Ya.

Deja correr los segundos. Después, mira al frente. Allá donde las nubes se funden con un horizonte tostado.

—Lo siento.

—No pasa nada. No lo sabías.

Se inclina hacia mí y deposita en mi boca un beso frágil, infinito.

—Te lo compensaré. —No dice más, no dice cuándo, dónde ni cómo, pero en sus pupilas se agolpan todos los juramentos no pronunciados, y sé que habla con sinceridad.

—Ya lo hiciste. Cuando me llevaste aquella noche a ver los puentes, ¿te acuerdas?

—Cómo olvidarlo. —Sonríe, y mis entrañas muerden el polvo. La sonrisa de Kolya es un suceso tan extraordinario como infrecuente.

—Por eso he querido traerte aquí. En realidad no tenía ni idea de que este lugar existiera —confieso avergonzada—, pero no quería que tuvieras solo algo material. —Señalo el paquete, que sigue en el mismo sitio en que lo dejé—. Quería regalarte un recuerdo.

—Me regalas recuerdos cada día.

Se zambulle en mi mirada, o yo en la suya, y buceamos juntos sin ganas de regresar a la superficie. Parpadeo, y entonces salimos a flote.

—¿No lo vas a abrir? —Planto el paquete delante de él. La incertidumbre me carcome.

—Está bien. Veamos qué se te ha ocurrido esta vez.

Retira el celofán con cuidado, prolongando mi agonía, y gira entre sus manos el objeto de madera tallada que se escondía debajo.

—¿Qué es esto? —Presiona el botón delantero y la tapa de la caja se abre de forma automática, revelando una pareja de bailarines en miniatura que giran al compás del Pas de deux. La chica lleva un vaporoso vestido rosa, mientras que su acompañante luce una versión a escala del uniforme de gala—. Somos nosotros —dice, y creo que es la primera vez que las emociones dominan a Kolya y no al revés, al menos en mi presencia.

—¿No vas a decir más? No te imaginas lo que me costó encontrarla con

tan poca antelación y mantenerla oculta en mi equipaje todos estos días... En realidad, buscaba una caja con la melodía de Smile, pero tuve que resignarme a que en Rusia es mucho más fácil dar con Tchaikovsky que con Chaplin.

Mi verborrea choca contra su parquedad.

—Me... encanta. De verdad. Yo... —Se calla.

—¿Tú...?

No contesta al momento. Juguetea en silencio con la caja de música, cerrada ya la tapa; mira al frente; agita los pies en el vacío sobre Bérghamo; sopesa las palabras exactas, o eso creo yo.

—Yo no regalo cajas de música, ni colgantes en forma de patín, ni detalles así. No se me ocurre. Tampoco soy la persona más elocuente, lo sé. Pero siempre, siempre voy a estar ahí para ti.

—Ya, ya lo sé —interrumpo con mi risa—. Yo no te deajo caer a ti y...

—Y tú no me deajas caer a mí —termina en mi lugar. Voz grave. Tomada. El eco de sus palabras se incrusta entre las grietas del castillo—. Algún día, cuando logre encontrar la forma adecuada de expresarme, te contaré cómo has cambiado mi vida.

Una vez más me quedo con la sensación de que el regalo me lo hace él a mí.

A la hora de comer, nos reunimos con Zenya en una osteria cerca del albergue, para después recoger nuestras maletas del guardaequipaje y tomar un taxi al aeropuerto. Ella ha aprovechado la mañana para recorrer todos los centros comerciales del mapa. Llevaba varios días ilusionada con la perspectiva de ir de compras en Italia, era su tema de conversación favorito después del patinaje, por lo que a ambos nos extraña descubrir que vuelve con las manos vacías, a excepción de una bolsa pequeña en la que porta el regalo de cumpleaños de Kolya: un pastel de merengue y una velita con el número 25.

—Moda italiana cuesta demasiados euros. Yo prefiero bazares de Piter —dice.

Pedimos algunas especialidades de la casa para almorzar. He probado el straccetti en Little Italy, allá en Montreal, pero debo reconocer que no tiene punto de comparación con el original. Cuando llega el momento del postre, Zenya saca el pastel, retira la blonda que lo recubre y lo deja en el

centro de la mesa.

—Ahora tú soplas, Kolya. Y no olvidas deseo, ¿sí?

Pide un mechero a uno de los camareros mediante señas y, cuando este lo trae, enciende la vela.

Kolya obedece y, ante la insistencia de nuestra entrenadora, da un mordisco al pastel. Con gesto empalagado, deja el resto sobre el envoltorio. Después de ofrecerme la mitad y de que yo la rechace, Zenya da cuenta de él y se chupa los dedos extasiada.

—Pozdravlyayu¹⁷ —dice al terminar. En las comisuras de sus labios quedan salpicaduras de merengue, como la espuma de un mar rizado. En sus iris azules flota ese orgullo maternal que tantas veces le he visto cuando se trata de Kolya.

—Gracias, Zenya.

—¿Pediste deseo tú?

—Sí.

—Verás que cumple.

—Eso espero —puntualiza él.



Nada más incorporarnos a la rutina en San Petersburgo, Zenya consuma sus amenazas y nos obliga a practicar a destajo desde que amanece y hasta que se pone el sol. La parte positiva es que las semanas previas a la Copa Rostelecom se me pasan volando; la negativa, que no tengo tiempo para nada más, y el poco que logro arañar se lo dedico a mis estudios de ruso, ahora que ha comenzado un nuevo curso escolar. Por suerte para mí, Asia me cede sus apuntes cada vez que me veo obligada a saltarme una clase, o me cubre cuando se me olvidan los deberes o cuando dormito en el aula y Connard se ensaña conmigo. Esa es una de las consecuencias de los horarios de entrenamiento casi esclavistas a los que nos somete Zenya: me quedo dormida en cualquier parte, no solo en clase. Cabeceo en el trolebús, en los vestuarios, en la cafetería de Yubileyny y sobre la barra americana del ático nada más cenar. A veces ni siquiera llego a apartar el plato frente a mí.

La otra consecuencia es que mi relación con Kolya es prácticamente inexistente. Los dos vivimos con prisa: desayuno, caos, almuerzo, caos,

caos, cena, coma inducido. El único respiro lo constituye, a primeros de octubre, una de mis escapadas forzosas para renovar el visado. En esta ocasión, viajo acompañada de Kolya; vamos a Minsk para visitar a su hermana, que me recibe con los brazos abiertos, y a sus sobrinos, tres terremotos con dientes de leche. Solo permanecemos fuera del país tres días, pero los aprovechamos al máximo. No obstante, en cuanto regresamos a Piter y a su lluvia, nos perdemos el uno al otro de nuevo.

Echo de menos aquellos tiempos en los que me aburría tanto que me ponía a estudiar ruso, y los días de hielo y rosas en compañía de Kolya, cuando nuestra única preocupación consistía en mantener la verticalidad en los saltos durante el día y acariciarnos mucho, muy fuerte, por todas partes, por la noche. Saltar de verdad, sin importar la verticalidad del eje. Levitar de verdad. Con la entrepierna húmeda de complicidad y el corazón henchido de sexo.

He pasado los últimos meses con el pulso detenido, a la espera de que sucediera algo, y de repente ocurre todo de golpe. Esa es la definición perfecta para la temporada de patinaje. Desde la Copa de San Petersburgo, los acontecimientos nos arrastran a una vorágine en la que solo podemos dejarnos llevar hasta comprobar dónde, y en qué condiciones, nos va a dejar varados.

A pesar de ello, no podemos soltar el acelerador; ahora es cuando debemos pisar con más ímpetu.

La Copa Rostelecom en Moscú supone nuestra verdadera consagración como pareja dentro del panorama internacional. Vuelvo a toparme con muchas caras conocidas de mi etapa en júnior, solo que ahora el Grand Prix se me antoja una versión mejorada, e innegablemente más glamurosa, de mis recuerdos; esta es la primera división, como decía Gilles. Aquí los focos son más potentes; la cobertura mediática, mucho más incisiva, y los enfrentamientos, a muerte.

Al final de la competición, nos situamos quintos en la clasificación general. No es una mala noticia, pero solo los seis primeros accederán a la final de diciembre, y, siendo honestos, la mayoría de parejas con posibilidades aún no se han estrenado esta temporada; faltan cinco torneos más, por lo que es pronto para hacer cábalas. Nuestro desempeño tal vez nos permita ser positivos, pero ante todo nos obliga a ser realistas. Zenya

nos repite esto mismo una y otra vez, así como que es nuestra primera temporada patinando en pareja y que no llevamos ni un año juntos. Sospecho que es como un mantra al que necesita aferrarse, y mi mente trata también de interiorizarlo; mi amor propio, sin embargo, cuenta una versión distinta: nos hemos quedado de la mitad de la tabla para abajo, muy muy lejos del holgado segundo puesto obtenido por Zhigunova y Siankovsky. Entre el pelotón de patinadores de relleno.

Independientemente de los resultados, de nuestro viaje a Moscú guardo muchas vivencias valiosas, como las banderas de Rusia con nuestros nombres serigrafiados que ondeaban en las gradas; volver a ver a Irina y a Paolo, que ha podido recuperarse a tiempo de su lesión; el apoyo de cientos de desconocidos abucheando a los jueces en protesta por nuestras notas, que consideraron injustamente bajas, y una nueva colección de peluches. Quien describa a los rusos como fríos y apáticos es porque no ha sido testigo de la pasión y el compromiso que ponen en todo lo que de verdad les importa, llámese deporte, política, arte. Excepto en el café. Ese es su talón de Aquiles.

Pero lo más importante que me llevo de Moscú es la energía necesaria para hacer frente a lo que está por venir: Canadá.

CAPÍTULO XXXV

Durante las veintiséis horas de viaje que separan San Petersburgo de Regina, donde se celebra este año el Skate Canada, manoseo la revista del avión, picoteo sin apetito los huevos revueltos del desayuno, voy al baño cada dos horas, veo un par de comedias románticas en la tableta, me apremio a tratar de dormir y, de tanto en tanto, finjo estudiar ruso.

Kolya duerme como una momia junto a mí, cojín cervical y antifaz incluidos, y Zenya, al otro lado del pasillo, está enfrascada en los sudokus de un librito de pasatiempos que compró en Púlkovo antes de embarcar, así que me afo en combatir el aburrimiento a mi manera y sin incordiarlos.

En un momento dado, Kolya me pone una mano en la rodilla.

—Pensé que estabas dormido.

—Es imposible contigo revolviéndote como una lagartija.

—Lo siento.

Resignado a no conciliar más el sueño, se desprende del antifaz.

—¿Por qué estás tan nerviosa? Ya hemos hecho esto otras veces.

No, no es como otras veces.

—Veamos, ¿por dónde empiezo? Es nuestra última oportunidad en el Grand Prix, así que nos jugamos el pase a la final; vas a conocer a mis padres; todo el mundo va a estar pendiente de nosotros, y voy a tener que aparecer en público cerca de Tom y de Marion. ¿Te parece poco?

—Lo primero, no nos jugamos el pase a la final. Sabes tan bien como yo que es prácticamente imposible que nos clasifiquemos. Además, en este deporte la mayoría de las veces dependes más de lo que hagan otros que de lo que haces tú. Hasta diciembre no se sabrá quién se clasifica y quién no, así que hemos venido aquí a acumular experiencia, a darnos a conocer, a disfrutar. Ty ponimaesh¹⁸.

—Sí, te entiendo.

—Lo de tus padres no debería preocuparte: soy un encantador chico ruso que sabe utilizar bien las dotes que le legaron sus ancestros. Comerán de mi mano, ya lo verás. —Sonreímos los dos. No me cabe la menor duda

de que lo harán—. Respecto a Tom y Marion..., creía que ya no te importaban.

—Y no me importan, es solo que... ya va a ser lo bastante incómodo como para añadir las cámaras, los aficionados, tú...

—¿Yo? ¿Qué tengo que ver yo?

—Nada. No sé. ¡Bonyeu¹⁹!

—A medida que nos acercamos a Canadá aumenta la frecuencia de tus maldiciones —se mofa—. Tranquila. Acuérdate del consejo que te dio Pasha en el aeropuerto: «Si te hacen preguntas violentas, sonríe. Si te tienden emboscadas, sonríe. Sonríe siempre y no les dejes saber que te afecta». Pasha sabe de lo que habla.

—¿Dijo todo eso? Yo entendí que tenía una sonrisa bonita. Me dio vergüenza pedirle que lo repitiera en inglés.

Kolya ríe; coge uno de mis libros de ruso, desplegado sobre la mesilla, y lo agita.

—Deberías practicar más. —Entrelaza sus dedos con los míos y aprieta fuerte—. Yo estaré contigo. No te voy a dejar caer, ¿de acuerdo?

Cuando aterrizamos, son las 22:12 del lunes 23 de octubre, hora local. Aunque la competición no arranca hasta el jueves, hemos venido con antelación suficiente para amoldarnos al cambio horario. Pasaremos en Canadá una semana, por lo que Sashenka, a pesar de presumir de independiente, ha quedado bajo el cuidado de Pasha. Kolya no se fía de dejarla sola tanto tiempo.

Al enfilear la pasarela del avión ya es noche cerrada, por lo que únicamente se distinguen contornos difusos y luces titilando como en un caleidoscopio. Solo he estado en Regina en una ocasión, en un seminario para patinadores novice, pero me muevo por el hall de la terminal como si me hubiera criado en él. Todo huele a hogar, incluso el aroma a ambientador universal.

He regresado, Canadá, como te prometí. ¿Me recuerdas? Yo no he podido olvidarte. Mírame. He cumplido los veinte, ahora monto en taxis ilegales, he aprendido que el futuro jamás es como lo imaginamos y me he enamorado, o algo similar, pero sigo siendo yo. Y he regresado.

Lo primero que hago es dirigirme con paso certero a una de las pocas tiendas que aún permanecen abiertas a estas horas, un Relay, y compro un

paquete de Tootsie Rolls. Me meto uno en la boca y lo paladeo con los ojos cerrados. Lo paladeo. Lo paladeo. Cuando parpadeo, Kolya está frente a mí con expresión burlesca.

—¿No te enviaron tus padres una bolsa de esos caramelos hace poco?

—No saben igual. En Rusia no saben igual.

Un chófer nos aguarda en el vestíbulo: tiene un cartelito con nuestros nombres y órdenes precisas de trasladarnos al hotel que la federación canadiense de patinaje, que solo se parece a la rusa en el nombre, ha puesto a disposición de todos los patinadores, y que resulta ser nada menos que un cinco estrellas. Estamos exhaustos después del viaje, así que lo único que atinamos a hacer tras registrarnos (una habitación para cada uno, aunque yo me trasladaré furtivamente a la de Kolya) es apartar las sábanas y desplomarnos sobre el colchón. Esa es para mí la primera noche sin sueños turbios en mucho tiempo. Aunque más que una noche, son apenas un par de horas; a las dos de la madrugada, las nueve en San Petersburgo, los tres estamos con los ojos como platos. Basura de jet lag.

El martes tenemos ante nosotros una agenda que haría empalidecer a la de la reina de Inglaterra. La mañana la copan los compromisos publicitarios: una entrevista de radio, otra para un diario deportivo y una tercera —solo yo— para una revista femenina que está redactando un artículo sobre el empoderamiento de la mujer en el deporte. Antes del almuerzo debemos estar presentes, junto con otros participantes en el Skate, en la inauguración de un centro de fisioterapia deportiva, y a continuación, Kolya y yo nos haremos nuestra primera sesión de fotos oficial.

De mi encuentro con los editores de la revista femenina, además, surge la propuesta de convertirme en imagen de una marca de café helado, y yo acepto sin dudar.

—¿Te imaginas? —le digo a Kolya a la hora de la siesta. Es nuestro único momento libre y hemos aprovechado para volver al hotel a descansar—. Café y hielo, dos de las cosas que más me gustan en el mundo. ¿Cómo podría rechazarlo? De momento van a sacarme unas cuantas fotos; el anuncio solo va a aparecer en prensa y vallas publicitarias, pero Julia me ha comentado que quizá más adelante se grave un spot para televisión.

—¿Quién es Julia? —pregunta, somnoliento y despatarrado en la cama.

Estira un brazo para acercarme a él, pero yo, a pesar del cansancio y del jet lag, estoy demasiado excitada para poder dormir.

—Ya te lo he dicho: la directora de la revista. El grupo editorial al que pertenece también gestiona una agencia de publicidad, y justo estaban buscando un perfil como el mío para la campaña.

—Me alegro. Se te ve contenta.

—¿Y cómo no iba a estarlo? —Echo un vistazo al reloj sobre la mesilla de noche—. No duermas demasiado. A las cinco y media nos esperan en la cafetería del hotel para otra entrevista.

Bufa.

—¿Es imprescindible que vaya yo?

—Claro. —Lo miro sorprendida—. Somos un equipo. Además, es divertido.

—Para ti.

—¿No te gusta hablar sobre patinaje?

—Me encanta hablar sobre patinaje. Pero hablar sobre patinaje es lo último que se hace en esas entrevistas.

—¿A qué te refieres?

—Vamos, Suzanne. Yo soy irrelevante para ellos. Sabes perfectamente que lo único que interesa a esos buitres de la prensa es la fascinante historia de la chica que se quedó sin pareja y se abrió paso hasta el otro lado del planeta con tal de seguir patinando. Incluso yo querría entrevistarte.

—Eso no es cierto. Eres Kolya Tsvetkov. Has conseguido mucho más que yo. Rozaste la cumbre, desapareciste y renaciste de tus cenizas. Tienes más que contar que la mayoría de los atletas a los que esos periodistas conocerán en su vida.

—Quizá. Pero no soy canadiense.

—Eso es una tontería. —Empieza a enfadarme. En menos de un día, todas las personas con las que nos hemos cruzado, empezando por el conductor del Uber que nos llevó al centro y terminando por la chica que nos sirvió la comida, se han desvivido por tratarlo con hospitalidad, incluso con afecto, que ya es más de lo que él puede decir de sus compatriotas a mi llegada a San Petersburgo.

—Por Dios, Suzanne. En las entrevistas de esta mañana las únicas

preguntas que me han formulado han sido: «¿Qué es lo que más te gusta de nuestro país?» y «¿qué tal es patinar con una canadiense?, ¿puedes decirnos alguna manía de Suzanne?».

Permanezco callada unos segundos. Sin argumentos. Me excuso para ir al cuarto de baño y vuelvo poco después.

—Está bien. Veré cómo puedo arreglarlo. Tú descansa, yo me encargo.

A las cinco y media en punto, sola, entro en la cafetería del hotel, un espacio amplio y lujoso decorado con butacas de ante, lámparas de bronce y barra de mármol. La pareja —redactora+fotógrafo— que va a entrevistarnos/entrevistarme espera ya en una de las mesas más alejadas de la puerta que da al lobby. Me presento, disculpo la ausencia de Kolya (no parece molestarlos) y nos sentamos. Enseguida, uno de los camareros, ataviado con chaleco y pajarita, aparece para tomarnos nota. Me dejo embargar por la poderosa y placentera sensación de alivio que supone no tener que pensar si me va a entender o no.

La entrevista transcurre en un sosiego cómodo. Charlo acerca de todo y nada: mi cambio de residencia, la adaptación a una nueva escuela, las expectativas para el futuro, las aspiraciones para esta temporada y para el Skate... El gesto de la reportera es siempre atento y risueño, como si ya nos hubiéramos visto antes, y la cita pasa en un soplido. Cuando se despiden, aún me quedo un rato más en la cafetería, acomodada en el butacón. Pido otra bebida y, tras el primer sorbo, cierro los ojos e inhalo hondo. Respiro la suave fragancia de las velas aromáticas prendidas en cada mesa, del café recién molido, de la moqueta que recubre el suelo. Respiro el inglés afable que vibra en mis tímpanos procedente de mesas contiguas; las sonrisas dulces tras el mostrador; el soniquete ordenado del tráfico del otro lado de los ventanales.

Respiro Canadá para inundar mis pulmones de puro oxígeno.

Al salir de la cafetería, veo que ante la recepción se agolpan caras conocidas: el goteo de patinadores que arriban a Regina no cesa. Ralentizo el paso, insegura. No sé si Tom se encuentra en esta remesa, y descubro que no estoy preparada para averiguarlo. Tras un barrido rápido, confirmo que no ha llegado todavía.

La que sí está es Isabelle, una de las entrenadoras del club Île-de-Pierre, junto a dos de sus pupilos, Hugo y Eric. Saludo a los tres como si

hubiese transcurrido un siglo desde la última vez que nos vimos, en la fiesta de Fin de Año del club. De alguna forma, así ha sido.

Tanto Hugo como Eric me acosan a preguntas sobre Rusia y me desean suerte para el programa corto de pasado mañana. Mientras charlamos, otra pareja se acerca a mí por la espalda: son Vivianne y Ewan. Ellos ya están retirados, pero Vivianne ha venido en calidad de colaboradora para una cadena de televisión, y Ewan está haciendo sus pinitos como coreógrafo de danza. Doy un brinco en cuanto los reconozco.

—¡Dios mío, Dios mío, Dios mío!

Vivianne me estrecha contra su cuerpo delgado.

—Qué alegría verte, Suzette. Qué alegría... —susurra contra mi pelo, y su sinceridad me traspasa.

Nos ponemos al día en un minuto, así, deprisa, de pie en el centro del vestíbulo, rodeados de maletas, de patinadores, de entrenadores. De vez en cuando, recibo más palmadas en el hombro: gente a la que no veo desde hace meses, puede que años, y que me da la bienvenida de forma abierta y espontánea.

Una de esas personas, incluso, rompe a llorar al verme. Yo también lo hago.

—Bienvenida a casa, cariño —me dice en francés mientras me acurruco entre sus brazos. Es maman.



Una vez superado el impacto de ver los rostros de mis padres recortados contra la entrada del hotel, me llevo a Sarah y a André aparte, junto a la escalera principal, y empiezo a parlotear en francés sin control.

—¿Qué hacéis aquí? ¿No llegabais mañana?

—Tu madre no aguantaba más sin verte y adelantamos el viaje.

—Quería darte una sorpresa —se justifica ella.

Mi respuesta es un abrazo. Y ahí están: su olor; los dedos finos de maman, en los que nada la alianza de boda; la incipiente tripa de papa; el ángulo que forman sus respectivas clavículas, en el que mi cara encaja a la perfección. Ahora sí estoy en casa.

—Os quiero. —Podría preguntar por su salud; por el interminable viaje en coche desde Montreal hasta Regina, que se refleja en las ojeras de

ambos; por las horas extras que seguramente han tenido que echar en el trabajo para poder estar hoy aquí conmigo, pero lo único que me sale es repetir «os quiero» en voz muy bajita, no sé si para ellos o para mí.

—Cariño, estás preciosa —dice maman. Me obliga a dar una vuelta completa frente a ella, como cuando era pequeña y estrenaba vestido el primer día de curso—. Estás más guapa, más alta...

—Maman, es imposible.

—... más... mayor —termina sin hacerme caso.

—Es cierto —secunda papa.

—Me veis con ojos de padres.

—¿Y qué somos? —bromea André.

Mi ansiedad se desvanece como una pompa de jabón al contacto con el suelo. No puedo creer que haya pasado tanto tiempo alejada de mi familia; me siento como si nunca me hubiera marchado. Tal vez mis ramas hayan crecido lo suficiente para tocar los chapiteles de San Petersburgo, pero mis raíces siguen fuertemente ancladas aquí, a su lado.

—¿Y Kolya? —pregunta Sarah.

—Está arriba, en la habitación.

—¿Suzanne?

Me doy la vuelta al oír su voz en la escalera; los tres lo hacemos. Él aparenta una serenidad absoluta.

—Mis padres han venido hoy —me apresuro a explicar, sintiéndome tonta; ya lo ha visto por sí mismo. Por suerte, no ha entendido una palabra. He hablado en francés sin darme cuenta—. Estos son mis padres, Kolya —rectifico—. André y Sarah. Han venido un día antes para darme una sorpresa. Papa, maman..., ya sabéis quién es él.

Delante de mí se estrechan manos, se reparten fórmulas de cortesía, se sonrío. Todo muy protocolario. Mi madre se muestra encantada y no deja de preguntar trivialidades sobre el viaje, el hotel y el clima; mi padre mira a Kolya de una forma que me hace sentir como si nos hubiera pillado desnudos en su propia cama. El lobby sigue igual que antes, lleno de gente que entra y sale, en su mayoría del mundo del deporte, sin embargo, yo ya no me siento cómoda en él y ansío echar a correr.

—Me hace muy feliz verlos en persona por fin. Suzanne me ha contado tantas cosas sobre ustedes que es como si ya los conociera. —Observo a

Kolya como si lo hubieran abducido. Mi madre ríe aún más abiertamente y mi padre suaviza su expresión.

—Por favor, tutéanos.

—Suzette también habla mucho de ti.

Me miro las puntas de los zapatos.

—¿De verdad? Estaba convencido de que me encerraría en un baúl si pudiera.

Asesinar a Kolya escala puestos de forma galopante en mi lista de prioridades.

A mi padre, contra todo pronóstico, le hace gracia la broma.

—De madera de roble y con cierre de seguridad —apostilla, y los dos ríen.

—¿Os habéis registrado ya? —intervengo a la desesperada, intentando desviar la conversación.

Funciona: André y Sarah se disculpan para dirigirse a recepción, lo que me proporciona unos minutos de tranquilidad relativa.

—Te dije que estaba todo controlado.

—No cantes victoria tan pronto —mascullo.

Cuando mis padres vuelven, propongo subir a su habitación para que dejen el equipaje. Kolya rehúsa acompañarnos, argumentando que llevamos mucho tiempo sin vernos y que prefiere darnos intimidad, y con eso termina por reclutar a mi padre en su club de fans. Quedamos para cenar y nos despedimos en el ascensor: él se baja dos pisos antes que nosotros.

Una vez en el dormitorio de mis padres, reviso con disimulo sus caras ante el lujo que nos rodea. Sé que este alojamiento está por encima de sus posibilidades, pero también que harían todo lo posible por dormir cerca de su niña. Mi madre alterna muecas de asombro con codazos cómplices en mi estómago. Intuyo que están relacionados con Kolya, pero decido ignorarlos.

De vuelta a la planta baja, buscamos en el restaurante a Kolya, a quien se ha unido Zenya. Se entusiasma como solo ella sabe en cuanto ve a André y Sarah cruzar el umbral. Más presentaciones, más tópicos, más cumplidos. Pronto se enzarzan en una charla sobre patinaje, en la que mis padres participan con interés, y eso disipa en parte mi tensión. Al final, la

cena no resulta tan embarazosa como esperaba. Cuando me sirven el postre, un pudín con pasas y sirope de arce, echo un vistazo sigiloso a mis compañeros de mesa y pienso que tengo ante mí todo cuanto necesito para ser feliz.

Al día siguiente, mis padres se dedican a hacer turismo por el parque Wascana mientras nosotros conocemos las instalaciones del Brandt Centre, donde se desarrollará la competición.

—Tendremos el móvil encendido —me dice maman en el hall del hotel después del desayuno—. Llámanos en cuanto estéis disponibles para poder vernos.

Me dan un beso en la frente y se despiden de Kolya y Zenya, que están aquí, conmigo y con dos docenas de patinadores más, esperando el autobús que la federación ha fletado para trasladarnos a todos al pabellón. Tocamos el hielo por primera vez, nos familiarizamos con las salas de calentamiento y con los vestuarios, y a la una de la tarde, el mismo autobús aparece para conducirnos a la recepción con el alcalde de Regina y otras autoridades locales.

Y es allí donde sucede el desastre.

Nada más entrar en el ayuntamiento, me doy cuenta de que hay otro grupo, mucho menos numeroso, que aguarda ya en el vestíbulo y que parece haber llegado en un vehículo aparte. Caigo en la cuenta de que se trata de los participantes que han llegado a Regina a última hora de la mañana. Ellos visitarán el Brandt Centre esta tarde, pero, de momento, todos coincidimos aquí, en una estancia de techo bajo y paredes angostas, o eso me parece a mí de repente. Demasiado pequeña para darnos cabida a todos: a Gilles, a Marion, a Tom y a mí.

Es mi exentrenador quien toma la iniciativa de acercarse. Yo, desde luego, no pienso mover un pie de donde estoy, junto al retrato del ilustre David Lynch Scott, primer alcalde de la ciudad, según reza la plaquita en la que clavo la mirada. Gilles atraviesa la antesala con las manos hundidas en una americana que ha sustituido a su sempiterna gabardina, y solo por eso ya es otra persona, alguien ajeno a mí. No es el hombre junto al que crecí, el que durante años fue mi mentor y mi luz, al que siempre consideré un segundo padre. Ese Gilles ya no existe, igual que no existe esa Suzette. Lo noto más envejecido que la última vez: los parches blancos en su pelo se

han expandido y su ligera joroba se ha acentuado.

A medida que avanza, esquivando a patinadores y respondiendo de forma escueta a saludos de colegas, siento sobre mí todos los objetivos de todas las cámaras de todos los medios que han sido convocados a la reunión con el alcalde, cuya falta de puntualidad lamento.

No hay fisuras en mi fachada, pero por dentro mis cimientos zozobran.

—Cuánto me alegro de verte, Suzette. No hablábamos desde tu cumpleaños —dice Gilles al llegar a nuestra altura, y en su comentario leo más de un mensaje:

Cuánto me alegro de verte sana y salva, Suzette. Has sobrevivido al destierro.

Cuánto me alegro de verte en Canadá, Suzette. Creí que jamás regresarías.

Cuánto me alegro de verte competir otra vez, Suzette. Podré dormir tranquilo gracias a ello.

—Yo también me alegro de verte, Gilles. —Estrecho su mano, cordial—. ¿Cómo está Lisa?

Sonríe.

—Bien, bien. Ha ido directa al hotel. En otro momento me gustaría hablar contigo. Pero... no así. —Hace un gesto casi imperceptible en dirección a los reporteros—. Tengo muchas ganas de que me cuentes... todo.

Se gira y, de ese modo, hace a Kolya y a Zenya partícipes de la conversación.

—Un placer volver a coincidir, Evgenya. Y contigo, Kolya. —Ellos corresponden a su recibimiento—. Suzette, a Tom le gustaría saludarte. Y creo que, dadas las circunstancias —de nuevo ese tic hacia la zona de prensa—, es lo mejor para todos.

Miro por encima de su hombro. Mis ojos tropiezan con los de un échalote de pelo rizado con alergia a los frutos secos, fobia a las escaleras mecánicas y devoción por las hamburguesas del Orange Julep. Alguien a quien yo siempre cubría cuando se escapaba por las noches con su ligue de turno por los rincones oscuros de Westmount Park. Alguien a quien acompañé a casa la primera vez que se emborrachó. Alguien que lloró sobre mi hombro en el funeral de su abuelo. Él, curiosamente, también

parece diferente a como lo recordaba.

—Por supuesto.

Basta un gesto de Gilles para que el engranaje se ponga en marcha: Tom murmura algo en el oído de Marion, quien sí sigue exactamente como la recordaba, mirando todo y a todos con la sofisticada suficiencia de siempre. Ella asiente. Entonces, dieciséis meses después de que nuestro equipo se desmembrara, Tom echa a caminar hacia mí con Marion tras sus talones, ambos vestidos con la chaqueta roja y blanca que yo también debería lucir.

Las cosas no tendrían que haber sido así, Tom. Hace un año y medio yo soñaba con estar aquí contigo. Imaginamos tantas veces cómo sería este momento, ¿lo recuerdas? A ti te encantaba hacer apuestas. Pues déjame decirte que las has perdido todas. Porque nunca, bajo ninguna posibilidad, se nos ocurrió siquiera la opción de que pelearíamos en bandos distintos.

—Hola.

—Hola.

—¿Qué tal estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Todo bien.

—Me alegro.

—Suerte para mañana.

—Igualmente.

—Nos vemos por ahí.

—Sí. Hasta luego.

—Hasta luego, Suzanne.

Las cosas jamás debieron ser así, Tom.

CAPÍTULO XXXVI

El jueves llega inexorable, y cuando lo hace, ya no hay padres, no hay Tom, no hay Canadá. Como briznas de hierba, me sacudo de encima las emociones, igual que ellas me han sacudido a mí durante los últimos dos días, y me concentro en lo que realmente me/nos ha traído aquí: entregar hasta nuestro último aliento en la pista y dejar sobre el hielo el cadáver más hermoso que este país recuerde.

A pesar del madrugón, todos estamos a las siete en punto en el hall del hotel, y en el autobús que pasa a recogernos abundan los auriculares.

A las ocho en punto calentamos, mientras ocupan la pista las chicas que compiten en patinaje femenino.

A las nueve en punto hacemos cola para pasar el control médico.

A las diez en punto seguimos calentando, mientras ocupan la pista las parejas que compiten en danza.

A las once en punto calentamos más, mientras ocupan la pista los chicos que compiten en patinaje masculino.

Y a las doce en punto, por fin, cuando yo ya me subo por las paredes, nos toca el turno de entrenar.

Disponemos de dos tandas de media hora, con un arreglo del hielo entre medias, que podemos organizar como queramos. Las instrucciones de Zenya son claras: primero realizamos cada elemento técnico por separado; luego, repasamos una vez el programa corto y el programa libre. Sin abrirnos la cabeza al chocar con nadie, a ser posible. Cerraremos los entrenamientos de la tarde en el mismo orden.

En la pista, activo mi «visión túnel» para no ver más allá de mis pies, los de Kolya, y nuestras respectivas chaquetas tricolor. Repito cada movimiento un número estipulado de veces, de manera robotizada. Caroline y Stephen, mis primeros entrenadores, me dijeron una vez que la alta competición estaba hecha para ejecutar, no para pensar, así que yo no pienso. No soy más que un títere siguiendo los dictados de sus propias cuerdas.

Esa misma noche tiene lugar en el restaurante del hotel la cena oficial

de bienvenida que ofrece la organización, y yo, reconvertida en un saco de ojeras y nervios hechos puré, acabo sentada a la misma mesa que Melissa Hummel y Michael Oz, estadounidenses; que Ting Zhao y Wei Chan, de China, y por supuesto, que Kolya. Zenya está en la esquina opuesta, con los demás entrenadores, y mis padres comparten mesa con otros familiares que también se hospedan en el hotel. Por toda la estancia se oyen risas, un arrullo informe de conversaciones y el eco de cubiertos contra loza. Yo no escucho nada ni a nadie: mi mente ya vive en el viernes.

Y el viernes llega. En el bufet del desayuno el aire es pastoso, como una cocina donde flota el tufillo a aceite recalentado. Solo que aquí los recalentados son los cerebros de los atletas que se la juegan hoy.

En el Brandt Centre tenemos ocasión de ensayar una vez más a puerta cerrada a eso de las 11:30. Esperar hasta las 19:45 para mostrárselo al público se convierte en un verdadero suplicio. Nunca me ha gustado patinar tan tarde, pero en Canadá la modalidad de parejas es una de las que más tirón tiene entre los aficionados, por lo que los organizadores han decidido ubicarla en último lugar en la programación.

A la hora de comer, lo hago acompañada de mis padres en la cafetería del pabellón. Ellos piden un menú completo para cada uno; a mí no me entra ni una mísera hoja de lechuga de la ensalada Waldorf que he elegido. Después, regresamos al hotel. Pinto mis uñas de un tono verde musgo mientras Kolya duerme a pierna suelta por encima del edredón. Lo envidio por ello.

Entre Sarah y Zenya me ayudan a peinarme y maquillarme. Aunque siempre me he apañado bien sola, hoy me veo incapaz de aplicar el rímel sin hacerme un estropicio. Además, en el fondo, reconozco también el capricho de saberme mimada por las dos mujeres más importantes de mi vida. Una que ya lo es, que siempre lo ha sido, y otra que empieza a serlo, que sin duda lo será todavía más con el paso de los años. Tanto como para ejercer de madrina el día de mi boda. Aunque en estos momentos nuestra relación se asemeje a un paseo entre arenas movedizas.

Y el próximo paso en falso estoy a punto de darlo yo.

Con cada brochazo de colorete, voy sintiéndome más y más confiada, como si mi madre y mi entrenadora fueran dos hadas madrinas, y el maquillaje, polvos mágicos capaces por sí solos de hacerme lograr todos

mis propósitos. Y a medida que voy sintiéndome más y más confiada, voy quedándome más y más callada. El torbellino de palabras cede terreno ante un silencio tupido, terso, como el lago St.-Louis durante los días de canícula. El momento se aproxima implacable. El momento casi está aquí. El momento ha llegado ya.

Cuando Kolya despierta, me encuentra preparada. Se despabila en cuestión de segundos, me da un beso en el pelo para no estropear el maquillaje y termina de preparar la mochila negra y amarilla. Cierra la cremallera, se la echa al hombro y me rodea la cintura. Las cortinas sumen la habitación en una fiesta de claroscuros. Nos quedamos unos minutos así, ojos cerrados, narices unidas, respiraciones acompasadas. El único sonido en la estancia es el aire entrando y saliendo de nuestros pulmones, acorralando nuestros tímpanos desde dentro y desde fuera, como la membrana de un baffle hostigada por los graves. De vez en cuando, la sirena de una ambulancia se cuela entre el ruido uniforme del tráfico.

El mismo autobús de todos los días nos devuelve al Brandt Centre; la puerta trasera nos escupe a todos, uno detrás de otro, en fila india. Bills atruena por la megafonía del recinto, en el que a esta hora se disputan la small medal los chicos, pero el volumen indecente del hilo musical no logra amortiguar el rugido de los espectadores. Los mismos que en menos de dos horas decidirán si nos echan a los leones o nos cubren de laurel.

Kolya aprieta mi mano y arrastra mis nervios de punta hacia los vestuarios.

Laurel.

Por el camino, nos cruzamos con Tom y Marion, que menean brazos y piernas para calentar.

Leones.

A las 19:48 da comienzo el programa corto de parejas. Lo peor que le puede pasar a cualquier patinador es salir a pista en primer lugar, con el recinto en frío, o en último, y tener que ver cómo desfilan uno a uno sus enemigos sin perder la templanza. A nosotros la fortuna no nos ha tratado mal en el sorteo de esta mañana y nos ha adjudicado el tercer lugar, después de Ting Zhao y Wei Chan (laurel) y de Inga Eriksen y Soren Morgensen (leones).

El ritual se repite como siempre:

Últimas indicaciones de Zenya desde la barandilla; Kolya santiguándose; yo asintiendo. De fondo, bocinas de aire comprimido, pancartas, banderas.

Representing Russia, Suzanne Boucher and Nikolai Tsvetkov.

Saludo a los jueces.

Reverencia al público.

Toma de posiciones.

Silencio.

Zoom de las cámaras de televisión.

Segundos infernales de espera hasta que suena la música.

Tal vez los momentos previos transcurran igual que siempre, pero este programa pienso disfrutarlo como nunca.

Esto es lo que soy, Canadá. Esto es lo que soy capaz de hacer. Y te lo debo a ti.

Nos bastan treinta segundos para que el público, superada la sorpresa de ver a una hija pródiga de Canadá y a una vieja gloria del deporte ruso patinando con música tradicional irlandesa, nos acompañe dando palmas. Fantástico. A partir de ahí, todo va rodado. Con el grito unánime de los espectadores cuando ejecutamos un triple perfecto recibo la dosis legal necesaria para hacer frente al resto del programa. O a toda una vida. O a lo que sea.

Un salto y otro salto y un giro y otro giro. Cuatro cuchillas en armonía dibujando caracolas en un Atlántico congelado. Y otro giro y un giro y otro salto y un salto. Cuatro pies correteando a una velocidad sobrenatural por los bosques de Kerry cubiertos de escarcha.

Y vueltas y

vueltas

y

vueltas y

vueltas

yvueltasyvuelasyvueltas

y

vueltas

y vueltas.

Y un amor loco, un amor absurdo.

Y Kolya y yo volando por el suelo y rodando por el aire, frente a frente, palma con palma, sonrisa contra sonrisa. Mirando al vértigo a los ojos.

No soy consciente de que el programa ha terminado hasta que no veo las rosas aterrizar a mis pies. No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que no saboreo la sal. Los oídos me estallan por los aplausos, y Kolya tira de mí para darme el abrazo más descarnado que me han dado jamás sobre una pista de hielo.

Nota para mi biógrafo: Kolya solo me ha abrazado así dos veces a lo largo de nuestra carrera juntos. Aquella tarde, y el día en que comunicamos de manera oficial que habíamos decidido retirarnos.

¿Lo has visto, Canadá? Patinar al borde de la náusea, jugarme el pellejo por un sueño. Eso es lo que sé hacer. Por ti. Soy tuya, Canadá...

Las puntuaciones son solo una prolongación de nuestra felicidad.

Laurel.

Zenya chilla. Papa et maman dan un brinco en la grada, y no son los únicos: desde aquí puedo ver, a su lado, a Alexia, a Sheila, a Josephine y a Albert. Han venido, han venido todos.

Me aferro a Kolya como si fuesen a arrebatármelo.

«Gracias», me dice, o le digo. Ya no sé dónde termina uno y dónde empieza el otro.

Nos despedimos del público —que es ya nuestro público— con un saludo efusivo; de las cámaras, con un beso, y nos dirigimos al vestuario, donde ni el chorro de agua del grifo puede bajar mis niveles de adrenalina. Seguimos el resto de la competición desde los monitores del área de calentamiento; tras la última presentación, quedamos cuartos en la clasificación final del programa corto. Me marchó a esperar la cola para la ducha absolutamente eufórica. Ni siquiera me importa que Tom y Marion se hayan aupado al segundo puesto.

Puede que hoy sea uno de los días más felices de mi vida.



Me fundo en un abrazo con mis amigos en cuanto salgo del vestuario, con el pelo todavía húmedo y vestida de calle.

—¡No me lo puedo creer! ¡Estáis aquí! —Pataleo y doy grititos como una chiquilla, agarrada a las manos de Alexia, bajo una farola roja a la entrada del recinto. Ella es solo la primera de la ronda.

—Claro que estamos aquí. ¿Cómo no íbamos a cruzar medio país para ver triunfar a nuestra amiga?

—Os echo tanto de menos... —Exhalo contra el hombro de Sheila.

—Y nosotros a ti. Ay, Dios mío, no me puedo creer que por fin pueda abrazarte...

—¿Cómo estáis?

—No, ¿cómo estás tú? ¡Te veo guapísima!

—¿Yo? Josephine sí que está guapísima. ¿Qué te has hecho en el pelo?

Formamos un corro y hablamos los cinco a la vez, intentando condensar en un minuto diez meses de amistad malgastados por culpa de la distancia. Se han puesto de acuerdo los cuatro para viajar en el mismo coche, en plan road trip. Salieron ayer de Montreal y han venido directos al pabellón, ni siquiera han pasado por la habitación del hostel que tienen reservada.

—Como Bonnie and Clyde, Thelma y Louise... —explica Albert.

Josephine le da un codazo.

—Más bien como El diablo sobre ruedas. A la vuelta, no pienso dejar que toques el volante. —Le da un beso en los labios para borrar el gesto ofendido de él.

Albert y Josephine llevan juntos más tiempo del que puedo recordar. Los tres fuimos compañeros de juegos en el patio del colegio, aunque pronto quedó claro que no éramos tres, sino dos más uno. A Alexia y a Sheila las conocieron en una de mis fiestas de cumpleaños, hace ya años. La primera compartió conmigo clases en la pista de hielo de Laval. Ella asistía obligada por sus padres y no duró ni un curso completo; hoy en día a duras penas se sostiene sobre los patines. A pesar de eso, nos hicimos íntimas. Sheila se incorporó a nuestra peculiar *gagne*²⁰ cuando me mudé a Montreal: era mi vecina de puerta. Digamos que fui el pegamento que unió a los cuatro. Y ahora ellos permanecen unidos aquí, en casa, y yo estoy sola allá, en Rusia.

Papa et maman, a los que hace un rato dejé en el pasillo hablando con Zenya, se acercan a nosotros.

—¿Vosotros lo sabíais? —pregunto, y señalo con el índice a mis amigos.

Maman asiente.

—Era otra sorpresa.

—¿Algo más que deba saber para que no vuelva a darme un microinfarto en plena competición?

—Me temo que no. Ya estamos todos.

Estrujo a Josephine y a mi padre, los que tengo más cerca.

—Sí, todos. Gracias, de verdad. Espero que el viaje haya valido la pena.

—¡Ben là²¹, Suzette! Ha sido increíble verte en acción de nuevo. Eres la mejor. Perdón..., sois los mejores. —Albert desvía la mirada, y entonces me doy cuenta de que Kolya está detrás de mí.

Ejerzo de anfitriona presentando a unos y a otros. Al contrario que con mis padres, con mis amigos no albergo ni pizca de inquietud. Sé que Kolya les va a encantar, y ellos a él.

El bus que nos devolverá al hotel espera ya en el aparcamiento del Brandt Centre. Zenya me da una palmada en la espalda, me sonrío y sube ahogando un bostezo; para ella también han sido demasiadas emociones juntas. A mí no me apetece despedirme tan pronto de mis amigos. Lo que me apetece es caminar, hablar por los codos, beber litro y medio de batido para recuperar líquidos, seguir liberando cataratas de neurotransmisores. Mis padres proponen acompañarnos a pie hasta el centro y que luego «los jóvenes» vayamos a cenar por ahí.

—¿Y vosotros?

—No te preocupes, cariño. —Sarah me besa la frente—. Estamos cansados; ha sido un día largo. Volveremos al hotel y tomaremos algo con Gilles y Lisa.

Acepto, pero solo porque sé que nada en el mundo va a convencerlos de lo contrario.

A pesar de que estamos a finales de octubre, la noche es templada y las calles de Regina están animadas. Caminamos un par de manzanas hasta dar con una churrasquería tranquila frente a la estación de trenes. Mis padres se despiden y siguen rumbo al hotel. Les prometo que no nos quedaremos

hasta muy tarde. La competición aún no ha acabado, y tomaremos un taxi en cuanto terminemos de cenar.

Mientras los seis nos acomodamos en sillas que claman a gritos un retapizado, mis amigos me relatan la aventura que ha supuesto llegar hasta aquí.

—Definitivamente, estoy en deuda con vosotros. —Me muerdo el labio. Aún no he asimilado que hayan recorrido la Trans-Canada por mí.

El camarero nos sirve las bebidas mientras decidimos qué comer. Me termino mi batido en un tiempo récord y pido otro; después de competir, siempre absorbo líquido como una esponja. Cojo una de las cartas, plastificadas y grasientas, y se me hace la boca agua. No recuerdo cuándo fue la última vez que me pringué los dedos de salsa barbacoa.

—Pide el filete con gambas —le sugiero a Kolya, que observa la minuta indeciso—. Te va a gustar. No hay ternera como la de esta zona.

—Ni nada tan canadiense como mezclar carne con marisco —ríe Albert, y todos lo secundamos.

Yo me decido por las costillas BBQ; no debería cenar tan fuerte antes de la prueba de mañana, pero no puedo resistirme a la tentación. El lunes volveré a Rusia, y las posibilidades de encontrar unas costillas como estas en cualquier restaurante se esfumarán.

Durante la siguiente media hora, me veo sometida al interrogatorio de rigor acerca de mi vida en San Petersburgo. De ahí, inevitablemente, pasamos a los recuerdos, los cotilleos y las confesiones, y es como si nunca me hubiera ido. En un momento dado, Sheila ondea su servilleta para reclamar atención.

—¡Chicos, una foto de grupo para IG!

—¿IG?

—IG igual a Instagram. Ahora se dice así.

Pongo los ojos en blanco justo cuando Sheila aprieta el botón de disparo.

—¡Marde²²! Hay que repetirla, Suzette sale fatal.

No se queda satisfecha hasta el cuarto o quinto intento, y a mí me puede la impaciencia: se están enfriando las costillas.

—¿Os acordáis de aquella vez que Sheila casi se lleva por delante a un caddie por «buscar la mejor foto»? —bromea Alexia. Tiene las mejillas

sonrosadas, quizá por efecto del ice wine.

—Claro que me acuerdo —dramatizo para hacerla rabiarse—. Fue en los nacionales de 2014. De no ser porque ya había terminado el torneo, creo que nos hubieran descalificado por llevar animadores que suponían un peligro público.

—Sois unas exageradas. Solo pisé sin querer al pobre niño... —protesta Sheila.

¿Cómo podría olvidar aquel día? Tom y yo acabábamos de proclamarnos campeones júnior por primera vez. Estábamos a punto de salir a pista en la gala de exhibición para patinar nuestro programa fetiche, aquel *Ça plane pour moi* que reciclamos al año siguiente en vista del éxito cosechado. Yo llevaba un conjunto de minifalda y cazadora vaquera, el pelo recogido en una cola de caballo, y me sentía en la cima del mundo... El día anterior, después de la entrega de medallas, Gilles había aparecido con una botella de champán para celebrarlo y, aunque yo era menor de edad, mis padres me dieron permiso para tomar un sorbito en un vaso de plástico. Después, Tom y yo salimos con varios de nuestros amigos, entre ellos los cuatro que ahora me rodean, que habían ido a vernos a Ottawa, y nos bebimos el resto de la botella a escondidas, junto con otras dos que compramos en un 7-eleven, y varios chupitos.

Al día siguiente, patiné *Ça plane pour moi* con la peor resaca de la historia y más feliz que en toda mi vida.

Doy un sorbo a mi batido para aplacar las brasas de la memoria.

—Es una gozada verte patinar de nuevo, Suzette —dice Josephine de pronto—. Te echábamos de menos. Y también las risas y la emoción de las competiciones...

Le regalo una sonrisa cálida desde el otro extremo de la mesa.

—¿Sabéis de qué me estoy acordando? —inquire Alexia con tono enigmático.

—¿De qué?

—Kingston 2015.

Las risas estallan en la mesa igual que palomitas de maíz.

—Hubo un problema con las acreditaciones y todos pudieron entrar antes que yo —le explico a Kolya, el único que no ríe—. Habían escrito mal mi nombre y tardaron al menos media hora en corroborar todos los

datos e imprimir una nueva. Como me tocaba entrenar con el primer grupo e iba apurada, a Alexia se le ocurrió distraer al guardia de seguridad y robar una acreditación cualquiera de la caja. Me la colgó sin mirar y me empujó dentro del pabellón.

—Alexia se quedó esperando la acreditación de Suzanne, y después iba por los pasillos del recinto con ella al cuello, saludando como una reina y firmando autógrafos como «la campeona S. Boucher» —termina de relatar Josephine.

—Nunca había estado tan cerca de la fama. Mis padres vieron al fin cumplido su sueño de tener una hija en la élite del deporte.

—Lo peor fue que la acreditación que robó para mí pertenecía, nada más y nada menos, que a Carter Phillips, el entrenador.

—¿El septuagenario?

—El mismo.

Sheila se retuerce de la risa y esconde la cara entre las manos.

—Cuando me di cuenta, me quería morir. Beverly y Mason, sus pupilos, estaban tan histéricos porque Carter no aparecía que reclamaron su presencia por megafonía. Y yo, muerta de vergüenza, con la acreditación del revés para que nadie se fijara.

—¿Y qué hiciste? —pregunta Kolya.

—¿Qué querías que hiciera? Tenía diecisiete años. La idea de salir, reconocer mi error y pedir disculpas no entraba en mis planes.

—¿Qué hiciste, Suzanne? —enfatisa cada sílaba.

—Me la quité con disimulo, la solté en un tiesto decorativo y me alejé corriendo.

—Oh, Dios...

—Dejé que Beverly y Mason se volvieran aún más locos, y que el guardia de seguridad interrogara a Carter como a un delincuente intentando entrar de forma ilegal en el país.

Albert aporrea la mesa al ritmo de sus carcajadas, y Josephine se seca las comisuras de los ojos con una servilleta.

—Me encontré a Alexia a mitad de camino y pude recuperar mi verdadera acreditación. Nunca levanté sospechas.

—Y hasta ahí llegó mi coqueteo con la fama —evoca ella, soñadora.

—¿Nadie se enteró jamás?

—Nadie. Nunca —me vanaglorio. «Aunque a Tom le encantaba chantajearme con decírselo a la prensa si me despistaba en los entrenamientos». A Tom le encantaba esa historia, así sin más. Le encantaba recordarla en nuestras reuniones una y otra vez, frente a una cerveza o un helado, versionándola a su antojo. Cada vez que la contaba, añadía algún detalle nuevo de su cosecha, hasta que la esencia quedó tan distorsionada que ninguno la reconocíamos y lo escuchábamos embelesados, como si estuviera narrando un episodio que no tenía nada que ver con nosotros.

Nadie en la mesa se atreve a mencionar hoy a Tom, pero sé que todos pensamos en él y sabemos que habría contado la historia infinitamente mejor. Todos, de un modo u otro, echamos de menos los tiempos que ya no volverán jamás.

De Kingston 2015 viajamos a Halifax 2016. Y a los veranos a remojo en la piscina de Sheila, peleándonos por una colchoneta con forma de donut que Albert pinchó para acabar con la discordia; él siempre defendió que había sido a propósito por el bien del grupo; todos supimos que lo había hecho por mera torpeza. Y a las noches de karaoke en Little Italy, cantando Ironic a pleno pulmón; demasiadas voces, demasiadas manos para un solo micro. Y a las tiendas de campaña junto al río, de festival en festival, de aspersor en aspersor. Y a aquella fiesta de la espuma en la que yo terminé sin móvil y mis amigos, sin pareja: el noviete de Alexia y el ligue de Tom acabaron comiéndose la boca entre sí y no volvimos a verlos.

Para cuando el camarero retira los platos de los postres —no he podido decir que no a una porción de auténtico cheesecake—, mis mejillas están prendidas de recuerdos y la silla de Kolya chirría.

—¿Vas al baño? —pregunto, ingenua de mí.

—No. Me voy al hotel, Suzanne. Estoy cansado —responde con calma.

—Pero... —Busco sus ojos—. Me voy contigo. Ya es tarde, y mañana...

—No, por favor —dice, y me pregunto cómo alguien es capaz de sonar aristocrático con solo tres palabras. Supongo que hacen falta genes rusos para ello—. No quiero fastidiar; estás pasándolo bien y no es justo que tengas que marcharte por mi culpa. Solo estoy cansado y prefiero irme ya. De verdad. —Su mano descansa en mi nuca, enredada entre los nudos que el programa corto ha tejido en mi pelo. Sus ojos me miran de una forma

que pretende normalidad, pero que me hace sentir aturdida, como si de pronto hubiese sonado la alarma del despertador.

—Está bien. —Va a sacar su cartera de la mochila—. Deja, yo te invito.

—Gracias.

Me da un beso rápido en los labios y, tras dirigir un breve saludo a mis amigos, repentinamente concentrados en las pantallas de sus móviles, se aleja hacia la puerta.

—Disculpad un momento, chicos. Enseguida vuelvo —balbuceo, y salgo a toda prisa detrás de él. Lo intercepto ya en la calle—. ¡Hey! ¿Seguro que estás bien?

Se da la vuelta al oírme. Es cierto que está cansado: sus ojeras lo corroboran, aunque la sonrisa que esboza es espléndida.

—Seguro. Este es tu territorio, Suzanne. Disfrútalo y nos vemos en el hotel, ¿de acuerdo?

—¿De verdad no te importa que me quede un ratito más?

—Por supuesto que no. Pero prométeme que no volverás demasiado tarde. Y sobria —bromea.

Me lanzo a su cuello.

—Sabes que no. Quiero decir que sí. Bueno, tú me has entendido. —Le doy un beso que me sabe a medalla de oro y regreso al interior del establecimiento, donde me esperan mis amigos y toda una vida por recordar.

Cuando, una hora y media después, entro en la habitación del hotel, las luces están apagadas y Kolya duerme. Aunque intento no hacer ruido, en cuanto toco las sábanas pestañea; el brillo de sus ojos contrasta con la oscuridad. Fuera ya no se oye nada, ni siquiera las sirenas de las ambulancias. Me acurruco a su lado, y esa noche hacemos el amor como si aún estuviésemos dibujando caracolas sobre el hielo.

CAPÍTULO XXXVII

El sábado aguardo entre bambalinas, presa de los nervios, el pistoletazo de salida de la final de parejas, prevista para las siete de la tarde. La euforia del programa corto queda ya lejos; el éxito de ayer no cuenta, los marcadores vuelven a cero. Todos mis sentidos están aquí. Ahora. Clara. Cascanueces.

Dos piernas acobardadas envueltas en los pantis, y el cuero cabelludo tan tirante que se me entumescen hasta los pensamientos.

Un túnel pintado de azul. Barras fluorescentes que emiten un zumbido. Al fondo, luz: la puerta al abismo y los gritos de la muchedumbre.

Ve hacia la luz.

Me pongo los cascos para evadirme.

Respira.

Respira.

Respira.

Zenya me da un toque en el hombro. La burbuja se rompe y da paso al caos. Deprisa, deprisa, deprisa. Fuera los auriculares, fuera la chaqueta, fuera los salvacuchillas.

Ya estamos junto a la baranda. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Me sudan las manos y las seco contra las lentejuelas del maillot; primero el anverso, luego el reverso. Una vez, dos veces. Alguien me arregla el pelo desde atrás; es maman.

A mi lado, la respiración de Kolya se agita y yo extiendo mi mano. Segundos. Es cuestión de segundos. Me mira; lo miro. Le guiño un ojo; sonrío. Somos un equipo. Estamos listos.

Representing Russia, Suzanne Boucher and Nikolai Tsvetkov.

Todo explota en mi cabeza. Nos deslizamos sobre el hielo con la espalda recta y una sonrisa radiante.

Derecha.

Izquierda.

Derecha.

Izquierda.

Se hace el silencio.

El primer acorde del Pas de deux cae como té hirviendo en una taza con poso de mermelada. Me enloquece y me aterra a un tiempo. El hielo cruje bajo mis pies igual que un estanque congelado al llegar la primavera. Me desequilibro tras el primer Salchow lanzado. Mis ojos, devorados por el pánico, buscan a la desesperada un punto fijo al que aferrarse y lo encuentran en Kolya.

«Antes de que aparecieras, yo solo veía el hielo. Ahora veo tu coleta delante de mí. Y sé que tengo que hacerlo bien, muy bien».

Fijar la mirada en un punto para mantener el equilibrio es una de las primeras lecciones que aprende un patinador. Yo jamás pensé que para encontrar el mío tendría que ir hasta Rusia.

Corro por la pista a golpes de serreta hasta estrellarme en el pecho de Kolya, que me recibe en casa, sonriente, tumbado en un sofá de color calabaza.

Sabes que muero por ti, mi Príncipe Cascanueces.

Aunque ya no pueda vivir en un mundo de jengibre y caramelo.

Aunque esto sea una despedida.

Aunque ni tú ni yo lo sepamos aún.

Giro hasta que mi vista se nubla y ya solo puedo ver un retazo de su patín izquierdo y una fe abrasadora en que no me soltará.

Gira a la vez que yo, la pierna estirada, el sudor golpeando sus sienes. Sé que le duele la rodilla. Puedo sentirlo. No protesta, no pierde el compás, no se tambalea, pero mi rodilla gime cuando la suya agoniza. A esto es a lo que hemos llegado.

El hormigueo en mis terminaciones nerviosas anticipa la última elevación. Tenso los músculos para que pueda auparme por encima de sus hombros. Vuelo. Pero no tengo miedo.

«Es una cuestión de confianza, Suzanne. Yo no te dejo caer a ti, y tú no me dejas caer a mí».

La música se apaga, el público arde, el cuerpo duele.

—¿Todo bien? —le digo a Kolya en voz baja, mientras saludamos a los jueces, sin aludir a su rodilla. Soy consciente de que los objetivos de las cámaras están en este instante sobre nosotros.

Me abraza.

Todo bien.

Nota para mi biógrafo: de haber sabido lo que sucedería después, habría actuado diferente. No me habría puesto los auriculares, sino que habría intentado empaparme de cada detalle, quedarme con las caras, registrar todos los sonidos. Le habría pedido a maman que dejara mi pelo en paz, que ni las puntuaciones ni la vida dependen de lo tirante que lleves el moño. Habría mirado a Zenya antes de salir, justo en el momento en que ella, para no perder la costumbre, me abrazó, y le habría dicho: «Gracias por regalarnos este programa maravilloso, aunque ahora lo odie y sea un tormento para mí. Cuando al fin madure, aprenderé a verlo de otra manera, te lo juro. Dejaré de canalizar en él todos estos sentimientos que me superan, y que están a punto de explotar. Gracias por exorcizar a Clara de mi interior cuando ni yo sabía que estaba ahí, mucho menos sabía entenderla y manejarla. Gracias por tu compañía, por cuidarme a pesar de todo, por los vareniki y por el tramo del camino que hemos recorrido juntas. Me has enseñado más de lo que crees, y siempre voy a estar en deuda contigo».

De haber sabido lo que sucedería después, habría besado a Kolya una y mil veces, antes, durante y después del programa. Habría ahuyentado mis propias expectativas proyectadas en él, y le habría dicho: «Gracias por todas y cada una de las imágenes que me llevo de nosotros. Gracias por ser mi compañero, mi confidente, mi amante. Mi reflejo en el hielo, la estela de mi cuchilla. Y perdóname. Por favor, perdóname por el error que estoy a punto de cometer».

De haber sabido lo que sucedería después, me habría puesto de rodillas sobre el hielo y habría permitido que el vaho calase mis palmas. Habría aspirado su aroma hasta colmar mis pulmones y habría dicho: «Gracias». Solo eso.



Me precipito al vestuario en cuanto abandonamos el kiss and cry. Tantas emociones tienen mi organismo hecho trizas, y necesito ir al baño. Necesito la soledad de un cubículo, silencio, arrancarme el maldito moño. No podré pensar con claridad hasta que no lo haga.

No puedo asimilar que acabamos de ponernos primeros en la clasificación si tengo el cráneo horadado por un paquete y medio de horquillas.

Faltan tres parejas por salir, Suzette.

No te hagas ilusiones.

No van a fallar.

Terminaréis cuartos.

Lo sé. Pero ahora mismo, mientras Ting Zhao y Wei Chan comienzan su programa libre, nosotros vamos primeros.

Cierro la puerta; los acordes de la melodía oriental, tañida por un sitar, que acompaña a Zhao y Chan, se difuminan. Bajo la tapa del váter y me siento encima. Enrollo papel higiénico alrededor de mi mano y me seco el sudor. En mis oídos aún retumba el grito de júbilo de Kolya al ver nuestras notas en el marcador.

Un ruido en el cubículo contiguo me advierte que no estoy sola. No quiero entrometerme, pero quien se halle del otro lado del pladur no parece encontrarse bien. El sonido se asemeja a un quejido o... a una arcada. En cuanto percibo las señales inequívocas de que alguien está vomitando, salgo y golpeo con suavidad la puerta adyacente.

—Disculpa, ¿estás bien? ¿Necesitas ayuda?

El ruido cesa de inmediato. Durante unos segundos el silencio es tan compacto que empiezo a dudar si no habré sufrido una alucinación. Pero no. Obtengo la confirmación cuando la hoja se abre y da paso a la mismísima Marion Gosselin, tan rubicunda, repeinada y asquerosamente delgada como siempre. Su semblante es desvaído y alrededor de su boca hay unas singulares marcas agranataadas, pero no por ello deja de mirarme con altivez.

—¿Estás bien? ¿Quieres que llame a alguien? —Me veo en el compromiso de reiterarle mi ayuda.

—No, gracias —responde seca, y pasa por mi lado sin más. Vuelvo a ser consciente del persistente temblor en sus manos; se las lava frente a mí, tira con rabia de una toallita de papel y se marcha del vestuario tras encestarla en la papelera.

Arqueo una ceja. Debe de ser una fiera en la cama, porque no creo que sea su simpatía lo que tiene tan embobado a Tom.

Abandono el vestuario. El incidente con Marion me ha hecho olvidar por un momento el motivo que me envió a él. Regreso a la zona de descanso, donde se apiñan todos los patinadores que ya han pasado por el hielo. Nada más verme, Kolya, que yace desparramado sobre un sofá, me invita a sentarme en su regazo.

—Zhao y Chan se han colocado primeros —susurra contra mi sien. A pesar de la noticia, no ha perdido un ápice de alegría—. Por cierto, ¿no ibas al vestuario a quitarte el moño?

—Así era, pero ha pasado una cosa muy rara... Da igual, no tiene importancia. ¿Cómo van? —Mi dedo apunta hacia la pantalla, donde podemos contemplar la evolución en pista de Melissa Hummel y Michael Oz.

—Rumbo al Olimpo.

—Lo imaginaba.

—Han hecho un triple Axel lanzado y un cuádruple twist.

Resoplo.

—Han entrado a matar.

Los estadounidenses, los grandes favoritos, no cometen el más mínimo fallo y se sitúan holgadamente en primera posición, lo que deja a los chinos segundos y a nosotros, terceros. Faltan por salir Tom y Marion. Harán pódium, seguro, pero una cuarta posición es mucho más de lo que esperábamos cuando aterrizamos en el aeropuerto de Regina el lunes pasado.

Tom y Marion saltan a la pista con aire de reyes. Su nuevo programa corto, con música de la película *La La Land*, causó sensación entre el público y los jueces, y muy mal tendrían que irles las cosas hoy para no mantener la plata. Para el libre han elegido una pieza más clásica: *Romeo y Julieta*, de Prokofiev. Ella está preciosa vestida de cortesana. Incluso la palidez extrema le sienta bien. Lástima que el carácter no acompañe.

Hago una mueca cuando clavan el Axel. Kolya se percata y juguetea con mi tutú para distraerme; parecemos dos niños aburridos tras la fiesta de fin de curso. Las cosquillas van y vienen con el baile de los Capuleto de fondo.

De repente, el brinco de Kolya debajo de mí me hace tambalear. Un segundo después, los gritos. A mis oídos llegan primero los de los

ocupantes del área de descanso y, con retardo, los de las gradas.

Miro la pantalla y al principio no entiendo qué pasa. Solo acierto a ver un cuerpo tendido sobre el hielo, formando un ángulo imposible, y otro a su lado, de rodillas. Los rizos morenos del segundo me bastan para identificar al primero: es Marion. Se ha caído. Y no se mueve. La música se corta de golpe.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunto a Kolya, que está escalofriantemente tenso.

—No sé, no lo he visto bien... Se ha caído. Estaban... estaban haciendo una elevación y de repente ella estaba en el suelo.

—¿Tom ha tropezado? —La imagen de Totmianina y Marinin en 2004 cruza mi mente.

—No, creo que no... Se ha desplomado sola. No sé, ha sido raro. — Kolya mantiene la vista fija en la pantalla, donde dos paramédicos, seguidos por Gilles, han saltado ya al hielo, pertrechados con una camilla plegable y un botiquín.

—Es grave —susurro. No es una pregunta.

—Sí —responde Kolya con voz estrangulada. Me abraza para entrar en calor; los dos estamos helados.

Todos los que nos hallamos en el área de descanso salimos de ella para intentar enterarnos de qué ocurre. El movimiento es frenético conforme nos acercamos a la pista. Encontramos a Zenya, que seguía la competición desde la grada, en el túnel de acceso. Mis padres están junto a ella.

—¡Zenya! —Kolya, agarrado de mi mano, trata de atraer su atención —. ¿Qué ha pasado?

Llega hasta nosotros con pasos rápidos y cortos.

—No sabemos... Están sacando pobre chica de pista. Ahora llevarán enfermería. —Habla precipitadamente, chapurreando inglés y ruso.

Dos enfermeros pasan corriendo a nuestro lado. La brisa que levantan con su carrera me eriza la piel.

—¿Está consciente?

Zenya niega con la cabeza.

—Golpe duro. Muy.

Los minutos transcurren con lentitud insoportable. La competición se ha suspendido, pero los espectadores no abandonan las gradas. Los

patinadores aguardamos noticias contra las barandillas, hablando unos con otros para intentar hacer más llevadera la incertidumbre. Marion no es mi amiga, nunca lo será, pero lo que ha ocurrido me ha dejado paralizada. Kolya no suelta mi mano; sospecho que está igual de conmocionado que yo. Poco después, la organización emite un comunicado: Marion ha sido trasladada al hospital más cercano. La competición ha terminado. En pocos minutos, se procederá a la entrega de medallas, aunque, por respeto, la ceremonia se celebrará en privado y no sonará ningún himno. Incluso cuando escucho mi nombre por los altavoces, tardo en reaccionar.

Tom y Marion no han puntuado, y eso nos deja a nosotros en tercera posición.

El presidente de la federación canadiense de patinaje me coloca al cuello la medalla de bronce y me felicita con un gesto de la cabeza. Recibo el premio aturdida. Contemplo el metal que destella sobre mi pecho con una sensación de distanciamiento: por alguna razón, no dejo de pensar que no debería estar ahí. Kolya, que también parece confuso, me besa en la mejilla. «Esto lo hemos logrado nosotros. No nos han regalado nada», intento transmitir con la mirada. Asiente.

Participamos en una rueda de prensa un tanto atípica, en la que la noticia está fuera del salón de actos y no dentro, y nos dispersamos rápidamente. Me apresuro a cambiarme de ropa y buscar a mis padres y amigos entre la multitud que poco a poco va abandonando el recinto.

—Enhorabuena, cariño. —Mi madre me abraza al verme. El orgullo se entremezcla con la tristeza en sus ojos oscuros.

—¿Cómo está, mamá?

—No lo sé, cielo. Tom y Annette se han ido con ella en la ambulancia, y Gilles y Lisa han cogido un taxi.

Mis amigos me dan la enhorabuena uno a uno. Todos son conscientes de la gravedad de la situación. Además, Tom también es su amigo, o al menos lo fue.

—Suzette, tu madre y yo vamos al hospital —me anuncia mi padre—. Y creemos que tú también deberías venir.

—Papa, no creo que...

—Hazlo por Gilles. Aunque sea por él. Está destrozado.

Kolya carraspea detrás de mí.

—Deberías ir, Suzanne.

Me doy la vuelta. En sus ojos leo que ni mi conciencia ni él me dejarán en paz si no acepto.

—¿Y tú?

—Estaré con Zenya en el hotel. Avísame en cuanto sepas algo. —Creo que nunca lo he visto tan angustiado. La idea de la muerte es capaz de sacar lo mejor y lo peor del ser humano, y ese día yo aprendí que en Kolya es especialmente agresiva.

Mis padres dan la partida por vencida, aunque no me agrade. Por supuesto que estoy preocupada por Marion, y por supuesto que me duele el sufrimiento de Gilles, pero fueron ellos quienes decidieron que yo ya no pertenecía a su familia. No pinto nada ahora, igual que no pintaba nada entonces.

Me cambio la bolsa de los patines de hombro.

—Está bien. Voy con vosotros.



No soporto los hospitales. No soporto su nauseabundo olor a desinfectante ni la luminosidad cegadora de los fluorescentes; ni los ascensores de puertas anchas, por donde caben tanto camas como ataúdes; ni los gemidos velados que emiten las sillas de la sala de espera; ni las malas vibraciones que desprenden las paredes, que han contemplado tantas miserias. Aun así, entro en el hospital general de Regina con la frente en alto y paso decidido. Mi madre, acostumbrada a lidiar con personal sanitario, se mete en el bolsillo a una de las enfermeras del turno de guardia, y pronto estamos de camino al anexo al que han trasladado a Marion.

En la salita, me doy de bruces con un Gilles abatido, reducido a escombros en el suelo, y con Lisa, que se inclina sobre él y le ofrece café de máquina. A Tom no lo veo por ningún sitio.

—Ha acompañado a Annette a cubrir los papeles del ingreso y a hablar con los médicos —aclara Lisa cuando mi padre pregunta por él, después de los saludos de rigor—. La pobre está tan afectada que no sabe ni qué hacer. —Suelta el vaso desechable encima de una mesita de melamina y nos da un abrazo y un beso a cada uno. Conmigo se detiene unos segundos más de la cuenta.

—¿Se sabe algo?

Explica que aún aguardan noticias. Gilles parece ido, como si no estuviera aquí, en este hospital. Sin su gabardina, da la impresión de hallarse aún más indefenso frente a la adversidad.

Me dejo caer de rodillas junto a él y pongo una mano en su hombro.

—Habían hecho ese elemento mil veces, mil, y nunca pasó nada... — se lamenta.

Así es el patinaje. Repites la misma rutina una y otra vez y, aun así, nada te garantiza que no vayas a acabar con los sesos esparcidos por el hielo.

—Todo va a ir bien —me oigo asegurar.

Sus ojos desenfocados reparan en mí.

—Gracias por venir.

—No es nada.

—Nunca podré perdonarme si le pasa algo. Es el amor de mi hijo.

—No es culpa tuya, Gilles. Y no va a pasarle nada, ¿sí?

Perfila un remedo de sonrisa.

—Hablas como una rusa.

Le doy un puñetazo amistoso en el brazo. Por un instante, es como si volviéramos a ser la familia que una vez creí que éramos.

—¿Y qué esperabas? ¿Que hablara como una hindú?

—No sé. De ti siempre he esperado cualquier cosa.

Su rostro vuelve a tornarse serio y se queda callado. Mis padres han ido con Lisa a por más café, así que me acomodo a su lado.

—Podrías haber sido tú, Suzette.

—No te tortures, Gilles.

—Si no saco la mierda de mi cerebro, no podré dormir nunca más.

—Entonces hazlo. Sácala.

Abre la boca, pero vuelve a cerrarla al instante, y ya no dice nada en un buen rato, hasta que ve a Tom y a Annette avanzar desde el fondo del pasillo. Gilles se pone en pie de un salto y se acerca en dos zancadas. Tras él va Lisa, y también mis padres. Yo trato de pasar desapercibida entre todos ellos.

—¿Qué os han dicho? ¿Cómo está Marion?

—Sigue en observación. Tiene un traumatismo grave y algunas

contusiones a consecuencia del golpe, pero no parece que haya lesiones internas, aunque hay que esperar.

—¿Qué ocurrió, Tom? ¿Por qué se desplomó... así? —Gilles se muestra desesperado.

—Los médicos creen que pudo deberse a un choque electrolítico agudo.

Todos guardan silencio. Cuando al fin alguien habla —Gilles—, no lo hace del modo que yo espero. Parece crispado.

—¿No se suponía que estaba todo bajo control? ¿Que ya estaba recuperada?

Annette llora contra un pañuelo de papel hecho esquiras.

—Mintió. Le han tomado una muestra de sangre y los médicos dicen que sus niveles no dejan lugar a dudas...

Gilles se exalta. Si no conociera su honda vena pacifista, diría que reprime las ganas de zarandearla.

—¿Cómo es posible? ¿Tú estabas al tanto?

—Yo... —Annette nos mira a mis padres y a mí como lo que somos: intrusos. Entonces baja la voz—: La pillé un par de veces en el baño. Discutimos; no atendía a razones.

El círculo se cierra en mi cabeza. A mi mente acuden las palabras de Irina en Courchevel: «Marion está de reposo. Poco después de regresar de Helsinki, pasó unas semanas en el hospital por una indisposición». El temblor perenne en las manos. El episodio de esta misma tarde en los vestuarios. Y más aún: siempre tan perfecta. Siempre tan controlada, tan en su sitio. Siempre tan a rebufo de las ilustres pisadas de su madre.

—Bulimia.

Soy consciente de que lo he pronunciado en voz alta cuando siento todas las miradas encima de mí.

—Sí. Bulimia —repite Tom. Su rostro es una máscara de escayola—. Y espero que esta información no salga de aquí.

—Sabes que nunca haríamos algo así —se adelanta maman.

Sí, Tom. Sabes que nunca haríamos algo así. ¿Tan pronto lo has olvidado?

Lisa y Annette siguen discutiendo acerca de niveles de sodio y potasio en el organismo de Marion. A pesar de que tardarán en reponerse del

susto, el pronóstico de la caída es bastante favorable, y eso se refleja en el rictus de Gilles, más sereno. Respecto al otro asunto, es algo privado, que traspassa lo meramente deportivo, y nosotros no podemos ayudarlos. Tironeo de la manga de maman.

—Creo que es mejor que nos vayamos.

Mi madre asiente y se acerca a Gilles para despedirse. Él lo agradece: ha sido un día muy largo, todos necesitamos descansar. Me estrecha en un abrazo como ya no recuerdo. O, más bien, que despierta en mí remembranzas de una Suzanne a la que creía extinguida.

—Estoy muy orgulloso de ti —murmura en mi oído, y me cuesta caer en la cuenta de a qué se refiere: la medalla de bronce. La había olvidado.

—Muchas gracias, Gilles.

Saludo por pura cortesía a Annette, deseándole lo mejor a su hija, y después doy dos besos afectuosos a Lisa. A la hora de despedirme de Tom, el contacto es tan frío y aséptico como las batas de los médicos que transitan por el pasillo.

—Gracias por venir.

—No es nada.

Son exactamente las mismas palabras que he intercambiado con su padre un rato antes. Sin embargo, no suenan ni parecidas.

—Va a estar bien, Tom. —Tiene los párpados inflamados y las córneas escarlata. No hay nada mejor que le pueda decir.

—Eso espero. —Se restriega los ojos—. Suerte para la gala de exhibición.

—Gracias. Lamento... que vosotros no podáis participar.

Se encoge de hombros.

—Eso es lo que menos me preocupa ahora mismo.

—Entiendo. Pues... ya nos vemos.

—Sí, supongo que sí.

Voy de camino a la puerta automática cuando oigo que me llama.

—¡Boucher! Lo habéis hecho bien esta tarde. Tú lo has hecho bien... todo este tiempo. Me alegro por ti.

CAPÍTULO XXXVIII

De camino al centro, mis padres y yo paramos a cenar en un bistro. La fiesta de clausura se ha suspendido tras lo ocurrido a Marion, así que no tenemos prisa en regresar al hotel. Más bien al contrario: sospecho que los tres pretendemos estirar todo lo posible el poco tiempo que nos queda juntos. Ellos se pondrán en ruta mañana por la tarde, en cuanto termine la gala de exhibición, y yo saldré para Rusia el lunes a primera hora.

A partir del lunes, volveré a ser la chica huérfana de San Petersburgo.

Mientras esperamos la comanda —dos sándwiches boeuf fumé, para maman y para mí, y una hamburguesa con frijoles para papa—, no hablamos mucho. Los tres estamos demasiado impactados por todo lo que acabamos de vivir. A pesar de ello, no es un silencio incómodo, sino el que nos acompañaba en las tardes de sofá, tele y anacardos. Un silencio de desayunos legañosos. De horas muertas frente a la chimenea en invierno. De limpieza de primavera.

—¿Suzette? —La voz de mi madre se cuele en mi corteza auditiva.

—¿Sí?

—¿Te encuentras bien? Pareces estar en otra galaxia.

Hago un gesto ambiguo con la cabeza.

—Sí, sí. Solo... intentaba procesar todo lo que ha pasado hoy.

Mis padres intercambian una mirada elocuente. Supongo que sienten alivio porque la que está en observación no soy yo, pero los tres somos conscientes de que podría haberlo sido. La línea que separa la fortaleza de la debilidad es peligrosamente quebradiza en un deporte como el que yo elegí, o que me eligió a mí, ya no sé.

—Estamos muy orgullosos de ti, cariño —interviene mi padre—. No solo por lo que haces en la pista, sino por la mujer en que te has convertido fuera de ella.

—Gracias. —Trago saliva, y con ella se reabsorben las lágrimas que me niego a derramar en una noche como esta. Hoy estamos de celebración: porque sigo viva y sana, porque una medalla de bronce pende de mi cuello, porque papa et maman están aquí conmigo para festejarlo—. No habría

podido hacerlo sin vuestra ayuda.

El camarero llega con nuestra cena; en cuanto se aleja de nuevo, formulo una pregunta que hace tiempo que me ronda por la cabeza.

—¿Cómo podíais estar tan seguros de que lo conseguiría? ¿Por qué decidisteis apostar por mí?

Sarah le lanza una mirada a André antes de contestar.

—Jamás lo estuvimos, cariño. Uno nunca puede estar seguro de algo así.

—Si te soy sincero, Suzette, yo estaba convencido de que no aguantarías ni un mes en Rusia.

—¡Eh! —Me hago la ofendida y lo amenazo con el palillo de mi sándwich para disimular que se halla mucho más cerca de la realidad de lo que cree.

—Cuando tenías seis años, tu madre estaba convencida de que no aguantarías ni un mes en clases de patinaje. ¿Qué es peor?

Rompo a reír.

—Y aun así, jamás me parasteis los pies. Me habéis dado vuestro apoyo incondicional durante años y habéis sacrificado vuestro bienestar por mí.

—Uno nunca puede estar seguro de que sus hijos triunfen —repite mi madre—. Pero jamás nos habríamos perdonado que no lo hicieras por culpa nuestra.

Agarro las manos de ambos por encima de la mesa.

—No sé qué haría sin vosotros. No puedo soportar la idea de que volvamos a separarnos.

André se envara en su silla.

—Suzette, tu madre y yo queremos hacerte una propuesta. Solo si tu entrenadora está de acuerdo. —Con una mirada, lo insto a continuar—: Hemos pensado que, como no hemos podido ir a verte a Rusia, y dado que ahora no tenéis ningún torneo a la vista, quizá podrías tomarte unas minivacaciones y posponer unos días tu regreso. Podrías venir mañana en el coche. Con nosotros. A Montreal.

Es como si el hada madrina hubiese pronunciado la fórmula mágica. Mis ojos se iluminan, mi sonrisa se expande y mi entusiasmo alza el vuelo.

Volvemos a casa, Toto.

—¡Sí! ¡Claro que sí! Tenéis razón, es el momento perfecto. Ni siquiera

sé por qué no se me ha ocurrido antes.

—Calma, calma, calma. —Mi madre refrena mi arrebato—. Primero debes consultarlo con Zenya y con Kolya, ¿no crees?

Asiento enérgicamente. Claro. Primero debo hablar con ellos. Pero para mi cabeza y mi corazón la decisión está tomada; me niego a contemplar otra posibilidad que no sea estar mañana, a esta misma hora, sentada de copiloto en el Ford de mi padre.

—Lo haré, maman.

Al día siguiente, entre el desayuno y el comienzo de los ensayos para la gala, convoco a Kolya y a Zenya a una reunión urgente en la habitación que ha permanecido vacía todos estos días. La llamo la «zona neutral».

Les suelto la idea, enumero pros —muchos, todos los que se me ocurren— y contras —solo unos pocos, irrelevantes—, y al terminar mi exposición, aguardo el veredicto con ojos de osito de peluche. Miro a Kolya en primer lugar.

—¿Y bien?

—Por mí no hay inconveniente. —Su voz suena firme, pero en sus ojos detecto una mota de cautela que podría confundirse con ¿temor?—. Te mereces un descanso y disfrutar de tu familia unos días.

Agradezco su buena disposición con una mirada que solo él y yo entendemos y, después, me giro hacia Zenya. Ella no se muestra tan favorable.

—¿Y qué va pasar con Grand Prix? ¿Qué va pasar con entrenamiento? ¡Todo perdido! ¡Tendremos que volver empezar! —gimotea, agorera.

—Zenya, que hayamos ganado una medalla no cambia las cosas. La probabilidad de que nos clasifiquemos para la final de diciembre es remota.

—Da. Pero existe.

Kolya intercede por mí:

—Hasta que no veamos los resultados del Skate America a finales de noviembre no lo sabremos con certeza. No veo razón por la que Suzanne no pueda alejarse unos días de los entrenos.

—Prometo seguir haciendo ejercicio por mi cuenta, Zenya, para no perder la forma, si es eso lo que te preocupa.

Después de unos instantes de silencio en los que, sospecho, la hemos dejado sin argumentos, claudica.

—Bueno. Pero tú no corres riesgos. No patinas con ningún más — alecciona, las fosas de la nariz ahuecadas igual que las velas de un navío, como si el hecho de tocar el hielo con alguien que no sea Kolya fuese a contagiarme un virus incurable y tirar por la borda todos sus esfuerzos para convertirme en una buena pupila rusa—. Y ojo con pizza y con hamburguesa —concluye la reina de las empanadillas.

No hay fronteras entre mi gritito de triunfo, mi brinco sobre la moqueta y el abrazo a tres que yo misma propicio. Gracias, gracias, gracias. Juro portarme bien.

Zenya y su ceño, aún fruncido, salen de la habitación poco después, rumbo al vestíbulo donde en diez minutos pasarán a recogernos para dirigirnos al Brandt Centre una vez más, la última. Kolya y yo nos quedamos solos en la silenciosa zona neutral, cuyos únicos ocupantes, además de nosotros, son nuestros atuendos del programa corto, estirados sobre la cama y cubiertos con fundas de tintorería. Como ninguno esperaba subir al pódium, no hemos preparado nada especial para la exhibición, así que vamos a patinar un remix electrónico de Toss the feathers un tanto improvisado.

—Gracias. Sin tu ayuda, ella jamás habría aceptado.

—No se merecen. —Encoge los hombros—. Está todo bien, ¿verdad?

Enlazo mis dedos con los suyos y su mano se convierte en mi mano. Los puños rojiblancos de su chaqueta Bosco rozan los puños rojiblancos de mi chaqueta Bosco. Somos uno.

—Claro que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—No es nada. Tonterías mías. —Me acerca a él, me funde con él, y entonces ya solo hay una chaqueta Bosco en la habitación—. Se me va a hacer raro vivir solo otra vez. Voy a echarte mucho de menos.

—Y yo a ti. Pero antes de que te des cuenta, estaré en Piter. Dile a Sashenka que no se acostumbre a tenerte para ella sola. —Rompe a reír, y yo sigo—: Son solo unos días, una semana a lo sumo. Y volaré a ti de nuevo.

—¿Me lo prometes?

Lo beso.

—Ya obeshchayu²³.



Esa misma tarde, después de pasar por el hospital para despedirnos de Gilles y Lisa y enterarnos de las novedades (Marion ya está consciente y pronto podrán trasladarla a una clínica de Montreal, donde terminará de recuperarse), voy de copiloto en el Ford de mi padre, hurgando en la guantera entre tiques viejos y ambientadores gastados, en busca de mi CD favorito, con mi madre dormida en la parte trasera y toda la Trans-Canada para nosotros durante treinta horas de trayecto. Nos zampamos, kilómetro a kilómetro, un país. Mi país.

Hacemos noche en un motel pasado Winnipeg; Alexia, Sheila, Josephine y Albert, que salieron de Regina justo detrás de nosotros, nos adelantan y siguen de largo. Van a turnarse los cuatro al volante para llegar a casa lo antes posible. Desde el aparcamiento del motel, veo cómo dicen adiós con la mano a través de las ventanillas. Esta vez no me dejo invadir por la nostalgia: los veré muy pronto.

Continuamos el viaje en cuanto amanece, con la música de Michel Sardou a todo volumen y hablando como si no nos hubiéramos visto en nueve meses y diecisiete días. Nos damos el capricho de almorzar en un restaurante con vistas en Thunder Bay; pedimos un deseo al cruzar el límite entre Ontario y Quebec; bajamos los cristales para escuchar el ulular de los búhos y respirar el aire puro del anochecer en la reserva.

El martes, entrada la madrugada, enfilamos la avenida Louis Lumière en Montreal; le pido a mi padre que reduzca la velocidad y circulamos despacio entre casas pareadas y setos, y aquella señal de ARRÊT contra la que me di de bruces una vez que iba despistada hablando por el móvil, y la verja de la señora Dubreuil, que tuve que saltar sin permiso cuando mi bufanda salió volando en un día de ventisca, y el perro de Sheila dormitando junto a un cubo que el camión de la basura ha volcado sin querer.

Mientras mi padre abre el portón del garaje, yo me bajo del coche y subo los peldaños que me separan de la puerta principal del número 8345. Aunque la casa lleva cerrada una semana, la brisa que hace ondear los visillos de plumeti y el aroma a pastel de carne me azotan el hipotálamo. Y regreso a la habitación de los pósters, las medallas y trofeos infantiles, los maillots de lentejuelas sobresaliendo de las puertas del armario, los peluches. Me miro en el espejo de pie.

Hola, Suzette.

Así fue como la promesa dorada de Montreal volvió al lugar al que pertenecía.

QUINTA PARTE

ATERRIZAJE

CAPÍTULO XXXIX

Lección 7 - Ejercicio 1

Agrupe los sustantivos de la lista inferior según el caso correspondiente:

Acusativo	Dativo	Genitivo	Instrumental	Preposicional
			Ejemplo: ложкой	

A partir de ahí, el texto se convierte, para mí, en una masa confusa de cirílico y papel. Suspiro. Alzo la vista y, entonces, Rusia y nueve meses de frustrante incomunicación e incompreensión lingüística desaparecen. Estoy a salvo en el café Epoca, mi local favorito de Little Italy, donde en menos de media hora he quedado con Sheila y Alexia. Es viernes por la tarde, y las dos suelen reunirse aquí al terminar sus respectivas clases en la universidad. Hoy seremos tres.

Como no tenía nada mejor que hacer y papa et maman están en el trabajo, he pensado que sería buena idea adelantarme y tratar de aprovechar el tiempo entre el tintineo de las tazas y el sonido de la máquina de café para desempolvar mis apuntes de ruso. Ya he perdido dos semanas enteras de clases de Connard, y esta es la única forma que se me ha ocurrido de mitigar mis remordimientos. Una idea inútil.

Cierro el cuaderno y lo envío al bolso con un resoplido. Un camarero que pasa junto a mi mesa se asusta y, mientras señala la taza vacía frente a mí, me pregunta si puede ofrecerme algo más.

Me habla en francés, y yo siento mi cuerpo más ligero. Regresar a Canadá para patinar en el Skate fue estupendo, pero en Regina hablan inglés, y lo que sentí allí no puede compararse con lo que experimenté al llegar a Montreal. En casa, en la televisión, en el supermercado, en la calle, en los carteles, en los restaurantes. Cada vez que alguien abre la boca delante de mí y suelta un exabrupto en joul, me suena como una melodía tañida por campanillas.

—Otro cappuccino, por favor. —Sonrío.

Se aleja a paso veloz por encima del mosaico estampado en el suelo. Jugueteo distraída con el pimentero mientras barro con la vista el interior del establecimiento; la barbilla reposa sobre una de mis palmas. Lo que veo: una chica de mi edad, acompañada de un violín enfundado, le hinca el diente a un bagel de queso. Una pareja de ejecutivos de mentón relajado y raya diplomática disfrutan de una cerveza tras el trabajo. Un hombre entra en el bar arrastrando una maleta y el encargado lo saluda con la mano. Las puertas batientes de la cocina abriéndose y cerrándose al paso de bandejas humeantes o bandejas vacías, como el vaivén rítmico y organizado de las olas contra la escollera. Lo que no veo: café de achicoria. Pescado en crema agria ni lengua de ternera estofada. Gestos enfurruñados bajo la ushanka, ceños fruncidos, gritos despóticos. Ciudadanos que se niegan a prestar ayuda a una recién llegada bajo la peor tormenta de nieve de la última década. Intolerancia y cerrazón.

Es la segunda vez que piso el café Epoca desde que llegué el martes a Montreal, y podría considerarse un milagro. En los últimos cuatro días, he ido de compras con mamá y a un partido de hockey con papa, he organizado una maratón de películas en casa de Sheila —Alexia y ella querían ponerme al día de todos los estrenos que me he perdido—, he quedado para tomar café con excompañeros del instituto, he paseado por la ribera, he hecho ejercicio en mi antiguo gimnasio, he jugado a Monopoly con mis padres, me he hecho un chequeo médico en un centro para deportistas de alto rendimiento e incluso me he desplazado hasta Laval para cenar con mis primeros entrenadores.

Todos los días araño unos minutos para charlar con Kolya. Y todos los días, sin excepción, Kolya me pregunta si ya he comprado el billete de vuelta.

No. Pero lo compraré esta noche. Lo tengo decidido.

En cuanto el camarero me sirve el segundo cappuccino, con un trazo de canela y dos granos de café bamboleándose sobre la espuma, abro la aplicación de Skype en mi móvil y decido llamarlo para darle la noticia. Es tardísimo en San Petersburgo, pero estoy segura de que aún lo pillaré despierto.

En el último segundo elijo la opción de solo audio. Me apetece seguir

contemplando el interior del café Epoca, que hierve ante mis ojos. Me apetece seguir viendo lo que veo, y no lo que no veo.

—¡Hola!

—Hola. Creí que ya no llamarías. Estaba a punto de irme a la cama.

El sonido de su voz en el auricular logra aflojar mis músculos. Me reclino en la silla.

—Espero que a la tuya, Tsvetkov.

—A la nuestra, Boucher.

—¿Solo?

—Muy solo.

—¿Qué tal estás? ¿Qué has hecho hoy?

Resopla.

—¿Aparte de aguantar a Zenya a tiempo completo y aburrirme entrenando como un mediocre patinador individual?

Ahogo la risa en la taza de cappuccino.

—Ajá. Eso exactamente.

—Poca cosa. Leer. Salir a correr. Estoy seguro de que tu día ha sido mucho más entretenido.

—Quizá.

—Si no vuelves pronto, acabaré grabando vídeos de Sashenka y convirtiéndolos en gifs.

—¿Significa eso que me echas de menos?

—¿No he sido bastante explícito?

—He pillado la indirecta, Tsvetkov. Hoy mismo compro el billete. El martes llegaré a Piter. Sé que te prometí que me quedaría una semana como mucho, pero es que este fin de semana es el festival Cinemania y siempre he ido a las proyecciones con mis amigas y...

—No hace falta que des explicaciones, Suzanne. Solo prométeme que el martes estarás aquí.

—Lo prometo. Te avisaré esta noche en cuanto tenga el billete, ¿OK?

—Khorosho²⁴. —Tras una pausa, añade—: No creo que pueda impedir que Zenya vaya hasta Canadá a por ti si pospones tu vuelta un solo día más. No deja de hacer planes de futuro. Después del éxito del Toss the feathers, se le ha metido en la cabeza que quizá no sea tan mala idea eso de innovar un poco y ya está buscando música para la próxima temporada.

—¿Debería asustarme?

—Ya lo creo que deberías. Quiere que patinemos Land of 1000 dances, de Wilson Pickett.

—Dios mío. —Río.

—Sí, eso mismo pensé yo. No es ruso.

Río aún más fuerte. El eco de mi carcajada resuena en el silencio de la línea telefónica hasta apagarse.

—¿Está todo bien, Suzanne?

Otra vez esa pregunta. Otra vez el mismo tono, entre indiferente y aterrorizado, que empleó en Regina.

—Sí, Kolya. Todo bien. Oye, tengo que dejarte. Sheila y Alexia deben de estar a punto de llegar y...

—Disfruta. Y no descuides el ruso.

Meneo la cabeza mientras cuelgo la llamada. Me conoce bien. Mi sentido de la responsabilidad vuelve al ataque, así que agarro el bolso y extraigo de nuevo mi cuaderno y mis libros.

Agrupe los sustantivos de la lista inferior según el caso correspondiente:

Hago oscilar el bolígrafo de tinta azul. Las palabras ondulan frente a mí sin que les preste atención. La imagen de Asia emerge en mi cabeza; tengo que llamarla. Le escribí un mensaje el lunes, al salir del motel de Winnipeg, para avisarla de que aún no volvía a Rusia, pero no he vuelto a comunicarme con ella.

Agrupe los sustantivos de la lista inferior según el caso correspondiente:

Retiro el capuchón del bolígrafo y vuelvo a insertarlo. Debería comprar un bolígrafo más bonito, quizá color púrpura. Sí, uno color púrpura sería fantástico.

—Disculpa, eres Suzanne Boucher, ¿verdad? —oigo junto a mí. Levanto la vista: es la chica del violín, que ya ha terminado su bagel.

—Sí, soy yo.

No me altero, podría decirse que ni siquiera me sorprende. Sobre una

servilleta de papel, firmo mi séptimo autógrafa desde que estoy en Montreal. Con cariño para Celine. Se lo tiendo con una sonrisa y, tras cruzar algunas frases, regresa a su mesa columpiando su cola de caballo.

Definitivamente, debo comprar un bolígrafo más bonito.

Agacho la cabeza para centrarme en los sustantivos en caso preposicional, pero en ese momento llegan Sheila y Alexia, que han coincidido en la puerta. Ninguna de las dos se deshace de la chaqueta.

—Recoge tus cosas. Nos vamos —resuelve Alexia.

—Pensé que íbamos a tomar algo aquí.

—Ese era el plan. Pero he conseguido esto a última hora. —Del bolsillo lateral de su chaquetón de paño, Sheila saca tres rectángulos de papel. Tengo que parpadear para leer el rótulo impreso en ellos.

Cirque Éloize presenta su nuevo espectáculo: Saloon.

Reprimo un grito; hace años que me muero de ganas de asistir a alguna de las funciones de la compañía de circo contemporáneo más famosa de Montreal. Mis manos cobran vida propia y comienzan a aletear.

—Decidme a quién habéis sobornado para conseguir entradas. ¡Creía que estaban agotadas!

—Un cliente de mi padre es promotor de espectáculos y se las ha regalado por haberle echado un cable con su último divorcio. —El padre de Sheila es uno de los mejores abogados de familia de Griffintown—. Las dos sabíamos que te hacía mucha ilusión verlo, y aprovechando que estarán en Montreal hasta finales de año...

—La función empieza en una hora en el Monument-National. A no ser que tengas algo mejor que hacer hoy. —Alexia señala mi material escolar, diseminado por la mesa. Me apresuro a volcarlo todo en el interior de mi bolso por segunda y última vez.

—¡Ben là! Pago los cafés y nos vamos.

Atravesamos la puerta cogidas del brazo. Es noche cerrada, así que nos encajamos pañuelos y boinas y enfilamos boulevard arriba; el teatro se ubica al final, ya en el margen del río. Charlamos y reímos y hacemos planes por el camino, y me olvido de llamar a Asia, del caso preposicional, de comprar los billetes, de Kolya y de todo.



El fin de semana transcurre en una vorágine de películas subtituladas, conversaciones infinitas y comida casera. El domingo por la noche, a solas en mi habitación, me siento en la butaca junto a la ventana, me conecto a internet y rastreo en los buscadores de vuelos, pero en la mayoría ya no hay plazas libres. Maman me llama a cenar; el aroma del pâté chinois llega hasta el segundo piso, anulando por completo mi capacidad de pensar, así que apago el portátil y bajo los escalones de dos en dos. Seguiré buscando más tarde.

El lunes le escribo un mensaje a Kolya para avisar de que se ha producido un ligero cambio de planes, pero que compraré mi pasaje sin falta hoy mismo. Me responde escuetamente poco después: «No hay problema. Avísame cuando tengas el billete para que pueda ir a buscarte al aeropuerto». Zenya no es ni la mitad de amable y, en cuanto Kolya le comunica la noticia, me hace llegar a través de él una tabla de ejercicios que le ha pedido a Grisha y que debo seguir al pie de la letra. Mis padres están en el trabajo; mis amigas, en clase, y mis excompañeros del club, entrenando, así que no tengo nada mejor que hacer que ponerme unas mallas y trotar un rato en dirección al gimnasio, donde le muestro a Patrice, mi antiguo preparador, la tabla. Él no se muestra del todo de acuerdo con ella e incorpora algunas modificaciones que cree que pueden ayudarme más a tonificar mis músculos. Paso un par de horas haciendo sentadillas y bicicleta para compensar los excesos del pâté chinois.

Cuando me quiero dar cuenta, estamos a viernes de nuevo. Papa, maman y yo asamos malvavisco en la chimenea con el rumor del canal TVA de fondo, como en los viejos tiempos. Nos quedamos despiertos hasta tarde tumbados sobre la alfombra del salón y charlando de todo y nada; mañana, 11 de noviembre, es festivo en Canadá y no hay que madrugar. Ninguno de los tres toca el tema de los billetes. Nos limitamos a disfrutar el momento.

Los resultados de la Copa de China han reducido todavía más nuestras posibilidades de clasificarnos para la final del Grand Prix, por lo que, mal que le pese a Zenya, que de vez en cuando envía mensajes incendiarios por mediación de Kolya, tengo aún menos prisa por volver. Con él apenas he hablado por Skype en un par de ocasiones en lo que va de semana, y en las dos nos hemos despedido rápido, ya que ambos teníamos asuntos que

resolver. En mi caso no era cierto, pero inventé excusas tontas para no prolongar más nuestra charla. De repente es como si no tuviéramos nada de qué hablar. Como si Kolya formara parte de otra vida. De otra Suzanne.

«¿Está todo bien?», volvió a preguntarme. Parece su nuevo mantra.

«Sí, claro», contesté yo. Pero ya no lo dije tan segura.

El sábado, acudo con mis padres a los actos conmemorativos por el Día del Recuerdo. Me siento como si quisiera recuperar de golpe todas las tradiciones y todo el tiempo perdido, inyectármelos en vena antes de regresar a Rusia.

Los libros del Instituto Derzhavin no han vuelto a salir del bolso.



Es martes. Suena el despertador. Debo ir al gimnasio, pero remoloneo un rato más bajo las sábanas. No huelen a naftalina, sino a pasteles de mantequilla calentitos, y me dejo arropar, absorber y maniatar por ellas. Cuando me levanto, casi cuarenta minutos después, me quito el pijama y me visto con ropa de deporte. Al ponerme los calcetines, evito posar la vista en el tatuaje que adorna mi empeine.



Sigo en Canadá. Es domingo. Lluve a cántaros, y yo contemplo las gotas que ametrallan el cristal envuelta en una nueva colcha de patchwork que mi madre confeccionó en mi ausencia. La lluvia en Canadá es un fenómeno tan extraordinario como frecuente. Recuerdo vagamente haber tenido un pensamiento similar hace poco, pero no recuerdo dónde ni por qué.

La semana que viene terminan los torneos del Grand Prix y sabremos al fin si nos hemos clasificado o no. Zenya está en llamas; he tomado la determinación de no cogerle el teléfono.



Sigo en Canadá. Es miércoles. He sacado los libros de ruso del bolso porque estaba cansada de cargar con ellos. Ahora cogen polvo sobre la superficie de mi escritorio.

He quedado con Albert y Josephine para ir al Barrio Latino; media hora

antes, termino de acicalarme frente al espejo.

Hola, Suzette. Sigues ahí. Tuve miedo de que te destruyeran, ¿sabes? De que desaparecieras. Pero no consiguieron arrebatarte de mí.



El sábado 25 de noviembre, la burbuja en la que me mezcó se ve amenazada cuando enciendo el ordenador y recibo un aviso. Kolya me ha llamado varias veces por Skype. Ayer mi teléfono se quedó sin batería y olvidé cargarlo.

Al detectar la ventana parpadeante en el monitor, lanzo una ojeada al reloj. Se me había olvidado por completo que hoy terminaba el Skate America y, con él, la ronda eliminatoria del Grand Prix. A estas horas ya han debido de hacerse públicos los resultados para la final, que tendrá lugar en dos semanas.

Pulso el botón que me separa de Kolya. Cuando su imagen se enciende del otro lado, me doy cuenta de que ha pasado casi un mes desde que nos despedimos en Regina.

Un mes que lo ha cambiado todo.

—Allo.

—Hola.

En mi memoria se cuelan ráfagas de aire gélido procedentes de otro tiempo. Incluso con la calefacción en marcha y arrebujada en una chaqueta polar, percibo el escalofrío.

«Evgenya Vasilievna Ilyushina, ¿puedes explicarme desde cuándo patino en pareja y por qué hay una chica en mi sofá que dice ser mi compañera?».

—Hace... —se aclara la garganta— bastantes días que no hablamos.

—Es verdad.

—¿Qué tal estás?

—Bien.

—...

—¿Y tú?

—Aquí.

Recuerdo que, no hace mucho, yo era capaz de calibrar cuánto le dolía la rodilla por el tipo de estela que dejaba en el hielo. ¿Qué ha pasado?

—¿Has visto los resultados?

—No.

Por un segundo, siento miedo de descubrirlos. Un miedo voraz. A que nos hayamos clasificado.

—No nos hemos clasificado —aclara con tono tranquilizador, como si hubiese leído el espanto en mis ojos pixelados.

Siento deseos de llorar. Un deseo voraz. Porque me alivia.

—Qué pena.

—Ya. Pero sabíamos que iba a pasar.

—¿Estás... enfadado?

Inspira todo lo hondo que le da la caja torácica. Miro en sus pupilas y no encuentro en ellas nada que me sea familiar.

—No, Suzanne. No es enfado lo que siento.

—Oye, reconozco que esto se ha alargado más de la cuenta, pero te prometo que hoy mismo compro el billete y... —digo por inercia.

—Déjalo, Suzanne.

No me llamo Suzanne. Me llamo Suzette.

Hace una pausa que no sé cómo rellenar. Me envuelvo todavía más en el tejido esponjoso de la chaqueta, buscando sentirme tan a salvo como en las últimas semanas.

—Alexandra va por Yubileyny pregonando que no vas a volver —dice de pronto, y en su voz aparentemente impasible atisbo un leve rastro de súplica. Me está pidiendo que lo desmienta. Que le dé una patada a las difamaciones de Zhigunova. Que les demuestre a todos, empezando por él, que se equivoca. Ante mi silencio, emite un ruido extraño, un amago de carcajada recubierta de bilis—. No vas a volver, ¿verdad?

—No.

CAPÍTULO XL

Diciembre se presenta en Montreal de improviso, después de un otoño atípicamente suave. La nieve se apodera de las aceras como una habitante más, y tras ella toman las calles y los jardines las máquinas limpiadoras y los rastrillos, que dejan la superficie de la ciudad como un cartón corrugado.

Podría decir que me encuentro fatal, que estoy hundida en el pozo, que no salgo de la cama y lloro sin cesar, pero no es cierto. Los días posteriores a mi conversación telefónica con Kolya resultan ridículamente fáciles; el universo acepta mi resolución sin rechistar. Tan simple como una ecuación lógica: ¿dónde está la promesa dorada de Montreal? Pues en Montreal, claro.

No tengo idea de qué voy a hacer con mi vida a partir de ahora, además de ver la televisión desde las fauces del sofá, deambular con mis amigas por el RÉSO y arrimar el hombro en las tareas domésticas. Solo sé que, de algún modo, he tenido suficiente. No sé de qué, no sé de quién. Pero mi espíritu ya no responde.

Por suerte para mí, mi entorno no me pide demasiadas explicaciones. Nadie habla de Kolya, de San Petersburgo ni del futuro. Yo tampoco.

¿Y qué hay del patinaje, Suzette? ¿Qué hay de los sueños?

...

Suzette.

De eso no quiero hablar. En eso no puedo pensar.

Papa et maman se limitan a mimarme, cada uno a su manera; Sheila y Alexia me incluyen en sus planes como si nunca me hubiera marchado, y los conocidos a los que me cruzo por la calle tienen a bien no hurgar en busca de carnaza. Y yo vivo al minuto, sin analizar el anterior, sin anticiparme al siguiente. Dejo pasar los días igual que una rata agazapada en una esquina de su jaula, cansada de recibir descargas al intentar obtener una chuchería.

Y siguen pasando.

Y siguen pasando.

Hasta que la realidad termina por abrirse paso a borbotones, como el agua de un río que se topa con un cauce obstruido. Y para mi sorpresa, es mami quien la deja entrar para inundarlo todo.

Una tarde, al llegar a casa del trabajo, sube a mi dormitorio armada con dos tazas de chocolate caliente que deposita sobre el escritorio. Debería sospechar, pero no lo hago. Mi vida no es la única empantanada; mis neuronas y mis reflejos también lo están.

—¿Y esto? —pregunto, toda candidez, señalando las bebidas.

—He pensado que te apetecería tomar algo caliente.

—Gracias, mami. Eres la mejor.

—Cariño..., ¿podemos hablar un momento?

—Claro.

Toma asiento en el borde de la cama. Estira y vuelve a estirar las mangas de su sudadera de Garfield. Más que mi madre, parece una criatura desvalida, ahí sentada con las manos entre las rodillas, el pelo recogido en un moño flojo y enmarcada por mi colección de pósters.

—Cariño, tu padre y yo estamos encantados de tenerte aquí con nosotros. Este año te hemos echado muchísimo de menos, y nada nos hace más felices que volver a estar los tres juntos. Pero...

La señal de peligro se enciende en mi interior.

—No quiero que pienses que esto es un reproche, Suzette, pero ¿estás segura de lo que estás haciendo? Todo ha sido tan repentino... Viniste por unos días y ahora...

—Estoy segura. —Bajo la cabeza y hablo en un tono más hosco de lo que me gustaría—. Simplemente estoy cansada y necesito recobrar la perspectiva.

—Nosotros queremos ayudarte. Lo último que pretendemos es que te sientas presionada, pero estamos preocupados.

—Mami, no me apetece hablar del tema.

Se arma de valor y sigue adelante:

—Vas a tener que hablar de ello, hija. Antes o después, vas a tener que hablar. ¿Ha ocurrido algo? ¿Te has peleado con Kolya? ¿Él... te ha hecho sentir mal?

—No se trata de Kolya. No todo tiene que ver con eso, ¿de acuerdo?

—Pero, cariño, estabas tan ilusionada... Todo iba tan bien...

—Estoy cansada, maman.

—¿Pero de qué? ¿Por qué? —Se aprieta el puente de la nariz—. Sé que este año ha sido muy difícil para ti, pero tú lo quisiste así. Tomaste la decisión de marcharte al otro lado del mundo y trabajar más duro que nadie para poder cumplir tu sueño, y nosotros apoyamos esa decisión con todo lo que estaba a nuestro alcance. Y de repente, ¿lo dejas atrás? ¿Tiras todo por la borda? ¿Sin un motivo, sin una explicación?

A la que le duele ahora es a mí. El alma que escuece ahora es la mía.

—Sé cuánto os he defraudado. Que todo lo que habéis invertido ha ido a la basura. Pero yo... simplemente no puedo.

—¿Es por el dinero? ¿Por la presión? ¿Por las expectativas?

Es por todo eso. Y por más. Por sentimientos para los que aún no se ha inventado un nombre. Es por mí.

—No lo entiendes, maman.

—¡No, Suzette, no lo entiendo! ¡Necesito que me expliques por qué has esperado veinte años para dejar esto también en lugar de hacerlo el primer mes de clases! ¿Por qué al final siempre abandonas!

Su dique es el que se rompe, pero soy yo quien se desborda.

—¡Estoy harta! No tenéis ni idea de todo lo que he tenido que soportar... Vosotros no sabéis ni la mitad. Y ya estoy cansada de hacerme la adulta, de luchar contra la corriente. Solo quiero cerrar los ojos y dejarme arrastrar. Ahogarme al fin...

Se precipita sobre mí en un abrazo que no logra taponar la hemorragia.

—Pero el patinaje es tu vida... No quiero que te arrepientas el resto de tus días de la decisión que tomes ahora.

—Ya no sé si es mi vida o una obsesión. ¡Una enfermedad! ¿Alguna vez has sentido que lo que más feliz te hace te empuja al mismo tiempo a la infelicidad absoluta? ¿Que te aparta de la gente a la que quieres, que te hace llorar más que ninguna otra cosa? Lo odio tanto como lo amo. Y me consume por dentro.

Me besa el pelo con devoción; no quiero que se aparte jamás.

—Cariño...

—¿Sabes lo que es que por cada día de victoria haya cuatro en los que solo quieres abandonar? A lo largo de este año he anhelado mandarlo todo al infierno tantas veces como me he obligado a seguir adelante. Y luego

llego aquí, a casa, y todo parece tan sencillo, me hace sentir tan bien...

Aquí donde no tengo que encajar, donde encajo sola, de forma natural.

—¿Sabes qué es lo que creo yo, Suzette? Que tienes miedo.

—¿Miedo?

—Sí, miedo. —Me acorrala contra el escritorio—. No soy tonta, Suzette. Tienes tanto miedo a fracasar, a decepcionarnos a todos, empezando por ti misma, que prefieres salir corriendo antes que afrontarlo. Tienes tanto miedo de volver a quedarte sola que prefieres marcharte. Tienes miedo a que Tom y Marion queden mejor que tú. Miedo a que Kolya vuelva a hacerse daño por tu culpa. Miedo a no adaptarte jamás a Rusia, o a adaptarte tan bien que dejes de ser tú. Miedo a no llegar nunca a la meta. —¿Cuándo empezó a gritar? ¿Por qué me grita cosas que no quiero escuchar? ¿Por qué no para?—. Miedo a haber gastado toda una vida en un camino que quizá no conduzca a ningún sitio. Tienes tanto miedo a que el sueño no se cumpla, que prefieres vivir con la incertidumbre de lo que pudo haber sido.

Me obligo a tragarme las lágrimas. Son tantas que no puedo digerirlas todas, y la sal se escurre a la vez por fuera y por dentro, erosionando piel, abrasando garganta. Quemando alma.

—No puedo, maman. Simplemente no puedo. No voy a volver.

Ya lo he dicho en voz alta. Ahora me espera el resto de mi vida para cumplirlo.

Solo que el universo no parece estar de acuerdo.



La primera ofensiva rusa tiene lugar tres días después y me despierta de la siesta con los acordes de Smile.

Cojo el teléfono móvil y enfoco la vista en el nombre que ilumina la pantalla.

Asia.

—¿Diga?

—¿Hola? ¿Suzanne? —Su voz armoniosa llega hasta mí enturbiada por las interferencias y por dos meses de distanciamiento.

Tienes que llamar a Asia, me recuerda mi disco duro. Tarde.

—Hola, Asia. ¿Cómo estás?

—Estoy... bien. Disculpa, seguro que te estoy molestando. Necesitaba hablar con alguien y no sabía a quién acudir.

—Por favor, tú nunca molestas. ¿Qué ha pasado?

—Oye, no quiero ser entrometida, pero... ¿tardarás mucho en volver a Piter? —pregunta con tono quebradizo.

Eres la peor persona del planeta, Suzanne Boucher. A tu lista de pecados puedes sumarle que ni siquiera has avisado a tu única amiga en Europa de que ya no vives en el mismo continente que ella.

—Yo... no voy a volver. Es una larga historia, pero se resume en que he decidido quedarme de forma indefinida en Canadá. Lo siento, Asia, y siento no habértelo dicho antes. Últimamente no ando muy fina.

—¿No-no vas a volver?

Y entonces se echa a llorar.

—Asia, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

Desde el otro lado del teléfono recibo un recital de mocos y sollozos.

—Perdóname, Suzanne. Seguro que tienes un montón de problemas y yo incordiando con mis dramas...

—Asia, si no me dices qué te pasa voy a llamar a la Interpol para que rastree tu ubicación y vaya en tu auxilio.

Más mocos.

—He dejado a Ivan.

—¡¿Qué?!

—No sé ni cómo lo he hecho. Ayer discutimos otra vez. El mes pasado le di el ultimátum y me prometió que nos mudaríamos antes de Pascua, pero ha dejado correr los días sin mover un dedo. Ayer por la noche, cuando saqué el tema, volvió a responder con evasivas, y no sé qué le dije, pero sé que le grité cosas muy feas. No me importó que sus padres y su hermano se enteraran. Esta mañana se marchó a trabajar sin darme ni un beso; yo he metido un poco de ropa en una bolsa y he salido a hurtadillas aprovechando que no había nadie en casa —explica atropellada—. Y ahora no sé qué hacer, Suzanne. No sé por qué lo he hecho. Estoy sentada bajo la nieve en un banco del Jardín de Verano con una bolsa de deporte entre las piernas y se me están congelando las células. No puedo llamar a mi familia; no aceptarán que abandone a mi marido de buenas a primeras. No sabía a quién más recurrir y solo he sacado el teléfono del bolsillo y he marcado tu

número. Dios mío, ni siquiera he pensado que esta llamada va a costarme una fortuna...

Lo primero que hago es pedirle que se tranquilice y que busque un Starbucks con calefacción. Tiene un imán para las franquicias; confío en que encuentre alguno cerca. Lo segundo que hago es colgar la llamada y devolvérsela mediante wifi.

—Debes de pensar que estoy loca —continúa, concatenando palabras y lloriqueos—. Pero de verdad que no sabía a quién llamar. Perdóname, por favor. Dios mío, ni te he preguntado por qué no vas a volver. ¿De verdad no vas a volver? —pregunta lastimera—. Te echo tanto de menos. Haces bien; si pudiera, yo tampoco volvería. Dios mío, ¿qué voy a hacer, Suzanne?

—¿Estás sentada ya? ¿Tienes un techo y una bebida caliente?

—Sí. He encontrado una cafetería medio vacía a la orilla del canal.

—Perfecto. En cuanto entres en calor podrás pensar mejor. ¿Qué es lo que verdaderamente quieres, Asia?

Duda unos segundos.

—Quiero a Ivan. Sé que suena absurdo, pero a pesar de todo quiero estar con él. Si no, no habría aguantado tanto tiempo en esa casa. Pero no quiero estar con él así. Quiero que podamos hacer nuestra vida y que podamos descubrir si realmente somos el uno para el otro en igualdad de condiciones.

—¿Y crees que Ivan quiere lo mismo?

—Yo... espero que sí. Él me ha dicho que sí, pero siempre pasa algo: el trabajo, el dinero, sus padres... Siempre hay algún motivo por el que no se atreve a dar el paso. Y yo ya no sé qué creer. Estoy cansada, Suzanne.

«Estoy cansada, mami. Ya estoy cansada de hacerme la adulta».

—¿Qué te gustaría hacer ahora? Piénsalo. Si pudieras elegir. Lo que más te gustaría en el mundo.

—Esconderme un tiempo —responde de inmediato—. Tomar distancia, valorar lo que tengo, lo que realmente quiero. Y... aunque suene mal, que Ivan me eche de menos. Que sepa lo que significa perderme. Necesito quemar ese cartucho, porque es el último que me queda.

—Entonces hazlo. Escóndete.

Deja escapar un graznido.

—¿Dónde? No tengo casa a la que ir ni nadie que pueda ayudarme. Antes te tenía a ti, pero ahora...

Ahora te he dejado sola. Me he olvidado de todo, incluso de ti. Soy una amiga horrible. Perdóname, Asia.

—¿Tienes dinero?

—No mucho. Pero puedo sobrevivir unos días.

Por un instante, se me pasa por la cabeza llamar a Kolya o a Zenya para que socorran a mi amiga; podrían prestarle mi habitación del ático. Pero me freno a tiempo. Ninguno de los dos me dirige la palabra, y con razón. De Kolya no he recibido noticias en semanas, y a Zenya no tuve el valor de llamarla para despedirme.

Además, la habitación de invitados del ático de Divenskaya 2 ya no es mi habitación. Puede que ni siquiera esté vacía.

—Cruza el puente en dirección a Petrogradsky —le sugiero de pronto, y en cuanto pronuncio el nombre del distrito en el que viví me siento como si acabara de despertar. O de reencarnarme. Porque realmente existió, no fue un sueño—. Cerca de la parada de metro de Gorkovskaya hay un hotel en el que te puedes quedar por pocos rublos, y el dueño es amable (para ser ruso). Estuve a punto de alojarme ahí una vez.

Hace por lo menos un siglo. En una noche violenta, que se convirtió en el despegue de una de las más fascinantes aventuras de mi existencia.

«Suzanne necesita cama y necesita compañeros de piso, ¿sí? Tú tienes cama y no tienes compañero de piso. Dos vosotros vivís juntos».

—Cuando estés instalada —sigo parlotando al teléfono, con más energía de la que he sentido en días. Imagino que será el efecto de sentirse útil—, te copiaré en un mensaje el número de una persona con la que puedes contar si llegas a necesitarlo, ¿de acuerdo?

—Gracias, Suzanne. Muchísimas gracias, de verdad. Te prometo que en cuanto me haya centrado te llamaré para que me cuentes por qué no vas a regresar.

—No te preocupes. Ya hablaremos; prometo no olvidarme de ti esta vez.

—No te sientas culpable, eres una gran amiga. Esta ciudad no será lo mismo sin ti.

Ni yo sin ella. Solo que aún no lo sé.

—Lámame siempre que lo necesites. Y mucha suerte; termine como termine esta situación, espero que seas feliz.

Me despido de ella y rebusco en mi agenda el contacto de Pasha. Aunque deseo de corazón que a Asia no le haga falta, sé que puedo confiar en él si llegara a darse el caso. Ya veré cómo lo justifico.

CAPÍTULO XLI

El sábado es el día de puertas abiertas en la arena René-Masson. El día en que, cuando era niña, y también después, los fluorescentes se apagaban y eran sustituidos por haces de colores que fluctuaban al ritmo de alguna canción ratonera, y yo me veía obligada a compartir pista con pseudoaficionados al patinaje que no tenían otro plan mejor para su fin de semana que pagar una módica entrada a cambio de emular por un rato a los deportistas de verdad, y luego reemplazar las calorías gastadas por poutine y perritos calientes en la cafetería. Crecí aborreciendo aquellas tardes de sábado; las aborrecía porque en esas condiciones era imposible entrenar bien, y no dejaba de protestar ante Gilles y de repetirle que aquel tiempo era improductivo, y que debíamos suspenderlas. Gilles nunca me hizo caso, y yo rogaba para mis adentros que no me lo hiciera. En el fondo, aquellas tardes de sábado eran mis favoritas. Porque eran las tardes en las que me veía obligada a compartir pista con pseudoaficionados al patinaje que me idolatraban, arremolinados alrededor de Tom y de mí, y que suspiraban cada vez que ejecutábamos alguna rutina a la que ellos jamás podrían aspirar. Y yo sonreía, en el epicentro de todos, y les decía que era cuestión de práctica, incluso les recomendaba un par de trucos.

El sábado 16 de diciembre, con una serenidad impropia de la Suzette voluble que ha prevalecido en las últimas semanas, entro en la arena René-Masson con la bolsa de los patines en una mano, y vacía, colgando, la otra. Pago religiosamente el tique que me da acceso a las instalaciones durante una hora, como una pseudoaficionada más, y saludo a la nueva recepcionista del turno de fin de semana, a la que no conozco. Resulta que, durante los meses que pasé en Rusia con el pulso detenido, el mundo aquí siguió girando.

Ella también me saluda y tampoco me conoce. Lo entiendo; ni yo sé quién soy.

—¿Solo una entrada? —pregunta.

—Sí, solo una.

Ya no compito en pareja. Es una de las pocas cosas que he sacado en

claro del remolino que han supuesto estos casi dos meses. Ya ni siquiera compito. Ya no soy nada de lo que creía ser. Ya no sé si el patinaje fue un capricho de niña mimada o toda mi vida, como hasta ahora pensaba.

La recepcionista me entrega una llave para la taquilla y me explica las normas de uso. Pobre; no sabe que aprendí a forzar los cierres antes de cumplir los catorce por culpa de la herrumbre del bombín. Aun así, agradezco su buena disposición antes de alejarme en dirección al vestuario. El árbol de Navidad ya está puesto en la esquina de siempre. Recorro el pasillo de baldosas; podría hacerlo con los ojos cerrados, localizar las agrietadas, sortear el pegote de cemento que dejó entre dos de ellas un obrero poco avezado. Y a pesar de ello, las siento insoportablemente ajenas a mí.

No sé qué vengo a buscar, pero sea lo que sea, lo encontraré aquí. Las heridas siempre sanan con hielo.

Salgo del vestuario vestida para el oro, pero titubeo al acercarme a la pista. En la parte central se apiñan los atletas que han venido a entrenar en sábado. Por el exterior avanzan, unos con más destreza que otros, adolescentes en su primera cita, boy scouts, pandillas de amigos y los invitados al cumpleaños de un tal Bobby, cuya pancarta de felicitación ocupa todo el ancho del recinto. Yo ya no pertenezco a unos ni a otros, y escondo mi indecisión en un banco lateral, observando con los codos sobre las rodillas cómo hacen las piruetas que yo ya no hago.

—No esperaba encontrarte aquí —oigo junto a mí.

Alzo la cabeza con tanta brusquedad que temo por mis cervicales.

—Ni yo a ti.

Tom se sienta a mi lado sin preguntar si es bien recibido. Mejor. No sabría qué contestarle.

—¿Cómo está tu chica? —pregunto cuando queda patente que no tiene intención de entablar conversación. Sé que, después de que le dieran el alta por las lesiones de la caída, a Marion la ingresaron en la Unidad de Trastornos de la Alimentación de un hospital privado. Gilles nos ha mantenido al día de sus progresos.

—Bajo control —responde el échalote de ojos más tristes que he visto nunca.

—Eso es bueno. Se recuperará.

—Sí. Supongo que lo hará.

El silencio que se instala entre los dos nos trae risas a ráfagas y el tableteo de cuchillas inexpertas sobre el hielo.

—Me han dicho que no vas a volver a Rusia.

—Te han informado bien.

—¿Quieres contarme por qué?

—Tom, no lo tomes a mal, pero eres la última persona con la que me gustaría hablar de ese tema.

—Entiendo. ¿Te apetece saltar un poco? —propone de forma repentina—. No me mires como si hubiese perdido la chaveta; la de los ojos de loca siempre fuiste tú. —No puedo evitar sonreír—. Solo para desconectar un rato y para no oxidarnos ahora que los dos estamos sin pareja.

—Si esta propuesta hubiese llegado en otro momento, puedes estar seguro de por dónde te hubiese dicho que podías metértela.

—¿Desde cuándo eres tan diplomática?

—Crisse-toi²⁵.

—Eso suena más familiar. Bueno, ¿qué? ¿Aceptas?

—Qué paradójico.

—¿El qué?

—Tu relación con Marion empezó de la misma manera —digo, cáustica—: con tu pareja metida en la cama. ¿A ella le dijiste lo mismo? ¿«Solo para desconectar un rato y para no oxidarnos»?

—No empieces, Suzette. Es una tregua, ¿vale? Por los viejos tiempos.

—Trato hecho.

Nos deshacemos de los protectores y brincamos a la par al mismo hielo que una vez astillaron nuestros primeros pasos juntos. Solo que nosotros ya no somos los mismos. Y no importa cuánto nos esforcemos: la conexión que antes hubo ya no existe. Mi cuerpo acusa la presencia de unas manos que un día hablaron su idioma y que hoy le parecen extranjeras. Los focos de colores, las vigas rojas del techo y hasta los boy scouts me marean, y me doy cuenta de que he perdido mi punto fijo. Me lo dejé a la orilla del Neva.

—Esto no funciona. Qué desastre —dice un Tom sudoroso mientras nos desatamos los cordones de las botas.

Es demoleedoramente cierto.

—No es conmigo con quien tiene que funcionar, Tom.

—No me llamabas Tom desde que cumpliste diez años.

—Eso no significa que estés menos flacucho. Ni que seas menos bobo.

Y con esa frase, la tensión entre los dos se diluye por fin.

—Aunque no lo creas, te echo de menos. Me siento fatal por todo lo que ocurrió. Los dos hemos fracasado por mi culpa: Marion está en el hospital y tú nunca llegaste a adaptarte a Rusia. —Estoy a punto de replicar que no me considero una fracasada y que no tiene ni idea de cómo fue mi vida en Rusia, pero él sigue hablando—: Lo siento, Suzette. Lamento lo que hice.

Un año y medio esperando oír esas palabras. Y ahora que están aquí, no cambian nada.

—Eso forma parte del pasado, Tom. No voy a negar que me destrozó, pero ya no se puede retroceder.

—Eres una gran chica, Suzette. No sé exactamente por qué has decidido quedarte aquí, pero jamás dudes que puedes conseguir cualquier cosa que te propongas: eres la mujer que enseñó a patinar en pareja a Kolya Tsvetkov. —Me echo a reír—. Tengo que irme. Le prometí a Marion que pasaría a verla antes de la cena.

—¡Tom! —grito cuando ya va camino del vestuario. Él se da la vuelta, sus hombros se enderezan—. ¿Puedo ir contigo? —suelto antes de tener opción a arrepentirme. Durante este año y medio, Tom y Marion han formado un tándem al que acusé de todas mis desgracias. Siento que debo despedirme también de ella para cerrar definitivamente este capítulo.

Los ojos se le iluminan. El ligón de Tom Girard está enamorado de esa chica hasta la médula. Después de todo, quizá llevaba razón aquel día, tras la rueda de prensa que me hizo naufragar, cuando alardeó de que ella era el amor de su vida.

—Gracias, Suzette. Le encantará ver una cara distinta para variar. Me cambio y nos vamos.

—Nos vemos ahora.

Nota para mi biógrafo: durante mucho tiempo creí que mi despedida de la arena René-Masson, del club Île-de-Pierre, de Tom, de la Ley de Amigos y Compañeros Dentro y Fuera de la Pista, de la promesa dorada de Montreal, había sido aquella fiesta de Nochevieja de 2016. No fue así. Mi verdadera despedida fue el 16 de diciembre de 2017. Ese fue el auténtico

punto final a mi equipo con Tom, a mi período de adaptación a Rusia; a la Suzanne que, de alguna manera, me negaba a dejar ir. El momento en que aprendí que quien regresa a un lugar jamás será el mismo que se marchó de él.

Y el olor a Myoflex siguió impregnando eternamente las paredes cuando los dos salimos de allí.



El hospital en el que está internada Marion se ubica en el distrito de Montreal-Nord, no lejos de mi vecindario, por lo que, a pesar de las bajas temperaturas, Tom y yo decidimos ir dando un paseo. Los dos caminamos en silencio, atrincherado cada uno en su bufanda. A pesar de que en una época no podíamos permanecer callados más de tres minutos, creo que ahora ya no hay mucho más que decir.

Aunque esta es una zona residencial, por el camino encontramos un par de hipermercados, y le pido a mi excompañero entrar en uno de ellos para no presentarme ante su novia con las manos vacías. Amparada por la calefacción, me demoro en elegir una cestita de flores secas, nada ostentoso, y un libro que el propio Tom me aconseja. Hacemos cola para pagar, detrás de una señora con un carro lleno de provisiones para todo el invierno y de un anciano que acuna un paquete de servilletas entre sus brazos. La caja registradora se atasca en el momento más inoportuno, y la cajera se deshace en disculpas.

—Sigues siendo el terror de Murphy. —Tom pone los ojos en blanco.

—Cállate. Fuiste tú quien...

La segunda ofensiva rusa, en forma de efluvios procedentes del mostrador de comida precocinada, me da una bofetada en el centro exacto de mi sistema límbico.

—¿Hueles eso, Tom?

Él, desde las alturas, frunce la nariz y olisquea el aire como una de las ardillas de los jardines de Peterhof.

—No. ¿El qué?

—Huele a vareniki. —Olfateo un poco más—. Con smetana y queso. ¿Cómo es posible que no lo notes?

—¿Huele a qué?

A la mesa combada de casa de Zenya, allí junto a la ventana, del otro lado de una ciudad blanca y dorada, en invierno y en verano. A la pausa para el almuerzo en Yubileyny, entremezclada con isotónica y el ruido de la televisión en la cafetería. A las tarteras apelotonadas en la nevera de Kolya, de las que solo nos acordábamos de madrugada, en plena crisis de hambruna, y cuando se agotaba el pienso de Sashenka.

—Nos toca, Suzette. —Tom me empuja hacia la cinta transportadora. La realidad y Montreal se materializan de cuajo ante mí—. Tenemos que darnos prisa —me apremia al cruzar las puertas automáticas que nos devuelven a diciembre—. El horario de visitas termina a las ocho y media.

Me doy de bruces con una ciudad más grisácea de lo que la recordaba cuando vivía en Rusia. A lo lejos repican las campanas de una iglesia; las iglesias ortodoxas no tienen campanas, y se me hace raro el sonido. Camino a paso veloz al lado de mi excompañero y pronto alcanzamos las escaleras de entrada al hospital, cuya lóbrega fachada de ladrillo contrasta con los jardines parcheados de nieve añeja.

Tom saluda a la recepcionista como si la conociera de toda la vida y me guía hasta el ascensor. Subimos a la tercera planta, y tras un nuevo saludo a las enfermeras de la centralita, Tom enfila el pasillo de la izquierda. Yo lo sigo a poca distancia, sintiéndome tonta con la cesta de flores en la mano.

¿Cómo has acabado aquí, Tom?

La de Marion es la habitación 317. Cuando llegamos a su puerta, Tom se gira.

—Entraré yo primero para ver cómo está y que no se sienta incómoda. Dejaré la puerta abierta; enseguida salgo a por ti.

—De acuerdo.

Me quedo sola, apoyada en la pared con una cesta de flores que me parece cada vez más ridícula. ¿En qué se supone que puede ayudar? ¿Acaso tiene poderes mágicos?

Por la hoja entreabierta se filtra la voz caudalosa de Annette, que no se separa de su hija. La de Marion, en comparación, es apenas un arroyuelo, pero incluso así es fácil detectar alegría en ella cuando recibe a Tom. Después de disculparse por la tardanza y de esquivar hábilmente el tema de la comida, Tom le anuncia entusiasmado que tiene visita. Sale al pasillo y me hace señas para que pase.

—¡Mira quién ha venido a verte, Marion! ¿No es fantástico?

Lo que me encuentro al entrar es una habitación pintada en tonos pardos, invadida por peluches y ramos de flores, y una cama demasiado grande para una chica demasiado pálida, demasiado delgada, que, con el pelo macilento y su camisión de seda, más parece una muñeca ajada expuesta en el escaparate de una tienda de antigüedades.

Lo que ella se encuentra cuando yo entro es a la excompañera de su novio con el pelo alborotado por cortesía del gorro de lana, los pómulos flambeados por la calefacción y una absurda cesta de flores secas balanceándose entre sus dedos. Y al parecer, es más de lo que puede soportar.

La voz alicaída de minutos atrás se transforma en un grito esperpéntico que sacude su caja torácica, en la que se adivinan las costillas. Annette y Tom se apresuran a sujetarla para que no se haga daño, pero, incluso en su fragilidad, logra doblegar a los dos.

—¡Fuera! ¡Sácala de aquí, maman! ¡Quiero que se vaya! ¡Todo es culpa suya! ¡Quiere quitarme mis medallas, quitarme a Tom! —berrea, fuera de sí, mientras me mira con dos iris opacos que me hacen recular hasta la puerta.

A partir de ahí, las palabras se convierten en chapurreos, y los chapurreos, en sollozos. Su cuerpo no deja de percutir contra el colchón, y Annette llora sin fuerzas mientras la acaricia. La enfermera acude al rescate con un calmante intravenoso y nos pide que salgamos un momento.

—Lo siento, lo siento, lo siento... —murmura Tom, derrumbado en el pasillo—. Yo solo pretendía ayudar; a veces no sé cómo hacerlo... No tiene amigas aquí, y creí que le sentaría bien saber que se preocupan por ella, hablar con una chica de su edad... No imaginé que reaccionaría así. Annette va a matarme —gime desesperado.

Aturdida, froto sus rizos oscuros.

—No es tu culpa. Será mejor que me vaya.

—Sí, creo que sí. Lo siento; no podré acompañarte a casa.

—No pasa nada. Espero que esto no le ocasione problemas. —Señalo la puerta de la 317.

—Ella... se exige demasiado —trata de justificar—. Nunca está

conforme, siempre busca más. A veces pienso que... es capaz de pasar por encima de sí misma con tal de... —Clava sus ojos en los míos—. La quiero tanto y tengo tanto miedo. No sé cómo manejar esto. Este último año ha sido el paraíso y el infierno al mismo tiempo, Suzette.

Un nuevo grito procedente de la habitación acuchilla nuestros tímpanos.

Tom se pone en pie de un salto y entra corriendo. Yo permanezco fuera, cerca del umbral, donde ella no puede verme a mí, pero desde donde yo sí puedo ver cómo el sistema de suero sobrevuela la cabeza de la enfermera.

Y ahí me quedo, como un pasmarote. Mirando sin ver. Escuchando sin oír. Pensando que durante más de un año viví con la certeza de que Tom había arruinado mi vida en beneficio de su propia felicidad. Sin tener ni idea de que él también se había llevado la suya por delante.

«Este último año ha sido el paraíso y el infierno al mismo tiempo, Suzette».

Me permito, de una vez por todas, dejar atrás el rencor y salir del hospital convertida en alguien nuevo. La persona que seré el resto de mis días.

De camino a la salida, dejo la cestita de flores en el puesto de las enfermeras, que sonrían.

CAPÍTULO XLII

El domingo que sigue a mi visita a Marion, me levanto inquieta y temprano. Al desasosiego que me produjo el episodio en el hospital se suma el hecho de que ya no recuerdo cuándo fue la última vez que dormí del tirón sin sentir el acoso de sueños que no recuerdo al despertar, pero que me dejan un resabio a angustia el resto del día. Aquellas primeras noches tras mi regreso a Canadá en las que dormía a pierna suelta son cosa del pasado.

Alguien debe de haber escondido un guisante debajo del patchwork.

Papa et maman duermen y no quiero molestarlos, así que me encierro en mi dormitorio con los auriculares puestos. No tengo ningún plan hasta la tarde; al anochecer he quedado con Alexia y con Sheila para ir al mercado navideño de Jacques-Cartier y sacar fotos que Sheila pueda colgar en Instagram. Solo de pensarlo, resoplo; hace por lo menos un mes que no me conecto a las redes sociales. ¿Para qué?

A pesar de que un paseo entre expositores abarrotados de cascanueces y bailarinas tallados a mano es lo último que me apetece, estoy deseando reencontrarme con mis amigas. Nuestra relación tampoco es lo que era cuando llegué a casa. Pasada la novedad de tenerme de vuelta, la rutina ha ido asentándose poco a poco; las dos están prácticamente abducidas por los exámenes semestrales, y cada vez nos vemos menos. El resto de mis amigos también sigue con su vida, y lo entiendo. Una vez más la única en pausa soy yo. ¿Cómo es posible que, un año después, haya vuelto al punto de partida?

Recostada contra los almohadones, toqueteo en el móvil la aplicación de Spotify. Scroll arriba, scroll abajo. Scroll arriba, scroll abajo.

Lanzo una ojeada al despertador. Hago un cálculo rápido, casi por inercia; uno que llevaba semanas sin hacer. En San Petersburgo van a dar las tres de la tarde. Aquí, la vida, si es que la hay, porque yo aún no la he visto, apenas está comenzando, pero en Piter el domingo se acerca al ocaso. En menos de una hora, será noche cerrada. Imagino a Zenya saliendo de misa y luchando contra los elementos para llegar a casa y

prender el horno y el samovar. Imagino a Pasha alabando su té con mermelada desde una de las butacas del salón, más pendiente de Zenya que de la taza. Imagino a Asia tomando un latte macchiato en el Starbucks de la avenida Nevsky, frente al cristal, contemplando el bullicio que nunca cesa, ni de día ni de noche. Peleterías y tiendas de ámbar, y trolebuses y bolsos de marca, y tacones y chicas despampanantes con el pelo teñido. Imagino a Sashenka panza arriba en el sofá del ático, esperando que unas uñas le alivien el sopor del domingo. Imagino uno de los atardeceres más espectaculares que veré en mi vida, con la luz anaranjada cayendo sobre las fachadas de los palacios, compitiendo con el pan de oro de las cúpulas a ver quién deslumbra más.

En él no puedo pensar. Soy incapaz de imaginarlo solo. Sin patinaje y sin mí.

Decido llamar a Asia. Aunque hemos intercambiado algunos mensajes, no hemos vuelto a hablar por teléfono desde su espantada de esa horrible casa comunal. Descuelga al segundo tono y me pone al día de las novedades en menos de un minuto: sigue hospedada en el hotel, pero ayer vio a Ivan. Él le suplicó concertar una reunión y se encontraron en un local del centro, «territorio neutral».

—Pero todo fue diferente, Suzanne —se apresura a explicar antes de que yo abra la boca—. Lo sé, lo noto. Hemos llegado a un acuerdo. Vamos a intentar recuperar nuestra relación, salvar lo bueno que queda de ella poco a poco.

—¿Volver a empezar? —pregunto. Hablo a través del micrófono de los auriculares, a un volumen razonable, para no despertar a mis padres.

—Exacto, volver a empezar. De momento seguiremos viéndonos solo cuando queramos vernos; él, mientras tanto, buscará un hogar para los dos. Cuando esté lista para dar el paso, volveremos a vivir juntos, pero esta vez en nuestra casa.

—¿Estás segura, Asia?

—Pude leer en sus ojos que decía la verdad, Suzanne.

—Entonces me alegro por ti.

—Bueno, en realidad hay un problema —titubea.

—Dispara.

—El plan sería perfecto si no fuera porque mis ahorros empiezan a

escasear. Ya no puedo quedarme en el hotel mucho tiempo más, pero tampoco tengo dónde alojarme. Necesito con urgencia un trabajo, un techo provisional, comida... Y no sé dónde buscar.

—¿Ivan sabe esto?

—¡Claro que no! Si se lo cuento, pretenderá correr con mis gastos, y eso es lo último que quiero. Seguiría dependiendo de él y estaría atrapada nuevamente. Debo demostrarme a mí misma, y a él, que puedo mantenerme sola. Que no lo necesito. Esa es la única manera de que funcione.

—Comprendo. Oye, tal vez pueda ayudarte. ¿Te importa si te llamo más tarde?

En cuanto colgamos, busco el número de Pasha y rezo para que lleve el móvil encima, para que ya haya terminado la liturgia de hoy y para que — más difícil todavía— esté solo.

—Allo.

Su voz es árida, lacónica. No la recordaba así. Nada que ver con la calva entrañable y los ojos de topillo de su dueño. Me digo a mí misma que las cosas han cambiado mucho, y no todas para bien, desde la última vez que la oí.

—¿Pasha? Hola. Soy... yo. Suzanne.

—Sé, sé. Hola. Di.

No esperaba una efusividad desmedida, pero tampoco esto. Creí que al menos intercambiaríamos un «¿qué tal estás?», quizá un «¿cómo va todo por ahí?» o, por lo menos, un «qué horror de invierno, ¿verdad?».

No me resigno.

—¿Cómo estás, Pasha? ¿Todo bien? Oye..., ¿está Zenya contigo?

—Ñet. Solo yo hoy. Zenya hace cosas suyas. —Suspiro de alivio. Ostensiblemente—. Di —repite en tono apremiante.

—Después de cómo me he comportado pensarás que soy una chiflada, o una caradura, o puede que ambas, pero te prometo que no te molestaría si no fuese importante. Verás, se trata de una amiga que vive en Piter y necesita ayuda.

Expongo brevemente la situación de Asia, recalcando solo los detalles justos para que no pierda el hilo. Él guarda silencio. El único motivo por el que sé que no ha colgado es porque la pantalla de mi teléfono no ha pasado

de verde a rojo en ningún momento.

—Yo... le di tu número. Sentí que podía confiar en ti si llegaba a hacerle falta. Que las dos podíamos confiar en ti —termino en voz baja.

—¿Tú llamas por amiga tuya? —Parece sorprendido.

—Mmm, sí. ¿Por qué iba a llamar si no?

—Por carta. Creí que tú llamas a yo porque has leído carta.

—¿Qué carta? —Silencio aplastante—. Pasha, ¿sigues ahí?

—Tú recibirás carta mía —sentencia, de forma críptica, tras unos segundos en los que ya doy por sentado que tendré que buscar petróleo en otro pozo.

La carta de Pasha será la tercera ofensiva rusa. No será la última, pero sí será dolorosamente contundente. Y está al caer. Cuando lo haga, me romperá el corazón, entre otras razones, porque descubriré que Kolya no está tan solo como pienso. Sabré que él no lo ha perdido todo, no como yo. Pero aún es domingo, y los domingos no hay correo.

—Escucha, sobre lo de mi amiga, ¿podrías ayudarnos? Ella necesita un lugar donde quedarse, un trabajo... Sé que tú conoces a mucha gente, tienes recursos... Quizá podría quedarse un tiempo en alguna residencia para deportistas. Por favor, por favor, por favor.

—Imposible —bufa—. Ahora plena temporada, Suzanne. Residencias completas. Tú sabes que mucho estricto para asignar habitaciones. Si tú no pudiste quedar en una, ¿cómo voy colar amiga tuya?

—Pero ella puede trabajar —insisto—. Puede, no sé, limpiar o servir comidas a cambio de un cuarto de servicio. Es responsable y trabajadora; no ha tenido suerte desde que llegó a Rusia, pero es buena persona. Ella no es como yo —subrayo. «No os va a dejar tirados», concluye una voccecita en mi cabeza.

—Imposible, Suzanne.

—Pasha, por favor...

—Bueno —acepta tras una pausa, y en su claudicación reconozco al auténtico Pasha—, yo puedo ofrecer trabajo a ella. No en federación. Padres míos mucho mayores. Yo ayudo fines de semana, pero resto de tiempo ellos solos, y ellos no pueden vivir solos más, ¿comprendes tú?

—Comprendo. —Me obligo a no cantar victoria antes de tiempo.

—Amiga tuya puede trabajar en casa de padres míos. Ella hace de

comer, limpia, cuida a padres míos... Y duerme allí. Así vigila también.

—¡Gracias, gracias, gracias!

—Cuando ella tenga casa donde quedar, yo busco otra persona para noche y ella trabaja solo día. O tiempo completo si quiere. Ella decide, ¿sí?

—Eres un ángel, Pasha. Voy a llamarla de inmediato; estoy segura de que se va a poner muy contenta. Muchísimas gracias.

—Tú no das gracias a mí.

—Te juro que no te vas a arrepentir. ¡Es idónea para el puesto!

Ríe del otro lado de la línea, y su risa es la de un niño bonachón atrapado en el cuerpo de un anciano al final de sus días. Lo curioso es que Pasha no es una cosa ni la otra. Es solo un hombre de cincuenta y tantos que lleva una vida ordenada en el distrito de Vasileostrovsky, que todos los días acude a trabajar con un maletín y que se preocupa por el bienestar de sus padres. Y... nada más.

Las palabras de Kolya afloran a mi memoria:

«La vida es triste e injusta, Suzanne. A veces no basta con desearlo muy fuerte. A veces el oro simplemente no llega».

—Eres el mejor, Pasha. Si te tuviera enfrente, te daría un beso.

Balbucea algunas sílabas sin sentido antes de despedirse de forma tajante:

—Volveremos hablar.

Esa noche sueño con un cielo cosido a cables de trolebús. Y no lo olvido al despertar.



La famosa carta de Pasha hace acto de presencia apenas tres días después, contraviniendo la máxima del correo ruso de no llegar nunca a tiempo.

Me espera sobre la mesa de la cocina cuando bajo a desayunar, una vez más, a una hora intempestiva para un desayuno. Justo antes de rasgar el sobre marrón, contemplo el matasellos con caracteres cirílicos.

Todo empezó con una carta procedente de Rusia, y todo terminará con otra.

Estimada Suzanne:

¿Qué tal te encuentras? ¿Cómo va todo en tu nueva

vida en Montreal? Por aquí, como supondrás, ya hace un tiempo invernal: el Neva está congelado y hay nieve desde las cunetas hasta la cúpula de San Isaac, que se asemeja a un pastel glaseado. Creo que te haces una idea de lo que digo.

Debo explicarte que he pedido a uno de los becarios de la federación que traduzca esta carta para ti. Es por eso por lo que puedes leerla sin errores gramaticales (o eso me ha asegurado él). Mucho mejor. A veces he sentido impotencia por no poder comunicarme contigo. Te habría dicho tantas cosas... En cualquier caso, siempre me ha resultado más sencillo expresarme por escrito.

Imagino que te sorprenderá esta misiva; no te importaría de no tratarse de un asunto relevante. En condiciones normales, y dadas las circunstancias, no habría tenido necesidad de molestarte. Habría zanjado el tema por mí mismo y quizá ni siquiera te habrías enterado. Pero estas no son condiciones normales; me niego en rotundo a que lo sean.

Te pido que me disculpes, ya que estoy seguro de que no tienes idea de a qué me refiero. Trataré de explicarme mejor: la federación ha recibido una notificación oficial del Ministerio. Han dado curso legal a la ciudadanía rusa de Suzanne Boucher. Han valorado tu caso con vistas a los próximos Juegos y han aprobado concederte la nacionalidad, que se hará efectiva en cuanto solicites tu pasaporte. Y para ello, como ya sabes, debes personarte en el país.

En condiciones normales, como te decía antes, y dado que has elegido cambiar de residencia y no seguir formando parte del equipo, yo mismo me habría encargado de resolver este asunto de la forma más discreta posible. Habría dado marcha atrás al papeleo y habría rechazado en tu nombre cualquier ofrecimiento del Ministerio. Pero ¿es eso lo que quieres, Suzanne? Tal vez no sea más que un romántico y un soñador, pero, a pesar de todo, me resisto a pensar que sí.

Entiendo que, para ti, tu familia y tus raíces son muy importantes y valiosas. ¡Quién en Rusia podría no entender

algo así! Para nosotros esos dos pilares también son primordiales. Pero estoy convencido de que, en lo que respecta a ti, no puede ser lo único, debe haber algo más. Ninguna jovencita para quien la familia y su patria sean lo primero se sube sola a un avión y atraviesa medio mundo bajo un temporal de nieve. Mucho menos, permanece donde sabe que no la quieren y se deja el alma para que eso cambie. Nadie soporta eso por gusto, por un capricho.

La joven que yo encontré aquel día de enero en el ático de Kolya Tsvetkov estaba muerta de miedo. Pero también lucía un brillo en la mirada que no olvidaré jamás. Allí, en aquel salón, perdida y asustada, aquella muchachita no pensó en su familia ni en Canadá. Pensó en patinar. Y yo la admiré y la envidié por ser tan valiente como a mí me habría gustado ser.

Alguien me dijo una vez que los sueños no son algo que buscamos fuera, sino que se hallan en nuestro interior. Ellos nos persiguen a nosotros y no al revés. Y a mí me afligiría pensar que aquella chica abandonó los suyos, porque eso significaría que dejó de ser ella misma. Que no hay nada más esperándola.

Espero que mis palabras no se malinterpreten, Suzanne, y que no te incomode esta osadía por mi parte. En ningún momento he pretendido interferir en tus planes de futuro ni hacerte sentir culpable. Si estás segura de las decisiones que has tomado, entonces las celebraré contigo, sean las que sean. Bastará una palabra tuya para que el trámite legal que nos traemos entre manos termine y puedas olvidar que un día estuviste a punto de convertirte en una genuina ciudadana rusa.

Quedo a la espera de tu respuesta.

Un saludo afectuoso,

Pavel Olégovich Nuriyev, «Pasha»

P.D.: Kolya va a competir como patinador individual en el campeonato nacional. Zenya me pidió que lo inscribiera

también en esa modalidad hace casi dos meses, cuando tus vacaciones en Montreal empezaron a prolongarse más de lo previsto. Sospecho que desde el primer día tuvo miedo de que no regresaras. Tal vez no debí darte esta información, pero, no sé, pensé que te interesaría saberlo.

CAPÍTULO XLIII

El viernes 22 de diciembre, de madrugada, bajo en bata al salón, enciendo el televisor en mute, lo conecto al ordenador portátil y, a oscuras, me siento en el sofá, las piernas cruzadas sobre el tapizado. Con el cerebro entumecido, me dejo alelar por los colores que centellean en la pantalla.

Son las cuatro cuarenta y cinco. Faltan quince minutos. Y mientras tanto, pienso.

En quince minutos, a las dos de la tarde, hora en la óblast de Cheliábinsk, empieza el programa corto masculino en el campeonato nacional de Rusia. Y yo, que aún recuerdo algunas triquiñuelas y trampas digitales sobre VPN y bloqueos de geolocalización, voy a verlo en streaming a través de la televisión rusa. Voy a ver a Kolya patinar de nuevo, patinar sin mí, desde mi sofá de Montreal, igual que hace más de un año. Un sofá amplio y mullido, en tonos claros, con cojines bien ahuecados y olor a suavizante de lavanda. Un sofá que no es de un llamativo color calabaza, en el que no hay migas ni pelos de gato.

Es extraño sentir que dos sofás tiran de mí desde puntos cardinales opuestos. Los dos me atraen con sus cantos y buscan absorberme, cada cual a su manera. Uno, el primero, en el que estoy ahora, me promete suavidad, confort y protección. Pero creo que no es eso lo que busco. Ya no.

Por mucho que trate de engañarme, por mucho que trate de ocultarlo bajo toneladas de cobardía, ya nada es como antes. Ahora soy otra persona. O quizá soy la misma de siempre, pero ya no soy solo esa. Hay dos espíritus dentro de mí, Suzanne y Suzette, y temo que no podré avanzar hasta que no aprendan a convivir. Tuve que mudarme a Rusia para valorar cuánto y de qué forma amo Canadá, pero he tenido que regresar a Canadá para descubrir que también hay una parte de mí que es rusa, y que lo será siempre.

Por supuesto, la carta de Pasha ha influido mucho en mi estado de ánimo. Sus palabras aún resuenan en mi mente y se entremezclan con las que yo pronuncié tiempo atrás.

Los sueños nos persiguen a nosotros y no al revés.

Patinar no es algo que hagas, es algo que eres.

Y a mí me afligiría pensar que aquella chica abandonó los suyos, porque eso significaría que dejó de ser ella misma.

«¿Qué estarías dispuesta a hacer por el patinaje?». «Todo».

A las cinco en punto, el canal ruso deja de bombardear con propaganda sobre Bee Line, la mejor telefonía del mercado; VTB, el banco más fiable del mercado; Wimm-Bill Dann, las papillas para bebés más saludables del mercado, y conecta en directo con el Ice Arena de Cheliábinsk. Los patinadores del primer grupo ya están en la pista, calentando. Aunque con el plano cenital apenas distingo media docena de hormiguitas culebreando sobre un fondo blanco, todos mis aletargados sentidos se ponen en alerta. Identifico a la hormiguita de apellido Tsvetkov en cuanto empieza a moverse, no me hace falta más. Activo el sonido a un volumen prudente para no asustar a mis padres. En vano: un minuto después, Sarah aparece al fondo de la escalera. Baja despacio mientras se anuda el cinturón de la bata y se restriega los ojos.

—¿Qué sucede, Suzette? ¿Qué haces ahí, no puedes dormir?

¿Suzette? ¿Estás segura de que me llamo así, maman?

—Voy a verlo.

Ella no dice nada. Sabe a qué me refiero (no me quedó más remedio que contárselo a ambos cuando me encontraron abatida tras leer la carta de Pasha), y ni asiente ni se opone. Llegado este punto, creo que o me entiende demasiado bien o ya ha perdido por completo la esperanza de hacerlo.

Toma asiento junto a mí, calladas las dos. En la calle tampoco se oye nada: ni un grillo, ni el chirrido de unas ruedas derrapando sobre la helada, ni el silbido del viento. En estos momentos, el millón setecientos mil habitantes de Montreal guarda silencio, pendiente de las palabras de un comentarista deportivo ruso en un salón de la avenida Louis Lumière.

—¿Qué dice? —pregunta maman en susurros.

—Kolya abre la competición porque no tiene notas de referencia del año pasado —voy traduciendo. Algunas palabras sueltas se me escapan y ciertas frases las entresaco del contexto, pero soy capaz de seguir el hilo sin grandes dificultades—. Se espera que recicle uno de sus programas antiguos. Dudan que haya podido preparar una coreografía nueva en tan

poco tiempo.

Me quedo callada de repente. Dios mío, ¿en qué momento aprendí ruso?

—¿Y no... han dicho nada más?

Sí. Han especulado acerca de nuestra ruptura deportiva y han comentado que había muchas expectativas depositadas en que yo apareciera para la competición de parejas, pero que finalmente Evgenya Ilyushina ha anunciado nuestra retirada en esa modalidad y Kolya participará únicamente como individual.

—Mmm, no. Nada más.

Y entonces la cámara enfoca un primer plano de Kolya y mi universo se descompone en un trillón de micropartículas.

Bebe de su cantimplora mientras presta oídos a las instrucciones de Zenya junto a la barandilla; ella va embutida en un abrigo de piel sintética y él, todo de negro: unos vaqueros tazados y una camiseta sencilla, nada de maillots elaborados. Reconozco las dos prendas del armario que una vez compartimos. Son las que vestía aquella noche sin luna en que me arrastró fuera de la cama para contemplar los puentes levadizos sobre el Neva.

Desde San Petersburgo, en representación del club Bolshaya, Nikolai Tsvetkov.

Hasta este momento no he sido del todo consciente de que iba a hacerlo, o a lo mejor no he querido admitirlo. Creo que estoy aquí, frente al televisor, para cerciorarme de que es capaz de patinar sin mí. Por un lado, me alegra y me consuela comprobar que no le he arruinado la temporada ni la vida. Por otro, me despedaza. La verdad me estalla en la cara.

Porque a la que sí he arruinado es a mí.

Porque faltan mis huellas en el hielo, ahí, al lado de las suyas.

Porque no sé cómo pude olvidar, por un solo instante, que toda esta historia, toda esta vida, iba, en realidad, de patinar.

Una vez me dije a mí misma que podría vivir sin mi mejor amigo, pero no sin patinar. Y esta vez, yo sola me he bastado para perderlos a los dos. Y aquí estoy. Sin Kolya. Y sobre todo, sin patinaje.

Maman aprieta mi mano en los segundos previos a que arranque el programa. Él, ahí, en el centro de la pista, su mirada en la cámara. Yo,

aquí, en el centro del sofá, mi mirada en la pantalla.

Lloro desde el primer acorde. Lloro aunque una melodiosa voz femenina me pide que sonría desde los altavoces del Ice Arena de Cheliábinsk.

No va a reciclar uno de sus programas antiguos. El hijo de puta va a patinar un montaje nuevo con Smile.

—Suzette... —Mi madre está tan sobrecogida como yo.

—¿Por qué me hace esto, maman?

—No lo sé, cariño.

Me doy cuenta enseguida de que no es un castigo, ni siquiera una venganza. Es una carta de amor. A mí, al patinaje, y a lo que él y yo fuimos capaces de crear juntos. La carta más preciosa, visceral e inconcebible que nadie haya escrito jamás. Todo cuanto queda tras sumergir el último año en un alambique y ponerlo a destilar.

Leo párrafos enteros de nuestra historia en la forma en que se inclina sobre los filos. Sus primeros pasos hablan de unos piecitos de niño, demasiados pequeños para unos patines de correas demasiado grandes, jugando a desafiar la resistencia de un río congelado.

Y luego, la ausencia.

La soledad.

La pérdida. La promesa a su padre en forma de Ina Bauer, que desemboca en un salto vertiginoso hasta

rozar las estrellas.

Pero nadie nos dice que las estrellas siempre están más arriba de lo que pensamos,

mucho

más

altas...

Al parecer, yo no soy la única que ha cambiado en este año. El comentarista elogia la asombrosa evolución en el patinaje de Kolya, así como su inesperado y vibrante cambio de estilo. A mí no hace falta que me lo explique: puedo percibir mi impronta en cada uno de sus movimientos, y sé que, de algún modo, el maldito bastardo ha conseguido tenerme allí con él. Me dejo caer de rodillas en el suelo y aproximo mi rostro al televisor. Experimento mi presencia en esa pista con la misma intensidad

que si estuviera físicamente en ella. Cuatro patines y una cuchilla.

Una secuencia abrupta de brackets y counters

f r a c t u r a

la armonía de la canción.

Mi dedo índice resigue a través de la pantalla la figura que crea en el suelo: son las líneas irregulares de las cicatrices en su rodilla. Y el calvario de hospitales y vodka reconvertido en un hydroblade de máxima amplitud, los filos al límite del equilibrio,

la punta de la nariz a milímetros del hielo,
las palmas extendidas en señal de rendición,
aceptando el final,

retándose a ver quién es capaz de acabar antes con el otro.

Y del fondo del abismo pasa, derepenteysinquepuedapredecirlo,

a

prepararse

para

un

salto.

No, no para un salto. Para una combinación de triple flip y triple toe. El comentarista chilla cuando clava la salida; mis lágrimas se mezclan con mi risa histérica, porque sé que esa soy yo. Acaba de transcribir en movimientos el 8 de enero y mi mano extendida frente a su puerta.

Encadena un elemento tras otro resucitando cada emoción, cada vivencia, cada momento de nuestra relación y transformándolo en arte para mis ojos.

Las cúpulas de La Sangre Derramada cobran la forma de swizzles.

Un tapete de Twister en abril,

una illusion spin.

El frenazo de un trolebús,

un Axel que pone a prueba la gravedad.

Un puente levadizo sobre el Neva,

una pirueta en Y.

Dos balcones contiguos bajo una noche estrellada en los Alpes,

un salto de mariposa.

Y aquella ducha en Courchevel, y aquel mes de julio en el calendario, y

aquellos días de hielo y rosas que fueron nuestro crimen y nuestro castigo, y aquella caja de música con Bérnago a nuestros pies. Se. Convierten. En. Un

c u á d r u p l e.

Y ahí también estoy yo. En su primer cuádruple después de la lesión. Y lo clava. Aunque solo sea por milésimas de segundo. Para después volver al suelo.

«Es una cuestión de confianza, Suzanne. Yo no te dejo caer a ti, y tú no me dejas caer a mí».

Suzanne no cumplió su parte del pacto.

Me llevo las manos a la boca para estrangular. Mi voz. Mi respiración. Mi latido. A mí, por insensata, por estúpida, por necia.

—¿Qué he hecho, mamá? —pregunto, reducida a sollozos, cuando la siento tras de mí—. ¿Qué es lo que he hecho?

—Crecer, cariño.

Sus brazos me rodean y me reconfortan, o al menos eso intentan, pero no hay nada que pueda hacerme olvidar que eso que dice ella, crecer, me ha llevado a cometer el peor error de mi vida.

En pantalla, Kolya se hunde, literalmente, en el sillón del kiss and cry. Tiene la vista gacha; no le interesan las notas. Solo Zenya, sentada a su lado muy seria, permanece atenta a los paneles. Cuando se publican las puntuaciones, Kolya ni las mira. Se pone en pie a toda velocidad y cruza con Zenya unas palabras que la cámara capta a pesar del ruido de fondo.

—¿Qué ha dicho? —pregunta mi madre.

—«Vámonos, Zenya. Ya he hecho lo que tenía que hacer» —traduzco, toda lágrimas, toda cenizas.

«Algún día, cuando logre encontrar la forma adecuada de expresarme, te contaré cómo has cambiado mi vida».

Miro a mi alrededor, desorientada, y mis ojos se topan con un zaguán en el que una vez, siglos atrás, una niña cayó desplomada, también entre los brazos de mi madre, llorando porque echaba de menos los moratones, las ampollas y las cortaduras y el mundo había perdido sentido.

Ya no soy esa niña, ni la promesa dorada de Montreal, sino una mujer con más entresijos y bifurcaciones que los raíles del tranvía de San

Petersburgo. Pero mis constantes siguen ahí, palpitando, reclamando amar y patinar de nuevo. No volveré a dar un traspie. Aún tengo que hacerme un tatuaje en el empeine derecho; río por dentro, lloro por fuera.

Nota para mi biógrafo: esa fue la cuarta y última ofensiva rusa. El día en el que el patinaje y el amor conspiraron para darme una bofetada con la mano abierta.

Me doy la vuelta, los ojos envueltos en niebla, y trato de enfocar la silueta de mi madre, que aguarda, no sé qué aguarda, en medio del salón con los hombros caídos.

—Maman, yo...

—Te vamos a echar mucho de menos, cariño.

La abrazo.

—Y yo a vosotros.

EPÍLOGO

Mientras Kolya patina su programa libre (ese sí es un viejo montaje reciclado) y termina la fase de competición en Cheliábinsk, yo sobrevuelo el Atlántico. Duermo todo el viaje: mi cuerpo exige recuperarse de las cuarenta y ocho horas anteriores. Para cuando papa se despertó la mañana del 22 de diciembre, mi madre ya tenía la mitad de mi maleta preparada y yo había comprado finalmente un billete con destino a San Petersburgo. Despegué del aeropuerto de Pierre Elliott Trudeau ayer por la noche, hice escala en Nueva York y ahora voy camino de Helsinki. Allí tendré que esperar dos horas y media antes de embarcar hacia Púlkovo, donde está previsto que aterricemos a las siete y cuarto de la tarde, hora local. Mi visado aún no ha caducado, por suerte.

Solo mis padres, mis dos mejores amigas y Asia, que irá a buscarme al aeropuerto, saben que ya no estoy en Canadá. He decidido jugármelo todo a una carta, y mientras las azafatas sirven pasteles de Carelia y zumo de arándanos para desayunar, ruego que sea una mano ganadora.

Tomamos tierra rusa con treinta y cinco minutos de retraso. Son solo treinta y cinco minutos, pero yo ya estoy desquiciada. Salgo del avión echando humo, y los mismos carteles en cirílico que una vez me hicieron recular me llevan en volandas hasta la zona de recogida de equipajes. Corro con la bolsa de los patines y el trolley a rastras hacia el vestíbulo. Allí espera Asia, tal y como prometió.

—Hey, hey, tranquila. ¿Dónde es el fuego?

—En el mostrador de Aeroflot —aseguro tras estamparme contra su pecho—. Es genial volver a verte, pero ahora mismo tengo algo urgente que resolver. ¿Te importa si nos ponemos al día por el camino?

—Te echaba de menos. —Esboza una sonrisa generosa—. Anda, vamos.

En el mostrador de Aeroflot no apago ningún incendio, sino que compro un pasaje al aeropuerto de Baladino para mañana a primera hora. Se trata de un vuelo local, y a esos no podía acceder desde Canadá. Una vez con el billete en mi poder, me relajo y acompaño a Asia en busca de un

taxi. Clandestino, por supuesto. Por el camino, me pone al día de las novedades. Cuando llegamos al hotel en el que se hospeda, le pide al conductor que la espere mientras recoge su equipaje en recepción. Yo voy de entrada y ella, de salida: esta misma noche se muda a casa de los padres de Pasha tras un par de días de aclimatación al trabajo. Tal y como auguré, está encantada con el empleo, con sus jefes y con su independencia. Ahora que se siente más libre, incluso su relación con Ivan ha mejorado.

Saludo al recepcionista, que me reconoce de la vez pasada, y me instalo en la misma habitación que ha dejado vacante Asia. De camino al ascensor, y con los rublos sueltos que quedaron en mi monedero dos meses atrás, compro una chocolatina Alenka en la máquina dispensadora. La niña dibujada en el envoltorio sigue inspirándome desconfianza, pero echo de menos el sabor mantecoso del chocolate ruso.

Me pongo el pijama y aviso a papa et maman de que he llegado sana y salva. Aprovecho para hacerles saber lo mucho que los quiero, y ellos me recuerdan lo orgullosos que están y que vendrán a verme muy pronto. Y sé que es verdad.

Apago el móvil, desenvuelvo la chocolatina y la paladeo acodada en el alféizar de la ventana, a seis grados bajo cero. A mi espalda, el vaho de la calefacción se dispersa suavemente. El sonido del tráfico me arrulla. Contemplo justo enfrente el pináculo bruñido de San Pedro y San Pablo, los contornos de la fortaleza, la claridad fantasmagórica de un Neva petrificado. Más allá, las farolas que acotan el puente de la Trinidad; a mi derecha, el reflejo turquesa del Palacio de Invierno, la solemnidad de las Columnas Rostrales y, si inclino un poco más la cabeza, puedo atisbar incluso la explanada de Yubileyny. Es increíble tener dos casas, y poder volar de una a otra, y contar con que ambas van a estar ahí para ti siempre que lo necesites. Pero si he decidido volver lo he hecho asumiendo todas las consecuencias: voy a ser más fuerte que mis miedos.

Con las fosas dilatadas de olor a invierno y los dientes manchados de chocolate, pienso en Kolya. Me pregunto qué me deparará mañana, y el resto de días que espero vivir a su lado. Rememoro nuestra última conversación y entiendo al fin por qué en ningún momento viví nuestra separación como una ruptura sentimental. Porque no lo fue. Aquel día no rompí con mi pareja, sino que perdí a mi compañero de equipo, mi todo

dentro y fuera de la pista. Sin él, estoy coja, en todos los aspectos.

Cuando el frío del exterior se torna insoportable, cierro la ventana, me lavo los dientes y me meto en la cama; las sábanas están tiasas de antipolillas y almidón. Por una vez, el jet lag es benevolente y me permite drenar todo el agotamiento en un sueño plácido.

A las siete de la mañana del día de Nochebuena (al menos es Nochebuena en la mitad del planeta que no es ruso ortodoxo), estoy en el aeropuerto otra vez. El vuelo de Aeroflot sale, para no variar, con retraso, y a mí me llevan los nervios. Nada más aterrizar, corro por los pasillos de la terminal maldiciendo la huelga de estibadores que se ha convocado en la óblast durante las fiestas. El equipaje no es un problema: he traído lo imprescindible en una bolsa de viaje. El problema son los patines. No puedo salir del aeropuerto sin ellos. No puedo hacer nada sin ellos.

Aguardo lo que se me antoja una eternidad hasta que la bolsa púrpura aparece en la cinta, y echo a correr sin mirar a los lados. Me subo en el primer taxi disponible y le espeto al conductor la dirección del Ice Arena, a cuarenta minutos de aquí. El taxista intenta darme conversación: me dice que en estos días ha llevado a otros patinadores hasta allí, que toda la ciudad está revolucionada por el evento, que el mismo asiento en el que yo voy sentada lo ocupó el recién coronado campeón. Que parece buena persona, pero que debería sonreír un poco más.

—¿Y Nikolai Tsvetkov? —pregunto de pronto.

—¿Nikolai Tsvetkov? Ese creo que quedó cuarto.

Sí, ya sé que quedó cuarto. Busqué los resultados de la competición en Google nada más aterrizar en Helsinki.

—Me refería a si también lo llevó usted en su taxi —digo de corrido. Con una pronunciación pésima y sin preocuparme demasiado de conjugar bien, pero creo que me entiende.

—No, no vino conmigo.

Tengo la sensación de que el cuentakilómetros se mueve al ralentí. Son casi las dos. A esa hora arranca la última cita del campeonato nacional: la gala de exhibición.

—¿Podría darse un poco de prisa, por favor? —suplico con mi semblante más inocente.

Nollegonollegonollego.

—Es ahí. Al final de esa calle.

Abro la portezuela sin esperar. Le entrego un billete, más de lo que el taxímetro indica que debo pagar por el servicio.

—Quédese con el cambio.

Esquivo transeúntes hasta dar con la puerta principal del Ice Arena. Segundo obstáculo: no tengo entrada ni acreditación. Pero soy Suzanne Boucher y he cruzado medio mundo para recuperar mi vida, maldita sea. No me va a parar un torno electrónico.

Me aproximo al vigilante.

—Por favor, ¿podría avisar a la señora Evgenya Vasilievna Ilyushina de que su hija Clara necesita hablar con ella? Es un asunto familiar urgente.

Me mira con suspicacia, y lo entiendo. No resulta muy creíble que Evgenya Vasilievna Ilyushina tenga una hija que se defiende a duras penas con el idioma, pero cuela. Va en busca de Zenya, que aparece poco después.

—Yo sabía que tú eres —dice en cuanto me ve—. Déjela pasar, es mi responsabilidad —le pide al guardia, que acciona el mecanismo de apertura de los tornos.

Y hasta aquí, mi plan. Todo cuanto suceda ahora se funde en una nebulosa de cábalas y variables en el interior de mi cabeza. Lo he medido, lo he estudiado todo, pero los acontecimientos a partir de este momento ya no dependen de mí, sino de Zenya. Y yo estoy parada frente a sus labios de carmín y su expresión inescrutable, sin saber qué decir ni por dónde empezar a disculparme con la mujer con la que espero volver a construir la relación que un día tuve. Ella no me facilita la tarea. Dejo que mis actos hablen por mí: rebusco en el interior de la bolsa y extraigo un CD sin rótulo. Se lo tiendo y, con la otra mano, agito ante sus ojos los patines.

—Lo siento muchísimo. Por favor, Zenya.

Medita unos segundos con la mirada clavada en el disco. Finalmente lo toma entre sus manos y me mira.

—Tú corres cambiarte. Kolya sale a exhibición en quince minutos. Vestuario final de pasillo, en derecha. Yo llamo a ti.

Me arrojo a sus brazos y estampo un beso en sus mejillas arreboladas.

—Gracias, Zenya.

—Suzanne —me llama cuando ya estoy lejos de ella.

—¿Sí?

—Yo también pido perdón a ti.

—¿Por qué?

—Por no aceptar a ti como tú eres. Por no tratar de entender más cómo sientes. Tú tienes razón: dos vosotros mucho mejores porque diferentes. Tú no vas marcharte más, ¿sí?

—No, no lo haré.

Reanudo el trayecto.

—Suzanne.

—Sí.

—A ti no se te ocurre salir a pista sin calentar, ¿sí?

—De acuerdo, Zenya.

Asiente satisfecha, y yo troto pasillo adelante. Sé que son muchos los temas que debemos aclarar aún Zenya y yo. Este solo ha sido el comienzo. Un buen segundo comienzo.

Acelerada, me despojo de mis mallas y de mi jersey y los cambio por el tutú rosa con escote corazón. Meneo la cabeza frente al espejo. Al final, voy a interpretar a Clara en Navidad. Y lo estoy deseando.

Realizo unos cuantos estiramientos sobre uno de los bancos de madera y me calzo los patines.

Respira.

Respira.

Respira.

La puerta del vestuario se abre de golpe. Es Zenya.

—Rápido, rápido. Ya va empezar.

Me precipito torpemente por el entramado de corredores, corriendo todo lo que me dan los protectores de las cuchillas. Accedo al recinto por una puerta lateral, diferente a la que en estos momentos utiliza Kolya.

—¿Qué excusa le has dado para dejarlo solo? —le pregunto a Zenya.

—Que yo tengo urgencia femenina y debo ir cuarto de baño.

Aprieto los labios en una sonrisa.

—¿Has entregado el CD?

—Da. Yo di a técnico para sonido.

—Gracias, Zenya.

Kolya se desliza hasta el centro de la pista, que está en semipenumbra, como es habitual en las galas. Sus manos se alzan en un saludo desganado. Lleva la misma ropa que cuando lo vi por televisión.

—¿Qué se supone que va a hacer?

—Programa corto. —Zenya agacha la cabeza—. Él no habla mucho últimamente, pero creo que intenta abrir ojos a ti. Creo que... intenta hacer recordar a ti quién eres tú de verdad.

Toma posición en el hielo. Solo que los acordes que reverberan por los altavoces no son los de Smile, como él espera, sino el inicio del Pas de deux.

Se queda paralizado. Yo también.

No respira. Yo tampoco.

Levanta la cabeza, ido, y mira en todas direcciones buscando a Zenya, hasta que se topa con ella... y conmigo, que ya estoy en el hielo, de espaldas a la barandilla, agarrada a un saliente para no tambalearme.

Al notar que Kolya no se mueve, el encargado del sonido pausa la música. No se oye un murmullo en todo el pabellón, solo mi respiración retumba en mis oídos.

Miro a Kolya. Junto a él, bajo él, alrededor de él, están mi vida, mi futuro, la Suzanne que, definitivamente, quiero ser, sin dudas ni temores.

Está el patinaje.

Mis cuchillas rompen el silencio: me desplazo hacia delante como una niña que se atreve a soltarse de la barandilla por primera vez. Me detengo a tres metros de mis sueños, que no dejan de observarme, que no hacen el más mínimo gesto, que tampoco me lo están poniendo fácil, que me matan cuando me miran así, con la duda grabada en los ojos.

Kolya dobla un brazo y extiende el otro hacia arriba, tal y como comienza nuestro Pas de deux. Yo me encajo entre ambos respirando de nuevo. La pista de sonido empieza desde el principio, y mi carrera se reinicia también.

En cuanto sus dedos me rozan, comprendo por qué no funcionó con Tom hace unos días, y por qué con Kolya ganaré el oro olímpico dentro de ocho años.

—Yo no te dejo caer a ti, y tú no me dejas caer a mí —susurro solo para él.

Cuando me impulsa para el primer Salchow lanzado, sé que me ha perdonado. El patinaje me ha perdonado. Y entonces vuelo/vuela/volamos juntos.

AGRADECIMIENTOS

Hay tres personas sin las cuales esta novela no habría llegado a término, y no me avergüenza admitirlo.

La primera de ellas es mi marido, el auténtico Nikolai. Dicen que es bueno rodearse de aquellos que logran sacar lo mejor de uno; pues imagina lo increíble que eres tú para haber sacado la mejor versión de mí misma. Hay tanto de ti en esta novela, has aportado tantos granitos y me has ayudado en tantas ocasiones a salir del hoyo que ya no sé dónde termina mi creación y dónde empieza la tuya. Sabes que te quiero, y que «si te hubieran dado un euro por cada plato de pasta y pollo antes de competir, habrías sido millonario antes de los veinticinco». Gracias por cuidar de mí.

La segunda es Laura Esparza. Conocerme y tenerte como amiga es uno de los mayores regalos que me ha brindado la literatura. Sin tu látigo de los domingos por la noche, quizá esta historia habría llegado a ver la luz, pero habría tardado muchísimo más. Y sin tus comentarios y apreciaciones, también habría sido muchísimo peor. Espero que sigas ahí hasta que las letras se borren.

La tercera de esas personas es Alejandra Allueva. Has sido una incansable compañera de fatigas en nuestras quedadas para escribir los sábados, una confidente invaluable los viernes, y una amiga estupenda todos los demás días. Cuánto me alegra que la isla y el destino te hayan puesto en mi vida.

Gracias a vosotros, siempre a vosotros, papá y mamá. Aprendí a amar el patinaje a vuestro lado, en aquellos fines de semana de mi adolescencia (siempre he sido un bicho raro...) en que los tres nos quedábamos pegados al televisor, viendo a unos locos dejarse el pellejo en el hielo. Gracias por darme tanto los dos, por poner en mis manos las herramientas y enseñarme a utilizarlas lo mejor posible, por confiar a ciegas en que sabría hacerlo bien. Como escritora. Como persona. Gracias por estar ahí para verme crecer a pesar de la distancia.

Es justo también agradecer aquí la inestimable ayuda de mi colega Berto Soto. De no ser por tus explicaciones sobre fisioterapia deportiva, Kolya aún estaría lesionado. En beneficio de la trama, me he tomado la libertad de adaptar algunas de las cuestiones que hablamos; espero no haber metido la pata.

Mil gracias también a la patinadora olímpica Sara Hurtado, por responder pacientemente a mis preguntas y también por derrochar talento, un entusiasmo contagioso por el patinaje y, sobre todo, valentía. No todo el mundo es capaz de hacer las maletas y plantarse en Moscú en busca de un sueño. Como te dije, desde ese día siento que, de algún modo, esta novela está conectada contigo.

También quiero darle las gracias a Altea Morgan, por sus comentarios y por estar pendiente de esta obra incluso en sus noches más oscuras. Eres genial, y el universo te lo va a recompensar.

Por último, y como no podía ser de otra forma, gracias a todos aquellos que me apoyan y me acompañan en el camino (amigos, lectores y compañeros), a pesar de que la mayoría de las veces no sé ni hacia dónde me dirijo. Vuestra lealtad, vuestro interés y vuestro ánimo son el motor que me empuja.

Y, por supuesto, gracias a todos esos locos que se dejan el pellejo en el hielo, y que me han inspirado.

GLOSARIO

Abanico: paso con cambio de sentido en el que la pierna libre del patinador se eleva cerca de su rostro y luego vuelve a bajar, abriendo y cerrándose como un abanico.

Águila: desplazamiento lateral en el que el patinador describe una media luna sobre el hielo con las piernas separadas y las puntas de los pies hacia fuera.

Ángel: deslizamiento frontal sobre un patín con la otra pierna elevada hacia atrás hasta la altura de la cadera. Además, es una de las posiciones básicas para realizar piruetas. Recibe también el nombre de camel.

Axel: el salto más complicado de todos, ya que empieza de cara y termina de espaldas, por lo que añade media rotación más. Es decir, en un triple Axel, el patinador acumulará tres rotaciones y media. Se parte del filo exterior del pie contrario al del aterrizaje.

Biellmann: pirueta en la que la pierna libre se extiende hacia atrás por encima de la cabeza. Requiere una gran flexibilidad.

Bracket: paso con cambio de sentido que se realiza con un solo pie. El trazo que se describe en el hielo es similar a un corchete ({}), de ahí su nombre.

Bucle: paso que describe sobre el hielo círculos de pequeño diámetro.

Camel: ver Ángel.

Cañón: desplazamiento frontal sobre un pie, con la pierna que patina flexionada; la pierna libre, estirada y paralela al hielo, apunta hacia delante. En inglés recibe el peculiar nombre de shoot-the-duck («dispara al pato»).

Carry lift: el patinador eleva a su pareja y ambos se desplazan (él, en contacto con el hielo; ella, en el aire) sin rotar.

Choctaw: paso con los dos pies en el que se va cambiando de filo y, como resultado, se trazan semicírculos en el hielo.

Counter: paso con cambio de sentido sobre un solo pie, en el que se empieza trazando un bracket y se termina haciendo un tres.

Crossover: conjunto de pasos en los que el patinador eleva la pierna libre por detrás, después la cruza por delante de la que patina, da un paso y vuelve a levantar la primera hacia atrás. Se utiliza para patinar en curva.

Cross roll: conjunto de pasos en los que el patinador eleva la pierna libre por detrás y después la cruza por delante de la que patina, que será la siguiente que se eleve. Se utiliza para patinar en línea recta.

Elementos en pareja: en el patinaje en pareja, hace referencia a aquellos elementos, como saltos o piruetas, que los miembros de la pareja realizan al unísono, en contacto uno con el otro y compartiendo un único eje.

Elementos en paralelo: en el patinaje en pareja, hace referencia a aquellos elementos, como saltos o piruetas, que los miembros de la pareja realizan al unísono pero sobre ejes diferentes, sin tocarse.

Espiral de la muerte: la mujer, en posición horizontal, describe un círculo sobre el filo de la cuchilla, aunque sin tocar el hielo con la cabeza ni con los brazos ni con el tórax, mientras el compañero, en posición de pivot, la sujeta por la mano.

Flip: salto picado en el que el patinador parte desde el filo interior del pie opuesto al de aterrizaje.

Flying camel: pirueta camel o ángel que arranca desde un salto.

GOE: son las siglas de Grade Of Execution («grado de ejecución»). Cada elemento puntuable posee un valor base, al que pueden sumarse/restarse un máximo de cinco puntos en función de la calidad y la complejidad de la ejecución. Cuando se suman, se dice que el GOE es positivo, mientras que si se restan, el GOE es negativo.

Hydroblade: desplazamiento de riesgo extremo en una posición en la que el cuerpo del patinador queda muy cerca del hielo, con el filo de la

cuchilla casi horizontal.

Illusion spin: «falsa» pirueta en la que el patinador no se mantiene en un único plano, sino que se inclina hacia arriba y hacia abajo durante el giro.

Ina Bauer: variante del águila en la que cada pie se apoya sobre un filo diferente de la cuchilla y la rodilla de la pierna delantera se flexiona.

Kiss and cry: nombre que recibe el espacio anexo a la pista donde los atletas esperan las puntuaciones de los jueces al terminar cada programa.

Lasso: el patinador eleva a su compañera haciendo que ella describa un giro en el aire al subir (como un lazo). En patinaje de parejas, es la elevación más compleja y, por tanto, la que más puntos recibe.

Lunge: la rodilla delantera del patinador se dobla bruscamente y la otra queda extendida hacia atrás, en línea recta sobre el hielo.

Lutz: salto picado en el que se parte del filo exterior del pie opuesto al de aterrizaje. Es el más difícil después del Axel.

Mariposa: elemento que enlaza un salto con una pirueta. Durante el salto, el patinador queda casi horizontal, con los dos pies en el aire, uno antes y otro después, como una tijera.

Mohawk: paso equivalente a los brackets y a los treses, pero sobre los dos pies.

Pasos picados: pasos ejecutados sobre la serreta. La serreta es la parte delantera de la cuchilla y tiene forma dentada.

Pirueta: el patinador (o los patinadores, en el caso de la danza sobre hielo y el patinaje de parejas) rota sobre sí mismo, centrado en un solo punto del hielo, sobre la parte de la cuchilla que queda justo detrás de la serreta. En competición sénior es obligatorio introducir variaciones, es decir, combinar posiciones diferentes (como la posición de camel, la vertical o la baja) y cambios de pie en una misma pirueta, con un mínimo obligatorio de rotaciones sobre cada pie y en cada posición. Esto es lo que se llama «pirueta combinada».

Pirqueta atrapada: pirqueta vertical en la que el patinador se inclina para agarrar la cuchilla de la pierna libre.

Pirqueta baja: es una de las tres posiciones básicas para pirquetas, en la que la pierna de apoyo está flexionada y, por tanto, el muslo queda paralelo al hielo.

Pirqueta en Y: variante de la pirqueta atrapada en la que la pierna libre se extiende hacia un lado, por lo que el cuerpo del patinador asemeja a una Y invertida.

Pirqueta haircutter: pirqueta vertical en la que se agarra la cuchilla del patín libre por detrás de la cabeza (de ahí su nombre: «cortapelos»). La pirqueta Biellmann es una variante más compleja de esta.

Porté: término empleado en ballet para las elevaciones (un miembro de la pareja sostiene al otro en el aire).

Programa corto: primer programa obligatorio en competición, con una duración de dos minutos y cincuenta segundos.

Programa de exhibición: programa no obligatorio que realizan las parejas mejor clasificadas al final de cada torneo, fuera de la competición. También para los programas que se presentan fuera de temporada en galas y espectáculos sobre hielo.

Programa libre/largo: segundo y último programa obligatorio en competición, con una duración de cuatro minutos y treinta segundos.

Rippon: como en el salto ‘Tano, se trata de una variación de los brazos durante la fase de vuelta, lo que incrementa la dificultad y recibe una bonificación mayor. En este caso, ambos brazos se extienden sobre la cabeza del patinador, palma con palma.

Salchow: el salto picado más fácil. Parte del filo interior del pie opuesto al de aterrizaje.

Salto: el elemento que más contribuye a la puntuación técnica. El patinador salta sobre un pie, ejecuta en el aire al menos una rotación y aterriza hacia atrás, también sobre un pie. Si se ejecuta más de una

rotación (saltos dobles, triples o cuádruples), aumenta la dificultad y se consiguen más puntos. Cada salto se divide en cinco fases: preparación, transición, despegue, vuelo (también llamada rotación o suspensión) y aterrizaje. Cuando en el despegue el patinador se impulsa sobre la serreta del patín contrario, se habla de salto «picado». En las secuencias, se realizan varios saltos separados por un paso o un giro, mientras que en las combinaciones los saltos se encadenan de forma consecutiva, sin pasos ni giros intermedios (más difícil conservar el equilibrio y, por lo tanto, mayor puntuación).

Salto lanzado: presente únicamente en el patinaje en pareja. El hombre lanza a la mujer durante el despegue y esta recorre hasta siete metros en el aire antes de aterrizar. Se alcanza también una gran altura.

Salto ‘Tano: tipo de salto que incrementa la dificultad porque un brazo se extiende por encima de la cabeza del patinador durante la fase de vuelo, en lugar de permanecer pegado al pecho, como es habitual.

Serpentina: paso que traza varios semicírculos (mínimo dos consecutivos) sobre el eje longitudinal de la pista. Cada semicírculo ocupará al menos la mitad de la anchura de esta.

Small medal: medalla simbólica que se entrega a los tres primeros clasificados tras el programa corto.

Swizzle: el patinador dibuja óvalos sobre el hielo mientras se desplaza hacia atrás, primero abriendo los dos pies y luego cerrándolos.

Toe: nombre abreviado de toe loop, salto picado que parte desde el filo exterior del patín, usando el mismo pie en el despegue y el aterrizaje. Es el segundo salto más fácil tras el Salchow.

Tres: paso con cambio de sentido realizado sobre un solo pie. El trazo que se dibuja sobre el hielo es similar a un tres (3), de ahí su nombre.

Twist: presente únicamente en la modalidad de parejas. Se trata de un salto lanzado horizontal; la mujer realiza las rotaciones por encima de la cabeza del hombre y este la recoge en el aire antes del aterrizaje.

Walley: salto de una sola rotación. Parte del filo interior y se aterriza sobre el mismo pie. Se suelen encadenar varios, con un cambio de filo entre ellos.

Zamboni: vehículo eléctrico empleado para pulir el hielo. Su nombre se debe a Frank Zamboni, su inventor.

SOBRE LA AUTORA

Érika Gael nació en Oviedo en 1985, aunque en la actualidad reside en Santa Cruz de Tenerife. Tras aparcarse su sueño de dedicarse al teatro, estudió Psicología convencida de que quería consagrar a la ciencia el resto de su vida, pero el mundo del arte no la dejó en paz mucho tiempo. Pronto se dio cuenta de que el amor por la literatura era la única constante que había estado ahí desde el principio, y que seguiría estando siempre.

Con veinticuatro años, publicó su primera novela, Faery, nominada a dos premios DAMA. Regresó en 2013 con la serie «Príncipes del Infierno», compuesta por las obras Noche de Mardi Gras y Noche de tentación, ambas ganadoras de sendos premios RNR. También es autora de Bitácora de nuestra luna de miel y Alfileres en el corazón, así como de varios relatos publicados en revistas digitales. Hielo es su última novela.

En 2014 comenzó a impartir formación literaria y a trabajar como coach para escritores y como correctora a través de la plataforma comoserescritor.com; el escaso tiempo libre que le deja esta labor lo invierte en seguir soñando, creando y tecleando sus propias historias.

erikagael.com



El 5% de los beneficios obtenidos por la venta de este libro irán destinados a la campaña de crowdfunding organizada por Hielo Español y Doctor Patín a favor de los patinadores españoles de categoría sénior. Si quieres saber más sobre la labor que llevan a cabo para ayudar a los atletas a conseguir financiación, visita:

subastas.doctorpatin.com

Notas

[← 1]

Cebollino. En *joual*, el dialecto coloquial de Montreal, hace referencia tanto a personas altas y delgadas como con pocas luces.

[← 2]

Novieta, en joud.

[← 3]

Idiota, en joul.

[← 4]

Me toca los cojones, en joul.

[← 5]

Levántate, imbécil, en joul.

[← 6]

Gilipollas, en francés.

[← 7]

Gatita, en joul.

[← 8]

Por favor, desconecten los teléfonos móviles.

[← 9]

Literalmente, *hostia*, aunque en *joual* se emplea como equivalente de «joder».

[← 10]

Perra, en ruso.

[← 11]

Gracias, en ruso.

[← 12]

Hasta luego, en ruso.

[← 13]

Abuelita, en ruso.

[← 14]

Mañana, en francés.

[← 15]

Literalmente, *cáliz*, pero en *joual* se utiliza como «joder».

[← 16]

Métete en tus asuntos, en joud.

[← 17]

Felicidades, en ruso.

[← 18]

Tú ya me entiendes, en ruso.

[← 19]

Dios mío, en joul.

[← 20]

Pandilla, en joul.

[← 21]

¡Estás de coña!, en joul.

[← 22]

¡Mierda!, en joul.

[← 23]

Lo prometo, en ruso.

[← 24]

Equivalente ruso a «OK».

[← 25]

Jódete, en joul.